

TESIS DOCTORAL

RAFAEL GARRIDO PENA

EL CAMPANIFORME EN LA MESETA: ANÁLISIS DE  
SU CONTEXTO SOCIAL, ECONÓMICO Y RITUAL.

VOLUMEN I

Director: D. Alfredo Jimeno Martínez  
Profesor Titular  
Departamento de Prehistoria  
Universidad Complutense de Madrid

Departamento de Prehistoria  
Facultad de Geografía e Historia  
Universidad Complutense de Madrid  
Año 1999

# ÍNDICE

## VOLUMEN I

Agradecimientos .....	6
I. INTRODUCCIÓN .....	9
II. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN .....	14
II.A. Un asunto europeo .....	15
II.B. Un siglo de investigaciones en la Península Ibérica .....	20
II.C. Historia de los hallazgos en la Meseta .....	29
1. La Meseta norte .....	29
2. La Meseta sur .....	32
II.D. Alternativas actuales en la investigación .....	33
1. Análisis crítico de los enfoques tradicionales .....	33
2. La renovación teórica del estudio del Campaniforme .....	40
3. Un modelo para la Meseta .....	56
III. LOS CONTEXTOS ARQUEOLÓGICOS .....	82
III.A. Los poblados .....	83
1. Criterios de identificación .....	83
2. Características de los asentamientos .....	86
3. Consideraciones generales sobre los patrones de poblamiento .....	95

III.B. Las tumbas .....	99
1. Criterios de identificación .....	99
2. El emplazamiento y las estructuras funerarias .....	100
2.1. Fosas simples .....	101
2.2. Túmulos .....	102
2.3. Otras estructuras pétreas .....	105
2.4. Megalitos .....	107
2.5. Cuevas .....	113
3. Los restos humanos .....	115
4. Los ajuares .....	120
5. El ritual funerario .....	127
III.C. Los elementos campaniformes en su contexto: caracteres diferenciales entre poblados y tumbas .....	141
IV. LOS ELEMENTOS CAMPANIFORMES .....	149
IV.A. Cerámica .....	150
1. Características técnicas .....	150
2. Formas .....	153
2.1. Vaso campaniforme .....	154
2.2. Cazuela .....	162
2.3. Cuenco .....	169
2.4. Copa .....	173
2.5. Cazuelilla .....	174
2.6. Vasos de almacenaje .....	179
3. Estilos .....	181
3.1. El estudio de las decoraciones cerámicas en Prehistoria .....	181
3.1.1. Introducción .....	181
3.1.2. Los procedimientos tradicionales .....	181
3.1.3. La alternativa procesual y sus límites .....	182
3.1.4. Los enfoques más recientes .....	189

3.2. Los estilos campaniformes en la Meseta .....	193
3.2.1. La clasificación tradicional de los estilos campaniformes .....	193
3.2.1.1. Consideraciones sobre las técnicas decorativas campaniformes .....	195
3.2.1.2. Estilo Marítimo o Internacional .....	198
3.2.1.3. Estilo Puntillado Geométrico .....	201
3.2.1.4. Estilo Ciempozuelos .....	207
3.2.1.5. Estilo Liso .....	227
3.2.1.6. El problema de las cerámicas de tipo “Dornajos” .....	229
3.2.2. Una aproximación alternativa a los estilos campaniformes .....	238
3.2.2.1. Introducción .....	238
3.2.2.2. El análisis del material decorativo: los diseños o motivos .....	240
3.2.2.3. El análisis de las estructuras decorativas .....	253
3.2.2.4. La interpretación de los resultados .....	277
IV.B. Metal .....	288
1. La “metalurgia campaniforme” .....	288
2. Los tipos metálicos .....	294
2.1. Punzones .....	294
2.2. Hachas planas .....	295
2.3. Puntas Palmela .....	296
2.4. Puñales de lengüeta .....	306
2.5. Alabardas .....	315
2.6. Orfebrería de oro .....	317
IV.C. Otros .....	320
1. Brazales de arquero .....	320
2. Botones de perforación en “V” .....	323
3. Otros .....	326

<b>V. EL CAMPANIFORME DE LA MESETA EN SU CONTEXTO SOCIAL, ECONÓMICO Y RITUAL</b> .....	327
<b>V.A. Precedentes (3500-2500 AC)</b> .....	328
1. El preludio neolítico .....	328
2. El Calcolítico precampaniforme .....	329
<b>V.B. El apogeo del Campaniforme (2500-2000 AC)</b> .....	334
1. El marco cronológico .....	334
2. Las transformaciones en el ámbito económico .....	338
3. Un orden social convulso .....	354
<b>V.C. El final del Campaniforme</b> .....	369
<b>VI. ANEXOS</b> .....	374
<b>VII. BIBLIOGRAFÍA</b> .....	379

## VOLUMEN II

INVENTARIO DE YACIMIENTOS .....	1
1. Metodología de descripción .....	1
2. Criterios de clasificación .....	8
3. Inventario por provincias .....	8
- Albacete .....	9
- Avila .....	17
- Burgos .....	43
- Ciudad Real .....	79
- Cuenca .....	97
- Guadalajara .....	106
- León .....	134
- Madrid .....	144
- Palencia .....	288
- Salamanca .....	310
- Segovia .....	338
- Soria .....	364
- Toledo .....	457
- Valladolid .....	516
- Zamora .....	564

## **AGRADECIMIENTOS**

Son tantas las personas e instituciones a las que debo agradecer su ayuda que resultaría imposible mencionarlas todas aquí con el detenimiento que merecen. Aún a sabiendas de cometer una injusticia que espero me sepan perdonar los ausentes, he de manifestar aquí mi sincera gratitud con los que vienen ahora a mi memoria: En primer lugar, mi familia, y en especial mis padres, que han sido un soporte constante en todos los órdenes. Su injustificada fe en mis posibilidades, su comprensión en todas las circunstancias que un trabajo de este tipo ha de superar, y su inagotable capacidad para amar y ayudar a un hijo más allá de las obligaciones de la sangre, dejan pequeños mis esfuerzos. No creo que el resultado final haya estado a la altura de su confianza, pero estoy seguro de que eso será algo que también sabrán comprender y disculpar.

Tampoco puedo olvidar a todos mis amigos, que han soportado con un estoicismo digno de mejor premio mis dudas y zozobras tan frecuentes. Entre ellos, y por su ayuda en tantas cosas importantes, debo destacar a Javier Rodríguez, que además colaboró con su habitual generosidad y diligencia en la impresión de este trabajo.

Aún sigue vivo en nuestro recuerdo el profesor D. Manuel Fernández – Miranda, impulsor inicial de este proyecto, y de tantos otros que su prematuro fallecimiento le impidió ver concluidos. Pero si el añorado maestro tuvo un papel tan importante en el origen de esta tesis doctoral, el profesor D. Alfredo Jimeno Martínez ha sido quien, con su generosidad y sabiduría la rescató del caos donde se hallaba, después de tan tristes y desgraciadas circunstancias, y ha sido capaz de guiarla con mano segura hasta el final. Más que un director de tesis ha sido un amigo, un apoyo constante, incansable, que he tenido el honor y la suerte de disfrutar durante estos últimos años.

Debo asimismo manifestar mi gratitud con el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, donde me licencié y he realizado mi doctorado, gracias a la ayuda de todos los compañeros, personal y profesores que lo componen. Tengo, no obstante, que destacar de forma especial a algunos de ellos: el profesor D. Gonzalo Ruiz Zapatero, con quien muchos tenemos contraída una deuda perenne por haber tenido la suerte de ser sus alumnos, en la Licenciatura y el Doctorado. Su cercanía y afabilidad en el trato con todos nosotros, su magisterio dentro y fuera de las aulas son difíciles de olvidar. Con especial agrado recuerdo ahora aquellos primeros encuentros con los materiales arqueológicos y los problemas teóricos y metodológicos de la Prehistoria, en el laboratorio de Cogotas, donde tantos aprendimos tantas cosas. Tampoco sería justo olvidar la ayuda que en distintos momentos me prestaron, de forma absolutamente desinteresada, otros profesores como D<sup>a</sup>. Marisa Ruiz Gálvez, por sus gestiones para ponerme en contacto con algunos de los mejores investigadores británicos, o como D. Víctor Fernández, por su generoso apoyo en mi desigual pugna con los análisis estadísticos. Entre mis compañeros becarios debo destacar a D. Eduardo Galán, cuya inteligencia y excelente calidad humana tuve la suerte de disfrutar, y a D<sup>a</sup>. Kenia Muñoz, con quien he compartido muchas ideas e inquietudes que

nos han permitido colaborar en distintos trabajos, de los que he obtenido gran provecho intelectual, así como datos inéditos de sus investigaciones, que me ha facilitado siempre de forma generosa y desinteresada.

Esta tesis doctoral se ha podido concluir también gracias al soporte material que el Ministerio de Educación y Cultura me proporcionó a través de una beca predoctoral de formación de personal investigador, desde 1995 a 1998. Pude también con ella disfrutar de una estancia de dos meses en el Ashmolean Museum de Oxford, Inglaterra, gracias a lo cual tuve el honor de trabar contacto con algunos de los más ilustres prehistoriadores de Europa, empezando por el Dr. Andrew Sherratt, tutor de mi estancia allí, y siguiendo con nombres de la talla de W. Waldren, R. Bradley, R. Harrison, R. Chapman o H. Case.

En la elaboración del complejo y extenso catálogo de información han colaborado muchos investigadores que me han facilitado informaciones inéditas de sus trabajos, de forma totalmente desinteresada. Entre los numerosos nombres que vienen ahora a mi memoria están los doctores D. G. Delibes, D. M. Santonja, D. V. Fernández, y D. J.L. Argente, y muchos otros colegas como D. J.F. Fabián, D. F. Ramos, D. J.M. Rojas, D. N. Benet, D. J.E. Benito y un largo etcétera. Muchas instituciones han colaborado también en esta difícil etapa de mi trabajo, como los Servicios Territoriales de Arqueología, y los Museos Arqueológicos Provinciales de Castilla y León, Castilla La Mancha y Madrid. El personal y los directores de todos ellos compensaron con su gran profesionalidad y aptitud las lamentables carencias de medios con las que muchas veces topa su trabajo. Gracias a ellos pude recoger la información y estudiar los materiales en un periodo de tiempo razonable. Es imposible mencionar a todos en este momento, pero no puedo pasar por alto el nombre del Dr. D. J.L. Argente Oliver, director del Museo Numantino de Soria, tristemente desaparecido el pasado verano. Nos quedará siempre en la memoria su hombría de bien y su enorme capacidad de trabajo.

Finalmente no puedo olvidar tampoco la ayuda que me prestaron la Dra. D<sup>a</sup>. Carmen Cacho, conservadora de la sección de Prehistoria del Museo Arqueológico Nacional, y El Dr. D. Martín Almagro Gorbea, Académico Perpetuo de la Real Academia de la Historia por facilitarme el acceso al estudio y dibujo de los interesantes materiales de Ciempozuelos.

A todos ellos mi agradecimiento más sincero.

## **I. INTRODUCCIÓN**

El Vaso campaniforme es, sin duda, uno de los asuntos clásicos de la Prehistoria peninsular y europea desde los comienzos de la investigación. Son muchos y muy notables los trabajos que se han dedicado a su estudio y análisis, y probablemente también los que aborden esta cuestión en el futuro. En particular interesó de forma notable en una etapa de la investigación que por convención solemos denominar tradicional, y más precisamente histórico – cultural. Durante muchos años se pensó que las cerámicas campaniformes eran el testimonio que había dejado a su paso por Europa occidental un pueblo guerrero y nómada, que llegó incluso a ser identificado con una raza concreta.

El estudio de esta vistosa manifestación arqueológica se justificaba entonces en sí mismo, pues era tanto como abordar el análisis de los grupos humanos pertenecientes a un periodo concreto de la Prehistoria. Desde entonces muchas cosas han cambiado nuestra forma de interpretar este fenómeno, que hoy ya casi nadie asocia con un grupo étnico o racial determinado. Una vez situado dentro de su contexto social y económico, ha dejado de ser el principal representante de una etapa de la Edad de los Metales, para convertirse hoy en sólo un elemento más de los repertorios materiales de los grupos calcolíticos europeos. ¿Qué sentido tiene entonces hoy dedicar un trabajo monográfico al Vaso campaniforme?, ¿supone ello una concesión anacrónica a los viejos enfoques histórico – culturales?

Este último punto de vista ha debido ser el de muchos autores recientes, a juzgar por la significativa escasez de trabajos monográficos sobre este asunto que se constata en los últimos tiempos. No podemos olvidar que en la Prehistoria española la renovación teórica apenas tiene dos décadas de vida, y que, por tanto, lo que ha dejado de ser sospechoso de “tradicional” en otras partes de Europa sigue siéndolo en nuestro país aún hoy. Con este trabajo he pretendido poner de manifiesto que existen vías de análisis alternativas a los enfoques histórico – culturales para interpretar el Campaniforme. Más aún, que resulta un instrumento muy útil para profundizar en el conocimiento de las sociedades calcolíticas europeas y peninsulares.

¿Qué se pretende entonces explicar escogiendo hoy el Campaniforme como objeto de estudio?. Desde mi punto de vista, este complejo fenómeno podría representar el testimonio fiel de un determinado tipo de contexto social y económico, de una fase transicional en el largo proceso de cambio en el que muchos grupos humanos de Europa occidental se vieron inmersos a lo largo del tercer milenio AC. Su estudio, por tanto, tendría sentido, en tanto que análisis de un síntoma, entre otros, de estas cruciales transformaciones. Sólo así, según mi opinión, su análisis monográfico seguiría teniendo sentido aún hoy, como visión parcial, ciertamente, pero muy significativa de algunos de los procesos que se iban tejiendo en el dilatado transcurrir de los siglos, y que influirían de forma decisiva en la configuración de lo que acontecería posteriormente en la Edad del Bronce.

En lo que respecta al área de estudio se consideró que La Meseta, aún hoy y a pesar de los trabajos que afortunadamente se han publicado y se están realizando en el presente, seguía siendo uno de los ámbitos peninsulares menos favorecido por la investigación, especialmente en relación con otras regiones periféricas de todos conocidas. En su delimitación se prefirió seguir, por evitar complicaciones de difícil resolución, el criterio administrativo, englobando ambas Castillas y Madrid, a pesar de que desde el punto de vista geográfico estos límites resulten harto discutibles.

Con este propósito de partida se inició el trabajo que tuvo que plantearse en tres etapas aproximadamente sucesivas: recogida de información, análisis e interpretación final. La recopilación de los datos ha sido un proceso particularmente largo y complicado, pero al mismo tiempo insoslayable. No en vano los excelentes trabajos de Delibes (1977) y Harrison (1977), aún hoy imprescindibles, comenzaban a ser desbordados por todo un nuevo caudal de información que día a día iban proporcionando los Cartas Arqueológicas o Inventarios Provinciales y las múltiples excavaciones de urgencia.

La recogida sistemática y ordenada de estos nuevos hallazgos fue, pues, una de las tareas prioritarias de esta Tesis Doctoral cuyo resultado aparece en el segundo volumen. Ninguno de los catálogos publicados hasta la fecha alcanza siquiera el centenar de sitios con Campaniforme en La Meseta, mientras en este trabajo la cifra final supera los 500 yacimientos. Sin duda, este espectacular incremento de evidencias nos ofrece un panorama más próximo al original que lo conocido hasta el momento. Sin embargo, pese al enorme aumento cuantitativo experimentado, por desgracia en lo que respecta a la calidad de la información la mejora no ha sido tan grande, ya que muchos de estos nuevos hallazgos proceden de prospecciones de superficie.

Una vez recogida y sistematizada esta notable cantidad de datos hubo de ser procesada, analizada, y contrastada con el modelo teórico de partida, para llegar a una serie de conclusiones. El trabajo se ha estructurado en varios capítulos y apartados como sigue:

Se dedica un extenso capítulo (el segundo) a la historia de las investigaciones que se han realizado sobre la cuestión campaniforme, partiendo del debate europeo general para ir descendiendo de escala, primero en la Península Ibérica y después en cada una de las submesetas norte y sur, haciendo mención de las obras más relevantes por su influencia posterior. A continuación se realiza un repaso crítico del marco teórico a partir del cual se construyeron todas estas interpretaciones que podríamos calificar de tradicionales.

En el siguiente apartado se recogen las propuestas más recientes, que han servido para renovar el estudio de este viejo problema de la Prehistoria europea, lo cual sirve de pórtico al modelo que propongo para la situación particular de La Meseta, basándome en algunos de estos últimos trabajos.

El tercer capítulo está dedicado a los contextos arqueológicos en los que el Campaniforme meseteño aparece. Este aspecto es uno de los más importantes a la hora de contrastar las distintas interpretaciones que de estos materiales se han realizado a lo largo de los años. Para ello se divide en tres grandes apartados: el primero da cuenta de los lugares de hábitat, sus características y los patrones de poblamiento, el segundo trata las tumbas, desde su emplazamiento y estructura hasta los rituales funerarios, pasando por sus contenidos (restos humanos y ajuares). El último apartado intenta resumir las conclusiones principales a las que se ha llegado mediante el análisis de los elementos campaniformes y sus características, desglosado en ambos tipos de contextos.

En el cuarto capítulo se procede al análisis exhaustivo y sistemático de los elementos campaniformes en sus distintas manifestaciones tipológicas. En primer lugar la cerámica, empezando por las características técnicas (cocción y acabado), y seguido por las formas, y los estilos o decoración. Este último apartado, de particular significación cuando se trata de vasijas campaniformes, ha recibido un extenso y profundo tratamiento. En primer lugar con una sección dedicada al repaso de las principales teorías y formas de abordar el análisis de las decoraciones en Antropología y Prehistoria, desde los más tradicionales hasta las últimas aportaciones.

Después, y centrándonos ya en el Campaniforme meseteño, se plantea su estudio en una doble perspectiva. Por un lado respetando las clasificaciones estilísticas tradicionales se realiza un análisis exhaustivo de las características de cada estilo, partiendo de un apartado previo que reflexiona brevemente sobre la espinosa cuestión de las técnicas decorativas, y concluyendo con el no menos comprometedor problema de la posible filiación campaniforme de las cerámicas de tipo Dornajos.

Y en segundo lugar, tenemos el epígrafe dedicado al método de análisis de las decoraciones campaniformes que se propone como alternativa en esta Tesis doctoral. Los resultados obtenidos del estudio de las mejores muestras de información disponibles nos permiten realizar una serie de consideraciones finales a propósito de la naturaleza y funcionamiento de las redes de intercambios por las que suponemos circularon estos elementos. Se concluye este cuarto capítulo con sendos apartados dedicados a los componentes no cerámicos del complejo campaniforme (metal, brazales de arquero y botones de perforación en V).

En el quinto capítulo se intenta esbozar un panorama general del proceso de cambio social y económico que precede, acompaña y sucede al Campaniforme en la Meseta. Siguiendo este diseño

tripartito, comenzamos con los precedentes neolíticos y calcolíticos precampaniformes. Se trata de una revisión muy sucinta de las evidencias, que insiste sólo en los aspectos de mayor interés para el adecuado enmarque del citado proceso que explica la llegada y aceptación de estos elementos en nuestra área de estudio. A continuación, y en el apartado lógicamente más extenso de los tres, se aborda el periodo campaniforme aunando la información ya disponible con los datos proporcionados por nuestro estudio, intentando detectar en todo ello evidencias que apoyen los pilares principales del modelo o propuesta teórica de la que parte este trabajo. Se concluye el capítulo con un apartado que aborda muy brevemente el problema del final del Campaniforme en La Meseta y su relación con la aparición de los distintos grupos arqueológicos de la Edad del Bronce, y las implicaciones que todo ello tiene en los desarrollos posteriores.

Cierran este primer volumen unos Anexos donde figuran de forma detallada los datos técnicos de los distintos análisis estadísticos desarrollados, y la bibliografía de todo el trabajo. El corpus de información ocupa la totalidad del segundo volumen, donde se recogen los datos disponibles en la actualidad sobre los más de 500 hallazgos campaniformes inventariados en La Meseta.

En suma, ha sido el propósito de esta Tesis doctoral defender que existen formas alternativas a las tradicionales para abordar el estudio de esta cuestión, que sigue siendo uno de los problemas más interesantes de nuestra Prehistoria. Los retos que un fenómeno de estas características plantea en su análisis e interpretación constituyen aún hoy un indudable atractivo para los investigadores. La reciente aparición de nuevas publicaciones y la celebración de un nuevo Congreso Internacional nos indican que, lejos de lo que algunos pudieron opinar en su momento, la cuestión campaniforme sigue plenamente vigente y es capaz de atraer el interés de muchos autores.

Son muchas las incógnitas por aclarar aún, e innumerables los problemas por resolver todavía. Sólo he intentado ofrecer propuestas alternativas para la comprensión de algunos de ellos, pero desde luego queda mucho trabajo por hacer en el futuro. Me daría por satisfecho si con esta Tesis doctoral hubiese podido colaborar al menos en parte en la construcción de los cimientos de un nuevo edificio que quizás no vean nuestros ojos.

## **II. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN**

*“Nuestras verdades no valen más que las de nuestros antepasados.”* (E.M. Cioran)

## **II.A. Un asunto europeo.**

A finales del siglo pasado los primeros descubrimientos de cerámicas campaniformes en distintos lugares de Europa occidental recibieron diferentes denominaciones locales, como tipo de Brannowitz en Centroeuropa, vasos de Palmella en Portugal, y de Ciempozuelos en España. Paralelamente algunos investigadores comienzan a relacionar los hallazgos y surgen las primeras interpretaciones globales, que se dirigen de forma prioritaria a proponer lugares de origen para estas llamativas cerámicas. Siguiendo a Castillo (1928: 17-25; 1947: 599-601) podemos comprobar cómo desde los comienzos de las investigaciones se plantearon numerosas teorías. A comienzos de siglo una serie de autores como Montelius (1900), Petrie (1901) o Déchelette (1908), defendieron que las cerámicas campaniformes procedían de Egipto y Asia Menor, con una doble vía de penetración en Europa: insular, a través de Italia y Hungría, y costera, recorriendo el Mediterráneo hasta comunicar con el litoral atlántico. Esta línea de investigación apenas rebasó los primeros años del siglo, si exceptuamos algunos trabajos aislados con esta misma orientación (Mélida, 1920; Scharff, 1927; Martínez Santa - Olalla, 1947), y pronto se vio sustituida por la abrumadora mayoría de autores que defienden un origen local, en Occidente.

No obstante, en estos momentos iniciales aún no existe consenso entre los distintos investigadores, y son variadísimos los lugares propuestos como cuna. Así, ciertos autores germanos como Grössler (1909) o Much (1907) se pronuncian por un origen septentrional, en éste último caso como un ejemplo de las invasiones de los pueblos “indogermanos”. Pero pronto triunfa la tesis que sitúa en la Península Ibérica el hogar primigenio del Campaniforme, y que, desde entonces, presidirá las investigaciones hasta épocas bien recientes. Aunque ya Siret (1913: 205-210) había sugerido el carácter hispano autóctono de los que él llamaba vasos caliciformes, fueron los trabajos de Schmidt (1913, traducido en 1915) y sobre todo Bosch Gimpera (1919; 1920; 1940) los que plantearon la cuestión de forma sistemática. Este último autor situó en el llamado círculo cultural de las cuevas del centro y sur peninsular el núcleo originario de esta cultura, ámbito desde el cual se habría extendido por el resto de la Península y Europa. En este marco teórico se sitúan los primeros trabajos de Castillo (1922; 1928), que por su repercusión internacional, especialmente su tesis (1928), supuso la consagración del modelo que situaba en España la cuna del Campaniforme. Mediante un análisis comparativo entre las decoraciones campaniformes y las propias de las cerámicas incisas neolíticas hispánicas, concretó en el valle del Guadalquivir el foco original donde se gestó (1928: 29). Castillo (*Ibidem*: 141) describió asimismo, y de forma minuciosa, el rosario de grupos que a su paso había dejado la irrefrenable expansión de la Cultura Campaniforme, por la península ibérica en primer lugar, y desde allí por el resto de Europa occidental. Así, distingue los grupos directamente derivados de los peninsulares (mediodía francés, Bretaña, Cerdeña - Baleares, Sicilia, litoral toscano

y norte de Italia) de aquellos que se originan a su vez partiendo de estos focos secundarios. El grupo campaniforme del norte de Italia sería el responsable de la extensión de esta cultura allende los Alpes hacia las llanuras centroeuropeas, donde su dispersión llegaría hasta el Bajo Rin, punto desde el cual se produciría el “salto” a las Islas Británicas, “...donde da por acabadas sus largas correrías”.

Sin embargo, aunque esta visión tuvo una buena acogida entre los investigadores europeos, ya desde los primeros momentos surgieron críticas, especialmente por parte de célebres prehistoriadores del ámbito británico, muy remisos a aceptar un origen hispánico para el Vaso Campaniforme, frente a otras regiones que, como Centroeuropa, presentaban, en su criterio, mejores posibilidades (Childe, 1930; Peake y Fleure, 1930; Piggott, 1947). Sin embargo, el análisis de diversos trabajos posteriores, especialmente aquellos de quien fue el mejor exponente de esta tendencia, Childe, nos indica que, pese a todo, el modelo ibérico seguía vigente, impulsado por los trabajos de Bosch Gimpera (1940) y Castillo (1943; 1944; 1947), y a falta de una alternativa mejor. En palabras del célebre prehistoriador australiano, pese a considerar esta teoría “...increíble no teniendo nada mejor que ofrecer la acepto” (Childe, 1950: 76).

Pero, no sólo es generalmente aceptado el modelo de Bosch y Castillo respecto al origen y extensión del campaniforme, sino que también encontramos notables semejanzas entre las primeras interpretaciones sobre el significado y causas de su difusión en diversos trabajos del momento. En efecto, se va imponiendo la visión de un Pueblo Campaniforme, racialmente distinguible (fundamentalmente por su braquicefalia), compuesto por pequeños grupos muy móviles y bien armados, que buscan materias primas como el oro, el ámbar y sobre todo el cobre (“*elemento precioso de progreso*” en palabras de Castillo, 1928: 202; 1947: 709) para sus actividades artesanales y comerciales, abriendo nuevas rutas y extendiendo la práctica metalúrgica por buena parte de Europa occidental (Childe, 1929: 195-196; 1947a: 218-224; 1950: 130-132; 1958: 144-149; Castillo, 1928: 201-203; 1947: 709-711). Incluso Childe encuentra paralelos para este fenómeno en periodos históricos muy posteriores, cuando compara las actividades comerciales del Pueblo Campaniforme con las desarrolladas por los árabes en África, o cuando habla de una especie de sociedades gitanas al insistir en su supuesta segregación respecto al grueso de las poblaciones locales (Childe, 1947a: 196; 1950: 76; 1958: 147). Asimismo respecto a la importancia del alcohol, presumiblemente consumido en los vasos campaniformes, como vehículo de dominación de las sociedades indígenas con las que trabaron contacto los grupos campaniformes, encuentra también semejanzas en situaciones históricas como la colonización europea de África o Siberia, con la ginebra y el vodka como protagonistas respectivamente (Childe, 1947a: 218; 1950: 130-132).

No obstante, no se produce la misma coincidencia de Childe con las tesis clásicas de Bosch y Castillo en lo referente al esquema cronológico por ellos edificado, dada la extrema antigüedad atribuida al campaniforme

ibérico “...con intención patrioter...” (Childe, 1947b: 22), que sigue la tendencia iniciada por Schmidt (1915), y la seriación de los estilos que defienden aquellos autores por entonces.

La proliferación de trabajos de ámbito local y regional, va mostrando una realidad crecientemente compleja, que ofrece numerosos problemas a los esquemas globales de Bosch y Castillo. Los tipos físicos asociados al Campaniforme y otros elementos como los brazales de arquero, los botones de perforación en V, o la técnica cordada, que son unánimemente considerados de origen no peninsular, arrojan serias dudas sobre los esquemas un tanto simplistas entonces en boga. Y ello se refleja incluso en autores, como Almagro (1958b: 70-73), que defienden aún el origen hispano del Campaniforme, pero que reconocen que no parece ya plausible la explicación monolítica de un solo pueblo originado en España y extendiéndose por toda Europa occidental. En este caso, para Almagro, el elemento que peor encaja es el tipo braquicéfalo, que todos los autores consideran de origen externo, frente a los dolococéfalos mediterráneos, y que él parece atribuir a poblaciones llegadas de Próximo Oriente.

Por ello cada vez ganan más adeptos las tesis de los prehistoriadores del Norte de Europa, que ponían en duda el viejo modelo ibérico, y optaban por Centroeuropa y el complejo de la Cerámica Cordada como cuna, en una región donde todos esos elementos no ibéricos del package campaniforme tenían muy antiguos precedentes. Hay que esperar, no obstante, hasta la célebre “Teoría del Reflujo” de Sangmeister (1963) para que ello se concrete en un modelo alternativo, que mantiene, sin embargo, parte de la importancia inicial de la Península Ibérica en este proceso. Subraya este autor la gran variabilidad regional que los vasos campaniformes muestran en el ámbito europeo, tanto desde el punto de vista tipológico como en lo que se refiere a los contextos de aparición, aspectos todos ellos que demandan una explicación alternativa a los modelos clásicos de Bosch y Castillo, contruidos con un registro empírico muy reducido. El análisis de las diferencias entre el campaniforme de los grupos occidentales y el propio de Europa central/oriental, y las peculiaridades propias de éste último (formas cerámicas y costumbres funerarias singulares), son el punto de arranque de las indagaciones de Sangmeister, que le llevan a establecer una hipótesis personal según la cual no se puede establecer un único lugar de origen. Así, recogiendo las ideas de Smith y Blance, propone el origen de los campaniformes marítimos o paneuropeos en el centro de Portugal, a partir de una evolución desde las decoraciones neolíticas locales. La mayor antigüedad de estos tipos respecto a los incisos estaría probada según este autor en la estratigrafía del dolmen bretón de Barnenez. Desde ese lugar de origen un movimiento de “flujo” habría llevado estos primeros tipos por la costa atlántica hasta Bretaña, y desde allí a los Países Bajos, donde se desarrolló un grupo híbrido con la cerámica cordada. En Bohemia y Moravia surgiría un centro precoz, con su propio desarrollo, como consecuencia de los efectos directos de los tipos holandeses híbridos a través del Rin, con una serie de elementos singulares (puñales de cobre, brazales de arquero, botones de perforación en V, decoraciones cerámicas incisas y pseudoexcisas en amplias franjas, tumbas individuales en fosa, etc.). Un movimiento de “reflujo” se encargaría de

llevar estas novedades hasta los restantes grupos campaniformes europeos, definiendo así las características de los complejos incisos más tardíos como los peninsulares de Carmona o Ciempozuelos, tenidos por los más antiguos en los esquemas clásicos de Bosch y Castillo. Una combinación de migraciones de grupos étnicos concretos y comercio sería para este autor el mecanismo de difusión en ambos procesos (Sangmeister, 1963: 51-53)

Otros autores como Neustupny (1963), Guilaine (1966: 292) o Treinen (1970) rechazan las tesis respecto al origen ibérico, y proponen, asimismo, a Centroeuropa como el candidato adecuado. Treinen, no asume siquiera la cuna ibérica del campaniforme marítimo, único resto de las teorías clásicas en el modelo inicial de Sangmeister. La teoría del “Reflujo”, pese a contarse desde luego entre los modelos más citados y utilizados en los años posteriores, convertido en auténtico paradigma, comienza a recibir en la década de los 70 las primeras críticas y matizaciones. Así, por ejemplo, Clarke (1970: 45-47) insiste en la escasa fundamentación que tiene la seriación de los estilos campaniformes defendida por Sangmeister, y en lo inverosímil de una cronología tan corta (apenas 200 años, entre el 1700-1500 a.C., para los movimientos de flujo y reflujo en un área vastísima). Sin embargo, la hipótesis alternativa que Clarke propone ciertamente no tuvo mucho éxito. En ella escoge la región del golfo de Lyon como probable cuna de origen del Campaniforme, basándose en una serie de criterios no demasiado sólidos, tales como la gran concentración de hallazgos, su situación central respecto al área total de dispersión, la abundancia de ejemplares antiguos cordados y marítimos, o incluso una notable tradición de cerámicas impresas precampaniformes (Ibidem: 47-51). Únicamente algunos autores franceses como Guilaine (1974: 119; 1976a) parecen adherirse a ella, aunque sólo como hipótesis de trabajo y no sin matices.

No obstante, las críticas de Clarke respecto a la inconsistencia cronológica del modelo de Sangmeister iban, desde luego, en la línea acertada. Los problemas cronológicos eran algo que siempre había lastrado los estudios sobre el Campaniforme desde los comienzos de la investigación, pues siempre se habían aplicado procedimientos de cronología relativa, de base fundamentalmente tipológica. En el Congreso celebrado en Oberried en 1974, Lanting y van der Waals (1976) aplicarían por primera vez procedimientos de cronología absoluta de una forma sistemática – en concreto el C14 – y dentro de un ámbito geográfico concreto, la desembocadura del Rin. Su trabajo iba a erigirse en nueva teoría triunfante sobre los orígenes del Campaniforme, el llamado Modelo Holandés que, aunque discutido, aún hoy sigue vigente. Forma parte, desde luego, del grupo de teorías, que, arrancando del modelo de Sangmeister (1963) y de opiniones anteriores de algunos autores del ámbito británico (Childe, 1930; Peake y Fleure, 1930; Piggott, 1947), dirigen su interés hacia Centroeuropa y todo el complejo de la Cerámica Cordada como claves del problema. La genuina aportación de Lanting y van der Waals consiste en concretar su origen en un ámbito regional definido, la desembocadura del Rin en este caso, y apoyándose además en argumentos arqueológicos sólidos, como las asociaciones en contextos funerarios cerrados, y especialmente la aplicación sistemática del C14 a los restos humanos encontrados en ellos. Ello les

permite concluir que los campaniformes cordados allí son más antiguos que los Marítimos, y que se puede trazar una secuencia ininterrumpida de evolución cronotipológica desde los tipos cordados locales hasta los primeros campaniformes (PFB – AOO – BB). Aunque este modelo tiene su definitivo desarrollo y mejor escaparate en el trabajo presentado en 1974 al Congreso de Oberried (Lanting y van der Waals, 1976), y posteriormente al Congreso de Niza de 1976 (Waals, 1984), forma parte, desde luego de una línea de investigación desarrollada durante varios años (Waals y Glasbergen, 1955; Butler y Waals, 1966; Lanting, Mook y Waals, 1973). Es, sin duda, el modelo más aceptado en la actualidad, incluso por aquellos autores que inicialmente aún postulaban un origen ibérico, al menos para los ejemplares marítimos (Harrison, 1980; 1984; 1994a).

La celebración del Congreso de Oberried en 1974 aportó, además, otras destacables contribuciones, especialmente en el plano teórico, con el surgimiento de una nueva forma de abordar el problema campaniforme que no recurre a los consabidos modelos histórico - culturales tradicionales (Chapman, 1987b: 2), en consonancia con los nuevos modos de investigar que se van abriendo paso desde fines de los años 60 en el mundo anglosajón. Aunque ya podemos ver insinuada esta línea de investigación en el trabajo de Shennan (1976), fue más plenamente desarrollada por Clarke (1976). Una célebre frase pronunciada en el Congreso de Oberried resume sus ideas: *“Yo sólo veo pueblos con Campaniforme, no Pueblos Campaniformes”*. Se rompe así con los modelos anteriores, de raíz histórico-cultural, que asumían implícitamente en sus análisis el carácter doméstico de las cerámicas campaniformes, y por tanto representativo de una determinada “cultura” (etnia, grupo cultural). Por ello Clarke defiende que éstas eran manufacturas de elevada calidad que suponen una gran inversión de trabajo y que, consecuentemente, debieron tener un alto valor social. Su amplia dispersión por Europa occidental en este momento estaría testimoniando, según este autor, el surgimiento de un nuevo escenario social caracterizado por una incipiente diferenciación social, hecho que explicaría el aumento de la demanda de estos elementos de prestigio, que se dispersarían a través de las redes de intercambios entre grupos ya anteriormente establecidas.

En esta misma línea pero incidiendo más en la importancia de los aspectos rituales del Campaniforme se encuentra el trabajo de Burgess y Shennan (1976), para quienes se trataría de un conjunto de objetos que formarían parte de algún tipo de culto o ritual que tuvo una amplia aceptación, fenómeno para el que encuentran un paralelo en el llamado Culto Peyote, muy bien conocido en el registro etnográfico norteamericano. Diversos congresos posteriores como los de Niza en 1976 (Guilaine, 1976b; 1984) o Edimburgo en 1977 (Mercer, 1977), incorporan progresivamente algunas de esas novedades, especialmente éste último, e insisten en la línea de trabajo regional, que permite ir conociendo cada mejor la peculiar incidencia de lo campaniforme en las diferentes regiones europeas. Cada vez se cuenta con más datos sobre cada región y ya supone un esfuerzo suficiente controlar lo que va apareciendo en una sola. R. J. Harrison es el último prehistoriador que se ha atrevido a reunir toda la enorme cantidad de información que las distintas regiones han ido produciendo en una síntesis europea

(1980). Es, por ello, la obra de referencia obligada aún hoy si se quiere tener una visión de conjunto del problema. Incorpora además tanto el “Modelo Holandés” como las hipótesis teóricas de Clarke, y ofrece un amplio repertorio de documentación por regiones. En 1986 tiene lugar en Oxford el último Congreso europeo sobre Campaniforme celebrado hasta la fecha (Waldren y Kennard, 1987)<sup>1</sup>. En él sigue predominando la tendencia hacia los trabajos de tipo regional y local, aunque se añaden también interesantes aportaciones teóricas de tipo general, entre las que destacaremos por su trascendencia posterior la de Sherratt (1987) acerca del papel del alcohol en la difusión de las cerámicas campaniformes.

En suma, parece encontrarse asentada en la actualidad la visión según la cual el Campaniforme, inicialmente originado en la zona de la desembocadura del Rin a partir de tipos cordados locales, se convierte en una exitosa combinación de armas, elementos de adorno y recipientes para beber (presumiblemente una sustancia de alto valor social), que se extiende a través de las tupidas redes de intercambios de Europa occidental en un momento de grandes cambios sociales y económicos. Este modelo que aún es novedoso en determinadas regiones de Europa que, como España, se han visto tradicionalmente dominadas por los enfoques histórico - culturales, lleva vigente como paradigma triunfante desde los años 70 en el ámbito anglosajón. No sorprende, por ello, que la lógica pendular de la investigación comience a reflejarse en los recientes trabajos de algunos autores británicos, en forma de severas críticas (Brodie, 1994; 1997; Case, 1995a y b). En ellas básicamente se argumenta que los campaniformes no son cerámicas de lujo sino vulgares recipientes de uso doméstico, fabricados localmente en el seno de cada unidad familiar. Su extensión se explicaría por la movilidad de los grupos en sus actividades económicas habituales (Case, 1995a y b), las estrategias matrimoniales (Brodie, 1997), o incluso con el regreso del “Pueblo Campaniforme” (Idem, 1994), que ciertamente nunca había desaparecido del todo, pese a que sus características fuesen convenientemente matizadas (Gallay, 1979; Menk, 1979). Aunque en sus críticas al paradigma actual aportan sin duda valiosos matices que podrían tener el saludable efecto de prevenir el dogmatismo inherente a toda visión triunfante, sin embargo, sus propuestas alternativas tienen claras semejanzas con los más rancios enfoques tradicionales por lo que han de contemplarse con grandes reservas.

## **II.B. Un siglo de investigaciones en la Península Ibérica.**

En mayo de 1894, unas obras sacaron a la luz en Ciempozuelos (Madrid) los primeros materiales campaniformes de la Península Ibérica. Comenzaba así, en paralelo con el resto de Europa, una larga historia de descubrimientos y teorías diversas protagonizada por algunas de las más ilustres figuras de la Prehistoria española. Los hallazgos se suceden y comienzan a surgir las primeras teorías sobre su origen:

---

<sup>1</sup> Aunque todavía no se ha publicado se celebró muy recientemente (1998) un nuevo Congreso Internacional sobre Campaniforme en Trento, Italia.

Frente a las iniciales posturas orientalistas, defendidas por autores como Montelius o Déchelette, y que vinculaban la aparición del Eneolítico en Europa occidental con “impulsos llegados desde el Mediterráneo oriental”, Schmidt atribuye a las cerámicas campaniformes un origen local, datable en torno al 2500 a. C De hecho, para este autor la Península Ibérica es “el verdadero centro de la civilización” de entonces en Europa (1915: 57-58). Será Bosch Gimpera quien recoja estas reflexiones generales de su maestro y concrete algo más el origen de las cerámicas campaniformes en el llamado Círculo de las Cuevas del centro y sur de España (1919: 165, 1920: 75-76; 1932: 77). Línea de investigación que pronto sostienen también otros autores como Aberg (1921) y Alberto del Castillo. Este último investigador desarrolló las hipótesis apuntadas por Bosch, y estudió detalladamente los paralelos que existían entre los motivos decorativos de las cerámicas neolíticas peninsulares (especialmente las andaluzas) y las campaniformes, que le llevan a situar su lugar de origen en el valle del Guadalquivir (Castillo, 1922: 17-18). Esta misma interpretación es recogida por diversos autores como Martínez Santa - Olalla (1926: 107-108) o Pericot (1936: 184-186), y comienza a consolidarse como el paradigma teórico triunfante. A ello contribuirá notablemente la síntesis de Castillo (1928), primera de escala europea, que da cuenta de los materiales conocidos por entonces y distingue los diversos grupos que el Vaso campaniforme formó en su extensión por Europa. Según Castillo es en el subcírculo cultural andaluz de las cuevas donde habría que buscar su origen, en un “... *pueblo agricultor de gran empuje, con relaciones comerciales con otros y que llevase en sí el germen del progreso*” (Ibidem: 46). Las relaciones de esta región con Portugal y Almería explicarían la incorporación al Campaniforme de los tipos metálicos característicos (puñales de lengüeta). Desde Andalucía la cultura campaniforme se habría extendido en diversas direcciones: hacia la meseta sur, donde Castillo sitúa un grupo bien definido que se concentra en el valle del Tajo, desde donde posteriormente llegaría a la Meseta norte y Sistema Ibérico central, con sendos grupos. Hacia Portugal, desde donde, por vía marítima, alcanzaría Galicia (aunque en este punto manifiesta dudas sobre los paralelos portugueses de los materiales gallegos conocidos entonces) y la costa atlántica francesa. Y finalmente hacia Almería, donde se formaría otro grupo cuya proyección septentrional, a su vez, gestaría los grupos de Salamó y Pirenaico en Cataluña.

Dentro de este mismo marco teórico, tampoco faltan intentos de situar en un lugar más preciso este foco primigenio, como en el caso del Sureste (Jiménez Navarro, 1947), con la única base de ciertos hallazgos de cerámicas decoradas neolíticas consideradas prototípicas e inspiradoras de los esquemas campaniformes. Como señala Martínez (1989: 312) la investigación subsiguiente se preocupó fundamentalmente de dos asuntos: La determinación de la antigüedad relativa de los Complejos Inciso y Marítimo, y la discusión acerca del mecanismo de difusión de las cerámicas campaniformes:

Respecto a la cuestión de la cronología relativa de los estilos, parece indudable que, con el modelo creado por Bosch y desarrollado por Castillo, triunfa en los años 30 y 40 la interpretación que defendía la mayor antigüedad del campaniforme inciso, que se hacía derivar de las decoraciones neolíticas andaluzas, también

incisas. En efecto, Bosch defendió hasta el final de su vida la mayor antigüedad de los tipos incisos, nacidos a partir de las decoraciones neolíticas de la Cultura de las Cuevas del centro y sur peninsular, y con la secuencia estratigráfica definida en las excavaciones de Cerralbo en Somaén como columna vertebral (Bosch, 1940; 1944: 67; 1956: 644-647; 1971; 1975: 203-214 y 345-355). En su célebre seriación de los estilos campaniformes (Idem, 1940) distinguió hasta cinco tipos diferentes, los tres primeros presentes en la Península y los dos últimos, más tardíos, sólo en el Bajo Rin e Islas Británicas. Los tres primeros fueron definidos en la Península como sigue:

-Tipo I, o “clásico”: Directamente derivado de las decoraciones neolíticas de las cuevas del centro y sur peninsular, que se “estereotipan y sistematizan”, posee las tres formas típicas (vaso, cuenco y cazuela), se realiza tanto en técnica incisa como puntillada, y su ámbito geográfico alcanza, desde Andalucía y la Meseta, Portugal, Levante (sin llegar a Almería), Cataluña y País Vasco. Su marco cronológico se establece en el periodo comprendido entre 3000-2500 a.C., y está representado estratigráficamente en la capa inferior de Somaén.

- Tipo II: Posee dos subtipos sucesivos que se definen por la progresiva simplificación de los patrones decorativos y la evolución hacia formas cada vez menos sinuosas y más cilíndricas. En el tipo IIa las decoraciones se simplifican pero “los motivos continúan siendo relativamente ricos y correctos”, y el marco cronológico ocupa la etapa entre 2500 y 2350 a.C. El tipo IIb se caracteriza por una “degeneración de los motivos y las formas”, y ocupa un mínimo periodo entre 2350 y 2300 a.C. Ambos se situarían en las capas superiores de la estratigrafía de Somaén. En cuanto al ámbito geográfico éste es muy similar al del tipo anterior, aunque se alcanza ya Almería (Cultura de Los Millares).

- Tipo III: Se trata de los ejemplares posteriormente conocidos como marítimos (decoración en bandas puntilladas), que se dividen a su vez en dos subtipos: IIIa, sin “impresiones de cuerdecillas”, que se situaría en el periodo entre el 2300-2200 a.C., y IIIb, “con las zonas delimitadas por impresiones de cuerdecillas”, que ocuparía el final de la secuencia campaniforme, entre el 2200-1900 a.C.

Las distintas obras de Castillo (1943, 1944, 1947) van afianzando esta interpretación, sobre la base del modelo edificado en su tesis, incorporando los nuevos hallazgos descubiertos durante esos años, y con un marco cronológico matizado y más detallado, que sigue fielmente las líneas básicas trazadas por el trabajo de Bosch (1940). Según Castillo aparece el Vaso Campaniforme en el Pleno Eneolítico y tiene una larga duración en la Península, que divide en dos fases, 2400-2200 y 2200-2000, llegando a entrar en contacto con la Edad del Bronce en algunas regiones. Sin embargo reconoce que su final no es homogéneo, pues mientras en Andalucía, Almería y Levante parece concluir con la época de Los Millares, en territorios como Cataluña, la zona pirenaica, Portugal, o ambas mesetas llega al Pleno Bronce, incluso entroncando en este último caso con el mundo de la cerámica excisa (Castillo, 1943: 435).

Desde mediados de los años 50, no obstante, comienza a gestarse la teoría que defenderá la mayor antigüedad de los tipos puntillados, y que pronto pasaría a constituir la opinión más extendida entre los prehistoriadores del momento. Sólo el viejo maestro Bosch mantuvo sus ideas firmemente hasta su muerte, incluso cuando ya era general el consenso respecto a la anterioridad de los ejemplares marítimos. De hecho, el conocimiento de una de las dataciones de las excavaciones de Barandiarán en Somaén para el Campaniforme inciso, hoy muy discutida por su extrema antigüedad, pareció venir en auxilio de su olímpico aislamiento (Bosch, 1971: 32).

Es posible encontrar ciertos precedentes para estas hipótesis en los trabajos de Martínez Santa - Olalla, que siempre mantuvo criterios particulares sobre la cuestión, muy bien reflejados en las agrias polémicas personales que mantuvo con Castillo. Aunque asumió ciertamente el modelo occidentalista sobre el origen del campaniforme en un principio, siempre resaltó el trasfondo y origen último proximoriental del Neolítico hispano (hispanomauritano o iberosahariano en su terminología) (Martínez Santa - Olalla, 1946: 59-61; 1948). Por otra parte, ya en obras anteriores este autor había abordado el problema del origen de los tipos puntillados, primero como interrogante a resolver (Idem, 1930: 102), y después intentando ofrecer una solución. En su alternativa se desafiaba el modelo de Bosch y Castillo, al hacer derivar los campaniformes puntillados de las decoraciones impresas cardiales peninsulares, otorgándoles así una mayor antigüedad, así como inclinándose por una cronología general sensiblemente más baja (2000 - 1700 a.C.) para todo el fenómeno, y manifestando sus reservas ante los resultados de las excavaciones de Cerralbo en Somaén (Idem, 1935: 258-259).

Sin embargo, la ruptura con el modelo de Bosch y Castillo, y no sólo respecto a la cuestión de la seriación estilística sino también sobre los propios orígenes del Campaniforme, se produce en un trabajo posterior. En él Santa - Olalla (1947) ya argumenta explícitamente a favor de su origen proximoriental, que se atribuye a la colonización de pueblos llegados desde el Creciente Fértil. Reconoce haber caído él también (Idem, 1930; 1935) en el “...el dogma occidentalista...”, e incluso critica que se haya definido “... con el pomposo nombre de “cultura del vaso campaniforme” a una manifestación industrial y artística de una cultura: la iberosahariana del bronce mediterráneo I” (Ibidem: 85-86). Se trata de uno de los escasos ejemplos conocidos en este momento donde se cuestiona de forma explícita el trasfondo étnico del Campaniforme. En cuanto a la cronología mantiene su crítica a las elevadas fechas del modelo de Bosch y Castillo, y apoyándose en sus propios trabajos (Ibidem; Idem, 1941) y en los de Childe (1947b), propone un periodo general del 2000 al 1500 a.C. Por lo demás, dedica un gran esfuerzo en este trabajo a la demostración de la raigambre oriental de las formas y decoraciones campaniformes, con una adecuada selección de ilustraciones de vasos decorados de Mesopotamia, Persia y el Egipto predinástico (Idem, 1935: 90-94, figs. 13-15). Sin embargo, aún reconociendo el origen foráneo, no puede privar a España de un protagonismo casi obligado en Occidente, pues no olvidemos que este trabajo se escribe en la España de los años cuarenta: “Con la cultura iberosahariana del bronce mediterráneo I

*llegan a España, como un elemento más, los vasos campaniformes ....que en tierras de España van a tener un muy típico desarrollo, y, como producto español, una amplia difusión por todas las tierras europeas.... El vaso campaniforme, oriental en sus orígenes y tipo, se convierte, con su característico estilo decorativo, en el producto genuinamente español que documenta los derroteros comerciales, marítimos y terrestres, así como en algunos casos la expansión de grupos españoles introductores del metal en Occidente” (Ibidem: 94)*

La tesis orientalista encuentra eco en algunos otros autores como por ejemplo Pericot (1950: 175-177), sin embargo no dejó de ser una opinión aislada en el contexto general de la investigación del momento. Volviendo al problema de la seriación de los estilos, parece claro que cada vez se encontraban más argumentos que cuestionaban las tesis de Bosch. Aunque no podemos considerar definitivamente superado su esquema cronológico hasta que el propio Castillo, su principal seguidor, cambie de opinión, cuando examina personalmente los materiales de las excavaciones de Cerralbo en Somaén, que habían constituido la piedra angular del esquema de Bosch (Castillo, 1953), y sobre las que Santa Olalla ya había manifestado reservas (1935: 259). Castillo reconoce el error cometido al asumir sin comprobarlo el esquema estratigráfico de Cerralbo (Castillo, 1947: 624-626). Un análisis directo y personal de los materiales le llevan a concluir que las capas II y III pertenecían, en realidad, a la Edad del Hierro, y que la capa I debía representar un “...momento muy avanzado del vaso campaniforme en general...”, que sitúa aproximadamente entre el 1850-1600 a.C., en lo que llama el Bronce inicial europeo (Idem, 1953: 150). En sus propias palabras “Con ello cae por su base la cronología relativa que Bosch y yo propusimos para Ciempozuelos apoyándonos en aquél nivel de Somaén” (Ibidem: 149). De esta manera se desmarca definitivamente del esquema de Bosch, pues al reconocer el carácter tardío del estilo Ciempozuelos, que acabaría enlazando con las cerámicas de la Edad del Hierro, descarta su precedencia cronológica sobre los tipos puntillados.

Sin duda, la revisión de la estratigrafía de Somaén realizada por Castillo, fue determinante en el cambio de criterio de la investigación posterior en España. No obstante, hoy sabemos que tampoco era del todo correcta, ya que los materiales identificados como pertenecientes a la Edad del Hierro son en realidad campaniformes, como ha demostrado la reciente publicación de los materiales procedentes de las antiguas excavaciones (Cajal, 1981). El problema real no radicaba allí sino en la estratigrafía definida por Cerralbo y Cabré, según la cual existían dos tipos de cerámicas campaniforme distintos, uno de mejor calidad que aparecía en la capa inferior y otro ya “degenerado” en la superior. La reexcavación de la cueva a cargo de Barandiarán (1975) sirvió para descartar definitivamente esta secuencia, pues en 40 cm. de potencia se pudieron establecer hasta cinco niveles, en todos los cuales esos dos supuestos tipos convivían. Además se pudo constatar la intensa remoción de la estratigrafía, pues se encontraron diversos fragmentos de un mismo recipiente en varios niveles.

En las siguientes décadas se generalizan cada vez más por el resto de Europa las teorías que buscan la cuna para el Campaniforme fuera de la Península Ibérica, y en concreto en el ámbito centroeuropeo, a partir de la Cultura de la Cerámica Cordada (véase apartado anterior). Frente a esta tendencia, otros investigadores, especialmente españoles y portugueses, mantienen la hipótesis del origen ibérico. Pero ahora, una vez extendida a lo largo de la década de los 50 la idea de la precedencia de los tipos marítimos y el carácter tardío de los incisos, se requieren nuevas teorías, que acudirán entonces a las cerámicas neolíticas impresas peninsulares en busca de los prototipos ideales. Así, después de criticar el esquema cronológico de Bosch y las teorías que insisten en la existencia de un Pueblo Campaniforme, Smith (1953; 1956), sugiere la región portuguesa del Estuario del Tajo como candidato. Esta hipótesis será recogida y desarrollada posteriormente por los modelos de Sangmeister (1963) y Harrison (1974; 1977). No obstante, durante esta década y los comienzos de la siguiente aún no se impone una única visión, pues vemos coexistir estas teorías junto a otras como la pervivencia del modelo clásico en los trabajos de Bosch (1956) y algún otro autor ibérico (Veiga, 1954), o las hipótesis orientalistas desarrolladas por Martínez Santa - Olalla (1947) y respaldadas por autores del prestigio de Almagro (1958b: 69-73).

Por ello, a comienzos de los años 60, puede Maluquer plantear su preocupación por lo confuso del panorama interpretativo, especialmente en lo referido a la cronología relativa de los estilos, hecho que considera *“gravísimo, si tenemos en cuenta que con ello desaparece el único argumento que existía sobre la posibilidad del origen español del vaso campaniforme”* (Maluquer, 1960: 128-130). El análisis de los contextos funerarios en los que aparecen los campaniformes puntillados y los de estilo Ciempozuelos, y los materiales asociados a cada uno (especialmente los metálicos y líticos) le llevan a considerarlos como dos fenómenos distintos, cuyos orígenes y cronología han de ser asimismo diferentes. Así los campaniformes incisos de la Meseta presentarían todas las características de un fenómeno cultural singular, con su propia fórmula funeraria (la tumba de fosa), de cronología más tardía (alcanzando el Bronce medio) y cuyo origen, aunque desconocido, remite a algún ámbito europeo a juzgar por los tipos metálicos asociados (puñal de lengüeta sobre todo). La ocasional presencia del estilo Ciempozuelos en ellos se explica como *“intrusiones”* tardías ajenas al fenómeno. Frente a ello los campaniformes puntillados ocuparían una fase anterior, aunque llegasen a coexistir en algún. Respecto a la cuna de la variante puntillada Maluquer señala que *“es muy probable que, si no su origen, por lo menos unos de sus focos más ricos ha sido la cuenca portuguesa del Tajo, y por lo tanto puede admitirse su origen peninsular”* (Ibidem: 130).

Queda así ya planteada la cuestión del posible origen dual de ambos estilos campaniformes. Pero fue Sangmeister (1963: 49, 53), con su célebre teoría del Reflujo, quien desarrolló una hipótesis más general y concluyente al respecto. Defiende un origen más antiguo para los tipos marítimos en el centro de Portugal, su expansión por Europa en un primer movimiento de *“flujo”*, y el *“reflujo”* posterior desde Centroeuropa, que

origina en las diversas regiones los grupos tardíos con los tipos cerámicos incisos. Así, y en referencia a la Península, señala que los grupos de la Meseta y Andaluz (Ciempozuelos y Carmona), tenidos por los más antiguos en los modelos clásicos, pertenecerían, en realidad, al periodo de reflujó. Elementos tales como las decoraciones excisas, los brazales de arquero y los botones de perforación en V en el grupo de Ciempozuelos, o las copas en el de Carmona, eran, según Sangmeister, perfectamente comparables con los ejemplares centroeuropeos. Por otro lado, y en la línea de lo apuntado por Maluquer (1960), la asociación de estos elementos a la aparición de una nueva fórmula funeraria (las tumbas individuales en fosa) en ambos complejos (Ciempozuelos y Carmona), que no contaría con precedentes locales, demostrarían la supuesta migración de un grupo étnicamente homogéneo.

Como ya señalamos anteriormente (véase anterior apartado), el modelo creado por Sangmeister tuvo una gran acogida en todo el ámbito europeo, sobre todo entre aquellos prehistoriadores que incidían en la importancia del componente centroeuropeo en buena parte del complejo campaniforme. En la Península Ibérica, sin embargo, seguimos encontrando aún en los años 60 y 70, la pervivencia de las tesis iberistas entre ciertos investigadores, sobre todo en su versión moderna, ya basada en la mayor antigüedad de los tipos puntillados (Veiga, 1966; Savory, 1968: 166-189; 1973; Gonçalves, 1971). La variante clásica, que defiende la precedencia de los tipos incisos, ha quedado reducida ya a la sola figura de Bosch (1971). Por otra parte, la interpretación de los ejemplares cordados aparecidos en la Península ofrece no pocos problemas a estos investigadores, pues como señala Castillo (1956: 452) “*Si quisiéramos explicarnos dentro de la Península Ibérica la cuerda en la decoración del vaso campaniforme tropezaríamos con la dificultad insuperable de la falta de precedentes*”. Éstos remiten claramente al ámbito del norte y centro de Europa, razón por la cual, para evitar el definitivo derrumbe de la teoría que defiende el origen ibérico del Campaniforme, ha de afirmar que “... *la cuerda en la decoración del vaso campaniforme se introdujo en un momento muy avanzado del mismo en la Península Ibérica...*” (Ibidem: 455). En esta misma línea se encuentran los trabajos que Savory (1968: 166-169; 1973) dedica a esta cuestión. En ellos reconoce que su presencia en la Península implica la llegada de algún tipo de “Reflujó” desde Centroeuropa, pero insiste en mantener la tesis del origen ibérico del Campaniforme, defendiendo para ello que los tipos cordados serían posteriores a los marítimos, derivados en última instancia de un impulso meridional que seguiría un eje Sur – Norte, con el Saona - Rin como vía natural.

Pese a ello se van imponiendo en el resto de Europa las teorías que buscan los orígenes del Campaniforme en la Cerámica Cordada del norte y centro de Europa. Según Savory (1973: 222) la raíz de esta visión descansa en la consideración que tienen los investigadores británicos de Cambridge y Edimburgo del eje de comunicación cultural Egeo – Danubio – Rin como pieza clave de la prehistoria europea.

Lo cierto es que ya desde comienzos de los años 70 este modelo predominante en el norte de Europa se va ir imponiendo de forma generalizada, hasta cristalizar definitivamente con el llamado “Modelo Holandés” (Lanting y van der Waals, 1976), como ya indicamos en el apartado anterior. De ahí que, en este contexto, los trabajos realizados por R. J. Harrison (1974; 1977), que intentaban ofrecer un modelo sólido dentro del paradigma ibérico, no tuvieran, pese a su gran calidad científica, una vida demasiado prolongada. De hecho, él mismo asumiría plenamente el “Modelo Holandés” sólo tres años después de la publicación de su Tesis doctoral (Harrison, 1980). Sin embargo, lo cierto es que sus investigaciones sobre el campaniforme peninsular constituyen, sin duda, un hito significativo. Aparte del espectacular esfuerzo documental que supuso recopilar un catálogo de hallazgos actualizado, que aún hoy se utiliza, en un marco tan vasto, sus trabajos constituyen el intento más serio y mejor fundado arqueológicamente que se ha realizado hasta hoy para intentar demostrar el origen ibérico del Campaniforme.

Es cierto, no obstante, que el modelo de Harrison no es totalmente original, pues recoge ideas y teorías ya conocidas. Parte de la concepción dualista del origen de los estilos campaniformes, ya sugerido por Maluquer (1960) para la Meseta, y desarrollado por Sangmeister (1963) a escala europea. Incorpora, asimismo, la visión entonces ya generalizada, que otorga una mayor antigüedad a los tipos puntillados sobre los incisivos, y las sugerencias ya realizadas por Smith (1953; 1956) sobre su posible cuna en el estuario del Tajo portugués. Su aportación más original en este último aspecto consistió en intentar trazar la secuencia a través de la cual la cerámica decorada propia de la cultura calcolítica local, Vila Nova de Sao Pedro (VNSP), iba transformándose hasta producir finalmente los tipos campaniformes marítimos. El resto del proceso resulta, en lo básico, muy semejante al descrito por Sangmeister: Las formas marítimas se extenderían, en tanto que elementos de prestigio y a través de las redes de intercambios, por Bretaña y el Bajo Rin, hasta alcanzar el golfo de Lyon. Allí habrían entrado en contacto con los campaniformes cordados (AOC) dando lugar a los mixtos marítimos - cordados. La ausencia de tipos cordados en Portugal y la escasez de marítimos al este de Renania apoyarían esta idea. Los campaniformes AOC se extenderían hacia las islas Británicas, Bretaña, y el Languedoc, mientras los marítimos lo harían desde el estuario del Tajo, por vía costera, hacia Bretaña, Países Bajos, y a través de la Meseta hacia el grupo del golfo de Lyon. Así los híbridos marítimo - cordados podrían haber surgido dondequiera entrasen en contacto los campaniformes marítimos y los de tipo AOC. Algún movimiento autónomo de los marítimo - cordados también pudo ocurrir, explicando así por ejemplo su presencia en Bohemia. Sugiere que los campaniformes marítimos y los cordados tendrían orígenes independientes, como también lo tendrían probablemente los campaniformes con decoración metopada y la industria metálica relacionada con ellos, surgidos a partir de los grupos centroeuropeos de Vucedol. Estos últimos serían los responsables, con su expansión, de la creación de los distintos grupos regionales campaniformes tardíos, ya auténticas culturas arqueológicas o áreas culturales en el sentido más tradicional, que estarían representados en la Península por los complejos de Palmela, Ciempozuelos, Salamó, o Carmona, por ejemplo. Todos ellos ya con cerámicas

caracterizadas por la decoración en franjas y la incisión y pseudoexcisión, así como por la presencia de algunos de los más recurrentes elementos del “package” campaniforme como los brazales de arquero, los botones de perforación en V y los elementos metálicos (armas de cobre y adornos de oro), asimismo originados en los grupos húngaros de Vuucedol.

Si relevante resulta, sin duda, la obra de Harrison (1974; 1977), lo es asimismo el trabajo de Delibes (1977). Aunque dedicado a un ámbito geográfico más reducido, la Meseta norte, su influencia en la investigación desborda claramente ese marco y se convierte en años sucesivos en obra de consulta imprescindible en todo el ámbito peninsular. Aunque se basa en presupuestos teóricos tradicionales en lo interpretativo, sus apartados analítico y documental suponen una aproximación nueva, más rigurosa y moderna, al estudio del Campaniforme en la Península. En esta obra Delibes recoge las fechas radiocarbónicas entonces disponibles y atribuye una cronología baja para el desarrollo campaniforme en la Meseta norte, a partir del 1700 a.C., con una escasa incidencia de las fases más antiguas representadas por los ejemplares marítimos y puntillados. En definitiva considerándolo como un fenómeno tardío, en la línea de las hipótesis de Maluquer (1960). En lo que se refiere a la interpretación en esta obra Delibes se adhiere a la hipótesis del “Pueblo Campaniforme”, ampliamente aceptada y utilizada entonces por los investigadores que trabajan fuera del ámbito anglosajón (Bubner, 1976). La llegada del pueblo nómada portador del Vaso Campaniforme a la Meseta norte se distinguiría por la aparición de un nuevo tipo físico (braquicéfalo) y la implantación de unas nuevas costumbres funerarias (fosas individuales), que contrastarían vivamente con los tipos dolococéfalos y las tumbas colectivas locales. Según Delibes el contingente de población nueva no sería muy importante, sin embargo, aunque su efecto transformador y aculturador sería notable, pudiendo por ello reconocerse también grupos “indígenas” con vasos campaniformes (Delibes, 1977: 157-164).

En los dos últimas décadas la investigación del Campaniforme en la Península se ha visto cada vez más influida por lo que ocurre en el resto de Europa. Así, en lo referente al problema de los orígenes, se ha ido imponiendo progresivamente el “Modelo Holandés”, y abandonándose las viejas hipótesis ibéricas, incluso por parte de los mismos autores que los idearon o utilizaron en su momento (Harrison, 1980; 1984; 1994a; Soares y Tavares, 1984). En cuanto a la escala de análisis, las grandes síntesis han dejado paso a los trabajos de índole regional y local, para dar cuenta de una información cada vez más rica y variada. Así contamos con recientes trabajos en diversas regiones como Galicia (Criado y Vázquez, 1982), Levante (Bernabeu, 1984), Baleares (Waldren, 1987; 1995), La Meseta (Martín y Delibes, 1989; Blasco, 1994; Garrido, 1994b; 1995; 1997), País Vasco (Alday, 1996), Sureste (Carrilero, 1983; Arribas y Molina, 1987), o el Valle medio del Ebro (Harrison y otros, 1987; 1994). Asimismo se ha empezado a aplicar, aunque aún minoritariamente, la calibración a la “antigua” cronología radiocarbónica del Campaniforme, envejeciéndola notablemente (Harrison, 1988; Castro y otros, 1996: 105-109 y 145-148; Garrido, 1997: 192-194).

En el plano teórico, se está comenzando a producir la disolución de las interpretaciones histórico – culturales tradicionales, aunque aún de forma muy lenta e incompleta. En los trabajos más recientes se van incorporando los nuevos modelos venidos del ámbito anglosajón, aunque, por desgracia, en la gran mayoría de casos ello no implica el desarrollo de nuevas líneas de investigación. Más bien parece tratarse de una adaptación forzosa a nuevas modas teóricas ya generalizadas, que un cambio real en las estrategias de investigación, en la forma de aproximarse al problema.

## **II.C. Historia de los hallazgos en la Meseta.**

### **1. La Meseta Norte.**

Castillo (1922: 11-13 y 18), es quien primero recoge los escasos hallazgos conocidos en la región (Somaén, Numancia, Cueva de Peña de la Miel en Logroño, El Berrueco y Cardeñosa), situándolos dentro de un mismo grupo, a su vez derivado del de la meseta inferior. En su tesis posterior (Idem, 1928) lo desdobra en dos subgrupos, el de la Meseta superior propiamente dicha, donde se incluyen El Berrueco, Tejares del Otero en Palencia, y hallazgos sin procedencia de Ávila y Burgos; y el del Sistema Ibérico, con ocho yacimientos. Ambos derivados, según este autor, del grupo de la meseta sur (Ibidem: 54-56 y 196).

En trabajos posteriores, actualizados con los nuevos descubrimientos, Castillo matiza la cronología, aunque mantiene en lo esencial la interpretación general de su tesis (Idem, 1943: 397-406 y 435; 1947). Se recogen ahora nueve yacimientos en la meseta norte y sólo dos en el Sistema Ibérico, pues decide excluir algunos de los antes mencionados, unos por situarlos ahora en la Edad del Hierro (Numancia, Renciblas y Peña de la Miel), y otros porque eran sólo noticias no comprobadas (Alcolea, Tordelrábano, Atalayo, etc.). En cuanto a la cronología propone un esquema algo más detallado, y diferenciado para cada subgrupo:

a) Para la meseta superior, defiende una primera fase entre 2400-2200 y una segunda entre 2000-1900, ambas representadas en los hallazgos procedentes de los megalitos salmantinos, y una tercera ya tardía, coetánea de El Argar y representada por las cuevas burgalesas de Aceña, Padre Saturio o San García, y en El Berrueco.

b) Para el Sistema Ibérico central, y apoyándose en la estratigrafía de Somaén y el esquema de Bosch sobre ella edificado, distingue tres fases, la primera, entre 2400-2200, representada en su primera capa y coetánea de los vasos tipo Alcores, Ciempozuelos o Palmela, una segunda entre 2200-1900, y la

tercera como perduración en la Edad del Bronce. Considera que este subgrupo sería el puente hacia el valle del Ebro y Cataluña en la expansión campaniforme hacia Europa.

Maluquer (1960) fue el encargado de desmontar definitivamente esta visión clásica del Campaniforme en la zona, con motivo del descubrimiento y estudio de la tumba en fosa de Villabuena del Puente (yacimiento nº 477). Mediante un análisis de los contextos funerarios de cada estilo campaniforme, llega a la conclusión de que se trata de fenómenos bien distintos, con orígenes y cronología también diferentes. Así, según este autor, los campaniformes incisos meseteños presentarían todas las características de un grupo cultural singular, de origen europeo, la “Civilización de Ciempozuelos”, con su propia fórmula funeraria, la tumba en fosa, y una cronología tardía que alcanzaría el Bronce medio. La ocasional presencia de campaniformes Ciempozuelos en los sepulcros megalíticos locales quedaría explicada como “intrusiones” o violaciones tardías, totalmente ajenas al fenómeno, por parte de los nuevos pobladores. Los campaniformes puntillados ocuparían una fase anterior, aunque pudieran llegar a coexistir, y su origen aunque asimismo externo a la meseta, podría situarse en otra área peninsular, concretamente en la desembocadura del Tajo.

Harrison (1977: 55-67), en su síntesis peninsular (véase apartado anterior), reúne toda la información conocida hasta el momento y dedica un amplio apartado interpretativo a la meseta, donde se defiende el carácter intrusivo y foráneo de ambos complejos en la región: El marítimo de corta vida y escasa presencia y el Ciempozuelos de mayor entidad y nítida procedencia centroeuropea. En lo que se refiere al inventario de yacimientos son ya 32 los recogidos por este autor en la meseta norte.

Sin embargo, para este ámbito geográfico el trabajo decisivo será obra de Delibes (1977), algunas de cuyas líneas de investigación ya se presentan en trabajos precedentes (Martín y Delibes, 1974). Su interpretación coincide grandemente con la ofrecida por Maluquer, fundamentalmente en la consideración del Campaniforme en la cuenca del Duero como un fenómeno esencialmente tardío (datable a partir del 1700 a.C), protagonizado por el llamado grupo de Ciempozuelos. Su aparición reflejaría la llegada de gentes de origen centroeuropeo con unas determinadas características raciales (braquicefalia) y unas costumbres funerarias peculiares (tumbas en fosa). A ello se une un exhaustivo inventario de información, que con sus más de cincuenta hallazgos, constituye el mayor corpus de datos sobre Campaniforme publicado hasta la fecha en la región, y por ello sigue siendo una referencia obligada.

En trabajos posteriores de este autor es posible rastrear perfectamente el progresivo cambio que se gesta en la visión de esta cuestión, como consecuencia de la incorporación de ideas y modelos creados en ámbitos externos a la Península (véase apartado IIA). En uno dedicado a revisar el hallazgo campaniforme soriano de Villar del Campo, se valora la llegada de elementos centroeuropeos, pero no ya dentro de las

coordenadas del modelo del “reflujo” de Sangmeister, pues se asume ya explícitamente el llamado “Modelo Holandés” que lo sustituye como teoría respecto a los orígenes del Campaniforme, pocos años antes (Delibes, 1978a: 281)

Sin embargo aún predomina la visión étnica, de raíz histórico - cultural, por lo que habrá que esperar a la década de los ochenta para asistir a la definitiva transformación de la interpretación de lo Campaniforme, fundamentalmente de la mano de los trabajos de este investigador sobre la cuestión, de acuerdo con las nuevas corrientes teóricas que triunfan en la arqueología europea en estos momentos. En un primer momento se presenta de forma atenuada, con rastros aún de la visión étnica del Campaniforme, aunque ya con claras alusiones a las hipótesis sociales que consideran a estas cerámicas como símbolos de estatus (Delibes, 1985: 51). Pero posteriormente se hace ya explícita, con la definitiva afirmación del carácter local de las poblaciones asociadas al campaniforme Ciempozuelos. Éste pasa de ser auténtico fósil - guía de un grupo cultural o Civilización a convertirse en *“fósil de un determinado estamento social en una etapa muy concreta de la Prehistoria”* (Idem, 1987a: 24). Ya vimos cómo para Maluquer las fosas individuales habían constituido una referencia básica para la definición de una Civilización de Ciempozuelos, singular, de origen foráneo y claramente distinguible de los grupos megalíticos locales. Los trabajos de campo de Delibes en diversos megalitos meseteños (Delibes y Santonja, 1987; Delibes, 1987b) fueron determinantes a la hora de valorar el “autoctonismo” del complejo Ciempozuelos. En efecto pudo constatar que los enterramientos en fosa contaban con abundantes precedentes en el Calcolítico precampaniforme local, y que la utilización de los sepulcros colectivos (ya sea cuevas o megalitos) en época campaniforme, lejos de ser un hecho excepcional constituía su fórmula funeraria más genuina en aquellas regiones del valle del Duero donde eran más abundantes. Todo ello condujo a este autor a reconsiderar su postura inicial, basada en los trabajos de Maluquer, y abogar por el “indigenismo” de las gentes de Ciempozuelos, aunque sin excluir por completo la llegada de “influencias” desde Centroeuropa, claramente presentes en elementos materiales singulares como la arandela de hueso de Villabuena del Puente o las capsulitas de oro de Villar del Campo (Delibes, 1987b: 51).

En los últimos años el desarrollo de esta línea de investigación sobre el papel social del Campaniforme, en tanto que símbolo de estatus, ha llevado a este autor a intentar incluso efectuar aproximaciones teóricas a las características de la estructura social de estos grupos, mediante el uso de paralelos históricos y modelos antropológicos que han llevado la investigación desde el “Pueblo Campaniforme” hasta las jefaturas (Delibes y otros, 1995: 61; Delibes, 1995c: 79-87) y los “grandes hombres”, “régulos” o “princeps” campaniformes (Idem, 1995b: 56, 60), en un proceso quizá algo acelerado, muy representativo de la evolución reciente de la disciplina en España.

## 2. La Meseta sur.

El hallazgo madrileño de Ciempozuelos (1894) y los toledanos de La Golilleja (1895) y Burujón (1906), marcan el comienzo de una larga historia de descubrimientos en la zona. El autor que da cuenta de estos primeros y escasos hallazgos (no llegan a la decena) de forma conjunta es Alberto del Castillo (1922: 12, donde recoge seis yacimientos; 1928: 49-53 y 196, donde menciona nueve), dentro de su interpretación global del campaniforme europeo. Los incluye en el llamado por él Grupo Toledano o de la Meseta inferior, que formaba parte, junto con los de Portugal y Almería, del primer conjunto de grupos derivados directamente del primigenio hogar andaluz del Vaso Campaniforme. Su carácter secundario y derivado determina la pérdida de una serie de elementos, en general una menor riqueza, y hasta “...una evidente inferioridad respecto al grupo de Andalucía...”, que vendría ilustrada por ciertos ejemplares “... degenerados en su forma y sus motivos y que nos demuestran que el vaso campaniforme adopta aquí un desarrollo local más rústico, pareciendo como si se alejara de su lugar de origen” (Ibidem: 53).

Posteriores hallazgos van siendo publicados e incorporados a este marco teórico por otros autores como Pérez de Barradas (1929; 1933-5; 1941) o el Marqués de Loriania (1942) en Madrid, Jiménez de Gregorio (1947) en Toledo, y Estavillo (1950) en Ciudad Real. Castillo los incluye en las posteriores versiones actualizadas de su tesis (1943: 394-397 y 435; 1947), en las que llega a recoger 17 yacimientos, y ya ofrece una primera periodización regional, de acuerdo con su esquema cronológico general, con cuatro etapas: una primera de introducción del vaso campaniforme desde Andalucía, en el Pleno Eneolítico, una segunda procedente del Occidente a fines del Eneolítico, una tercera que procede de Almería en un momento avanzado de Los Millares y una cuarta caracterizada por la prolongada perduración local del Campaniforme hasta entroncar en la Edad del Bronce con las cerámicas excisas. Sitúa cronológicamente la primera etapa en lo que denomina Fase I, del 2400-2200; las dos siguientes en la Fase II, entre 2200 y 2000, y la cuarta en un momento tardío que enlaza con el Bronce pleno.

Habrà que esperar hasta la tesis de Harrison, en su apartado correspondiente a la Meseta (1977: 55-67), para ver una nueva recopilación de la información conocida hasta el momento (36 yacimientos). En cuanto a la interpretación valen las mismas observaciones realizadas en el apartado anterior respecto al carácter intrusivo y foráneo del fenómeno en la meseta, tanto del complejo marítimo, efímero y de escasa presencia, como del Ciempozuelos de mayor entidad y nítida procedencia centroeuropea.

Junto a la tesis de Harrison, en los años 70 contamos con trabajos algunos recopilatorios en la región madrileña, donde C. Priego y S. Quero (1977, 1978), dan cuenta de los continuos hallazgos que los areneros

próximos a Madrid deparan, entre los que destaca de forma especial sus excavaciones en el poblado de El Ventorro, cuya publicación definitiva es muy posterior (1992).

En los años 80 contamos con muy desiguales aportaciones. El trabajo de J.M. Rojas en Toledo actualiza el repertorio de datos disponibles con un amplio catálogo de nuevos hallazgos (1984), y en un artículo posterior (1988) se intenta abordar la cuestión campaniforme desde el análisis de la orientación económica de algunos poblados, lo cual supone una novedad respecto al panorama de la investigación anterior en la zona, en consonancia con las nuevas ideas que comienzan a llegar en este momento a la Prehistoria española. Los trabajos del equipo de la Universidad Autónoma de Madrid, dirigido por J. Sánchez Meseguer (Sánchez Meseguer y otros, 1983) sobre el Neolítico y E. Bronce madrileños, aportan una gran recopilación de datos, incluyendo los campaniformes, aunque interpretados desde presupuestos tradicionales. Muy distinta es la aportación de M<sup>ª</sup>I. Martínez Navarrete (1984; 1989), que realiza una excelente revisión de los fundamentos teóricos de la investigación de la Edad del Bronce en España, donde se dedica al campaniforme una de las mejores síntesis críticas bibliográficas publicadas hasta el momento (Ibidem: 298-337).

A finales de la década de los 80 y comienzos de la siguiente, una serie de obras presentan nuevos datos en la zona (Blasco y otros, 1988-9, 1991, Macarro y Silva, 1989, etc.), entre los que destacan dos trabajos sobre el área madrileña: La publicación de la memoria definitiva del poblado de El Ventorro (Priego y Quero, 1992), y la reciente monografía publicada con motivo del centenario del hallazgo de Ciempozuelos (Blasco, 1994). Finalmente mis trabajos en los últimos años han pretendido poner al día el estudio del Campaniforme en la meseta sur, tanto en el plano empírico como teórico (Garrido, 1994a, b y c; 1995; 1995-6; 1997; Rojas y Garrido, e.p.). En estos últimos años, asimismo, se ha planteado el problema de las cerámicas de tipo “Dornajos” y su posible filiación campaniforme (Díaz-Andreu, 1994; 1995a y b).

## **II.D. Alternativas actuales en la investigación.**

### **1. Análisis crítico de los enfoques tradicionales.**

Las distintas teorías y modelos que sobre el problema campaniforme se han formulado y debatido a lo largo de este último siglo y hasta apenas un par de décadas, aun siendo variadas, comparten todas ellas un tronco teórico - metodológico común. Se formulan unos mismos objetivos, emplean métodos similares, y articulan sus interpretaciones en torno a principios generales comunes. Hasta bien entrados los años 70 no se introdujeron nuevas formas de abordar la cuestión, en paralelo con los cambios que por entonces experimentaba la arqueología europea en el ámbito teórico. La gran duración de este periodo de la investigación, que es aún mayor en el caso de la Prehistoria peninsular (Hernando, 1992: 19), justifica que

se le dedique un apartado especial para su análisis, pues su huella es tan profunda que aún ha de percibirse en muchos trabajos actuales y futuros.

El Campaniforme, por ello, constituye uno de los mejores ejemplos de la aplicación de estos enfoques tradicionales, de raíz histórico - cultural (Martínez, 1989: 300). La escuela Histórico - Cultural alemana, también conocida como escuela de Viena, tiene su origen en la crisis que, a finales del siglo pasado, experimenta el paradigma teórico evolucionista en el ámbito de la Antropología europea, como consecuencia del poderoso influjo de la tradición germana ejercido a través de la obra de autores tan destacados como Ratzel, Froebenius o Graebner, desarrollado asimismo en Norteamérica por Boas (Trigger, 1992: capítulo 5; Hernando, 1992; Jones, 1997: 45-51). Los “estadios” de evolución cultural por los que se asumía que había transcurrido la Historia de la Humanidad en su marcha imparable hacia el Progreso, son sustituidos entonces por las “áreas o círculos culturales”. Para esta escuela la secuencia básica de desarrollo cultural sólo se había producido una vez, transmitiéndose a los demás territorios por difusión. El concepto normativo que de la Cultura tienen hace que ésta sea considerada como un cuerpo de ideas, valores y creencias compartidas, las “normas” de cada grupo humano, que son transmitidas a través del tiempo y el espacio, por aprendizaje o difusión (Martínez, 1989: 61-63; Jones, 1997: 24). Una serie de tipos materiales (en nuestro caso los campaniformes) se entienden como representativos de la totalidad de la cultura. Las diferencias y semejanzas entre conjuntos de artefactos se expresan en términos de relaciones culturales como la difusión, el contacto y la aculturación (Jones, 1997: 47), y especialmente la migración (p.e. del supuesto Pueblo Campaniforme). Ello es porque se contempla la cultura como un fenómeno esencialmente conservador, y se asume que los cambios e innovaciones internas son siempre procesos muy lentos y graduales, adjudicándose, por tanto, todo cambio brusco o a gran escala a factores externos, y siempre en términos de difusión por contacto cultural. La innovación interna sólo es posible en el caso particular de ciertos grupos, siempre escasos, especialmente creativos por sus singulares características biológicas, culturales o medioambientales (Ibidem: 24-25). En el caso de las tesis tradicionales de Bosch y Castillo es Andalucía el foco innovador capaz de gestar una “cultura” cuya capacidad de expansión ya entonces sorprende y casi fascina. Así para Castillo *“La cultura del vaso campaniforme es una cultura rica, llena de vida, pletórica de dinamismo y de posibilidades futuras, es el cociente de la actividad de unas gentes que llevaban en sí mismas el germen del progreso, esa fuerza mágica e invisible que empuja a los hombres hacia lo desconocido haciendo que escriban, inconscientes, las páginas de la Historia... pertenece a una época en la cual Europa estaba cruzada de parte a parte por caminos de relación y comercio, fase nueva de su existencia, en la que pasaba de los tiempos rudos todavía del Neolítico a aquellos otros más amplios de la Edad del Bronce.”*, en *“...una difusión cultural provocada por la busca y el empleo del nuevo metal, elemento precioso de progreso”* (1928: 13; 1947: 709). En este caso acude Castillo a los viejos conceptos evolucionistas y otorga al Campaniforme un papel de trampolín hacia el progreso, como primer paso decisivo hacia un tipo de organización social más moderna y

“evolucionada”, cada vez más próximo al modelo de las sociedades burguesas contemporáneas, cima del Progreso de la Humanidad.

Una de las prácticas tradicionales, de raíz claramente histórico – cultural, que mejor han resistido el paso del tiempo es, sin duda, la aplicación del concepto de “cultura arqueológica”, definido en su momento por Childe (1929: vi) como “...*ciertos tipos de restos arqueológicos – cerámica, instrumentos, adornos, ritos funerarios, formas de viviendas – que aparecen juntos de forma recurrente*”. Con el tiempo el viejo concepto childeano fue transformándose y se utilizó para definir entidades culturales homogéneas y perfectamente delimitadas que se correspondían, a su vez, con grupos étnicos o raciales particulares. Se suponía que una misma comunidad étnica debía compartir tradiciones, instituciones y una misma forma de vida, por lo que en buena lógica había de producir asimismo un registro arqueológico semejante, geográfica y cronológicamente delimitado. Esto era lo que se intentaba reflejar con las distintas “culturas” que convirtieron los mapas de la Europa prehistórica elaborados entonces en auténticos mosaicos de gentes (Jones, 1997: 18). Como señala Shennan (1989: 5) las “culturas” eran consideradas los auténticos actores de la Historia, desempeñando un papel semejante al de los individuos y grupos en la historia escrita.

No obstante, en la mayoría de ocasiones era preciso acudir a determinados tipos de objetos singulares para poder distinguir geográficamente estas culturas, definidas así por el nombre del susodicho artefacto. Como señalamos anteriormente, una serie de tipos materiales (en este caso los campaniformes) se entienden como representativos de la totalidad de la cultura, que se identifica así con una etnia del pasado. A ello se añadió, además, en el caso que nos ocupa, la falta de información que sobre los contextos arqueológicos en los que aparecía el Campaniforme, tuvieron que padecer los trabajos pioneros de Castillo o Bosch. Sin embargo el creciente conocimiento que sobre el particular se ha ido teniendo con el tiempo, y que siempre incide en el carácter minoritario y excepcional del Campaniforme dentro de los repertorios materiales de los yacimientos, hace difícil comprender la perduración anacrónica de esta práctica. Sólo la sistemática segregación de estos objetos de su contexto, y el enorme peso de los enfoques teóricos tradicionales ha permitido que soporte el paso de los años la “Cultura Campaniforme”. La inevitable lectura étnica, o incluso racial de este concepto, estuvo ampliamente extendida en la Prehistoria europea y fue sistemáticamente aplicada a la cuestión que nos ocupa (Neustupný, 1976). Pronto se generalizó la ecuación cultura arqueológica – etnia – raza, especialmente en un contexto sociopolítico de auge generalizado del nacionalismo en toda Europa (Jones, 1997: 15). Es bien conocido que, aunque no fue Gustav Kossinna quién primero planteó estas cuestiones, sí fueron su obra acerca del origen de los germanos y sus métodos de trabajo los que más las desarrollaron e hicieron perdurar en los trabajos posteriores de muchos autores. Aunque su muerte en 1931 le privó de conocerlo, sus teorías recibieron reconocimiento oficial por parte del Estado Nazi (Veit, 1989: 36-42). Ilustres investigadores como Childe, en sus primeros trabajos, contribuyeron notablemente al éxito y difusión de esta forma de estudiar el pasado en el ámbito

británico y europeo, bien es cierto que una vez depurados sus componentes racistas (Ibidem: 39; Jones, 1997: 15-16). Así, se habló de una “raza campaniforme” claramente distinguible a partir de los análisis antropológicos, especialmente craneométricos, ya fuese de origen centroeuropeo (Childe, 1947a: 223; 1958: 145) o proximoriental (Almagro; 1958b: 69-73).

También se generaliza en la Península la ecuación cultura arqueológica – etnia - raza, sobre todo cuando se trata este problema. Así, por ejemplo, en la célebre obra de los Leisner (1943), el Campaniforme se erige en elemento estructurador de la secuencia calcolítica del Sureste, en virtud de la supuesta ruptura étnica que estos autores atribuyen a la irrupción sobre el substrato megalítico local de este Pueblo intruso. No podemos olvidar el contexto social y político que rodea todos estos trabajos. Como ha señalado Sherratt recientemente (1993: 1) la idea de “la migración del Pueblo Campaniforme” nos dice más de la ideología nacionalista del siglo XIX que de la realidad de la vida en la Europa prehistórica.

En el caso peninsular esta situación es particularmente delicada, con un régimen político dictatorial que se esfuerza por fabricar una Historia de España que enfatice su unidad esencial indisoluble y que incida especialmente en sus glorias pretéritas. El Imperio español no queda reducido entonces a la Edad Moderna, sino que, merced al impulso de las obras de dos grandes prehistoriadores, Bosch y Castillo, que logran imponer como teoría dominante en toda Europa el origen hispano y concretamente andaluz, del Campaniforme, se sugiere que ese añorado liderazgo español en Occidente hunde sus raíces en los tiempos prehistóricos. Así, Martínez Santa - Olalla (1946: 59-61) nos relata cómo *“Una agricultura rica, ganadería floreciente y una activa metalurgia crea unos siglos de grandeza española, que por los caminos del mar y terrestres alcanza gran parte de Europa...”*. Según este autor *“...El vaso campaniforme, oriental en sus orígenes y tipo, se convierte, con su característico estilo decorativo, en el producto genuinamente español que documenta los derroteros comerciales, marítimos y terrestres, así como en algunos casos la expansión de grupos españoles introductores del metal en Occidente...”* (Idem, 1947: 94). Supone, en suma un periodo de *“...plenitud económica, una densidad demográfica del país que adquiere la tensión suficiente para realizar su primera gran empresa mundial de expansión y civilización de Occidente.....”* (Idem, 1978: 86-87).

En este panorama teórico general existen, sin embargo y como siempre, excepciones. Algunos autores, aún trabajando dentro de las coordenadas histórico - culturales, comienzan a sugerir que el Campaniforme no se corresponde en absoluto con las características propias del concepto de “cultura arqueológica” o “círculo cultural”, sino que más bien supone la difusión de una clase de artefactos entre diferentes “culturas” o “círculos”. Un texto de Bosch Gimpera ilustra a la perfección este punto de vista *“¿Hasta qué punto es necesario considerar las civilizaciones neoneolíticas como correspondientes con unidades étnicas...se puede hablar de una correspondencia de las civilizaciones con los grupos étnicos cuando se trata de Kulturkreise con*

*caracteres bien definidos, con territorios bien delimitados y poseyendo asociaciones de formas de habitación, sepulturas, utensilios y cerámica que organizan grandes unidades culturales contrastando con las unidades vecinas y avanzando o retrocediendo con todo su complejo de rasgos fundamentales. Este sería el caso cuando no se trate solamente de tipos o de trazos aislados que se propagan...” “...Pero, ¿cuál es el pueblo del vaso campaniforme y cuál es su origen? Se ha pensado frecuentemente en un pueblo de guerreros salidos de España y que conquistando Europa central.... Y todavía se ha buscado algunas veces para el pueblo en cuestión un origen remoto en el Oriente Medio.....Yo creo que es ir demasiado lejos en la busca de tales orígenes. La primera etapa de la difusión del vaso campaniforme, partiendo de Andalucía y de España central, no pienso que pueda ser otra cosa que la difusión de un tipo de cerámica sin otra consecuencia. Sería la relación entre las civilizaciones vecinas lo que le haría penetrar en Portugal y en Almería o en la cultura pirenaica y, todavía, una relación de comercio lo que lo llevaría de Almería a Cerdeña y Sicilia, así como existió una difusión comercial partiendo de Portugal y de la cultura pirenaica hasta Bretaña, y quizá de allí a Irlanda...La difusión en la Europa central parece, por el contrario, el resultado de la expansión de un pueblo que ha adoptado el vaso campaniforme como uno de sus tipos esenciales..” (Bosch, 1956: 652-654).*

No obstante, la cuestión no se reduce a constatar lo inadecuado de la aplicación de este viejo concepto de “cultura arqueológica” al fenómeno campaniforme, sino que es el propio concepto en sí lo que es cuestionable como instrumento de trabajo para la arqueología prehistórica. Son varios ya los estudios que han insistido en la enorme complejidad que rodea el estudio de lo étnico en arqueología, especialmente cuando faltan fuentes escritas (Shennan, 1989; 1991; Brodie, 1994: 6-8; Jones, 1997). Sin duda fueron los autores encuadrados en la llamada “Nueva Arqueología” quienes más duramente se atacaron los cimientos teóricos de la Prehistoria histórico – cultural tradicional, y especialmente el concepto de “cultura arqueológica”, que va a ser calificado de construcción irreal y subjetiva, y las corrientes de influencias entre ellas, que se debían a una “visión acuática de la cultura”, según la conocida chanza de Binford (1965). Según Jones (1997: 106-110) es posible agrupar en tres apartados fundamentales las críticas que, en su conjunto, la arqueología reciente, tanto procesual como postprocesual, ha dedicado al concepto clásico de “cultura arqueológica”:

1) Ya desde comienzos de siglo algunos autores (Tallgreen, Jacob-Friesen, Wahle) expresaron sus dudas respecto a la posibilidad de identificar etnias manejando sólo información arqueológica. Se sugería que no era razonable explicar toda la variabilidad de las distribuciones arqueológicas en términos étnicos o histórico – culturales, pues existían otros muchos factores implicados. Sin embargo, fue sólo desde los años 60 cuando estas críticas recibieron amplia aceptación. La complejidad implícita en la variabilidad del registro arqueológico, y concretamente de las relaciones entre la cultura material y la expresión de lo étnico, ha sido subrayada también por los enfoques postprocesuales (Hodder, 1982a y b). Incluso hay autores que, como Shennan (1989), incorporan las más recientes teorías sociológicas y antropológicas sobre lo étnico, y creen imposible determinar

diferencias étnicas a partir de rasgos materiales. Según estas teorías sólo es posible establecerlas mediante percepciones conscientes de los grupos en cuestión y sus diferencias reales o asumidas.

2) Las “culturas arqueológicas” se definieron sobre la base de una serie de criterios materiales que ningún yacimiento de los supuestamente pertenecientes a cada una de ellas cumplía en su totalidad. Así, la intuición y la más subjetiva arbitrariedad eran los métodos empleados para definir las y distinguir unas de otras.

3) Finalmente una serie de autores ha cuestionado incluso la existencia misma de los grupos étnicos, como entidades fijas y de fácil delimitación. Como señala Shennan (1991: 30), es posible que tal concepción se derive en última instancia del contexto político europeo de las últimas décadas, dominado por la Guerra Fría, que paralizó buena parte de los nacionalismos y mantuvo una situación estática forzada. Sin embargo, las fronteras culturales o étnicas y la identificación de los individuos dentro de ellas son un fenómeno dinámico, que varía cronológica y espacialmente. A menudo incluso es el resultado de manipulaciones estratégicas de las relaciones económicas y sociales, en las que puede emplearse activamente la cultura material (Hodder, 1982a y b). Sin embargo, sólo unos pocos arqueólogos, como Shennan (1989), aceptan llevar las ideas que defienden las tendencias actuales en sociología y antropología respecto a esta cuestión hasta sus extremos más críticos. Para Shennan, no existen grupos étnicos como tales hasta el surgimiento de los primeros estados, cuando ya se han destruido las formas primitivas de creación y mantenimiento de la identidad colectiva, como, por ejemplo, el parentesco (Ibidem: 16-17). De todas formas, según este autor, no podrían detectarse aunque hubieran existido, pues un requisito fundamental a la hora de definirlos es la adhesión e identificación consciente a un grupo social determinado por parte de ciertos individuos, aspecto que se sitúa ciertamente más allá de los límites del conocimiento de la arqueología prehistórica (Ibidem: 14-15).

Curiosamente, y a pesar de todo ello, no faltan intentos recientes de resucitar este “Pueblo Campaniforme” que ya creíamos difunto, y para general desconcierto, procedentes del ámbito en que se gestaron y desarrollaron los enfoques más recientes y renovadores (Brodie, 1994; 1997). Esto no significa, sin embargo, que haya que rechazar, como dogma, la existencia de posibles movimientos de población en el pasado prehistórico que se reflejen en el registro arqueológico, o simplemente negar la posibilidad de los contactos entre los grupos de unas regiones y otras, como los excesos críticos de parte de la arqueología procesual parecen haber planteado (Shennan, 1995). Pero, desde luego, no parece recomendable acudir a este tipo de explicaciones migracionistas por sistema, de forma implícita y apriorística, sin analizar cuidadosamente sus indicadores arqueológicos, asumiendo como evidente algo que en realidad también debe ser probado y explicado (Idem, 1989: 13). De hecho se sigue recurriendo a las explicaciones migratorias en la actualidad incluso para explicar patrones de dispersión de ciertos tipos campaniformes concretos (Suárez, 1997: 42-43).

Así pues, hemos visto cómo las preocupaciones tradicionales se centraban en la cuestión del origen y difusión de esta “Cultura Campaniforme” expansiva, terreno en el que se dirimían los distintos pareceres de los investigadores. En cambio el acuerdo era casi absoluto en lo relativo a sus características como “pueblo”, que eran a su vez las que explicaban su espectacular movilidad. En efecto, todos coinciden en definirlo como un pueblo nómada y guerrero, con un importante componente artesanal y comercial. Childe es quien mejor lo describe, cuando explica la difusión de los vasos campaniformes no como la migración masiva de un pueblo sino como el resultado de los movimientos de pequeños grupos guiados por la búsqueda del oro, el ámbar y el cobre, que adquieren mediante el “comercio”. Por ello, y con un ejemplo que ilustra perfectamente su punto de vista, ve más semejanzas entre sus actividades y las desarrolladas en tiempos históricos por los comerciantes árabes en África, que con las migraciones de los Bantúes (Childe, 1929: 196). Estas pequeñas bandas de “comerciantes armados”, formadas por artesanos y mujeres alfareras, viajaban en busca de mercancías más que para encontrar tierras en que asentarse, por lo que suponen un importante agente en la apertura de rutas comerciales, estableciendo relaciones mercantiles, y difundiendo la práctica de la metalurgia. Para Childe no es casual el hecho de que las mayores concentraciones de hallazgos campaniformes coincidan con vías naturales de comunicación, algunas de ellas tan importantes como la que cruza los Alpes por el paso de Brenner y abre lo que en épocas posteriores iba a ser el canal comercial más importante entre Centroeuropa y el Mediterráneo. Según este autor las técnicas metalúrgicas que el pueblo campaniforme difundió procedían en realidad del Mediterráneo oriental (Idem, 1958: 146-147). Estas bandas se distinguen, además, por una serie de elementos materiales peculiares, entre los que destaca el vaso campaniforme, copa para beber que da nombre a sus usuarios, con un probable contenido alcohólico, cuyo papel en el proceso de contacto cultural en el que su gran movilidad lo situaría permanentemente, sería comparable al desempeñado por el vodka o la ginebra, que funcionaron como instrumentos de la dominación europea en Siberia y África respectivamente (Idem, 1947a: 218; 1950: 130-132; 1958: 144-149). Para Childe, no obstante, el pueblo del vaso campaniforme tiene una notable capacidad aculturadora, pues una vez asentado en diversos territorios se mezcló con las poblaciones locales adoptando algunos de sus patrones de comportamiento, y el más claro ejemplo arqueológico de ello serían los estilos locales (Idem, 1958: 145). Aunque tampoco faltan ejemplos de su segregación respecto al resto de la población, como en Portugal, que este autor supone fue colonizada por campesinos de origen proximoriental, a modo de sociedad gitana (Ibidem: 147). Castillo se expresa aún de forma más contundente a la hora de valorar la capacidad transformadora del Campaniforme cuando afirma que “... la cultura del vaso campaniforme es una cultura de las que ... llegan a lejanos países y cambian en ellos la manera de ser de sus gentes, de las que una vez fijan en aquellos lugares se van transformando hasta cambiarse y convertirse en culturas nuevas” (1928: 14).

Por lo demás es muy semejante el panorama que nos dibujan otros prehistoriadores españoles, cuando hablan de “aristocracias guerreras” (Martínez Santa-Olalla, 1946: 59-61), o de “grupos nómadas de mercaderes y metalúrgicos” (Pericot, 1950: 180; Savory, 1968: 166-189), con actividades semejantes a las que “... todavía

*en Europa realizan los caldereros gitanos” (Pericot, 1978: 87). Para Castillo es la búsqueda del cobre, la “...causa de la extensión de la cultura del vaso campaniforme... (1928: 197), al menos en el caso de los grupos peninsulares y los directamente derivados de ellos. Se trata, pues, de “...una difusión cultural provocada por la busca y el empleo de los metales, sobre todo el cobre, elemento precioso de progreso...” (Ibidem: 202; Idem, 1947: 709), que “...no parece ser siempre pacífica, y bien podemos hablar de ocupación de territorios. Las armas acompañan siempre también al vaso campaniforme...” (Ibidem: 710). Aunque Castillo otorga a la expansión del campaniforme por Europa una misma “unidad de acción”, e intenta vincularlo, como es usual en la época, a un tipo racial determinado (más concretamente craneal: los braquicéfalos), reconoce que los datos antropológicos disponibles no son en modo alguno definitivos. Por ello confía en el futuro desarrollo de los estudios de Antropología física para resolver esta cuestión (Idem, 1928: 203) y poder confirmar “... si la identidad cultural y étnica en estas regiones y en las del norte de los Alpes es fruto de una identidad anterior en los grupos de la Península Ibérica y en los directamente derivados de ellos o si responde a influencias étnicas distintas, siendo en este caso cultura y raza dos cosas independientes una de otra” (Idem, 1947: 711).*

Finalmente no podemos olvidar que si algo caracterizó el tratamiento que la Prehistoria tradicional dio a este problema fue, sin duda, la aplicación ciertamente abusiva de un enfoque paneuropeo. Ello proporcionó una imagen monolítica del Campaniforme, que los estudios locales y regionales se encargaron de desmentir, a medida que el acopio de información crecía y mostraba un panorama más variado y complejo. No obstante la crítica al enfoque tradicional, ha llevado a la investigación reciente (Martínez, 1989: 335-337), a suponer que una vez modificada la perspectiva de estudio desde el ámbito europeo general a la escala local y regional, integrado como un elemento más en los procesos de cambio cultural, desaparecería la “cuestión campaniforme”. Nadie duda que es ésta la perspectiva más correcta, pero tampoco parece recomendable olvidar que son los intercambios los que explican la expansión de estos elementos, en lo fundamental comunes a toda el área de dispersión del mismo; por lo que no conviene abandonar en última instancia una perspectiva más amplia de la estrictamente local o regional (Garrido, 1996).

## **2. La renovación teórica del estudio del Campaniforme.**

Los artículos pioneros de Clarke (1976) y Burgess y Shennan (1976) suponen la primera alternativa seria a los enfoques histórico - culturales tradicionales. El modelo de Clarke (1976) parte de la necesidad de replantear el problema como una cuestión más teórica que empírica. Frente a las viejas visiones universales que especulan en torno a la existencia de un Pueblo Campaniforme en torno a cuyo lugar de origen se articularon las más diversas teorías, insiste en la gran variabilidad regional del fenómeno, que demanda diferentes explicaciones (Ibidem: 461). Critica algunas de las asunciones previas presentes en la investigación de este problema, tales como la consideración de las cerámicas campaniformes como

recipientes vulgares, de uso doméstico. Por ello, asume como punto de partida, y frente a las visiones tradicionales, que eran importantes vehículos portadores de rango, prestigio y ostentación de estatus, muy costosas de producir, y que eran intercambiadas entre diversas comunidades a través de grandes distancias. Como señala Clarke, en contra de lo que comúnmente se cree los recursos necesarios para fabricar cerámicas de calidad (buenas arcillas, agua y abundante combustible) pueden estar muy restringidos en determinados contextos geográficos. Además, la mayoría de comunidades agrícolas presentan una clara jerarquización en sus cerámicas entre las ejemplares finos, usualmente decorados, los de uso cotidiano y los de almacenaje. No es extraño que los primeros sean a menudo seleccionados para los ajuares funerarios, y que sean realizados por unos pocos alfareros, que actuarían como semiespecialistas de tipo estacional. La vajilla doméstica de uso cotidiano suele ser menos elaborada y se vincula con la preparación y cocinado de alimentos, por lo que frecuentemente se trata de ejemplares lisos o muy levemente adornados (Ibidem: 463).

Para sustentar estas hipótesis Clarke acude a ciertos ejemplos etnográficos, en concreto de Papua (Goodenough Island, Amphlett Group y comunidad Wanigela). Allí constata la importancia del acceso a arcillas de calidad, que obligan frecuentemente a almacenar barro, previamente transportado en canoa, a veces como en el caso de los Wanigela desde más de 6 km. de distancia. Asimismo, recoge la estimación media del tiempo invertido por un ama de casa de Goodenough Island en el proceso de elaboración de una única cerámica, incluyendo todas las etapas del proceso (obtención de la arcilla, preparación de la misma, fabricación del recipiente, secado, y decoración), que cifra en un total de 5.3 horas. Así, sólo abastecer de cerámica a una familia pequeña de seis personas en estas sociedades preindustriales, requeriría más de 100 horas de trabajo o 16-20 días al año, sin contar el excedente cerámico para los intercambios. Las cerámicas producidas en este contexto se usan en parte para el consumo doméstico pero también para el intercambio dentro de y entre las aldeas, incluso a través de considerables distancias (sobre todo para aldeas carentes de fuentes de buenas arcillas). Las cerámicas se intercambian por alimentos, canoas, conchas, telas, y obsidiana, y circulan en una variedad de transacciones sociales y de prestigio (Ibidem: 469).

Según Clarke la cerámica campaniforme más fina requeriría un periodo aún más largo de elaboración (por ejemplo un vaso de estilo Veluwe puede tener entre 2000-5000 impresiones dentadas de espátula), que estima en una media de 4-6 horas por vaso. Por ello sugiere que serían unas mercancías costosas de fabricar que no duda en calificar de “pedazos” de tiempo y energía congelados (Ibidem: 470). Así pues, según estas premisas, las cerámicas finas se habrían convertido en muchas ocasiones en productos semiespecializados para el intercambio, con un área de distribución e imitación presumiblemente amplia, muy sensibles además al cambio de moda. En contraste, las cerámicas cotidianas producidas localmente y de corta vida media representarían las tradiciones alfareras más estables. Una implicación

interesante de este modelo es que en tales circunstancias es previsible detectar distintos conjuntos regionales de cerámicas domésticas que sólo comparten como elemento común un cierto tipo de cerámicas finas, obtenido por medio de las redes de intercambios. Esta es la situación que mejor explicaría para Clarke la distribución del Campaniforme (Ibidem: 464-465). El desarrollo de las redes de intercambios y el consiguiente movimiento de diversos materiales (cerámicas, hachas de piedra pulimentada, sílex, obsidiana, etc.) está ampliamente constatado en la Europa precampaniforme. En cuanto a las evidencias directas del movimiento de las propias cerámicas campaniformes Clarke en aquel momento contaba aún con muy exiguos datos, por lo que recurre a un análisis de pastas realizado por Peacock sobre cerámicas neolíticas británicas que parecen demostrar distribuciones de un determinado tipo en un área superior a los 200 Km. de radio (Ibidem: 466). Por ello, él mismo señala que era necesario aplicar al Campaniforme un programa de análisis de procedencia de pastas cerámicas, entonces inexistente, para la validación de sus propuestas.

Sin embargo recientes trabajos en esta línea que parecen invalidar esta teoría del movimiento de las cerámicas campaniformes (Rehman, Robinson y Shennan, 1992), olvidan que ya Clarke predice en su modelo que la mayoría serían producidas localmente, y que sólo un tanto por ciento pequeño de ejemplares finos habrían sido intercambiados (Clarke, 1976: 466). En suma, todo ello conduce a este autor a bautizar de nuevo al otrora “grupo cultural o cultura campaniforme” como “red de intercambios campaniforme” (Ibidem: 468), cuyo contexto sería tan religioso y social como económico (Ibidem: 472). La situación general de Europa occidental, en pleno tránsito entre el Neolítico y la Edad del Bronce favorecería, a juicio de este autor, el desarrollo de los intercambios, pues su papel en una situación general de baja densidad demográfica seguramente fue crucial para el apoyo mutuo y la supervivencia (Ibidem: 474).

Por otro lado, la ya conocida vinculación establecida entre las decoraciones campaniformes y ciertos tejidos, le lleva a sugerir la también conocida hipótesis según la cual las mujeres fueran las responsables de la fabricación de ambos, y los intercambios matrimoniales el mecanismo social responsable de la creación de patrones decorativos regionales (como en el caso de los tartans de los clanes escoceses). Ello explicaría, según este autor, la estabilidad temporal, rayana en el conservadurismo, que caracteriza algunos de los estilos regionales campaniformes (Ibidem: 471). Asimismo, y aunque Clarke rechaza el recurso general e indiscriminado al movimiento de pueblos como explicación de la distribución del Campaniforme, en ocasiones le parece inevitable. Es el caso de las islas del Mediterráneo (Baleares, Sicilia, Cerdeña), donde su escasa presencia abogaría por pequeños desplazamientos, pero también del Atlántico, donde ejemplos como los de G. Bretaña, Irlanda y las distantes Hébridas, por la densidad de hallazgos sugieren, en su opinión, movimientos de mayor amplitud, si no masivos (en forma de poblaciones enteras) si constantes y durante prolongados periodos de tiempo, aunque siempre asumiendo la continuidad del sustrato indígena (Ibidem: 474). En este sentido subraya cómo iría en apoyo de la hipótesis de Lanting y

van der Waals de un origen campaniforme en la desembocadura del Rin, el hecho de que se documente una presencia tan acusada del mismo en G. Bretaña, a pesar de su posición periférica (Ibidem: 475).

Una vez establecidas estas premisas generales, Clarke intenta ofrecer un modelo más detallado y complejo que intente explicar la variabilidad de la presencia campaniforme en los distintos contextos regionales, para lo cual centra su atención en los asentamientos, y propone una aproximación cuantitativa. Establece una auténtica tipología regional donde se intenta reducir la variabilidad antes comentada a una serie de prototipos ideales, en función de una serie de criterios como la densidad de asentamientos con este tipo de cerámicas, o la duración cronológica global del periodo campaniforme (Ibidem: 472): Así, el Tipo I estaría caracterizado por una alta densidad yacimientos con campaniforme (entre 100 y 1000), muchos de ellos domésticos (al menos 100), y una considerable duración continuada (300-500 años de C14). En esta categoría figurarían, según Clarke, regiones como los Países Bajos, y partes de Alemania occidental, G. Bretaña oriental, Francia y Noroeste de la Península Ibérica. El Tipo II, por contra, se definiría por una baja densidad de yacimientos con campaniformes (10-100), entre ellos pocos hábitats (unos 10), y una falta de continuidad cronológica (100-300 años de C14). Como ejemplos de tales regiones Clarke menciona Dinamarca y Noruega, parte de Irlanda, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Austria, Italia, Sureste español, las islas del Mediterráneo occidental y el Norte de África.

Clarke propone asimismo otra tipología, esta vez sólo referida a los contextos domésticos campaniformes, íntimamente vinculada con la anterior. En ella se distinguen dos tipos básicos: Tipo A, caracterizado por una alta proporción de recipientes decorados en los repertorios cerámicos totales (30-15 %), que representarían un gran número de recipientes en uso simultáneo (10-100). Como ejemplos señala la mayoría de hábitats holandeses (p.e. Molenaarsgraaf con un 30-20 %), y de la zona oriental de G. Bretaña (p.e. Belle Tour), algunos irlandeses, franceses e ibéricos (Casa Pia en Belem, Montes Claros, El Ventorro). El Tipo B, por el contrario, se definiría por una baja proporción de campaniformes decorados en los conjuntos totales (1-10 %), con escasos ejemplares en uso simultáneo (1-10). Como ejemplos cita algunos irlandeses (p.e. Monknewtown con 2-3 %), la mayoría de los italianos y del Sureste español, los de Checoslovaquia, Hungría, Polonia y norte de África.

Finalmente sugiere la más que probable relación de yacimientos de hábitat de tipo A con regiones de presencia campaniforme tipo I, en lo que presumiblemente serían los focos regionales principales y originarios (G. Bretaña, Holanda, Países Bajos, Alemania occidental, y con más reservas regiones de Francia, Galicia y la Meseta), con intercambios prolongados, regulares y recíprocos. Más allá de estos núcleos existiría una especie de halo difuso, o periferia donde se produciría la relación entre la red campaniforme y otras redes distintas, y en la que se incluirían regiones del tipo II y hábitats de tipo B

(Noruega, Dinamarca, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Austria, Italia, Almería, Valencia y el Norte de África) (Ibidem: 474).

Desde una perspectiva actual puede parecerse algo simplista cuantificar la importancia de la presencia campaniforme en una región a partir del número total de yacimientos conocidos, en primer lugar porque no se tiene en cuenta el tamaño del área estudiada, por lo que quizá parece más apropiado utilizar un índice que representase el número de yacimientos por Km<sup>2</sup>. Y en segundo lugar porque, como ya reconocía el propio Clarke, el avance de las investigaciones en una región dada podía convertir una región con presencia de tipo II en tipo I. Es más, actualmente el progreso generalizado de los estudios de ámbito regional obligaría bien a considerarlas a todas ellas como pertenecientes al tipo I bien a modificar las cifras de yacimientos empleadas a la hora de fijar estas categorías. Lo mismo cabe señalar respecto a la tipología de los contextos domésticos, pero lo que resulta innegable es que en ambos casos el modelo de Clarke intenta responder a una situación real que todos los investigadores coinciden hoy en señalar, y que radica en el hecho de que existen muy notables diferencias entre las distintas regiones, y dentro de una misma región entre los distintos yacimientos en los que aparecen cerámicas campaniformes. Por simplista que nos pueda resultar hoy, sigue siendo aún el único modelo que se ha publicado sobre esta cuestión. La prematura muerte de Clarke truncó esta línea de investigación apenas iniciada, pero sus propuestas sirvieron para definir una nueva manera de abordar el estudio de esta cuestión, que tuvo sin duda cruciales consecuencias en los años posteriores.

Rigurosamente coetáneo al artículo de Clarke es el publicado por Burgess y Shennan (1976), en el que se parte de consideraciones teóricas semejantes, pues se rechazan los modelos migracionistas y se sugieren mecanismos de difusión alternativos como los intercambios. En particular centran su propuesta en los aspectos rituales y consideran que las cerámicas campaniformes y su posible contenido (quizás alcohólico) fueron elementos fundamentales de un culto o ceremonia de prestigio de amplísima aceptación. Debió comenzar como algo relativamente simple, pues en sus comienzos carecía del elemento guerrero que más adelante exhibiría, pero su extensión geográfica lo fue modelando, desde un ritual alcohólico hacia un *ethos* heroico (Ibidem: 311). Presentan como apoyo a sus hipótesis ciertos cultos o ceremonias intertribales documentados etnográficamente y en las que se empleaba un conjunto determinado de artefactos. Algunos de ellos se extendieron a través de distancias incluso mayores que las alcanzadas por el Campaniforme, siendo populares entre tribus con sistemas económicos y sociales muy distintos. Algunos no se veían acompañados de la correspondiente parafernalia material (p.e. Danza de los Espíritus), pero otros sí. Y entre ellos especialmente destacable, según su criterio, fue el “Culto Peyote”, originario de Méjico, y que se extendió desde mediados del siglo XIX entre muchas tribus de Norteamérica, llegando incluso hasta Canadá. Su elemento principal es la ingestión del cactus alucinógeno que le da nombre, pero

existen además otros componentes en la ceremonia que se extendieron junto a él (carracas, un bastón grabado, un abanico de plumas, un tamborcillo, y un altar de barro en forma de creciente). Para estos autores ello demuestra como es posible que una serie de objetos asociados a un determinado ritual de gran éxito y aceptación pueden extenderse rápidamente a través de inmensos territorios sin que en ello esté implicado el movimientos de poblaciones a gran escala.

Desde luego, el registro etnográfico atestigua ampliamente el empleo de ciertas cerámicas especiales dedicadas específicamente para determinadas fiestas o ceremonias de alto valor simbólico y social (Arnold, 1985: 159). Sin duda, este trabajo enriqueció la visión actual del asunto aportando interesantes matices respecto a su faceta ritual, así como ejemplos etnográficos muy interesantes de fenómenos semejantes. Sin embargo es su excesivo énfasis en lo ceremonial y simbólico, subestimando así el contexto social, lo que a mi juicio lo hace discutible. Un fenómeno de tan extensa duración cronológica como el Campaniforme ha de tener necesariamente unos fundamentos profundos en la estructura social y económica de los grupos implicados, y no puede reducirse a un mero ceremonial de moda. Ello no significa, en modo alguno, que los aspectos simbólicos o rituales no tuvieran un papel importante, y hasta determinante si se quiere, en su origen y difusión.

En esta misma línea, el trabajo de Thomas (1987) aporta un nuevo matiz muy interesante, al considerar que los elementos que componen el complejo campaniforme no confieren prestigio por sí solos, y no tienen un papel activo, por tanto, en el desencadenamiento de las diferencias sociales, sino que solamente simbolizan un estatus social y económico previamente alcanzado, y que hunde sus raíces en la producción, en las transformaciones que la llamada Revolución de los Productos Derivados trajo consigo (Sherratt, 1981). En definitiva se comparte la tesis de Clarke según la cual el Campaniforme no es el reflejo de los movimientos de un Pueblo nómada, sino el distintivo de las élites calcolíticas, que se difunde a través de las redes de intercambios. Sin embargo, el modelo de Clarke, claramente inscrito en los enfoques procesuales, se apoya en el concepto de "bien de prestigio". Según esta concepción pueden surgir diferencias sociales a través de la distribución diferencial de los elementos de prestigio, pues estos objetos tienen la capacidad de conferir poder a quien los posea, o sobre todo, a quien consiga controlar las redes por las que circulan (véase también como ejemplo, Thorpe y Richards, 1984). Por el contrario Thomas parte de un marco teórico materialista, según el cual los sistemas de intercambios, y los artefactos que por ellos circulan (en este caso los campaniformes) sólo pueden servir para señalar o identificar, en tanto que símbolos de poder o estatus, las diferencias sociales ya previamente originadas, y que se basan en el control de la producción. Sólo unos determinados personajes dentro del grupo, aquellos que ostentan una destacada posición socioeconómica, estarían autorizados para portarlos y exhibirlos, quedando los demás expuestos al ridículo o la sanción social si intentaban hacer lo propio sin tener derecho a ello. En trabajos posteriores

este autor ha incidido en esta misma línea de investigación, en especial lo referente a los cambios originados en los rituales funerarios tras la llegada del Campaniforme al ámbito británico desde el continente, a través de las redes de intercambios a larga distancia. Su procedencia foránea habría constituido un aliciente más para su adopción, dado el atractivo que ejerce lo novedoso, lo que viene de lejos. Constituye además la primera cerámica que aparece de forma sistemática en el ámbito funerario, lo cual para este autor indica un cambio en el uso de la cerámica, que pasa de ser un objeto cotidiano para la preparación y consumo de alimentos a erigirse en vehículo de expresión de prestigio social (Thomas, 1991a: 101- 102). En otro trabajo dedicado al tratamiento del cuerpo humano en los rituales funerarios campaniformes Thomas (1991b: 39-40) subraya el contraste que, frente a las prácticas funerarias neolíticas, repetitivas y de gran duración, debieron suponer los nuevos rituales funerarios campaniformes, que eran eventos singulares en los que se debía, por ello, producir y fijar en la mente de los presentes una identidad particular del fallecido. Según este autor esta podría ser la razón por la que en buena parte de Europa occidental, los artefactos depositados en las tumbas campaniformes están relativamente estandarizados. La audiencia debía reconocer inmediatamente que el enterrado era alguien importante.

No obstante, la supuesta dicotomía planteada por las distintas concepciones del papel del Campaniforme en los procesos de cambio social que los trabajos de Clarke y Thomas muestran, es superable en parte, tal y como hemos intentado demostrar (Garrido, 1994a y b; 1995; 1996; 1997), y como sugeriremos más adelante. Se puede otorgar un papel algo más activo al Campaniforme que el de mero señalador pasivo de una situación social dada, sin caer por ello en los excesos funcionalistas inherentes al concepto de economía de bienes de prestigio.

Entre las recientes aportaciones teóricas que más han contribuido a impulsar lo que podríamos denominar el paradigma teórico vigente respecto a la cuestión campaniforme, se cuentan sin duda los trabajos de Andrew Sherratt (1987; 1991; 1993b; 1995). Parte este autor de la vieja idea según la cual las cerámicas campaniformes fueron recipientes especiales para el consumo de bebidas alcohólicas, pero la desarrolla y completa en un modelo de indudable atractivo y creciente aceptación. Para él los elementos característicos del conjunto campaniforme forman una asociación de armas y recipientes de bebida, que constituyen una nueva forma de ostentar el poder (Sherratt, 1987: 83; 1991: 60). En este sentido, el conjunto de recipientes campaniformes no sería más que otra de las combinaciones estandarizadas de vasos que se generalizan en los ajueres funerarios de gran parte de Europa septentrional entre el IV y III milenio A.C. (TRB, Ánfora Globular, Cerámica Cordada). Para este autor, estos conjuntos podrían estar asociados con el consumo de distintas sustancias psicotrópicas, y debieron servir como poderosos medios de legitimación ritual del poder (Idem, 1987; 1991: 54-61; 1995: 26). Según este autor todas estas sucesivas vajillas cerámicas rituales, que recorren de Este a Oeste las llanuras noreuropeas estarían, en última

instancia, relacionadas con una misma fuente originaria, el Egeo y en definitiva el Mediterráneo oriental, con el vino y los recipientes metálicos para beberlo como primigenios modelos, transmitidos a través de sus correspondientes imitaciones en las culturas de los Balcanes y Cárpatos (Baden, Ezero, etc.). No se trataría, pues de una difusión directa, en el sentido tradicional del término, sino de algo más complejo. En este sentido Sherratt ha definido un nuevo concepto para este tipo de situaciones tan comunes en la Prehistoria de Europa occidental, que denomina Margen, utilizando los modelos llamados de Centro – Periferia tan en boga actualmente. Con él intenta explicar lo que ocurre más allá de las estrictas periferias de los núcleos centrales como Próximo Oriente en este caso, donde llegan aún algunos de los elementos gestados en ellos pero muy transformados por la distancia geográfica y socioeconómica, y desde luego reinterpretados localmente hasta casi hacerlos irreconocibles (Idem, 1993a).

La amplia aceptación de estos rituales de élite en las sociedades europeas del momento se explicaría porque coincidiría con un momento de grandes cambios económicos y sociales, consecuencia de lo que este autor definió en su día como la “Revolución de los productos derivados” (Idem, 1981; 1983; 1986). Se trata de un conjunto de innovaciones tecnológicas basadas en el aprovechamiento secundario de los animales (productos lácteos, tracción animal, arado), que alteran la estructura social y económica de los grupos neolíticos de Europa occidental. Según Sherratt ello conducirá al surgimiento de incipientes diferencias sociales, en forma de élites guerreras masculinas, con una subcultura particular que las identificaba como tales ante el resto del grupo, caracterizada por la combinación de armas y recipientes de beber, que aparece en sus tumbas, así como por otros distintivos como quizá la posesión de caballos y probablemente de prendas de lana. En esta misma línea Edmonds y Thomas (1987: 194-195) asocian el complejo ritual compuesto por el brazal de arquero y las puntas de flecha, presentes en muchos ajuares campaniformes, con la representación de la identidad masculina guerrera, dado que se asocian, al menos en Inglaterra, de forma casi exclusiva a enterramientos de varones.

El vaso campaniforme y su posible contenido alcohólico habrían tenido un papel altamente significativo en este proceso que no ha sido suficientemente destacado. Efectivamente Sherratt (1987: 83) subraya cómo las recientes teorías que apelan al papel social de las cerámicas finas como bien de prestigio (Clarke, 1976), aún percibiendo correctamente el carácter especial de estos conjuntos de artefactos no terminan de comprender su significado, pues tratan más del continente que del contenido. A diferencia de los objetos metálicos, que sí son normalmente estimados por sí mismos, las cerámicas son contenedores de mercancías, y es más lógico pensar que cualquiera que sea el valor que se les adjudica se derive de la naturaleza especial de lo que contienen. En este caso tal contenido podría haber sido una bebida alcohólica, sobre la que Sherratt especula a partir de ciertas referencias etnohistóricas y algunos testimonios arqueológicos. Según ellos pudo tratarse de una especie de cerveza, cuya fermentación se habría logrado quizás con la mezcla de miel, diversos frutos silvestres y cereales, ante la ausencia de fuentes de azúcar más poderosas como los dátiles de otras latitudes, y tal y como parecen

atestiguar los residuos encontrados en el vaso campaniforme de la cista de Ashgrove Farm (Dickson, 1978), o en el recipiente hallado en el túmulo danés de Egtved (Sherratt, 1987: 93-96).

El posible contenido alcohólico de los vasos campaniformes, lejos de constituir un asunto baladí, tiene consecuencias muy importantes en un contexto social y económico como el antes descrito. En primer lugar su preparación requería la inversión de parte del excedente de producción para un consumo restringido, así como la elaboración de unos recipientes adecuadamente ostentosos. Pero, además, su consumo tiene lugar en ocasiones especiales, dentro de ciertos contextos sociales restringidos, en lo que posteriormente el mundo clásico denominaría el *symposium*, esto es, ciertas fiestas o ceremonias restringidas donde el alcohol es el protagonista. A medida que las redes de parentesco se amplían más allá de las comunidades vecinas, las posibilidades de crear un cuerpo armado de seguidores se hacen mayores, y el énfasis en las fiestas guerreras y de hospitalidad crece (Ibidem: 90-93). El empleo del alcohol para estos fines sociales está ampliamente constatado en todo el mundo a través del registro etnográfico (Dietler, 1990) e histórico (Joffe, 1998).

El gran alcance y aceptación alcanzados por esta nueva forma de ostentación social en la Europa occidental del tercer milenio A.C., estaría justificado, como antes indicamos, por las circunstancias económicas y sociales por las que este vasto territorio pasaba entonces. Las élites de los distintos grupos habrían imitado no sólo el consumo de las bebidas o sus característicos recipientes y artefactos asociados, sino también los nuevos modos de interacción social (Sherratt, 1987: 90-93). Este modelo de gran éxito en el mundo anglosajón, apenas ha calado en el ámbito peninsular. Mis trabajos han intentado su aplicación en un ámbito territorial concreto, la Meseta (Garrido, 1994a y b; 1995, 1997), aunque con proyecciones en el resto de la Península Ibérica (Garrido y Muñoz, e.p.2 y 3). Por ello aunque pueda resultar en parte novedoso para la investigación peninsular no es así desde luego en el ámbito donde se originó. Pese a que sigue siendo la visión predominante en la actualidad (Edmonds, 1995: 138-140), en los últimos años, y como consecuencia de la lógica pendular que suele dominar la vigencia de las teorías en Prehistoria, han comenzado a publicarse las primeras críticas serias. Dos autores se han destacado en esta línea, H. J. Case (1995a y b) y N. Brodie (1994; 1997). Cualquier modelo que intenta explicar un problema tan complejo como este tiene indudablemente puntos débiles, y estos autores han incidido en ellos con gran habilidad. Siempre son saludables y útiles las críticas a las teorías vigentes, pues evitan los intentos de falsear la compleja realidad arqueológica simplificándola en exceso para que encaje adecuadamente en ellas, sin embargo la clave del asunto son las alternativas que se ofrecen a cambio. Y en este caso los trabajos de estos autores se asemejan mucho a las hipótesis histórico - culturales del pasado. Desde luego resulta como poco sospechoso que la tesis doctoral de Brodie (1994) vuelva a tratar de nuevo las cuestiones raciológicas relacionadas con el tan traído y llevado Pueblo Campaniforme, aunque recientemente sus hipótesis se han atenuado un tanto a este respecto (Idem, 1997). Sin embargo, aunque las alternativas propuestas por estos

autores no resulten fáciles de asumir en su totalidad, según los principios teóricos que aquí se defienden, sí lo son y mucho algunos de sus matices y críticas, por lo que a continuación intentaremos resumirlos brevemente.

Case rechaza esta visión actual, que él califica de “estereotipo” (1995a: 55), según la cual las cerámicas campaniformes serían manufacturas especializadas que se fabricaron para ser empleadas en ciertos rituales de bebida propios de las élites guerreras emergentes en el Calcolítico de Europa occidental. El análisis de las formas y tamaños de las cerámicas campaniformes británicas que este autor realiza identifica una variada gama, que va desde los pequeños vasos a los grandes recipientes de almacenaje, con una gran variedad de tipos intermedios, varios de los cuales no pudieron servir por sus dimensiones como recipientes para la bebida (Idem, 1995b: 25-26). En concreto mide las capacidades de 301 recipientes campaniformes procedentes de contextos no sólo funerarios, como ha sido práctica habitual, sino también domésticos (Idem, 1995a: 55). Los resultados de su estudio muestran una concentración de casos en torno al intervalo 500-2000 cc. (con un 78% del total), y una distribución difusa más allá de los 2000 cc. y hasta más de 4500 cc, que alcanza incluso valores superiores a los 7 litros (llegando incluso en ciertos casos hasta 10 o 20 litros). Un análisis más detallado demuestra que los recipientes individuales para la bebida, representados según Case por el intervalo comprendido entre 500 y 1250 cc., suponen sólo un 43% del total. En este intervalo se incluyen 18 de los 26 recipientes con asas, y 9 de los 10 que tienen decoración en el fondo. No obstante, la muestra se halla sesgada a favor de los contextos funerarios, que son los que han proporcionado más vasos completos. Por ello, cuando analiza por separado los 42 recipientes recogidos en contextos domésticos, la distribución resulta llamativamente distinta. Los vasos de tamaño medio (750-1250 cc) son un 50% menos frecuentes y los de tamaño grande son tres veces más abundantes. Todo ello nos indica, según este autor, que la cerámica funeraria ofrece una imagen distorsionada que ha llevado a sumir que los campaniformes son mayoritariamente recipientes pequeños, cuando la realidad ofrece una amplia gradación de tamaños (Ibidem: 56). Para Case las cerámicas campaniformes ofrecen una variedad morfológica pero dentro de una misma tradición, pues todos comparten una serie de características comunes, de la que las ofrendas funerarias parecen haber sido una selección. Para este autor la selección fue hasta cierto punto oportunista, dentro de lo disponible, eso sí con una cierta preferencia por los campaniformes grandes en las tumbas masculinas y con ajuares ricos, y de los pequeños en las infantiles. Por ello, del análisis de sus asociaciones funerarias no cabe inferir, según Case, la existencia de un culto exclusivo de los varones o cualquier otro grupo de élite (Ibidem: 59).

Además, para este autor existen muy pocas evidencias que prueben la existencia de un supuesto contenido alcohólico en los vasos (Ibidem: 63). Un rápido examen de la información disponible en el ámbito británico a este respecto, procedente de contextos funerarios, le sirve a Case para ilustrar sus puntos de vista. Así y aunque existan algunos hallazgos que sugieren el posible contenido líquido de los vasos (p.e. en Beckhampton,

Wiltshire), o incluso su carácter alcohólico (Ashgrove, Fife), otros, sin embargo, ofrecen testimonios bien distintos. Algunos vasos contenían o cubrían útiles de sílex, otros acompañaban enterramientos infantiles, o aparecieron incompletos, o incluso en unos pocos fragmentos (p.e. los dispuestos en torno a un cráneo en Sutton 268, como ejemplo extremo). Para estos últimos casos este autor propone una función simbólica, quizá relacionada con la identidad en el más allá. La misma función que, según Case, tuvo la cerámica campaniforme en vida: afirmar la identidad a través de una manufactura básica en un periodo en el que existían muchas variedades de cerámicas decoradas. El amplio repertorio formal que exhibe, entonces, podría obedecer a su carácter de manufactura básica que produce una amplia variedad de objetos para una multitud de funciones, tanto en la vida cotidiana como en ocasiones especiales (Case, 1995a: 64; 1995b: 25-26).

Para Case tampoco existen datos que sugieran el comercio sistemático a larga distancia de estas cerámicas, como parecía deducirse del modelo de Clarke (1976), sino que la evidencia parece apoyar una limitada distribución geográfica, con intercambios de corto alcance, y la producción dentro de cada hogar. Más claro aún resultaría el caso de los grandes recipientes decorados, que no pudieron circular a grandes distancias. Por otra parte, señala este autor que los análisis de pastas hoy disponibles son unánimes en cuanto a la fabricación local de las cerámicas campaniformes. Entonces ¿cómo se pudo extender una manufactura para el consumo local por un área tan vasta de Europa y tan rápidamente, y mantener asimismo los contactos entre regiones durante su desarrollo posterior (como se deduce de las semejanzas existentes entre los estilos regionales)? Según Case el Campaniforme se hizo familiar al ser la cerámica básica utilizada para diversas funciones por parte de grupos pequeños que buscaban los recursos y los intercambios en movimientos estacionales desde sus poblados bases (Case, 1995b: 25-26).

En una línea crítica muy semejante se encuentran los trabajos de Neil Brodie (1994; 1997), aunque su propuesta teórica alternativa es mucho más explícita, y desde luego más especulativa, sobre todo en su trabajo más reciente (Idem, 1997). Ya en su Tesis doctoral (Idem, 1994) realizó este autor una crítica sistemática de los modelos teóricos al uso, especialmente los aplicados al caso británico. Sus ataques se centran en el concepto del Campaniforme como bien de prestigio, con un valor social universalmente aceptado, deducido a partir de las horas de trabajo invertidas en su fabricación (Ibidem: 14-17). Se critica la propuesta de Clarke (1976) sobre este aspecto, y se propone una estimación de menos de cuatro horas por vaso como valor más ajustado a la realidad, pues existen procedimientos para reducir el tiempo de fabricación, ampliamente documentados en el registro etnográfico, que Clarke no recoge. Entre otros Brodie menciona el empleo de los niños para trabajos sencillos (recoger leña o agua), o la cocción simultánea de varios vasos. Además, existen otros objetos, que nadie tiene por bienes de prestigio (por ejemplo los collares), cuya elaboración requiere más horas que la de un vaso campaniforme. Para este autor el valor social de un objeto no depende exclusivamente de criterios objetivos, sino que suele ser arbitrario, basado en el consenso social. Por esta razón le parece difícil creer que un determinado

objeto tuviese un valor casi universal, común para sociedades tan distintas como las que debieron vivir en un área tan vasta como Europa occidental. Al igual que Case insiste en que los análisis de pastas parecen desmentir una de las predicciones del modelo de Clarke, los intercambios a larga distancia de estas “valiosas cerámicas”, pues siempre apuntan hacia una fabricación local.

Brodie cuestiona también la atribución del Campaniforme a un determinado sector de la población, en este caso los varones adultos, que un análisis sistemático de los patrones de sexo y edad asociados con él, y con otros grupos arqueológicos en Gran Bretaña (Food Vessels, y Bronce antiguo) parecen desmentir. De hecho, cerca de un 30% de ellos aparecen en tumbas infantiles (Brodie, 1994: 17-18). Tampoco quedan libres de crítica los modelos que consideran que el Campaniforme es el correlato material de un ritual de gran éxito, posiblemente relacionado con el consumo de alguna bebida alcohólica. Respecto al trabajo de Burgess y Shennan (1976) que presentó para ello el paralelo etnográfico de la expansión del Culto Peyote, Brodie encuentra razones de peso que lo hacen inservible. Según él su desarrollo debe mucho al influjo de la llegada del Hombre Blanco a Norteamérica, en especial a su servicio de correos, a través del cual circularon algunos de los objetos propios de este culto (Brodie, 1994: 19). No obstante, para este autor estos modelos que él agrupa bajo la denominación “del Complejo Ritual” resultan los más aceptables de todos los propuestos, siempre y cuando se complementen con una revisión respecto al mecanismo difusor, que según él hay que relacionar con la expansión de un pueblo migratorio (Ibidem: 20).

Nuevamente vemos en este trabajo de Brodie algunos de los argumentos más tradicionales, tales como la inevitable lectura migratoria de los cambios supuestamente bruscos detectados en el registro arqueológico, en definitiva el regreso del “Pueblo Campaniforme” (Ibidem: 34-35). No en vano, buena parte de este trabajo se dedica al detallado estudio de una amplia muestra de restos craneales del ámbito británico, cronológicamente comprendidos entre el Neolítico final y la Edad del Bronce (Ibidem: 36-80). Si efectivamente logra, tal y como se proponía, argumentar con éxito la ausencia de asociaciones exclusivas entre el Campaniforme y un grupo de edad o sexo concretos, consigue lo mismo, esta vez a su pesar, respecto a su vinculación con un tipo físico determinado. El propio autor tiene la honradez intelectual de admitir que los resultados de ese estudio craneométrico no son en absoluto concluyentes, y no apoyan sus hipótesis sobre el “Pueblo Campaniforme”. Reconoce que los cambios detectados en los índices craneales pueden obedecer a una multitud de causas biológicas, y no necesariamente a fenómenos migratorios, como las viejas teorías postulaban. No obstante, para Brodie este hecho no debe interpretarse como prueba de la inexistencia de tal Pueblo, y desde luego debe animar al uso, hoy tan desacreditado, de la información que ofrecen los restos humanos en lo relativo a la detección de primitivas etnias, siempre y cuando se avance en la comprensión de la complejidad de los mecanismos biológicos que explican su variabilidad (Ibidem: 80).

Sólo tres años después Brodie (1997) presenta un nuevo modelo, ciertamente singular, sobre el origen y significado del Campaniforme, que apenas comparte con su Tesis, antes analizada, más que las críticas a los enfoques recientes. En él incorpora ciertos elementos de las corrientes teóricas postprocesuales, especialmente la llamada Arqueología del Género. En la dirección apuntada por Case, parte de la crítica sistemática al “estereotipo” actual, que, según él tiene muy hondas raíces, pues se nutre en última instancia de ciertas visiones de una sociedad guerrera patriarcal, ya evocada por los antiguos historiadores clásicos, y que sería precursora de las tribus de la Europa de la Edad del Hierro (Brodie, 1997: 297). Sus críticas se centran, siguiendo a Case, en el asunto del posible contenido alcohólico de los vasos campaniformes. Par ello realiza un repaso sistemático de las evidencias disponibles al respecto en Gran Bretaña, y concluye que salvo quizás en los casos de Ashgrove y Barnack, no se puede decir con seguridad que contuvieran alguna clase de sustancia alcohólica cuando se depositaron en la tumba. Menciona también ejemplos en los que se puede asegurar que se encontraban vacíos, e incluso casos en que los recipientes contenían restos humanos (Barrow Hills, Radley). Todo ello demuestra, según Brodie, que los campaniformes se utilizaron para muchas funciones y no sólo como recipientes de bebida (Ibidem: 299). Por otro lado, señala este autor que la aparición del Campaniforme en Centroeuropa no puede vincularse con la extensión de este supuesto “culto alcohólico”, ya que esas regiones contaban desde hacía varios siglos con sus propios recipientes de bebida (cultura de Baden). En suma, Brodie admite como posible que algunas comunidades portadoras del Vaso Campaniforme introdujeran la práctica alcohólica en las Islas Británicas, e incluso que algunos de estos recipientes se usaran como contenedores de dichas bebidas, pero rechaza que la extensión de esta cerámica por Europa central y occidental estuviera asociada principalmente con la expansión de un ritual de bebida masculino.

Frente a ello, y a partir de una serie de generalizaciones obtenidas de la información etnográfica, que asocian estrechamente la actividad alfarera con las mujeres, Brodie sugiere que las cerámicas campaniformes, por su alto valor simbólico y lo llamativo de su aspecto, pudieron servir a la construcción de la identidad femenina en aquellas sociedades (Ibidem: 301-303). En cuanto al problema del origen y difusión propone como escenario la zona de la Europa neolítica que se hallaba en contacto con lo que él mismo denomina la “frontera calcolítica”. Esto es, el punto máximo de extensión de los grupos calcolíticos centroeuropeos, a su vez derivados del precoz núcleo suroriental, que hacia el 2700 A.C. se habría situado en las altiplanicies del Norte de Europa. Según este autor, en los grupos neolíticos occidentales existía un claro deseo de adquirir la tecnología metalúrgica, a juzgar por las imitaciones que realizaban en sílex de las armas metálicas de otras zonas vecinas. Ello habría conducido a la modificación de las estrategias matrimoniales de estos grupos, que se habrían dirigido entonces hacia los grupos calcolíticos vecinos “tecnológicamente más avanzados”. Para Brodie la única forma de poseer una tecnología, y no sólo unos productos, es tener a quienes la conocen y practican. A la vez, el ámbito neolítico occidental se presentaba como una buena oportunidad para los personajes “de segunda fila” de los grupos calcolíticos. Así se habría producido un flujo de mujeres hacia el Este, que habrían llevado consigo sus

técnicas cerámicas, y la frontera calcolítica se habría ido desplazando progresivamente hacia Occidente (Ibidem: 307-311). Por ello, según este autor, las cerámicas campaniformes no serían indicadores de una evolución social, sino que suponen el testimonio del florecimiento final y quizás fatal del mundo neolítico. Sin embargo la introducción en Europa noroccidental de la metalurgia del cobre, que acompaña en su dispersión al Campaniforme, sí tendrá consecuencias, en su criterio, al proporcionar los medios y oportunidades para futuras transformaciones sociales (Ibidem: 312).

¿Es posible sostener aún el actual modelo teórico sobre el Campaniforme después de las evidencias expuestas por estos autores?. La respuesta ha de ser sin duda afirmativa, en primer lugar porque la mayoría de sus críticas pueden matizarse, y en segundo lugar porque las alternativas que proponen son aún mucho más discutibles. Como vimos anteriormente tanto Case como Brodie rechazan las teorías que interpretan las cerámicas campaniformes como recipientes implicados en algún tipo de ritual elitista relacionado con el consumo de sustancias alcohólicas. Un examen exhaustivo de los hallazgos funerarios británicos les permiten afirmar que no se pueden hallar pruebas de tal hipótesis. Incluso existen diversos testimonios que parecen demostrar lo contrario, pues o se encontraron vacíos, en fragmentos o incluso contenían restos humanos. Sin embargo, lo único que están demostrando los hallazgos del primer tipo es que estos recipientes solían colocarse vacíos en las tumbas, pero nada informan acerca de su posible contenido. Es más, suponiendo que tal contenido fuese una bebida muy preciada y especial, lo más lógico es pensar que no se “malgastase” en la tumba. Un comportamiento más coherente y que cuenta con paralelos en épocas históricas es el del banquete funerario, donde se consumen diversos alimentos y bebidas (especialmente vino), cuyos contenedores, una vez terminada la ceremonia, se depositan en la tumba completos o fragmentados (al ser rotos intencionadamente). Esta costumbre tan característica del mundo clásico podría quizás servirnos *mutatis mutandi* como una referencia interesante a la hora de interpretar algunos de estos hallazgos, en especial aquellos donde aparecen sólo unos cuantos fragmentos campaniformes intencionadamente depositados junto al muerto. Aún más atractiva resulta esta hipótesis si se aplica, como veremos más adelante, a ciertos ejemplos meseteños como la tumba abulense de Valdeprados, donde existe una curiosa deposición de fragmentos campaniformes incisos pertenecientes a unos pocos recipientes en un paquete estratigráfico que se superpone al ajuar metálico y cerámico liso.

De hecho, está constatada esta práctica a fines del siglo V a.C. en la Meseta, concretamente en la necrópolis ibérica albaceteña de Los Villares, en la que se documentaron dos espectaculares *silicernia* en sendas tumbas tumulares. Estaban formados por la acumulación desordenada de varias decenas de piezas cerámicas griegas de lujo relacionadas con el consumo de vino, entre otros objetos de gran valor. Su excavador los relaciona con la introducción de los ritos del vino y del *symposium* dentro del marco de la creciente helenización de la sociedad ibérica (Blánquez, 1992: 256, Láminas IIc y IIIa). En ausencia de las referencias escritas disponibles

para este contexto, la aplicación de un análisis crítico semejante al antes realizado por Case y Brodie habría descartado a priori estas consideraciones.

Otros argumentos en los que se apoya Case para rechazar la hipótesis que interpreta el Vaso Campaniforme como un recipiente ritual para beber alcohol, se apoyan por un lado en la existencia de inhumaciones infantiles acompañadas de este tipo de recipientes, y por otro en la gran variedad de tamaños y capacidades que presentan, según el análisis que el autor efectúa con la información procedente del ámbito británico. En el primer caso podríamos señalar que este autor realiza una lectura lineal y algo simplista del discurso funerario, cuya lógica simbólica no parece tener en cuenta. Como señala Thomas (1991a: 129; 1991b: 34-35) los elementos que forman los ajuares campaniformes son objetos de alto valor simbólico, cuidadosamente seleccionados para resaltar la importancia social del fallecido, a través de la construcción de una identidad personal que no tiene por qué corresponder al detalle con la que tuvo en vida. De hecho este autor recoge como ejemplo ilustrativo una referencia muy interesante procedente de la tumba británica de Borrowstone, en la que uno de los individuos enterrados que estaba acompañado del binomio arco/ brazal de arquero mostraba una severísima lesión en la columna vertebral que le habría impedido practicar esta actividad desde hace muchos años. Los objetos que componen estos ajuares funerarios parecen por ello no tanto reflejar de forma exacta la “profesión” de la persona en cuestión, como algunos autores han asumido (véase las famosas tumbas campaniformes holandesas de metalúrgicos, por ir acompañadas de piedras de afilar, o incluso la de un supuesto pescador, de las que habla Harrison, 1980: figuras 12 y 18) , sino más bien representar un estatus o posición social a través de la exhibición de ciertos símbolos de gran valor para la comunidad, por los aspectos económicos, sociales e ideológicos relacionados con ellos.

En lo que se refiere a la cuestión del tamaño de los recipientes, muy distintos son los resultados ofrecidos por la muestra meseteña, como tendremos ocasión de exponer más adelante. Pero incluso se pueden indicar algunas precisiones sobre el caso británico que matizan algunas de las afirmaciones de Case. Así, varios de los grandes recipientes campaniformes que este autor recoge en su estudio no son tales, sino cerámicas lisas aparecidas junto a ellos, lo cual exagera el porcentaje de los vasos grandes, con la clara intención de desmontar la actual visión del problema, según la cual cabría esperar una concentración de casos en el intervalo 450-1250 cc., que se supone el más idóneo para un recipiente de bebida individual. No obstante, y a pesar de ello, en el propio estudio de Case sigue siendo ese margen el mejor representado. Para el caso meseteño, en cambio, sí contamos con vasos campaniformes decorados de grandes dimensiones, lo cual supone, sin duda, un reto a los modelos de Sherratt y Clarke, pues no parecen apropiados ni para la bebida ni para ser objetos de comercio o intercambio. Intentaremos ofrecer explicaciones para la función de estas peculiares formas en el supuesto ritual de bebida asociado con el Campaniforme en apartados posteriores. En referencia al segundo aspecto mencionado, la cuestión del movimiento de cerámicas a través de los sistemas de intercambios, podemos señalar como

consideración general que la extensión geográfica de un determinado rasgo tipológico no implica necesariamente el movimiento efectivo de los objetos que lo ostentan. Y esto es algo que recogen los trabajos de Case cuando critica la predicción que el modelo de Clarke estableció respecto al movimiento de las cerámicas campaniformes, en tanto que preciados bienes. La ausencia de evidencias que lo prueben, hoy que ya disponemos de mayor cantidad de análisis de procedencia de pastas cerámicas que en los años 70, todos los cuales apuntan hacia la fabricación local, sirven a Case para rechazar frontalmente las hipótesis sociales de Clarke. Sin embargo, existen otros mecanismos como los intercambios matrimoniales o la movilidad de los patrones económicos, que tanto Case como Brodie manejan en sus modelos, que podrían ayudarnos a explicar estos fenómenos. Por otro lado no podemos olvidar las limitaciones que el registro arqueológico y los análisis de pastas tienen. En efecto, parece lógico suponer que, tras la introducción del Campaniforme en una región no transcurriese mucho tiempo hasta que los vasos fuesen fabricados localmente, por lo cual la mayoría de análisis han de reflejar este hecho, pero debieron existir probablemente también objetos que sí circularon como tales entre regiones, las auténticas “importaciones”, pero su excepcionalidad y la naturaleza selectiva del registro arqueológico que refleja siempre tendencias generales o mayoritarias, dificultan mucho su identificación. Además los propios métodos de análisis tienen sus limitaciones y sesgos, en función de la muestra disponible y las características del medio.

En suma y aunque se pueden matizar, como ya hemos señalado, las críticas de estos autores aportan sin duda elementos interesantes al debate. Sin embargo, no podemos decir lo mismo de las alternativas teóricas que a cambio ofrecen. Así, Case interpreta los recipientes campaniformes como cerámicas domésticas, fabricadas localmente, y destinadas a muy diversos usos, cuya dispersión por Europa occidental vendría explicada por la movilidad inherente a los patrones económicos de estos grupos. Sin embargo nada se ofrece para intentar explicar las razones del éxito “internacional” de estos elementos materiales. Si no es el contexto social lo que explica su aparición y difusión ha de plantearse un factor alternativo, pero no se hace. Tampoco se justifica por qué surge este fenómeno tan peculiar en este momento preciso de la Prehistoria y en esa región amplia pero concreta. El modelo de Brodie es más explícito respecto a estos interrogantes, pero las respuestas que ofrece superan con creces los grados de especulación alcanzados por las teorías que él mismo critica, y no resultan aplicables más que a una zona muy concreta del ámbito de dispersión de este fenómeno, el centro y norte de Europa. En primer lugar, y como él mismo reconoce (1997: 311), no está ni mucho menos probada la asociación Campaniforme – mujer, que sus hipótesis postulan. Los datos etnográficos que utiliza son bien conocidos ya hace tiempo, y se reducen a mostrar que la alfarería suele ser una actividad femenina en la mayoría de sociedades agrarias del mundo. Pero no queda claro por qué sólo las cerámicas decoradas son las destinadas a expresar la identidad femenina. Más bien parece tratarse de una puesta al día algo apresurada del autor respecto a ciertas corrientes postprocesuales como la Arqueología feminista, muy en boga actualmente en ciertos círculos académicos británicos. Por otro lado, Brodie otorga en todo su discurso un papel muy importante a la metalurgia, como elemento capaz de alterar los sistemas sociales

neolíticos, que introdujo por primera vez en la zona usos premonetales, que permitieron agilizar las transacciones comerciales, y posibilitaron la acumulación. Se trata de una visión de la metalurgia muy semejante a la tradicional, y que dibuja un panorama excesivamente complejo, que sólo parece justificado proponer para momentos más avanzados de la Edad del Bronce. Es hoy general el consenso respecto al papel más social o incluso ritual que económico de esta “mágica tecnología”, como él mismo la denomina (Ibidem: 309). Igualmente tradicional es la terminología que este autor emplea, y de hecho a lo largo del texto se deslizan muchas alusiones a la Cultura o Sociedad Campaniforme (Ibidem: 301, 303, 304, 312), que sin duda vuelven sobre el olvidado concepto de lo campaniforme como expresivo de una etnia concreta, de un Pueblo, como expresamente propone el autor para el caso de su difusión a las Islas Británicas (Ibidem: 306; Idem, 1994).

Finalmente, es preciso señalar que de admitirse este modelo sólo sería aplicable al caso concreto del norte y centro de Europa, lugar donde se encuentra la “frontera calcolítica”, que se desplaza de Este a Oeste. Pero ¿qué ocurre con el sur?. En el caso concreto de la Península, la metalurgia, que actuaría según esta hipótesis como motor del contacto entre los grupos neolíticos y los calcolíticos a lo largo del frente de esa auténtica “oleada de avance calcolítica”, ya era sobradamente conocida y practicada varios siglos antes de este fenómeno. Por ello no se puede atribuir la aparición del Campaniforme en la Península Ibérica a la llegada de esa supuesta “oleada de avance calcolítica”. Más bien parece que Brodie intenta proponer un modelo para el origen del fenómeno en la supuesta cuna de esa “cultura”, quedando quizá la expansión por el resto de su área de dispersión en manos del famoso Pueblo Campaniforme, como ya propuso de hecho en su Tesis (Idem, 1994). Este olvido de la Europa meridional no es algo exclusivo de las hipótesis de este autor, sino que constituye práctica común en la mayoría de los prehistoriadores británicos, que así parecen vengar los excesos iberistas de antaño. Parece por tanto necesario que desde la Península se intenten elaborar modelos adaptados a las singularidades de estas latitudes, y eso es lo que trataremos de realizar en el siguiente apartado.

### **3. Un Modelo para la Meseta.**

*“El hombre es el ser dogmático por excelencia; y sus dogmas son tanto más profundos cuando no los formula, cuando los ignora y los sigue” (E.M. Cioran)*

El modelo teórico que aquí se ofrece parte de las ideas y propuestas de diversos autores, especialmente de las últimas dos décadas, que, como vimos en el apartado anterior, han renovado el estudio del Campaniforme. Hipótesis que han sido previamente seleccionadas y matizadas con arreglo a mis propias opiniones y desde luego adaptadas a la realidad arqueológica de la Meseta.

De acuerdo con el pionero artículo de Clarke (1976) se considera en este trabajo que los componentes materiales del complejo campaniforme no son vulgares elementos domésticos sino objetos muy especiales, de alto valor social, que circularon a través de las redes de intercambios establecidas entre los grupos humanos de la Europa occidental de la segunda mitad del tercer milenio A.C., en una etapa de profundos cambios sociales y económicos. Recogiendo las propuestas de Thomas (1987) se defenderá que, más allá de la aplicación simplista de un modelo teórico funcionalista de “bienes de prestigio”, los elementos campaniformes pueden considerarse como unos “símbolos de estatus”, es decir objetos de alto valor simbólico utilizados para marcar de forma explícita las diferencias sociales ya surgidas desde la base productiva. Según esta visión, de raíz materialista, los circuitos de intercambios tendrían el papel de validar la transmisión pública de unos rangos y privilegios previamente adquiridos (Godelier, 1998a: 114). Sin embargo, ello no impide tener en cuenta el poder activo y transformador de la cultura material, en tanto que vehículo portador de símbolos. Como señala Hodder (1982c: 209) “...en toda estrategia de legitimación el simbolismo del objeto se manipula para la construcción de relaciones de dominación”. De hecho, existen numerosos trabajos etnográficos y etnohistóricos que demuestran el funcionamiento de cerámicas de lujo ricamente decoradas, como indicadores de estatus con un importante contenido ritual (Hantman y Plog, 1982: 242-243; Arnold, 1985: 158-159).

Así los elementos campaniformes por su alto valor social y simbólico pudieron funcionar de forma muy activa en la consolidación de las incipientes diferencias sociales surgidas en distintas partes de Europa occidental, como consecuencia de complejos cambios económicos, relacionadas quizás con la introducción de la llamada “revolución de los productos derivados (Sherratt, 1981; 1983; 1986; 1997). Es precisamente este contexto inestable, en plena transformación, el idóneo para el desarrollo exitoso de un fenómeno como el Campaniforme, en el que la cultura material se utiliza para la ostentación personal e individual. Como ha señalado recientemente Lillios (1991: 103) “...poseer o exhibir un bien exótico o un recipiente cerámico finamente decorado es una forma de legitimar el poder o de comunicar un mensaje de identidad cuando el poder o la identidad del poseedor no se dan por supuestos”. En este caldo de cultivo es donde existen más posibilidades para el despliegue del activo potencial simbólico que tiene la cultura material (Hodder, 1982a, b y c; 1990b). Como señala Miller (1982: 96) la producción, uso y distribución de una forma cerámica es un acto de reproducción social que expresa y da forma a la estructura de la sociedad, no como un mero reflejo, sino a través de las estrategias de los grupos e individuos, que intentan transformar el contexto y significado de los recipientes, ya que la nueva cerámica no sólo penetra en un sistema de relaciones sino que puede alterarlas. Por esta razón los elementos campaniformes pudieron tener un papel activo en todo este proceso, si no en su origen, que ha de buscarse en la base productiva (Earle, 1997: 12-13), sí en su desarrollo y evolución posterior.

Siguiendo a Sherratt (1987; 1991; 1993b; 1997) se podría definir, entonces, el Campaniforme como una exitosa combinación de armas, adornos, y cerámicas para la bebida de una sustancia especial, quizás alcohólica. Una suerte de subcultura o ideología particular (Earle, 1997: 9) que identificaba como tales a los líderes ante el resto del grupo, imponiendo con ello una peculiar y nueva visión de las relaciones sociales que tendrá importantes consecuencias en etapas posteriores<sup>2</sup>. Se trata, además, de un fenómeno variado que adquiere, por ello, aspectos particulares en las diferentes regiones donde aparece, y que demanda, por tanto, una explicación que no olvide los oportunos matices diacrónicos o históricos, que describa la génesis del complejo y su recepción y transformación en cada región. Pero también exige una interpretación social, que indague en las razones de la importancia de estos objetos, en el por qué de su atractivo (Sherratt, 1993b: 2). Diversos autores han incidido en el carácter plural y dinámico del Campaniforme, tanto desde el punto de vista cronológico como geográfico, sobre todo en respuesta a las teorías que le atribuían una única función. Por ello no extraña que la hipótesis de Sherratt (1987; 1991) respecto al probable contenido alcohólico de los vasos campaniformes haya suscitado críticas recientes (Case, 1995a y b; Brodic, 1994; 1997).

Si queremos proponer modelos que se adapten a la realidad arqueológica de la forma más completa posible es preciso dotarlos de la oportuna flexibilidad. El caso del Campaniforme se ha de contemplar, por ello, como una combinación compleja y plural de objetos de alto valor simbólico, empleados en contextos de ostentación y legitimación del poder. De hecho una de las estrategias ideológicas más frecuentemente empleadas por los líderes para reforzar su posición es el control de la mayor variedad posible de matices y aspectos relacionados con ella, de tal suerte que según la ocasión pueden actuar como organizadores, guerreros o “especialistas” rituales, reuniendo así en su persona diversas fuentes de autoridad (Earle, 1997: 151). Su carácter flexible y dinámico le habría permitido ajustarse a los cambiantes escenarios sociales, económicos e ideológicos de cada momento y región. Esto explicaría precisamente la amplia aceptación que sabemos tuvo este heterogéneo “choque de símbolos”, como Edmonds (1995) lo denomina, en grupos tan distintos y en un área tan vasta. Cada uno de ellos habría de formar su versión particular del mismo, de acuerdo con su propio contexto y sus necesidades, lo que explicaría su gran variedad regional tantas veces destacada. No se trataría por tanto de un culto concreto, tal y como Burgess y Shennan (1976) propusieron en su día, sino de una pluralidad de ritos y ceremonias desarrollados en una amplia variedad de situaciones (Waldren, 1995).

Sin embargo, ello no debería hacernos olvidar que existen también ciertos aspectos comunes, que son en definitiva los que nos permiten tratarlo como un mismo fenómeno. Por un lado concurren unas determinadas circunstancias sociales que hacen referencia al surgimiento de incipientes cambios que afectan a la estructura de

---

<sup>2</sup>Tras su desaparición el Campaniforme dejará, no obstante, profundas huellas en las épocas que le suceden, y no sólo en la cultura material (p.e. en las armas metálicas y decoraciones cerámicas), sino sobre todo en el proceso de cambio social, y posteriores circuitos de prestigio o estilos de élite, con la perduración incluso de algunos de los símbolos de estatus como los brazales de arquero y los botones de perforación en V, bien documentados en los ajuares funerarios de los grupos peninsulares de la Edad del Bronce.

las relaciones de poder. Esto no implica asumir que todos los grupos donde aparece tuvieran la misma clase de organización social y los mismos conceptos de lo valioso, como han señalado algunos detractores de estas hipótesis (Brodie, 1994: 16). Es evidente que en un ámbito geográfico tan grande como el ocupado por el Campaniforme hubieron de coexistir muy distintos tipos de estructuras socioeconómicas, que participaron por ello en él de muy diversa forma, según sus particulares características. Así, su presencia en una región determinada podría servirnos como una suerte de “termómetro” del momento en que se encuentra el proceso de cambio social. Partimos de la hipótesis según la cual cuando en una región y etapa determinadas no existen testimonios arqueológicos evidentes de ostentación del poder (en forma por ejemplo de amplias redes de intercambios de símbolos de estatus) ello puede deberse a dos razones muy distintas: Que no existan aún diferencias sociales suficientemente marcadas, o que, al contrario, éstas se encuentren ya tan claramente establecidas e institucionalizadas que nadie puede discutir las fácilmente y, por ello, no sea preciso ya mostrarlas públicamente y de forma tan clara. Creo que ésta última situación es la que podría explicar la rápida desaparición del Campaniforme. Hecho que no es sincrónico en todas partes, en lógica correspondencia con la propia variedad de los contextos socioeconómicos en los que se desarrolla un fenómeno de tan amplia escala geográfica. Si tomamos el ejemplo peninsular, no parece casual que su duración sea más corta precisamente en aquellas regiones que, como el Sureste, por una serie de factores medioambientales y económicos, resuelven más rápidamente esta etapa inicial; y, sin embargo, se prolongue durante centurias en aquellas, como la Meseta, donde el desarrollo de estas transformaciones fue más lento.

Es obligado detenernos con cierto detalle en esta cuestión pues atañe a problemas aún más complejos y espinosos como el origen de las primeras sociedades jerarquizadas en el interior peninsular, asunto que hasta hace apenas unos años no ha sido objeto de interés para la investigación, razón por la cual el debate no ha hecho más que comenzar. Como he tratado de exponer en mis trabajos sobre el Campaniforme meseteño (Garrido, 1994a, y b; 1995; 1997) entiendo que la propia presencia de este fenómeno en nuestra región supone un indicio bastante claro de la existencia de profundas transformaciones en los sistemas sociales, económicos e ideológicos de los grupos que habitaron la zona durante el Calcolítico. Cambios que han de relacionarse con el surgimiento de las diferencias sociales, en forma de líderes, que serían en definitiva los usuarios de estos preciados objetos. En los últimos años han comenzado a publicarse trabajos que defienden similares conclusiones para los grupos de la meseta norte, incluso otorgándoles estructuras sociales aún más complejas, de tipo jefatura (Delibes y otros, 1995: 61; Delibes, 1995c: 79-87; 1995b: 56, 60). Sin embargo no dejan de representar intentos aislados en un panorama general que se mueve entre el escepticismo y la perplejidad. Es frecuente encontrar entre los investigadores actuales referencias al concepto genérico de continuidad cuando se analiza la secuencia prehistórica de La Meseta. Si por tal se entiende la ausencia de irrupciones migratorias cada vez que se producen novedades en el registro arqueológico, no dudo en sumarme a esta opinión, sin embargo, parece extenderse con ello también la asunción generalizada de que a lo largo del gran periodo que se extiende desde el Neolítico hasta

finales de la Edad del Bronce, apenas se producen cambios en la estructura social y económica de estos grupos. A veces incluso desde enfoques teóricos novedosos, parece llegarse a conclusiones semejantes (Díaz-del-Río, 1995), aunque afortunadamente estudios más exhaustivos, de base regional, están empezando a poner de manifiesto que la situación es mucho más compleja (Muñoz, 1998). En mi opinión no resulta verosímil suponer que en un periodo tan largo y en una región tan vasta, apenas se produzcan transformaciones, por lo que en las siguientes líneas trataré de proponer las hipótesis que según mi particular visión podrían servirnos para interpretar este complejo problema, consciente sin embargo de que existen lagunas irreparables de información que dificultan, cuando no impiden directamente, la verificación efectiva de algunos de mis argumentos.

En este trabajo se parte de una premisa fundamental, que la inclusión de la Meseta en la red paneuropea de intercambios campaniforme ha de tener necesariamente una explicación en el contexto social y económico de los grupos que la componen. Un fenómeno tan espectacular y de tan larga duración debe contar con unos basamentos muy profundos, y desde luego muy distintos de lo que algunos autores proponen cuando se refieren a él como una simple “moda”, en una preocupante trivialización de estos conceptos. Resulta contradictorio tratar de explicar un fenómeno tan duradero con un término tan volátil y efímero, y desde luego tan anacrónico. Si queremos proporcionar una explicación razonada al origen de la presencia campaniforme en La Meseta hemos de acudir necesariamente al contexto social y económico para hallar en él sus raíces, lo cual nos insta a penetrar de lleno en los problemas derivados de una cuestión tan compleja, y en este caso sí tan de moda, el origen de las diferencias sociales.

Topamos en este caso con la dificultad de investigar unas formaciones sociales que, por utilizar los términos más comunes en el lenguaje antropológico al uso, se hallan a medio camino entre las llamadas igualitarias y las jerarquizadas. Si nos remontamos a etapas cronológicas previas sería más sencillo optar por los conocidos modelos de sociedades no jerárquicas, ya sean éstas cazadoras - recolectoras o agrícolas, como lo sería también si tratásemos con sociedades inequívocamente complejas, como las que aparecen en épocas posteriores. Pero lo cierto es que para el momento en que aparece el Campaniforme en Europa occidental, y en concreto en la Meseta, estos modelos no parecen útiles, por lo que según las distintas opciones teóricas que se manejen podrán ser calificadas bien como sociedades igualitarias (por ejemplo de tipo Big-Men), o bien como estructuras jerarquizadas, en forma de incipientes jefaturas. Más allá de las distintas concepciones de partida, la propia información disponible introduce serias restricciones a la interpretación, pues los indicadores arqueológicos que podrían servirnos como identificadores de uno y otro tipo de formas de organización, se ven asimismo seriamente afectados por el precario estado actual de los conocimientos sobre esta materia (sobre todo los relativos a la herencia del liderazgo). Todo ello dificulta sobremanera la tarea e impone limitaciones en muchos casos insalvables a las conclusiones finales que se puedan proponer. Sin embargo, y de acuerdo con lo que he defendido desde mis primeros trabajos, entiendo que es mejor aportar un modelo teórico por débil que parezca su

fundamento, que permanecer en la perplejidad permanente o el escepticismo estéril, pues de su ulterior contrastación y del debate que provoque habrán de obtenerse sin duda resultados beneficiosos en el futuro.

Por otra parte, no podemos olvidar tampoco que cuando se estudia una región tan amplia y un periodo tan dilatado parece lógico suponer que también en lo referente a las formas de estructuración de la sociedad debieron existir diferencias regionales y cronológicas. No es necesario señalar que sobre este particular resultará muy difícil establecer conclusiones, pues ello requeriría una información aún más abundante y más detallada, sobre todo en los aspectos paleoeconómicos. El análisis general del registro arqueológico disponible no sugiere la existencia de grandes diferencias a este respecto, salvo en aquellas regiones próximas o inmediatas a zonas donde los procesos de cambio social han seguido derroteros muy distintos (por ejemplo el hábitat zamorano fortificado de El Pedroso). Sin embargo no podemos olvidar que en no pocas ocasiones la escasez de datos ha ocultado durante décadas hechos que el tiempo ha convertido en evidencias.

Aunque se trata de uno de los debates clásicos en Antropología aún hoy la caracterización de las sociedades igualitarias y su distinción respecto a las jerarquizadas resulta un problema espinoso y muy complejo. Más allá de las posturas dogmáticas, ya suficientemente desacreditadas en la actualidad, parece cada vez más tenue la frontera entre unas y otras, si exceptuamos claro está los ejemplos extremos de cada una ellas. El problema quizás radica en la dificultad de parcelar en etapas o estadios evolutivos un proceso de cambio social dinámico, y desde luego sujeto a innumerables oscilaciones. La clave del debate por tanto ha sido fijar las condiciones que una estructura social determinada ha de cumplir para ser calificada como jerarquizada, y en ausencia de las cuales muy distintos tipos de organizaciones humanas han pasado, por defecto, a formar parte del socorrido cajón de sastre de las igualitarias (Flanagan, 1989: 246). Dependiendo por ello de los criterios que se escojan, y de la información que de ellos tengamos, así se procede a la aplicación de las conocidas taxonomías, de raíz evolucionista.

Sin duda la más célebre fue la propuesta por Fried (1967), en la que se definía como sociedad jerarquizada aquella en la que las posiciones de estatus están de alguna manera limitadas, de tal suerte que no todos aquellos con suficiente talento para ocuparlas pueden acceder a ellas de hecho (Fried, 1967: 109). En consecuencia las igualitarias serían aquellas en las que existían tantas posiciones de prestigio en cualquier grupo de edad/sexo como personas capaces de ocuparlas, donde nadie tiene el acceso restringido a los recursos básicos, y por tanto falta el sentido de la propiedad, y las fronteras territoriales son difusas. La principal fuente de intercambio es la reciprocidad, y aparte de la división sexual del trabajo todos los adultos deben desempeñar casi todos los roles. En ellas existe también el liderazgo social, que es un hecho universal, pero es siempre transitorio, cambiando de persona según las circunstancias, y se basa en la autoridad, que a diferencia del poder, se definiría

como la capacidad de canalizar el comportamiento de los otros sin necesidad de apoyarse en amenazas o sanciones.

Como señala Wason (1994: 42) ello delimita un territorio inmenso donde muy distintas sociedades tienen cabida, razón por la cual han surgido otras clasificaciones más detalladas, que intentan subdividir este amplio grupo. Destaca entre ellas la no menos conocida de Service (1971), donde se diferencian dentro de los grupos igualitarios, dos tipos/estadios, la “banda” y la “tribu”, previos a las sociedades jerárquicas (jefaturas y estados). La primera estaría constituida por varias familias nucleares (30-100 personas), con exogamia recíproca, sin especialización o división del trabajo aparte de la sexual o familiar, y donde la única autoridad política son los cabezas de familia y los líderes efímeros. El estatus se basa siempre en el parentesco. Una tribu sería una agrupación de bandas, donde el liderazgo no está aún institucionalizado, y que son autosuficientes económica y defensivamente.

Desde estas premisas teóricas se han desarrollado tanto en Antropología como Prehistoria, los modelos que se han dado en llamar “neoevolucionistas”, bien representados en la llamada arqueología procesual. En ellos, como señala Paynter (1989: 373), subyace la idea de que las sociedades evolucionan siempre hacia formas de organización mayores, con una creciente diferenciación interna, especialización de funciones y mayores niveles de integración. Evolución que pasa por una serie de estadios, en los que los sistemas culturales van logrando cada vez mejores medios para solucionar sus problemas, especialmente los subsistenciales, tanto por medio del control de la producción como de los intercambios. En cierto sentido se ofrece con ello una visión positiva del surgimiento de las desigualdades sociales, que tienen así un valor adaptativo pues permiten resolver más eficazmente los retos que presenta el medio, con la figura del líder como un benefactor aceptado por la comunidad (Gilman, 1995b: 236). Todo el proceso parece considerarse como algo inevitable, y por tanto aunque sea de forma indirecta queda justificado (Paynter, 1989: 378).

Frente a esta visión han surgido los trabajos de los autores marxistas, para quienes este proceso merece una valoración bien distinta, que incida en la naturaleza del poder como mecanismo coercitivo utilizado para controlar los recursos críticos, esto es la producción, en beneficio de unos determinados individuos o grupos concretos, por más que se intente aparentar, en una estrategia legitimadora interesada, que se hace por el bien de toda la sociedad. El liderazgo es un asunto siempre problemático, pues exige que una familia o comunidad determinada renuncie a su autonomía y brinde su lealtad, cosas ambas que nadie hace gustosamente, pues ello implica el sacrificio de los intereses personales o del grupo a favor de una instancia superior, a veces distante. Y desde luego la forma más segura y duradera de ejercer el poder es controlando la producción, pues ello supone el dominio directo y material sobre la vida cotidiana de la gente. Ello no quiere decir que no existan otras fuentes de poder como las relaciones sociales (intercambios matrimoniales), los intercambios, o la ideología, que pueden

actuar en la misma línea, pero que sin el preceptivo control de la economía, y una cierta actitud coercitiva, no resultan eficaces (Gilman, 1981; 1995b; 1997; Johnson y Earle, 1987; Earle, 1991; 1997).

Pero, al margen de estas diferentes concepciones sobre la naturaleza del poder y el origen de las sociedades jerarquizadas, y recogiendo algunas de las ideas ya sugeridas en los esquemas de Fried y Service, parece bastante generalizado el consenso acerca del principio que distingue las sociedades igualitarias de las jerarquizadas. No sería la mera existencia de diferencias sociales lo que permite distinguir unas de otras, pues éstas existen en todas ellas, sino el grado de institucionalización que presentan esas desigualdades. De hecho actualmente se tiende a revisar los conceptos que hasta el momento se han manejado respecto a las características de las sociedades igualitarias, y que incidieron en una supuesta simplicidad que no es tal en realidad (Flanagan, 1989), influidos en buena medida por la visión distorsionada que de ellas tenemos a partir del registro etnográfico de los últimos grupos cazadores – recolectores supervivientes, que han sido desplazados por el Capitalismo y los estados modernos hasta regiones marginales (Paynter, 1989: 375-376).

En suma cabría hablar de estructuras jerarquizadas cuando el liderazgo no es algo que se defina por el sistema de parentesco o por el despliegue oportunista de las cualidades personales (como por ejemplo en las de tipo Big-Men), fuentes de poder ambas débiles y efímeras; sino cuando se trata de una posición heredada (Berreman, 1981: 9; Johnson y Earle, 1987: 318; Paynter, 1989: 383; Wason, 1994: 44; Feinman, 1995: 262; Gilman, 1995b: 236; Hayden, 1995: 63; Earle, 1997: 5; Godelier, 1998b: 14). En palabras de Johnson y Earle (1987: 220) en las jefaturas el liderazgo constituye un “oficio”, que implica de forma explícita derechos y obligaciones, y que es ocupado por sucesivas personas a lo largo de los años, los jefes que “alcanzan el poder”, y que no necesitan edificarlo por tanto, algo que sí deben hacer en cambio los Big-Men. Como señala Godelier (1998b: 18) en este tipo de organizaciones sociales se produce la concentración en unas pocas manos (personas o clanes) de poderes que antes, entre los grupos igualitarios, se hallaban dispersos. Sin embargo, y pese al general acuerdo existente sobre este particular la cuestión es muy compleja, en primer lugar porque la realidad del registro arqueológico y etnográfico es plural y no siempre se ajusta a estas taxonomías. Se conoce un importante número de ejemplos etnográficos de grupos humanos que muchos calificarían como igualitarios, en tanto que no jerárquicos (es decir con estatus heredado), pero que presentan grandes semejanzas con las jefaturas. Es lo que Hayden (1995) ha denominado sociedades “transigualitarias”, en un reciente trabajo donde ha intentado aproximarse con mayor detalle a la gran variedad de formas de organización social existentes entre el estricto igualitarismo y las jefaturas. Para ello traza una variada tipología, cuya validez y aplicación real no son menos discutibles, pero que al menos supone un esfuerzo de comprensión, desde luego más fiel con el registro etnográfico y arqueológico. En definitiva se trata de dar cuenta de aquellos grupos donde el liderazgo social parece

rebasar los límites del parentesco, puede extender su ámbito de acción más allá de la esfera estrictamente local, y rebasar la vida de la persona que lo ejerce, sin que podamos hablar, no obstante, aún de la institucionalización del poder, o de la presencia de estructuras centralizadas, ni siquiera en la esfera regional. Líderes, como los que presumimos actuaron durante la 2ª mitad del 3º milenio A.C. en La Meseta, que son algo más que meros Big-Men redistribuidores pero no llegan a ostentar todas las prerrogativas que se atribuyen a los jefes. Su poder no está todavía suficientemente consolidado, razón por la cual acuden a diversos métodos para su legitimación, tanto sociales (estrategias matrimoniales, intercambio competitivo de regalos) como rituales (el Campaniforme y la manipulación de los antiguos centros ceremoniales neolíticos, entre ellos), pero ya cuenta con una base económica apreciable, con ejemplos de acumulación (representados posiblemente en la proliferación de estructuras de almacenaje, los célebres “fondos de cabaña”), y con la exhibición de armas en los ajuares funerarios, que podrían estar también reflejando un incremento de los conflictos entre grupos, y por ello un cierto desarrollo de la territorialidad. Elementos todos ellos identificados en el registro arqueológico del Calcolítico meseteño, con los que Hayden (1995: figura 4) intenta caracterizar las actividades de los líderes en las sociedades que él llama “transigualitarias”, especialmente aquellas más próximas a las jefaturas en su secuencia teórica.

Por otra parte, no debemos olvidar lo complicado que resulta reconocer de forma inequívoca los indicadores arqueológicos que supuestamente diferencian las sociedades igualitarias de las jerarquizadas. Por ejemplo, dado que la herencia del estatus se perfila como el concepto clave a la hora de separar unas de otras son las tumbas infantiles con ricos ajuares uno de los indicadores arqueológicos más interesantes a este respecto, pues demostrarían la existencia de individuos cuyo rango no se habría alcanzado por sus propios méritos en la competencia por el poder, sino a través de la herencia. En este sentido resultan de gran interés algunos testimonios recientemente documentados en el Campaniforme meseteño, como la niña (6-10 años) que se acompaña de un ajuar cerámico campaniforme en la tumba tumular de Aldeagordillo, Ávila (yacimiento nº 8). Sin embargo son varios los ejemplos etnográficos conocidos de tumbas infantiles con ajuares muy ricos pertenecientes a sociedades que no son jefaturas (Hayden, 1995: 16). Además, como señala Wason (1994: 100), no sabemos si este tipo de hallazgos expresa el rango del inhumado o más bien el de su familia. No obstante tampoco podemos olvidar del todo el caso abulense y otros tan interesantes como el de uno de los individuos enterrados en la célebre necrópolis de Ciempozuelos, al parecer de avanzada edad y con pruebas de haber sido sometido a una trepanación, de la que sobrevivió (Blasco, Bacna y Rovira, 1998). Ello nos indica quizás que se trataba de un personaje importante (¿líder, jefe?), cuya salud no debió permitirle, como es obvio, grandes demostraciones de fuerza o habilidad personal, a pesar de lo cual su posición social parece sostenerse hasta el final de sus días, momento en el que recibe un tratamiento funerario correspondiente con su dignidad. Por contra, en las sociedades igualitarias de tipo Big Men los líderes sólo disfrutaban de reconocimiento en vida, y aún entonces de forma provisional, por lo que sus

tumbas suelen presentar características muy semejantes a las de los restantes miembros de su comunidad (Wason, 1994: 100-101; Chapman, 1987c: 203).

Pero si la información funeraria resulta ambigua a este respecto aún más compleja es la interpretación de los datos que proporcionan los lugares de hábitat. En principio cabría esperar que las cabañas supuestamente pertenecientes a los jefes o líderes dirigentes se distingan de las restantes, bien por su mayor tamaño, o la presencia de elementos estructurales peculiares, o bien por poseer, por ejemplo, un mayor número de silos o cualquier otro medio para el almacenaje de excedentes alimentarios. Sin embargo tampoco en este punto el registro arqueológico es tan claro como desearíamos, no ya en el caso de las sociedades de tipo Big Men (White, 1985), sino incluso en aquellas unánimemente reconocidas como jefaturas (Gilman, 1997: 90). Así, y tras un énfasis inicial quizás excesivo, en la existencia casi generalizada de complejidad social en los grupos de La Edad del Bronce peninsular (Chapman, 1997), la situación parece estar tomando ahora el rumbo contrario. Comienza a ponerse en duda con variadas argumentaciones la existencia real de este proceso, no sólo en regiones como la Meseta (Muñoz, 1993; Rovira y Montero, 1994: 169-171; Díaz-del-Río, 1995) sino incluso en el Sureste (Gilman, 1997: 90), lugar donde comenzaron este tipo de debates en la Prehistoria española (Chapman, 1991; Gilman, 1981; 1987). El asunto es lo suficientemente complejo como para desbordar con creces las limitaciones de este trabajo y de quien lo realiza, pero desde luego parece claro que se está incurriendo ahora en el extremo contrario. Los supuestos indicadores de estos cambios son quizás demasiado exigentes con un registro arqueológico las más de las veces ambiguo. Si no queremos caer en el más completo escepticismo convendría tratar de encauzar la investigación de estas cuestiones mediante la detección de indicios indirectos de estos procesos de cambio, sin olvidar tampoco las limitaciones que este proceder implica.

Como he defendido en distintos trabajos (Garrido, 1994a y b; 1995; 1997), creo que, a pesar de la pobreza de nuestra información en determinados aspectos, sobre todo paleoeconómicos, sin embargo contamos con suficientes datos como para proponer la hipótesis según la cual en las tierras interiores de la Península comenzarían a gestarse lentos pero profundos cambios en las estructuras económicas y sociales de los grupos humanos, al menos desde finales del Neolítico (Thomas, 1987). No parece casual que ello coincida con fenómenos semejantes en otras partes de Europa occidental, relacionados con la extensión de la llamada “revolución de los productos derivados (o secundarios)”. Este interesante concepto acuñado por el prestigioso prehistoriador británico A. Sherratt (1981; 1983; 1986; 1997), alude a un conjunto de innovaciones tecnológicas relacionadas con el mejor aprovechamiento de las cabañas ganaderas que, procedentes de Próximo Oriente, alcanzaron Europa occidental a partir del IV milenio A.C. Se explotan no ya sólo para la obtención de carne, sino con el objeto de obtener productos de mayor rentabilidad y duración como la leche y sus derivados, la lana y la tracción (directamente relacionada con la difusión del arado y la rueda). Los productos lácteos aportaron un complemento vital para la dieta prehistórica, la lana

introdujo grandes cambios en todas las actividades textiles antes realizadas con fibras vegetales, permitiendo la manufactura de prendas más complejas, posiblemente con ornamentación en motivos geométricos (especialmente para la elaboración de prendas especiales de lujo, quizás intercambiadas), y finalmente el arado y la rueda. El primero de ellos tuvo una incidencia decisiva en la transformación de los sistemas agrícolas (basados en la azada) y de la propiedad de la tierra, y la segunda revolucionó los sistemas de comunicaciones.

El efecto acumulado o conjunto de todas o algunas de estas innovaciones tecnológicas alteró de forma perceptible las estructuras económicas y sociales de los grupos neolíticos de Europa occidental, dando paso a una serie de transformaciones que derivarán, con distinta velocidad en cada región, en la gestación de un complejo proceso que cristalizará mucho después en el surgimiento de la complejidad social. Algunas de las consecuencias de la introducción de estos elementos son, por ejemplo, el incremento de la capacidad productiva, tanto agrícola como ganadera, y por ello la mayor capacidad para generar excedentes, con lo cual se haría posible la acumulación de parte de él en manos de algunos individuos o familias. En lo que se refiere a los sistemas de intercambios se abren nuevas perspectivas y posibilidades hasta entonces desconocidas, que aprovecharán los distintos circuitos interregionales a través de los cuales circularán los más diversos objetos, incluidas las cerámicas campaniformes.

Aunque existan ciertas semejanzas es evidente que no en todas las regiones de Europa occidental el proceso siguió idéntico camino. Incluso dentro de la Península las diferencias son ostensibles, y desde luego el registro arqueológico del interior peninsular no se caracteriza precisamente por la existencia de manifestaciones tan espectaculares como las constatadas en regiones coetáneas y relativamente próximas como el Sureste o el estuario del Tajo. Indudablemente parece que en La Meseta el proceso fue mucho más lento y tardó mucho más en cristalizar (Muñoz, 1993; 1998), pero ello no significa que no se produjera de hecho. En este trabajo, siguiendo la línea de investigación que ya presenté en su día como hipótesis de trabajo (Garrido, 1994a y b; 1995; 1997), se propone que desde al menos la segunda mitad del IV milenio A.C. comenzarían a llegar a nuestra área de estudio algunos elementos del “complejo de los productos derivados”, tales como el arado y los productos lácteos especialmente, a consecuencia de lo cual se verían notablemente alteradas las estructuras económicas y sociales de los grupos humanos allí instalados. El incremento del potencial productivo permitiría la generación de excedentes, así como un significativo incremento demográfico. La multiplicación del número de yacimientos calcolíticos descubiertos en los recientes Inventarios Arqueológicos Provinciales<sup>3</sup>, y las características de los

---

<sup>3</sup> Aunque es cierto que nuestro conocimiento de la etapa neolítica previa sigue siendo escaso, sobre todo en comparación con el que tenemos de la Edad del Cobre, y por ello no se pueda olvidar la influencia del diferente estado de los conocimientos disponibles para una y otra fase, las diferencias cuantitativas son tan claras que no parece arriesgado suponer que, pese a ello, se pueda defender la existencia de un apreciable aumento demográfico.

mismos (los célebres “fondos de cabañas”, en buena parte interpretados como estructuras de almacenaje), podrían constituir quizás indicios generales de todo ello.

Estas importantes transformaciones de las estructuras económicas y sociales han de ser contempladas como un proceso, que se inicia probablemente a mediados del cuarto milenio A.C., y que un milenio después, cuando aparece el Campaniforme, ya ha experimentado un importante desarrollo. No obstante en La Meseta, como señalamos anteriormente, parece que la dinámica es más lenta que en otras regiones peninsulares, por lo que habrá que esperar hasta bien entrada la Edad del Bronce para encontrar indicios más claros, por ejemplo en los patrones de asentamiento (Muñoz, 1993; 1998). Por ello quizás se pueda proponer que, durante la segunda mitad del III milenio A.C., nuestra área de estudio se halla inmersa de lleno en estos complejos cambios, aunque aún no en su fase de pleno desarrollo. Por usar la terminología que el debate antropológico ha introducido en la Prehistoria, quizás podríamos clasificar las sociedades meseteñas que participaban en el “circuito” campaniforme como una compleja variedad de estructuras dinámicas que según las regiones y los momentos oscilarían entre lo que se ha dado en llamar grupos de tipo Big Men y una jefaturas aún incipientes y sin consolidar, donde los líderes han de pugnar por sostener una posición, que probablemente no lograrían mantener en vida o a lo sumo se transmitiría en una o dos generaciones, sin llegar por tanto a convertirse en una verdadera institución. No en vano son este tipo de estructuras sociales con jerarquías inestables las que suelen desarrollar los circuitos competitivos de intercambios según nos indica el registro etnográfico (Godelier, 1998a: 226).

Por sus características geográficas y económicas el escenario parece ofrecer amplias posibilidades para la lucha por el poder y prestigio personal, lo cual explicaría la presencia y desarrollo del Campaniforme, pero a la vez supone un freno para la definitiva institucionalización del proceso, lo que podría a su vez justificar el gran desarrollo cronológico de este fenómeno en nuestra región, y lo que es más interesante su brevedad en zonas como el Sureste. En un caldo de cultivo tan propicio los líderes recién surgidos intentarían controlar el excedente de producción mediante una serie de mecanismos entre los que podríamos destacar quizás el reclutamiento de una mayor cantidad de fuerza de trabajo (Webster, 1990), a través de la manipulación oportunista de las estrategias matrimoniales (Rowlands, 1980), con las que es asimismo posible incrementar la cantidad de tierra o ganado (Ruiz Gálvez, 1992b). También pudieron contribuir en esta misma línea otros fenómenos, bien documentados etnográficamente, como la organización de fiestas en las que los líderes se muestran pródigos y aparentemente generosos con el resto de la comunidad, o con parte de ella (por ejemplo a través de la institución de la hospitalidad, en la que no olvidemos que las bebidas alcohólicas tienen un importante papel: Dietler, 1990; Sherratt, 1987). Es evidente que con ellos no se logra un control definitivo e indiscutible de la producción y con ello el sometimiento perenne de todo el grupo como es preceptivo en las sociedades plenamente jerarquizadas (Gilman, 1981). Sin embargo parece asimismo evidente que tampoco nos encontramos ya ante sociedades igualitarias, sino en una compleja

transición, dentro de un contexto inestable y en plena mudanza, donde los líderes debían pugnar constantemente por dotar de legitimidad a unos privilegios, ya existentes pero aún no suficientemente apuntalados en la esfera productiva. Uno de los medios con que cuentan para ello es otros el control de los elementos campaniformes, como poderosos símbolos de una nueva ideología del poder, que distinguen y destacan a sus poseedores del común de los mortales.

En suma, y en una perspectiva general, partimos de la hipótesis según la cual es un contexto social conflictivo donde se está aún pugnando por legitimar unas diferencias ya desencadenadas pero aún no institucionalizadas plenamente, el que puede explicar la presencia del Campaniforme en una región determinada. Si esto es así, se puede prever que la duración de esta fase inicial del proceso en cada región coincida precisamente con el periodo en el que se utilizaron estos elementos. Por ello no parece casual que este fenómeno surja precisamente en ese crucial momento de la Prehistoria de Europa occidental, a caballo entre el final del mundo neolítico y las sociedades jerarquizadas de la Edad del Bronce, cuando se produce la progresiva disolución de las antiguas formas de organización social e ideologías con ellas vinculadas y se van definiendo los caracteres de lo que serán los tiempos posteriores (Sherratt, 1987; 1997).

No obstante, y como hemos procurado señalar en distintas ocasiones a lo largo de este trabajo no debemos contemplar la aparición del Campaniforme y todo lo que le rodea como un evento revolucionario o súbito, sino más bien como el testimonio de una fase determinada dentro de un complejo y largo proceso. De hecho el notable desarrollo experimentado por la investigación de los grupos calcolíticos precampaniformes en distintas partes de Europa occidental ha ido descargando progresivamente al fenómeno que nos ocupa de la responsabilidad, antes considerada exclusiva, de introducir en toda esta zona elementos tan significativos como, por ejemplo, la metalurgia o el rito funerario individual. Las sociedades que viven en la Europa occidental de la primera mitad del tercer milenio A.C. muestran aún claros vínculos con el mundo neolítico previo en sus estructuras sociales, económicas y rituales (p.e. la perduración de los sepulcros colectivos en algunas regiones), pero de forma simultánea dejan entrever ya la gestación de cambios muy significativos, que podrían interpretarse como síntomas de su paulatina transformación. Algunas de las manifestaciones arqueológicas más evidentes a este respecto son la generalización de elementos tales como la metalurgia, los enterramientos individuales con ajueres personales, o el mayor desarrollo de los sistemas de intercambio que logran grados de eficacia muy notables, y que originan una mayor interdependencia entre los distintos grupos y regiones<sup>4</sup>. Este último aspecto será de crucial importancia para comprender la veloz expansión del Campaniforme, que en apenas uno o dos siglos alcanza un área de dispersión tan espectacular, algo que sigue invitando a la reflexión aún hoy a muchos investigadores en toda Europa.

Por ello cabe preguntarse de nuevo acerca de los mecanismos por los cuales se supone que tal dispersión geográfica se produjo. Aunque desde Clarke (1976), una vez superados los viejos modelos migratorios, muchos autores lo atribuyen hoy al funcionamiento de las redes de intercambios, rara vez se explica qué quiere significarse en concreto con este término (Sherratt, 1993b: 1). No se trata, en modo alguno, de intentar rescatar conceptos ya olvidados como los clásicos “influjos” entre áreas culturales (Martínez 1989: 61-65), cuando el marco teórico que los dio cobijo se halla hoy en franco retroceso, por lo que resulta obligado abordar las evidencias arqueológicas relativas a la interacción entre grupos desde una perspectiva diferente. En este trabajo emplearemos este concepto y otros semejantes para referirnos a la amplia variedad de formas de relación social y económica entre grupos humanos, que producen similitudes en la cultura material a nivel regional, o incluso auténticos desplazamientos de objetos o materias primas, siempre y cuando estos puedan detectarse arqueológicamente. Esto incluye un amplio catálogo de posibilidades, donde comparecen los más variados tipos de relación social, como las alianzas y pactos de amistad, sellados quizás por matrimonios, el intercambio competitivo de regalos (Godelier, 1998a), etc. Algunos de los cuales no olvidemos resultan poderosos medios para reclutar partidarios, y por ello fuerza de trabajo y mayor producción, o para crear deudas y establecer con ello relaciones de dependencia (Ruiz-Gálvez 1992b: 87-90, 1992c: 18; Godelier, 1998a).

Uno de los aspectos más característicos del funcionamiento interno de este tipo de redes de intercambios, sobre todo en contextos sociales inestables y en plena mudanza, es el de la emulación. Proceso según el cual individuos de un rango social inferior a quienes detentan el privilegio de consumir estos preciados objetos, en su afán por alcanzar su estatus, y de forma paralela al incremento de su base económica, adquieren o fabrican imitaciones de los mismos, en un intento de vincularse también con la simbología que de ellos emana (Hodder, 1982c: 208; Miller, 1982: 89-90). Quizás este hecho pudiese explicar, por ejemplo, las ostensibles diferencias que pueden observarse en la calidad de fabricación y acabado de las cerámicas campaniformes entre yacimientos o incluso dentro de uno mismo, cuando disponemos de grandes colecciones de fragmentos (p.e. El Ventorro, yacimiento nº 193). ¿Son estas imitaciones también elementos campaniformes, es decir símbolos de estatus?. La respuesta que demos resulta crucial y desde luego muy compleja, pues nos obliga a revisar el concepto de lo que forma parte o no de este fenómeno. Si los excluimos sin más entonces el concepto de lo campaniforme se convierte en una categoría excesivamente subjetiva, sólo basada en apreciaciones personales sobre la calidad de unas determinadas cerámicas, que en realidad no hace otra cosa que proyectar nuestros propios principios estéticos. Además con ello se caería también en una evidente argumentación circular, al afirmar que el Campaniforme está formado por objetos de lujo, bien manufacturados y especiales, porque los que no reúnen tales condiciones simplemente se excluyen. Si, por otro lado, nos inclinamos por incluir también

---

<sup>4</sup> Con ello no pretendo minusvalorar la importancia de las redes de intercambios neolíticas, que tuvieron una gran importancia en determinadas regiones peninsulares como se ha empezado a poner de manifiesto en recientes análisis técnicos de procedencia de ciertas materias primas de lujo como

dentro de este fenómeno las producciones peor acabadas, se podría alegar entonces que su mera existencia ya compromete seriamente los presupuestos fundamentales del modelo propuesto. Una solución alternativa podría ser quizás considerarlos como una parte más del Campaniforme, pues a él deben su existencia, una consecuencia indirecta del funcionamiento de este circuito de intercambios de objetos de lujo, y alto valor simbólico. Sin embargo tampoco creemos que estas reflexiones deban extenderse más allá, pues topamos con una limitación que se nos antoja casi insalvable. Como señalamos anteriormente, dependen de nuestras valoraciones subjetivas acerca de lo que es o no un objeto de lujo, y su discutible proyección en contextos históricos del remoto pasado. De hecho está constatado etnográficamente que no siempre los objetos de mayor valor social y simbólico son los de mejor apariencia (según nuestras modernas convenciones estéticas claro está) (Godelier, 1998a: 160-166; 1998b: 17). Además, sin negar la evidente importancia que en su significación social tienen la materia prima y el trabajo empleado en elaborarlos, resulta aún mayor la que le confieren las ideas y símbolos que los rodean, su contenido imaginario e inmaterial (Idem, 1998a: 101).

Por otro lado, las redes de intercambios a través de las que suponemos circularon los elementos campaniformes no deben ser entendidas en un sentido moderno, es decir como relaciones puramente comerciales en las que se busca un beneficio económico, sino más bien como acontecimientos que tienen lugar dentro de la esfera de lo social. En ellas se buscaría obtener no alimentos de primera necesidad, sino materias primas u objetos exóticos que son valorados no tanto por su cantidad, sino por su procedencia lejana, y que son empleados en el ámbito de las relaciones sociales (creación, sustentación o ampliación del poder; pactos de amistad con regiones vecinas mediante el establecimiento de relaciones de parentesco real o ficticio; rivalidad y competición, etc..) (Ruiz-Gálvez, 1992a: 18; Godelier, 1998a).

En efecto, como señala Helms (1992: 159-162), numerosas evidencias etnográficas y etnohistóricas de todo el mundo ponen de manifiesto que la distancia geográfica adquiere connotaciones auténticamente cosmológicas. Los ámbitos geográficos lejanos, y los seres humanos que en ellos viven, suelen ser contemplados como entes imbuidos de poderes sobrenaturales. Por ello los contactos con dichas regiones suelen ser consideradas como actividades excepcionales, y por tanto aquellos que pueden realizarlos o dirigirlos serán considerados personas extraordinarias. Obtendrán de ellos materiales muy útiles desde el punto de vista ideológico y político, conocimientos esotéricos sobre la naturaleza del cosmos, y con ello un aura personal. Por esta razón los líderes sociales siempre han tenido tanto o más interés en mantener relaciones con ámbitos geográficos remotos, o efectuar viajes a larga distancia, que en poder entrar en contacto con esferas más intangibles, como el ámbito de lo sobrenatural o espiritual. Por eso en muchas sociedades preindustriales existen tradiciones mitológicas que asocian a los jefes o caudillos locales con la

llegada de extranjeros que fundaron los linajes dirigentes al casar con princesas locales, y trajeron conocimientos y técnicas nuevas. En suma, señala esta autora que el conocimiento de gentes y lugares remotos supone una fuente de poder político, entre otras, al servicio de los individuos que tengan el suficiente valor y aptitud personal para desarrollar las actividades en ello implicadas, especialmente en contextos sociales no complejos.

Este hecho puede ayudarnos también a comprender mejor la amplia aceptación que el Campaniforme tuvo en regiones tan distintas, pues como hemos comprobado a través de los interesantes trabajos de esta autora, para que una serie de objetos sean valorados como algo especial y valioso no es imprescindible que se compartan ideologías o rituales concretos. El hecho mismo de su procedencia lejana, unido a unas ciertas características físicas (vistosidad, etc.), los convierte en algo tan singular y misterioso que otorga poderes especiales a quien los posee, a quien ha sido capaz de obtenerlos (Godelier, 1998a: 250). Es por ello que no necesariamente hemos de suponer que en todas las regiones donde se utilizó el Campaniforme éste tuvo exactamente el mismo contenido ideológico y ritual, como si tratásemos de la expansión de un determinado culto religioso, en la línea de lo sugerido en su día por Burgess y Shennan (1976). Quizás, en algunas regiones se adoptara el “equipo” completo, mientras en otras por ejemplo sólo sus componentes cerámicos, que para algunos grupos pudieron asociarse efectivamente con el consumo de sustancias alcohólicas, pero que en otros pudo reducirse a la mera valoración del continente. El detallado análisis regional o incluso local del fenómeno debería ayudarnos a definir las distintas versiones locales de estos complejos rituales.

Por otro lado, y como es obvio, más allá de esta probable variabilidad regional de contenidos se puede subrayar también la existencia de algunos aspectos generales que parecen vincularse estrechamente con el “equipo standard” campaniforme y sus distintos tipos de componentes. En general, y como ha sido ya destacado por numerosos investigadores, junto a ellos se extienden también ciertas connotaciones ideológicas que configuran nuevas formas de expresar el poder, en las que se constata un mayor énfasis en el individuo y su apariencia personal, como queda especialmente reflejado en los rituales funerarios (Sherratt, 1987: 83; 1991: 60; Shennan, 1982; Gibson, 1988: 198; Wason, 1994: 92). Aunque se trata de un problema no exento de complejidad, en el que tampoco conviene simplificar estableciendo contrastes excesivamente marcados (Barrett, 1989: 32-34), y en el que no siempre se asume la existencia real de cambios sociales aunque sí profundas transformaciones ideológicas (Hodder, 1990: 309), sí parece muy extendida la opinión según la cual los rituales funerarios asociados con el Campaniforme, con ser variados en su desarrollo regional, parecen extender y en algunas zonas incluso introducir, nuevas concepciones acerca de las relaciones entre el individuo y la colectividad, y la representación material del poder (Criado, 1989: 91). Como señala Sherratt (1991: 60), ahora los cuerpos se entierran de una vez para siempre, sin

ser descarnados ni permanecer accesibles en una estructura construida, y los ajuares parecen reflejar la importancia de las posesiones personales (equipo para beber y armas), todo lo cual sugiere la existencia de profundas transformaciones ideológicas. Frente al énfasis anterior en la representación colectiva de la comunidad, a menudo asociada con el recuerdo permanente de los ancestros, plasmado a través de las ceremonias que cíclicamente se desarrollaban en los sepulcros megalíticos y su entorno (Parker Pearson, 1993a: 42-43), parece imponerse ahora una concepción más orientada hacia las posesiones personales y basada quizás en líneas más concretas de parentesco. De ahí que se haya hablado incluso de la sustitución de una ideología en la que la existencia de una jerarquía era legitimada por la provisión de monumentos y “beneficio” ritual para toda la comunidad, por otra en la que la desigualdad se expresaba de forma más abierta, por medio del consumo de objetos de prestigio y símbolos rituales por parte de los líderes (Shennan, 1982: 156). Es decir, que el énfasis parece desplazarse de la estructura funeraria a los ajuares, o en palabras de Criado (1989: 88-89) de una monumentalidad exterior a una interior.

Como señala Shennan (1982: 158), incluso aunque se reconozca la existencia de claras diferencias sociales en algunas regiones desde el Neolítico final, dado que los monumentos megalíticos fueron producto del trabajo colectivo, la ideología empleada para expresarlas y la propia posición de los individuos más poderosos dependía en última instancia de la actividad colectiva de la comunidad (Ibidem; Clarke, Cowie y Foxon, 1985: 28). Con las nuevas formulas asociadas al Campaniforme los líderes se habrían distanciado de la comunidad, ya que ahora su rango dependía en mayor medida de sus propias cualidades y su esfuerzo personal. El propio tratamiento del cuerpo humano en los enterramientos es un buen reflejo de estas transformaciones ideológicas. Los enterramientos colectivos muestran casi siempre una acumulación anárquica de restos humanos donde resulta difícil identificar la posición original de cada individuo y los elementos de ajuar que lo acompañaban. Aunque es cierto que ello tiene su origen en la constante y prolongada reutilización del mismo espacio para sucesivas inhumaciones, y no en rituales de tipo secundario (Delibes, 1995: 67-69). Pero lo cierto es que el resultado final ofrece un amasijo de restos humanos donde la identidad individual desaparece y queda subsumida en la del grupo usuario del panteón, y donde los ajuares funerarios se transforman en ofrendas colectivas (Clarke, Cowie y Foxon, 1985: 20, 24).

Frente a ello las nuevas costumbres funerarias, surgidas en los momentos inmediatamente previos al Campaniforme y desarrolladas y extendidas plenamente con él, parecen vincularse con una concepción distinta del tratamiento del cadáver, que recibe sepultura en una única ceremonia, sin que el espacio que ocupa se vea alterado por ulteriores acontecimientos, preservándose así su integridad individual. Ello tiene importantes consecuencias rituales y sociales, pues los funerales, como rito de paso, son una de las ocasiones más propicias para el despliegue efectivo de las estrategias sociales y políticas de los vivos

(Metcalf y Huntington, 1991: 108). Si en los sepulcros megalíticos la tumba es el centro de atención principal, y el lugar que se emplea como referencia constante para los cíclicos rituales funerarios, con la aparición del Campaniforme el foco de interés parece desplazarse hacia el cuerpo del inhumado y los objetos que le acompañan. Ya que la tumba no será de nuevo abierta para nuevos enterramientos el mensaje que los herederos del fallecido quieran transmitir al resto de la comunidad debería ser claramente expresado en el funeral, que ahora será un evento único e irrepetible, que debe ser “leído” a través del cadáver y su ajuar, razón por la cual los objetos que acompañan al muerto serían seleccionados con cuidado para que el ritual fuese interpretado de forma “correcta” por los presentes (Thomas, 1991a: 129; 1991b: 34-35).

No obstante, es cierto que, centrándonos en el caso peninsular, son cada vez más frecuentes los hallazgos campaniformes en el interior de estructuras megalíticas, hasta el punto de constituir en algunas regiones la fórmula funeraria más característica. Esto ha llevado a varios autores a deducir de ello una continuidad no sólo étnica (Delibes y Santonja, 1987), lo que hoy parece obvio, sino social y ritual (Jiménez y Barroso, 1995: 220), lo cual resulta ya mucho más discutible (Benet y otros, 1997: 462). La supuesta perduración del ritual colectivo en época Campaniforme no es algo exclusivo de la Península Ibérica, sino que se constata también en otras zonas de Europa occidental (Bretaña, Islas Británicas, etc.). Como ya señalé en trabajos anteriores (Garrido, 1994a; 1994b; 1995; 1997) este hecho no contradice en absoluto las hipótesis sugeridas previamente, pues el recurso al pasado y sus símbolos es otro instrumento empleado con frecuencia en las estrategias de lucha por el poder (Parker Pearson, 1982: 112; 1993b: 214-216; Bradley, 1987; 1991: 53; Earle, 1991: 6-7; Mizoguchi, 1993: 233; Wason, 1994: 50; Godelier, 1998a: 227).

Además, el propio análisis del contexto arqueológico de los hallazgos campaniformes en los megalitos meseteños nos indica claramente que el uso del espacio funerario era entonces bien distinto del original, como Benet, Santonja y Pérez (1997: 463) sugieren para el caso salmantino. Con cierta frecuencia los materiales aparecen en distintas partes del túmulo, o en general desbordan los límites de la cámara y el corredor, e incluso en ocasiones se constatan ejemplos de remodelaciones arquitectónicas, destinadas bien a separar los nuevos enterramientos del depósito funerario anterior, o bien a la condenación de los monumentos, con el fin de inutilizarlos para ulteriores inhumaciones. En nuestra región contamos con un ejemplo tan espectacular como el ofrecido por las recientes excavaciones en el dolmen salmantino de El Prado de la Nava, donde se documentó la clausura intencional del corredor, que se taponó con un lecho de cantos rodados mezclados con grandes fragmentos de pizarra, sobre el cual se dispuso un ajuar campaniforme compuesto por el famoso trío cerámico (vaso, cuenco y cazuela), esta vez lisos, y tres Puntas Palmelas (Ibidem: 454). Lejos de tratarse de hechos excepcionales cada vez se conocen más casos

de este tipo de prácticas vinculadas con la utilización de los megalitos en época campaniforme, como por ejemplo en el valle del Ebro (López e Ilarraza, 1997; Andrés y otros, 1997). Por ello, el hecho de que aparezcan materiales campaniformes en los espacios funerarios colectivos de las etapas precedentes (ya sean cuevas o megalitos) sólo nos indica que siguieron siendo utilizados, pero ello no implica que fuese necesariamente de la misma forma ni para los mismos fines. Como ha señalado Fábregas (1995: 105) con gran acierto en un trabajo reciente *“Tal circunstancia puede interpretarse como una evidencia del peso de una tradición secular, que sin embargo no es mantenida dentro de una dinámica continuista sin más, sino reelaborada y manipulada en su calidad de superestructura ideológica por ciertos sectores de la sociedad a fin de proporcionar un espejismo de estabilidad, cuando en realidad todo ha cambiado”*.

De hecho, parece bastante bien establecido que ya no se construían monumentos megalíticos en época campaniforme, y suponemos que la organización social y económica era sensiblemente diferente, por lo que cabe deducir que el uso que de ellos se hiciera también lo fuese. En un contexto como el descrito anteriormente, donde los líderes comienzan a surgir dentro de un nuevo escenario social más fluido y abierto al medraje personal que los rígidos sistemas de parentesco previos, el pasado sigue estando presente en el paisaje, a través de los monumentos megalíticos. Y ello pudo constituir también un valioso aliado, pues la adecuada manipulación de estos símbolos aportaba la sanción de unos antepasados míticos, y en cierta forma del orden social precedente, dentro y a partir del cual edificaron su poder (Criado y Vázquez 1982: 87-88; Thorpe y Richards, 1984; Braithwaite, 1984: 102).

En suma, y al margen de las diferencias regionales ya señaladas reiteradamente, parecen constatarse ciertos aspectos ideológicos que parecen asociarse estrechamente con la introducción y difusión del Campaniforme, y remarcan el prestigio y cualidades del individuo en cuanto tal dentro del grupo o comunidad. Estos aspectos ideológicos se materializan no sólo en los rituales funerarios, sino de forma más explícita, y desde luego mucho más eficaz (Earle, 1997: 155), a través de la parafernalia de objetos que los acompañan, es decir los componentes del conocido “package”. Como señala Thomas (1991a: 129; 1991b: 34-35) los ajuares campaniformes no se componen de forma azarosa e improvisada sino que están constituidos por una cuidada selección de elementos de alto valor simbólico, relacionados con aspectos económicos, sociales e ideológicos de importancia para el grupo, destinados a representar la importancia del fallecido ante la comunidad, y los derechos de sus herederos a sacar partido de tal situación. Es asimismo evidente que, por sus propias características individuales, cada uno de ellos aportará distintos matices, que conviene analizar más en detalle:

## 1) Las Cerámicas Campaniformes:

Como señalé anteriormente han sido vinculadas ya desde antiguo, pero con mejores argumentos en teorías recientes, con el consumo de algún tipo de bebida especial, probablemente alcohólica (Sherratt, 1987). Se ha destacado, asimismo, la importancia del alcohol en el ámbito de las relaciones sociales, en particular aquellas que tienen que ver con la sustentación y lucha por el poder en sociedades carentes de instituciones políticas, mediante la creación de un cuerpo de seguidores, a través de instituciones como la hospitalidad o las fiestas del trabajo (Dietler, 1990), y asimismo su importante papel en numerosos sistemas de creencias y comportamientos rituales (Joffe, 1998: 298). Un claro indicio del poder y significación de las bebidas alcohólicas en las sociedades humanas de todos los tiempos, es que siempre se ha ejercido un fortísimo control social sobre su consumo, que ha sido restringido a determinados contextos, ya sea sociales o rituales, fuera de los cuales quedaba expresamente prohibido. No es difícil encontrar multitud de referencias sobre este particular en muy distintas culturas y religiones de diferentes partes del mundo, tanto actuales como pasadas, entre ellas por ejemplo las tradiciones indoeuropeas (Dumézil, 1997: 219-222).

Ya que no es posible en la actualidad constatar la existencia de estas bebidas a través de los preceptivos análisis, como sería deseable<sup>5</sup>, sí podemos al menos rastrear la influencia que debieron tener en la definición de algunas de las principales características formales y volumétricas de los recipientes campaniformes. Waldren (1995: 240) señaló con gran acierto que la compleja y cuidada decoración de los fondos de muchos recipientes nos aporta una importante pista sobre su posible utilización en ceremonias y rituales donde quizás se alzaban al beber de ellos o en señal de ofrenda, permitiendo así apreciar en su totalidad una zona del vaso que de otra forma habría quedado oculta. En algunos trabajos anteriores yo mismo sugerí como indicios de interés sobre este particular, por ejemplo, la recurrente combinación de formas en los típicos ajuares funerarios del mundo de Ciempozuelos, con el conocido trío cerámico vaso, cazuela y cucuco (donde además éste último suele aparecer en el interior de aquella), o las mismas copas campaniformes (Garrido, 1994b: 70; 1995: 128).

Más recientemente (Idem, 1997: 203-204) propuse otros testimonios, que parecen dirigirse en esta misma línea, a partir del análisis de las combinaciones de vasos en algunos ajuares funerarios meseteños de otros estilos pero que parecen seguir asimismo la pauta del trío Ciempozuelos, como por ejemplo la tumba madrileña de Miguel Ruiz (yacimiento nº 169 y Lámina 37). En ella una pequeña cazuelilla lisa parece

---

<sup>5</sup> Aunque faltan testimonios directos del consumo de bebidas alcohólicas en el Campaniforme peninsular, sin embargo, contamos con una noticia esperanzadora muy reciente, pues se ha podido constatar mediante análisis químicos, por primera vez en España, la existencia de bebidas alcohólicas en la Edad del Bronce, en concreto en yacimientos del Bronce final del Noroeste peninsular (Juan-Tresserras, e.p.).

hacer las veces del cuenco, apareciendo curiosamente dentro del mayor de los dos vasos que la acompañan, como el cuenco lo hace dentro de las cazuelas en los ajuares ciempozuelanos (Delibes, 1977: 89-90). También en la fosa de Villaverde de Íscar (yacimiento nº 295 y Lámina 67), uno de los dos cuencos lisos que acompañan al vaso puntillado podría estar haciendo las veces de cazuela, a juzgar por su tamaño y volumen. Por otro lado, y como tendremos ocasión de explicar con detalle en otros apartados de este trabajo, la cuantificación detallada de la capacidad de los recipientes campaniformes meseteños ofrece también argumentos a favor de su vinculación con alguna clase de rituales de bebida, pues sobre todo en el caso de los vasos y cuencos. En ellos se puede constatar la existencia de un cierto control volumétrico que sitúa la gran mayoría de casos en torno al litro en los primeros y los 500 cc. en los segundos, es decir dentro del intervalo que se considera característico de los recipientes de bebida individual (Case, 1995a: 56). Las cazuelas tienen un comportamiento mucho más irregular, lo que unido a su aspecto general, excesivamente abierto para el manejo adecuado de líquidos, sugiere que quizás desempeñasen un papel complementario en el ritual, relacionado con el consumo de otro tipo de materias (alimentos sólidos, como carne o algún tipo de papilla a base de cereales, por ejemplo).

En esta misma línea de investigación, el análisis de los llamados campaniformes “simbólicos” puede ofrecernos testimonios de gran interés, en particular respecto a las peculiaridades propias de la versión ibérica de estos rituales “internacionales” que suponemos se extienden por buena parte de Europa occidental en este momento. Sólo en la Península Ibérica las cerámicas campaniformes incorporan a su acervo de diseños geométricos iconografías propias del arte rupestre, en un curioso fenómeno de sincretismo cultural que demanda una explicación. Esto es lo que hemos intentado hacer en varios trabajos (Garrido, 1997: 204; Garrido y Muñoz, 1997; c.p. 2), donde se propone la hipótesis según la cual los rituales de bebida asociados con las cerámicas campaniformes se habrían encontrado al llegar a la Península con otros locales, profundamente arraigados en el Neolítico y Calcolítico peninsular y relacionados con el “arte esquemático” y aspectos con él vinculados (“arte megalítico”, ídolos, cerámicas pintadas, cerámica “simbólicas”, etc.). Por las características de las representaciones y sus contextos, se propuso su probable relación con el empleo de sustancias alucinógenas para alcanzar estados alterados de conciencia que permitiesen el acceso a los oscuros ámbitos de lo sagrado, de acuerdo con una interesante línea de investigación reciente en el mundo del arte rupestre (Lewis-Williams y Dowson, 1988) y megalítico (Bradley, 1989; Dronfield, 1995a y b). En suma, que durante un largo periodo se practicarían en la Península Ibérica y en determinados contextos sociales, ciertas ceremonias o rituales que incluirían el consumo de alucinógenos, con las resultantes “visiones” que produce su ingesta (los conocidos fosfenos) que encontrarían reflejo iconográfico en los “artes” parietal y megalítico. Hallazgos como las semillas de opio que acompañaban a varios enterramientos en la celbérrima Cueva de los Murciélagos (Góngora, 1868), parecen ofrecer indicios interesantes en esta misma línea.

Defendimos asimismo la hipótesis según la cual estas ceremonias se fueron haciendo progresivamente más restringidas, a medida que los cambios sociales parecen derivar hacia el surgimiento de incipientes diferencias sociales. Ello podría explicar por qué estas representaciones aparecen cada vez con mayor frecuencia en soportes muebles (cerámica, ídolos, etc.), que son propiedad de determinadas personas o grupos y que, como tales, suelen formar parte en numerosas ocasiones de ajueres funerarios notables. La culminación de este proceso vendría quizás con la presencia de estas iconografías en cerámicas de gran valor social y ritual y presumible acceso restringido, los recipientes campaniformes. Cabe plantearse entonces el uso que estas sustancias alucinógenas tendrían cuando toparan con la llegada de las nuevas cerámicas rituales supuestamente vinculadas con el consumo de bebidas alcohólicas. Esta situación se presentó en otras muchas partes de Europa, donde, como señala Sherratt (1995: 26-29), existen evidencias arqueológicas del empleo de sustancias alucinógenas, especialmente el opio, que muy probablemente serían fumadas o inhaladas, a juzgar por ciertas referencias etnográficas y algunos testimonios arqueológicos. Según este autor posiblemente se gestarían entonces diversas formas de interacción que desembocarían en usos sincréticos (Ibidem: 29-32), y una transformación en el uso de las sustancias locales, antes fumadas, y ahora ingeridas en forma líquida (Ibidem: 31-32).

En nuestra opinión, uno de tales posibles usos sincréticos, en el marco peninsular, podría estar representado por los campaniformes “simbólicos”. En ellos se mezclarían prácticas y ritos locales ancestrales con innovaciones foráneas. Además, la existencia previa de estos rituales en los que posiblemente se consumían alucinógenos habría facilitado la comprensión del nuevo ceremonial campaniforme por parte de los grupos peninsulares, que lo habrían incorporado plenamente a su acervo cultural. No obstante, en ausencia de los pertinentes análisis químicos del contenido de los vasos, no es posible precisar si lo que se adopta con la llegada a la Península Ibérica de los rituales que acompañan al Campaniforme son las propias sustancias foráneas (ya producidas localmente), en este caso alcohólicas, si se siguen empleando las locales, ahora en forma líquida, o si ambas posibilidades pudieron darse a la vez. Lo que sí parecen incorporarse, en cualquier caso, son los ritos con que consumirlas, relacionados ya con la bebida. El propio estudio de los campaniformes “simbólicos” ofrece indicios en esta misma línea, pues se trata siempre de formas relacionadas con el consumo de líquidos, como los vasos campaniformes y sobre todo los cuencos, de tamaño pequeño o mediano. Además, con frecuencia las representaciones “esquemáticas” se disponen en el interior de los recipientes, especialmente en el caso de los cuencos, justo en el lugar donde se podrían apreciar cuando se bebiera en ellos.

## 2) Los elementos metálicos:

Sólo dos tipos de objetos metálicos forman parte del “package” campaniforme: armas y adornos. Únicamente hachas y punzones podrían considerarse herramientas, pero su comparecencia probada en ajuares funerarios (por ejemplo en sitios como Entretérminos, Ciempozuelos o Villar del Campo, yacimientos nº 147, 145 y 385, respectivamente) sugiere que su función también fue simbólica y representativa. Desde luego no es en este momento cuando aparecen por primera vez en la Meseta los enterramientos individuales con armamento metálico, pues ya se conocen algunos ejemplos, la mayoría por desgracia hallazgos casuales o sin contexto claro, dentro del llamado Calcolítico precampaniforme, y con la tumba en fosa segoviana de El Ollar, Donhierro (Delibes, 1988b) como mejor ejemplo. No obstante, si podemos afirmar que es precisamente con el Campaniforme cuando esta práctica se generaliza y desarrolla de forma plena. En este sentido las armas pudieron aportar un matiz particular al complejo ideológico con él asociado, y que se relaciona quizás con la autoridad personal basada en el uso de la fuerza física, aunque sea en el plano simbólico, como cualidad socialmente vinculada con el ejercicio del poder y el liderazgo. Aunque no podamos descartarlo del todo esta interpretación nos parece más probable que la que defiende la existencia de auténticas castas militares, o guerreras que se imponen al resto de la comunidad por la fuerza (Gilman, 1981; 1987), dado que como señala Godelier (1998b: 19-20) resultan más eficaces a este respecto las estrategias encaminadas a la legitimación ideológica del líder para que éste sea aceptado por toda la comunidad, ya que no se puede recurrir a la violencia permanentemente aunque eso sí la amenaza debe hallarse siempre presente. Las armas concretas que se utilizan dentro del complejo campaniforme responden a un reducido elenco de tipos: hachas, alabardas, y sobre todo puñales y puntas de lanza. Los primeros parecen mostrar un claro carácter de posesión personal, pues nunca aparece más de un ejemplar en cada enterramiento individual, y probablemente también un alto valor simbólico. Quizás por ello se reutiliza por ejemplo el puñal de Ciempozuelos, cuando una vez roto se afila de nuevo lo poco que queda de su hoja, momento en el que con toda probabilidad pierde su función como arma de combate, pero no su valor ideológico, ya que sólo termina su vida cuando lo hace también la de su poseedor, a quien acompaña al más allá. Frente a ello las puntas de lanza, en este caso de tipo Palmela, comparecen en los ajuares funerarios en número variable. Aunque lo normal es que no superen los tres ejemplares por tumba, contamos con espectaculares ejemplos de acumulación como la celeberrima panoplia de Fuente Olmedo (yacimiento nº 459) con once piezas.

Parece, por tanto, que pese a que este tipo de puntas comparten con los puñales su común condición de arma, ofrecen sin embargo caracteres distintos. Es obvio que resulta muy arriesgado intentar interpretar más detalladamente su papel concreto, más allá de lo dicho anteriormente. No obstante, podríamos mencionar como datos de interés, sin pretender con ello establecer comparaciones imprudentes,

que las puntas de lanza (de hierro en este caso) son utilizadas como símbolos para marcar determinados grupos de edad, en numerosos pueblos de África. Según Hodder (1982b: 67-68, 77) en Baringo, Kenia se utilizan para afirmar la posición y virilidad de los hombres jóvenes, en oposición a los ancianos. También señala este autor que las puntas son muy semejantes en áreas amplias en las que por el contrario varían otros muchos elementos de la cultura material, y ello es porque en todos estos grupos los hombres jóvenes las emplean para ese mismo fin. De hecho Larick (1986; 1991) ha llegado a conclusiones semejantes en su minucioso estudio etnográfico de este aspecto entre los Loikop de Kenia, donde la intensidad de la competición entre cohortes de edad se expresa en términos de diferencias estilísticas en sus puntas de lanza (sobre todo en el tamaño), y ello además de una forma aún más evidente y marcada que por ejemplo la variabilidad étnica (Larick, 1991: 317-318). No deja de resultar curioso, aunque no convenga ir más allá, que se constata algo semejante con las Puntas Palmela meseteñas, tal y como se ha intentado demostrar con el estudio estadístico y tipológico que de ellas se ha realizado en este trabajo. La variabilidad del conjunto no es muy pronunciada, se centra especialmente en el tamaño de las piezas, y desde luego carece casi por completo de peculiaridades regionales, a diferencia de lo que se observa por ejemplo en el análisis de las decoraciones campaniformes.

Los elementos de adorno forman también parte importante del complejo campaniforme, especialmente las joyas áureas, bien es cierto que no aparecen por primera vez en este momento y en algunas regiones ya fueron utilizadas para fines semejantes desde etapas anteriores. En esta etapa, sin embargo, adquirirían un desarrollo espectacular, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo (con la multiplicación de tipos). Este fenómeno podría estar poniendo de manifiesto en el terreno material la existencia de importantes cambios en lo que respecta a la indumentaria y aspecto externo de los personajes que gozaban de una mejor posición social, cuyas mejores galas les acompañan también en sus propios funerales. No podemos olvidar que muchas veces se ha relacionado la profusión de las decoraciones cerámicas geométricas constatada en este momento con el paralelo desarrollo de los tejidos (probablemente ya de lana), en forma quizás de vestimentas de lujo, igualmente destinados al plano de la ostentación y representación material del poder.

Finalmente tampoco podemos olvidar las connotaciones que aporta al conjunto campaniforme la metalurgia en sí, como una actividad que siempre ha sido muy especial y misteriosa. Esta “mágica tecnología”, como algún autor reciente llega a denominarla (Brodie, 1997: 309), supone la transformación de la materia y en definitiva su dominio. Tal vez por ello se mantendrán ciertos aspectos de su primitiva faceta esotérico hasta tiempos recientes cuando la Alquimia se encarga de recoger parte de estos saberes ancestrales (Eliade, 1974). Al margen de lo que esta innovación aportase a efectos puramente tecnológicos y prácticos frente al utillaje lítico, que sabemos no fue mucho (al menos en sus primeros momentos), es en

el plano ideológico y ritual donde su aparición resultaría más significativa.

Parece dominar buena parte de los actuales estudios arqueometalúrgicos una visión excesivamente economicista de la metalurgia del cobre, que minusvalora su papel en razón de la escasa importancia que parece tener en la subsistencia de los grupos calcolíticos peninsulares, por su carácter doméstico, y la pequeña escala de su producción y distribución o intercambio. Desde mi punto de vista tal enfoque sólo podría aplicarse a etapas posteriores. El control de esta “mágica tecnología” debió proporcionar sin duda gran prestigio a determinados personajes, y de ahí la importancia de los elementos metálicos en el complejo campaniforme, y su frecuente aparición en los ajuares funerarios. En este sentido deberíamos interpretar quizás también algunos hallazgos aparecidos en ciertas tumbas (sobre todo martillos de piedra que se presume fueron utilizados para afilar objetos metálicos como los puñales), que han sido identificados, de forma algo simplista quizás, como equipos funerarios especiales pertenecientes a los mismos artesanos metalúrgicos, como por ejemplo en algún caso holandés (Harrison, 1980: figura 12), o incluso también entre los materiales de una tumba madrileña (La Aldehucla, Getafe, yacimiento nº 152) (Idem, 1977: 181 y 184). Más allá de estas hipotéticas identificaciones, lo que sí podrían ilustrar este tipo de hallazgos es la importancia que debió tener entonces la expresión simbólica del control de una actividad tan significativa, como un poderoso instrumento para la legitimación ideológica del ejercicio del poder.

### 3) Los brazales de arquero:

Tradicionalmente se ha atribuido esta función a algunas placas rectangulares de piedra, de recurrente aparición en contextos campaniformes, sobre todo funerarios (en la tumba vallisoletana de Fuente Olmedo además junto a una punta de flecha de sílex, Martín y Delibes, 1974: 62-68 y fig. 26). Siguiendo la interpretación más extendida, irían sujetas al antebrazo por su parte interna para amortiguar el impacto de la cuerda del arco al tirar con él. Algunos hallazgos europeos parecen corroborar esta funcionalidad, como la tumba campaniforme polaca de Samborzec (Harrison, 1980: figura 45), en la que el brazal de arquero hallado está situado en una posición muy cercana del antebrazo izquierdo del individuo enterrado, por su parte interna, y más recientemente en el enterramiento británico de Hemp Knoll, Avebury (Robertson-Mackay, 1980: figura 9), donde apareció junto a uno de los brazos del inhumado. No obstante algunos autores han dudado de la funcionalidad real de estas placas como brazales, y se han inclinado más por considerarlas réplicas rituales de los auténticos ejemplares en cuero (Cornaggia Castiglioni, 1962, citado en Delibes, 1977: 120; Case, 1987: 119-120). Si a ello unimos el interesante caso recogido por Thomas (1991b: 35) de la tumba británica de Borrowstone, donde uno de los cadáveres, que se acompañaba de arco y brazal de arquero, tenía una grave lesión en la columna vertebral que le habría

impedido desarrollar esta práctica en vida.

Por ello aunque no es descartable que la destreza en el tiro con arco fuese conceptualizada positivamente a la hora de evaluar socialmente los “méritos” de un líder, y sin olvidar que también se trata de un arma (Garrido, 1994b: 71; 1995: 128), en muchos casos su papel debió ser meramente simbólico. De hecho Edmonds y Thomas (1987: 194-195) ya sugirieron que la parafernalia relativa al tiro con arco propia del complejo ritual campaniforme podría responder a una estrategia de representación relativa quizás a la expresión de la identidad masculina y guerrera, en razón de su asociación casi exclusiva con enterramientos de varones, al menos en Inglaterra. Ese valor simbólico sería el que actuaría asimismo en el caso de los ejemplares en oro, como el británico de Barnack o el portugués de Viana do Castelo (Hernando, 1989: 38). Por otro lado, tampoco han faltado otras interpretaciones que se inclinan más por considerarlos piedras de afilar, con lo que la supuesta simbología relativa al arco no tendría sentido, sino que habría que relacionarlos más con el armamento metálico, y en especial con los puñales que no en vano parecen ser su asociación más recurrente (Harrison, 1980: 53).

#### 4) Los botones de perforación en “V”:

Encuentran su auténtico papel en el plano de la ostentación, como objetos de adorno personal. Algunos ejemplares, al parecer de marfil (por ejemplo en el poblado de El Castellón; Espadas, Poyato y Caballero, 1987: fig. 11: 9 y 56-57), nos indican claramente que, al menos en ocasiones, circulaban a grandes distancias, como objetos de prestigio cuya procedencia lejana y materia prima exótica servirían de inestimable ayuda a quienes los portasen en su pretensión de distinguirse del resto de la comunidad. Tampoco es descartable, aunque obviamente no existan pruebas arqueológicas de ello, su posible vinculación a algún tipo de vestimentas especiales, en las que, como señalé anteriormente, diversos autores han querido ver el origen de las complejas decoraciones que se aplican a las cerámicas campaniformes. Ciertos hallazgos funerarios europeos aportan alguna pista, como por ejemplo la tumba 16 de Lysolajc, en Bohemia (1980: figura 34 izquierda) donde se observa una concentración espacial de botones en torno a la zona del tórax del individuo enterrado que podrían indicar la presencia de una prenda de vestir que cubriría esa zona del cuerpo. Por otro lado, en el análisis que Thomas (1991b) publicó sobre los ajueres funerarios campaniformes británicos constataba cómo a medida que avanzaba la secuencia cronológica parecían aumentar simultáneamente la cantidad y variedad de objetos que acompañaban al muerto y el tamaño y profundidad de las fosas para albergarlos. Según el autor este último hecho no puede justificarse únicamente con la presencia de los elementos de ajuar que han llegado hasta nosotros, sino también con la de otros objetos que no se han conservado, entre los cuales figurarían la madera y los tejidos, de cuya existencia, en cambio, apenas se conocen algunas escasas noticias.

### **III. LOS CONTEXTOS ARQUEOLÓGICOS**

### III.A. Los poblados.

#### 1. Criterios de identificación.

Se han podido identificar un total de 200 yacimientos que podrían clasificarse como asentamientos, tanto a través de excavaciones (19%), como sobre todo de prospecciones (81%), a partir de una serie de criterios o indicadores concretos:

- La detección de estructuras de hábitat en 35 sitios (17'5%), bien en prospección o hallazgos casuales (57'14%) como a través de excavaciones (42'85%). Se trata tanto de auténticas cabañas o chozas (25'71%) como sobre todo de los mal llamados "fondos" (68'57%).

- La presencia de recipientes de almacenaje decorados o no, en 66 yacimientos (33%).

- La asociación de los elementos campaniformes con los repertorios materiales propios de un poblado (fragmentos cerámicos, industria lítica, piezas de barro con improntas vegetales, restos faunísticos, etc.). Es con diferencia el indicador mayoritario a la hora de identificar este tipo de contextos, especialmente en los sitios hallados en prospección, pues hasta 174 de ellos (87% del total) se han clasificado como tales a partir de él.

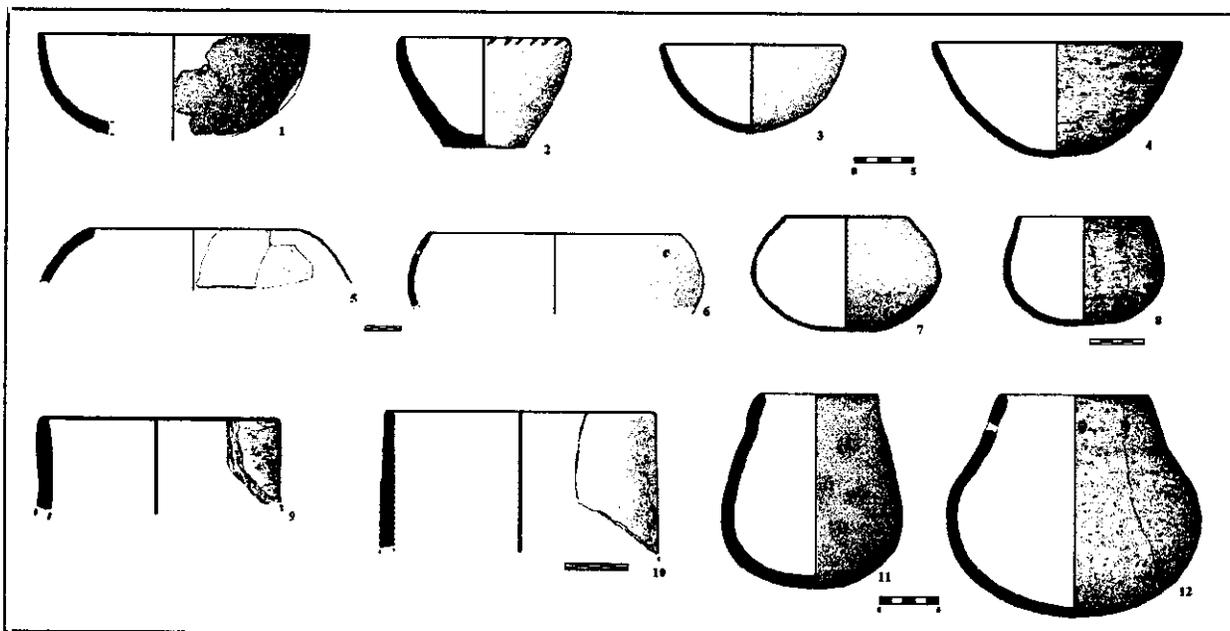
En este trabajo se ha intentado prestar especial atención a la información disponible sobre el contexto material del Campaniforme, sobre todo en los poblados, pues como se ha subrayado en tantas ocasiones durante los últimos años es quizás una de las claves fundamentales para su interpretación. Sin embargo y a pesar del gran volumen de nuevos yacimientos conocidos en la actualidad muy pocos ofrecen datos realmente valiosos a estos efectos. La escasez de excavaciones sistemáticas, la tardanza en la publicación de las memorias definitivas de las ya realizadas, y en ocasiones las propias características de los asentamientos, merman notablemente nuestras posibilidades. Con tal parquedad de evidencias resulta aventurado proponer hipótesis sobre de la función de los campaniformes en los lugares de hábitat, como veremos más adelante. Ahora nos limitaremos a realizar una serie de consideraciones generales sobre las características tipológicas y la cronología de los conjuntos materiales más frecuentemente constatados en asociación con el Campaniforme, las cerámicas lisas<sup>6</sup>, o "de acompañamiento" (Begleitkeramik) como se denominan en otras partes de Europa (Besse, 1996). El análisis detallado y exhaustivo de sus características podría ayudarnos, al menos teóricamente, a establecer la necesaria seriación cronológica de

---

<sup>6</sup> No se analizarán con detalle otros elementos que son igualmente característicos de los repertorios ergológicos de los poblados calcolíticos como la industria lítica, ósea, etc.; ya que es algo que desborda los límites de este trabajo, y por otra parte no proporciona una información cronológica de mejor calidad o precisión sobre los contextos donde aparece.

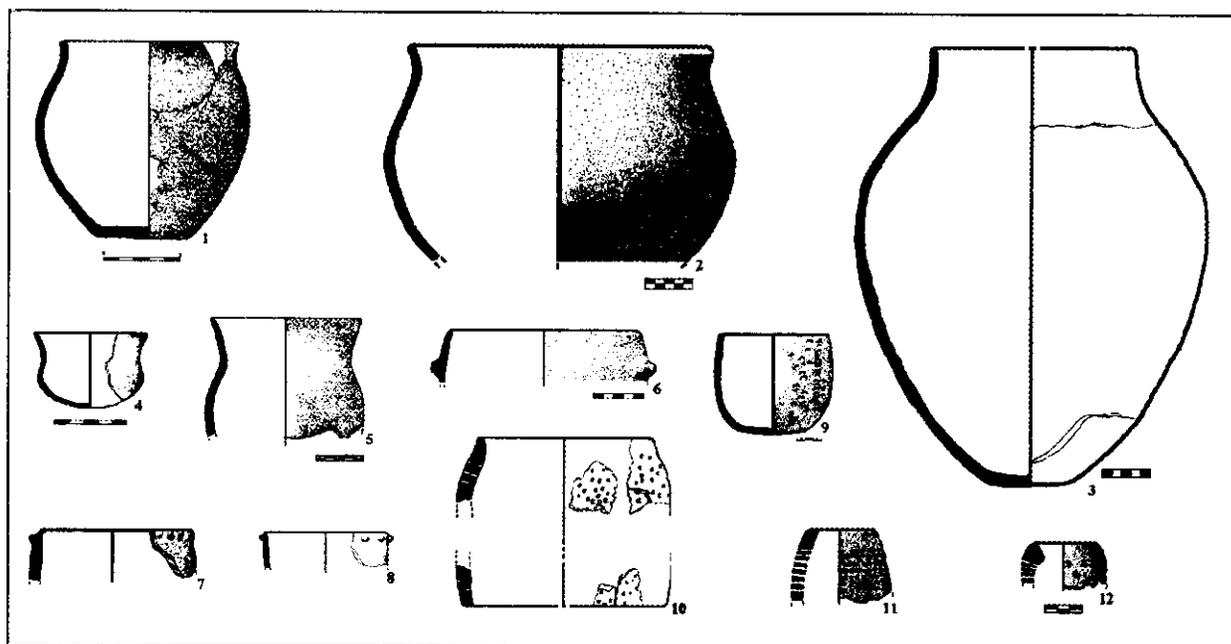
las cerámicas campaniformes que las acompañan, pues el C14 calibrado carece hoy por hoy de la suficiente precisión para ello. Sin embargo y por desgracia ello resulta inviable, por varias razones. En primer lugar, la propia asociación de algunas de estas formas lisas con las campaniformes es a menudo dudosa, como cuando proceden de prospecciones superficiales en yacimientos con muy diversas ocupaciones prehistóricas. Incluso en algunos sitios excavados como El Ventorro, de particular importancia a este respecto en el ámbito meseteño por la gran cantidad de información que proporciona, no parece tan claro que las cerámicas lisas supuestamente asociadas con el Campaniforme pertenezcan sólo a esta etapa cronológica (Priego y Quero, 1992: figuras 96-108). Más bien parece que nos encontramos ante un variado elenco tipológico en el que tienen cabida desde ciertos ejemplares que parecen corresponder a etapas algo más antiguas (Ibidem: figuras 104, 105: extremo superior, y nº 1150025), hasta otros que podrían ubicarse en momentos muy avanzados de la Edad del Bronce (Ibidem: figura 105: nº 23036, 206496). De hecho entre los fragmentos decorados campaniformes ilustrados se halla uno que podría pertenecer en realidad a la fase de Protocogotas (Ibidem: figura 138: nº 97035). Los propios excavadores del yacimiento reconocen haber recogido en la excavación cerámicas de cronologías posteriores como pies de copa, cordones digitados, o algunas decoraciones posiblemente pertenecientes a momentos avanzados de la Edad del Bronce (Ibidem: figuras 155, 154, y 157, respectivamente), por no hablar de las especies de tipo Cogotas I, con decoración de Boquique, que no obstante se recogieron en superficie (Ibidem: 278 y figura 156). Como ocurre en multitud de sitios madrileños vecinos de El Ventorro, tratamos con complejas áreas de habitación frecuentadas en diversas etapas de la Prehistoria, que generan múltiples yacimientos que se solapan y resultan muy difíciles de rastrear con las irregulares y esporádicas intervenciones de urgencia tan usuales en la zona, todo lo cual provoca mezclas de materiales, que no siempre son adecuadamente valoradas. En definitiva topamos con el espinoso asunto de los llamados “fondos de cabaña” y todos los problemas con ellos asociados, que tendremos ocasión de tratar en un apartado posterior. Por otra parte, y dadas sus características tipológicas las formas lisas aportan aún menos precisión cronológica que las campaniformes, pues por su sencillez, muchas de ellas se fabrican sin apenas variaciones en toda la Península durante largos periodos, aún mayores que los ocupados por el fenómeno objeto de este trabajo.

En efecto, el estudio de las formas cerámicas que acompañan a las campaniformes en los poblados meseteños se compone de un repertorio relativamente homogéneo y simple, que no aporta más información cronológica de la ya conocida, pues todas ellas se pueden situar a partir de sus paralelos con otros conjuntos peninsulares semejantes en un amplio periodo comprendido entre la plenitud del Calcolítico y los comienzos de la Edad del Bronce. Se trata de formas esféricas simples como cuencos de diversos tipos y tamaños (Figura 1: 1-4), grandes ollas globulares de paredes entrantes (Figura 1: 5-6), vasos de paredes rectas (Figura 1: 9-10), ollitas globulares de paredes entrantes (Figura 1: 7-8), y de cuello insinuado (Figura 2: 1-2), formas ovoides de paredes entrantes (Figura 1: 11-12), perfiles en S (Figura 2: 4-5), vasos de almacenaje (Figura 2: 3).



**Figura 1.** Cerámicas lisas asociadas con el Campaniforme en La Meseta. Cuencos de diversos tipos: 1) Quintanilla de Arriba, Valladolid (según Rodríguez y Herrán, 1988), 2) Somaén, Soria (según Barandiarán, 1975), 3) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992), 4) Yuncos, Toledo (según Rojas, 1984). Grandes ollas de paredes entrantes: 5) Rillo de Gallo, Guadalajara (según Balbín y otros, 1989), 6) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992). Ollitas globulares: 7) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992), 8) Yuncos, Toledo (según Rojas, 1984). Vasos de paredes rectas: 9) La Pedriza en Ligos, Soria (según Jimeno y Fernández, 1985), 10) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992). Formas ovoides de paredes entrantes: 11) Calaña, Toledo (según Rojas, 1984), 12) Yuncos, Toledo (según Rojas, 1984).

En ocasiones estas distintas formas presentan decoración plástica, especialmente en forma de mamelones (Figura 2: 6-8). Menos frecuentes pero muy características de los asentamientos campaniformes son por un lado las llamadas “queseras” o “encellas” (Figura 2: 10-12), y la decoración de uñadas dispuestas de forma desordenada por toda la superficie externa de los recipientes (Figura 2: 9).



**Figura 2.** Cerámicas lisas asociadas con el Campaniforme en La Meseta: Ollas globulares de cuello indicado: 1) Quintanilla de Arriba, Valladolid (según Rodríguez y Herrán, 1988), 2) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992). Vasos de almacenaje: 3) El Perchel en Arcos del Jalón, Soria (según Lucas y Blasco, 1980). Vasos de perfil en S: 4) Somaén, Soria (según Barandiarán, 1975), 5) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992). Decoraciones plásticas (mamelones, etc.): 6) La Pedriza, Ligos, Soria (según Jimeno y Fernández, 1985), 7) El Perchel en Arcos del Jalón, Soria (según Lucas y Blasco, 1980), 8) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992). Decoración de uñadas dispuestas desordenadamente por la superficie externa de la vasija: 9) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992). “Queseras”: 10) El Perchel en Arcos del Jalón (según Lucas y Blasco, 1980), 11 y 12) El Ventorro, Madrid (según Priego y Quero, 1992).

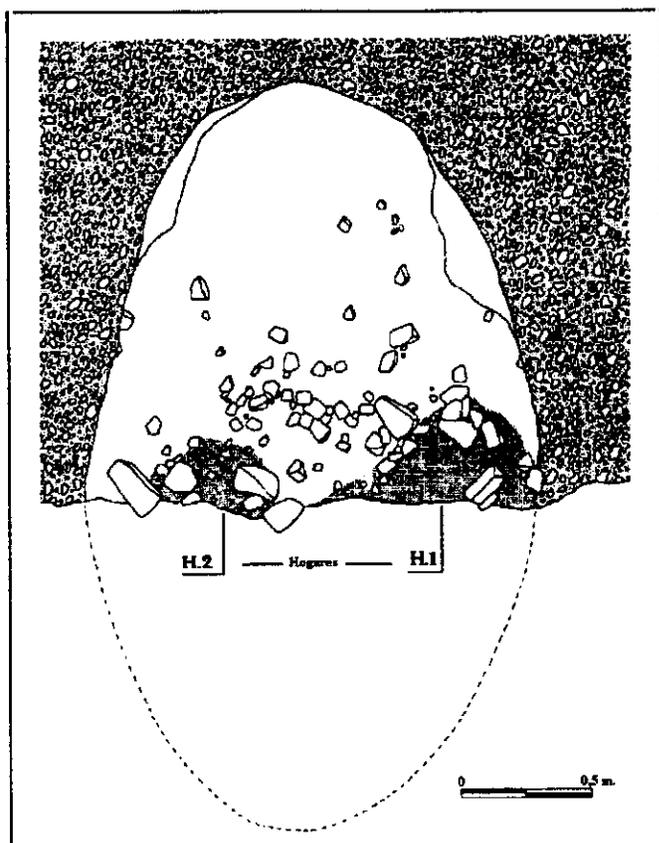
Éste último tipo de decoraciones aparece con cierta frecuencia junto a cerámicas campaniformes en varios hallazgos de la región madrileña como Barranco de la Peña del Agua en Chinchón (nº 148), y Arenero de Pedro Jaro II (nº 171), Fábrica Euskalduna (nº 185), Tejar de Don Pedro (nº 189), y El Ventorro (nº 193), en Madrid (Garrido, 1994b: 77; 1995-6: 24, 27). De hecho, como señalan Priego y Quero (1992: 272), en este último yacimiento esta clase de cerámicas aparecen siempre en las mismas estructuras que las campaniformes.

## 2. Características de los asentamientos.

A pesar de contar ya con 35 yacimientos con estructuras de hábitat identificadas, por desgracia la información que aún hoy tenemos sobre este aspecto es muy escasa. Las reconocidas en superficie (57'14%) proporcionan pocos datos, pues las características manchas circulares u ovals que se aprecian en algunos asentamientos sólo permiten distinguir por el diámetro si se trata de auténticas cabañas o silos (e incluso tumbas), pero no sus características principales. Para ello se requieren datos de excavación, que aún en la actualidad son claramente insuficientes, pues en la mayoría de los 16 asentamientos con intervenciones arqueológicas de este tipo apenas se han podido localizar unas pocas estructuras aisladas: Los supuestos "silos" o fosas (68% del total) de tamaño diverso (no suelen rebasar el metro de diámetro y profundidad normalmente), como en El Castillo, Burgos (nº 33), Areneros de Soto I, II y Fábrica de Preresca, en Getafe (nº 155, 156 y 159), Fábrica Euskalduna, Loma de Chiclana, Ventorro, en Madrid (nº 185, 187 y 193), Pedazo del Muerto, Pinto (nº 207), Tierras Lineras, Salamanca (nº 269), Cuéllar en Segovia (nº 285), Montuenga, Soria (nº 354), o Arenales I, en Pantoja, Toledo (nº 419).

Menos frecuentemente se han documentado auténticas cabañas (25% de los casos), como en los siguientes ejemplos: En las antiguas excavaciones de Schulten en El Molino de Garrejo (nº 347), se identificó la planta de una cabaña en cuyo interior aparecieron aún *in situ* dos grandes vasos de almacenaje con decoración campaniforme (Fernández Moreno, 1997: 29-31). En Canteras de Halagas, La Colilla, Ávila (nº 19) recientes excavaciones de urgencia, aún inéditas (Arancibia y otros, 1992), documentaron cinco cabañas circulares (4-6 m. de diámetro), con zócalos de piedra y hogares ovals de barro sobre bases realizadas con fragmentos cerámicos, aunque por desgracia no se pueden relacionar aún con seguridad estos hallazgos con el campaniforme descubierto en superficie anteriormente. En Mojabarbas, Burgos (nº 35) las obras desarrolladas en una cantera descubrieron un extenso nivel de habitación, donde no se pudo documentar ninguna estructura con límites definidos, pero sí apareció un gran vaso de almacenaje campaniforme *in situ*, asociado con una acumulación de cantos interpretada como un hogar (Uribarri y Martínez, 1987: 139-140 y Lam. III: 2). No muy lejos de este hallazgo se produjo otro, esta vez sí en el curso de una excavación en el sitio de Villafria V, Burgos (nº 37) (Ibidem: 140-142 y Lám. III: 1), donde varios fragmentos campaniformes de estilo Ciempozuelos pudieron relacionarse con

una interesante cabaña oval de 5'8 x 1'28 m., en uno de cuyos extremos aparecieron sendos hogares delimitados por piedras (ver Figura 3).

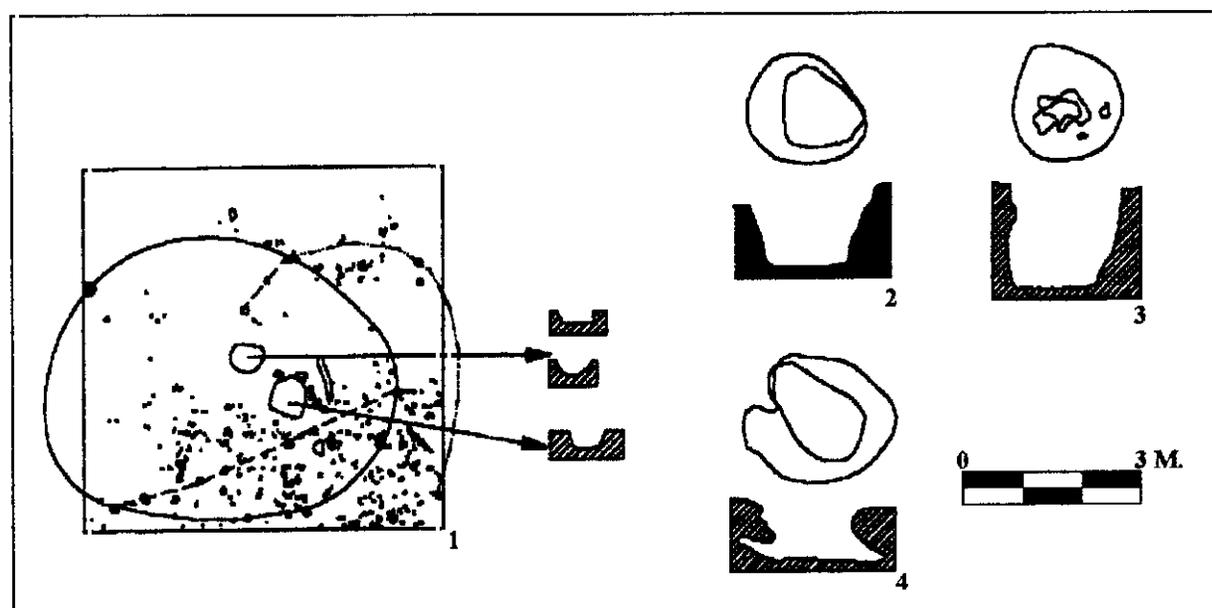


**Figura 3.** Planta de la cabaña hallada en el yacimiento de Villafria V, Burgos (según Uribarri y Martínez, 1987).

En el Poste de la Luz de Preres, Getafe (nº161) se puso al descubierto parte del suelo de una cabaña sin límites claros (Blasco y Recuero, 1994: 36). Algo semejante ocurre con El Perchel, Arcos del Jalón, Soria (nº 320) donde sólo se pudo excavar la parte final de la cubeta de sedimentos que formó en su día una cabaña circular, restringida por ello a una fosa de 1 m. de diámetro y 45 cm. de potencia, que deparó sin embargo una importante cantidad de materiales, entre ellos los campaniformes (Lucas y Blasco, 1980). Mejor conservada pero aún por desgracia inédita es la cabaña descubierta, bajo una estructura medieval, en la excavación de urgencia realizada en el sitio vallisoletano de El Pico del Castro, Quintanilla de Arriba (nº 478). Según reza en el informe inédito de sus excavadores se trata de una cabaña circular excavada en la roca, de 8 m. de longitud, jalonada en su perímetro por ocho agujeros de poste (cinco por el interior y tres por el exterior), rellena de tierras cenicientas y con una potencia de hasta 60 cm. (Herrán, 1988b; Rodríguez y Herrán, 1988).

Prácticamente inédito también es el yacimiento madrileño de Pedazo del Muerto, en Pinto (nº 207), del que apenas se conoce una breve noticia que deja sólo entrever el gran interés y variedad de las estructuras exhumadas en esta excavación de urgencia (López y otros, 1996): Quince “fondos”, con perfiles de paredes

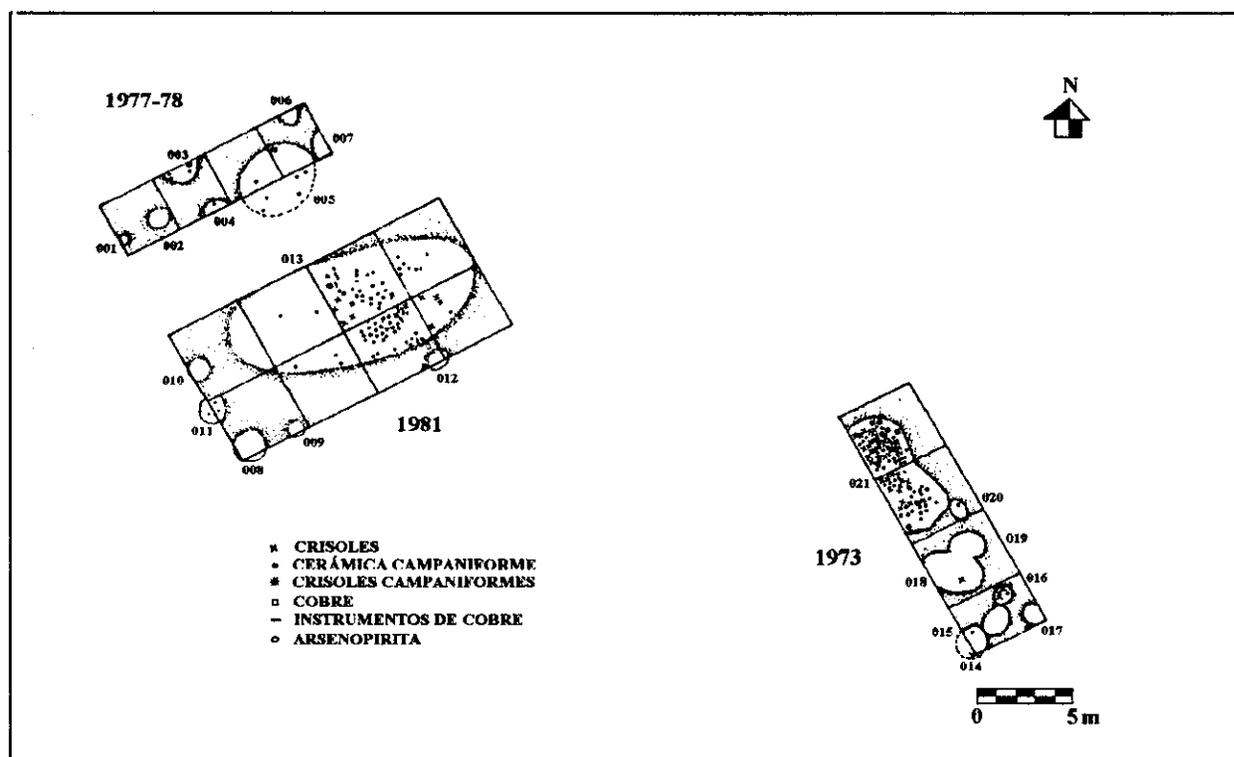
irregulares y gran volumen, y utilizadas como depósitos de reserva de alimentos o materias primas, reutilizados también como basureros; cubetas, de similares características, morfología y funcionalidad, pero inferior tamaño. Una gran cabaña ovalada de 22 m<sup>2</sup> delimitada por la presencia/ausencia de sílex, con agujeros de poste tanto dentro (compartimentarían el espacio interno de la vivienda) como fuera de ella (estructuras aún por delimitar). Y finalmente lo que consideran pozos, las estructuras de mayores dimensiones, con paredes más irregulares debido a la erosión diferencial, que habrían servido como contenedores de agua excavados sobre el nivel freático (Ver Figura 4). Según sus excavadores algunos de ellos como el nº 8, una vez contaminados (se halló en su interior un cánido completo) se abandonaron y fueron utilizados como basureros. De hecho, en otro se encontró lo que quizá fue una tapadera. En dos de los “fondos” se hallaron restos humanos (el cráneo de una neonato y la mandíbula de un individuo adulto respectivamente), en clara posición secundaria y dentro del relleno de los basureros. Este último hallazgo se une a otros ejemplos, escasos pero de gran interés, que ya han sido objeto de atención en algún trabajo reciente (Fabián, 1995: 145-147). Con tan exigüos testimonios cualquier interpretación se nos antoja arriesgada, pues aunque en alguna ocasión se haya propuesto su posible significación ritual o social, tampoco debemos descartar la hipótesis según la cual esta presencia “anómala” de restos humanos en contextos domésticos no tenga sentido ritual alguno y se deba a procesos postdeposicionales como consecuencia de la repetida utilización de un mismo lugar a lo largo del tiempo y para fines muy diversos, lo que habría desplazado los huesos humanos (entre otros restos como cerámicas, fauna, etc., presentes en la tierra) fuera de su contexto original.



**Figura 4.** Plantas y secciones de las estructuras de habitación documentadas en el poblado calcolítico con campaniforme de Pedazo del Muerto, Pinto (según López y otros, 1996): 1) Gran cabaña, 2-4) Pozos.

Pero, sin duda, el yacimiento que ha proporcionado hasta el momento la planta más completa de fosas y cabañas conocida en la actualidad es El Ventorro, Madrid (nº 193) (Priego y Quero, 1992) (Figura

5). Se trata de un importante hábitat, delimitado por el triángulo que forman el río Manzanares, el arroyo Butarque y la carretera, en un perímetro de unos 120 x 135 m. Fue excavado en cuatro campañas, una a cargo de miembros del Instituto Arqueológico Municipal, en 1963, y las otras tres por C. Priego y



**Figura 5.** Planta de las principales estructuras de habitación documentadas en el poblado madrileño de El Ventorro y su relación con la dispersión espacial de los restos metalúrgicos y cerámicas campaniformes (según Priego y Quero, 1992).

S. Quero (1972-3, 1977-8 y 1981), que son los autores de la memoria definitiva (1992). La superficie excavada no llega a los 200 m<sup>2</sup>, lo cual supone un porcentaje ínfimo del área total estimada, pero ha proporcionado una importante cantidad de estructuras (3 cabañas y 23 “fondos”), en una interesante distribución espacial:

a) “Fondos”:

Tienen plantas ovales y redondas y secciones variadas, si bien predomina la trapezoidal. Su profundidad es mayoritariamente media (0’ 60 - 1’ 30 m.), y en cuanto a su función es posible que tuvieran un papel subordinado, a veces múltiple y sucesivo (como por ejemplo, minas de arcilla, pozos, despensa, hogares esporádicos, basureros y silos), al servicio de las cabañas en torno a las cuales se disponen. Sólo dos de ellos aparecen en la base de las propias viviendas (nº 001 y 002), posiblemente como dependencias o apéndices de ellas. Incluso algunos, como los nº 018 y 019, que están pegados, pudieron utilizarse quizás como viviendas auxiliares. Los agujeros de poste documentados en los “fondos” nº 004 y 014 demuestran que algunos estaban techados. Se recogieron cerámicas campaniformes en los “fondos” 002, 003, 008, 011, 012, 014, 016, 018, 020 y 025, junto a distintos materiales del yacimiento (cerámica, industria lítica, restos metalúrgicos y faunísticos). Un caso sin duda excepcional lo constituye el “fondo” 025, del que se tienen datos poco precisos por desgracia,

pues pertenece a aquel grupo de los excavados en 1962-3 por el Instituto Arqueológico Municipal. En él se recogieron entre otros materiales dos vasos campaniformes y una cazuela casi completos y el célebre pie de copa decorado, lo que llevó a Priego y Quero (1992: 23) a adjudicarle una posible función ritual o incluso funeraria.

#### b) Cabañas:

Son las auténticas viviendas, donde se concentran los materiales, especialmente los restos metalúrgicos y campaniformes, junto a una gran variedad de materiales (cerámicas lisas, industria lítica y ósea, fauna, etc.). Se documentaron tres de ellas, una de planta oval y sección semicircular (nº 005), y dos subovales de sección vesicular (nº 013 y 021). Todas presentan agujeros de poste y pellas de barro con improntas de palos y ramas, que hacen referencia a las características de sus cubiertas y el característico modo de impermeabilizar las paredes. En El Ventorro la cerámica campaniforme apenas representa un 2'5 % del total de la cerámica del poblado, y un 4'4 % de la que pertenece a la fase supuestamente campaniforme. En general la inmensa mayoría de hallazgos metalúrgicos (goterones de cobre, crisoles con adherencias, fragmentos de mineral, etc.) y de cerámicas campaniformes se concentran en las cabañas 021 y 013, que presentan unos suelos de tierra apelmazada y dura, de color gris-negruczo, con señales continuas de combustión, y potencias medias de 0'5 m. En concreto la cabaña 021 es la que posee mayor número de objetos relacionados con la metalurgia (57), y en su sector suroccidental cuenta con un hogar semicircular formado por piedras, que presenta claras huellas de combustión (¿horno de fundición?), aunque los hallazgos se concentran en la parte norte de la vivienda. La cabaña 013 tiene 17 restos relacionados con la metalurgia, que ocupan la mitad del espacio en un área de unos 4 m. En su perímetro existe también una estructura hipotéticamente relacionada con el taller metalúrgico (estructura circular de 0'6 m. de diámetro, con cerámica, piedras y bloques de barro) en cuyas proximidades se recogieron cinco fragmentos de crisoles, perdigones de cobre y dos segmentos de punzón de cobre, un molino de granito y dos molederas. Finalmente en lo que se refiere a los restos faunísticos es la cabaña 013 la que ha proporcionado la práctica totalidad de hallazgos (82% del total).

Vemos, por tanto, que la información hoy disponible sobre la faceta doméstica del Campaniforme en La Meseta sigue siendo insuficiente. A pesar de la indudable importancia de los hallazgos publicados en los últimos años, sobre todo El Ventorro, se nos antoja aún muy pobre el registro arqueológico con que contamos, especialmente si con él se intentan probar hipótesis relativas a la estructura social y económica de estos grupos humanos. De acuerdo con el modelo teórico propuesto en este trabajo deberíamos poder detectar diferencias en los poblados entre las distintas estructuras de habitación que pusieran de manifiesto la presumible existencia de diferencias sociales, y el surgimiento de líderes con una base económica mayor que los restantes miembros de la comunidad. Obviamente con la información que hoy tenemos en nuestra área de estudio tal propósito resulta poco menos que imposible. La mayoría de los hallazgos se produjeron

en excavaciones de urgencia, que descubrieron áreas muy reducidas, por lo que la mayoría de las estructuras de hábitat conocidas son cabañas aisladas de planta oval y gran tamaño (5-10 m. de longitud), delimitadas a veces por pequeños zócalos de piedra, pero normalmente por la propia distribución de los materiales, hechas a base de un entramado vegetal recubierto de pellas de barro, y en las que a menudo se documentan hogares en los que parecen haberse desarrollado tanto tareas culinarias como otras actividades (p.e. la metalurgia en El Ventorro). Los agujeros de poste localizados en algunas de ellas testimonian los elementales sistemas empleados para la sujeción de las paredes y techumbre de unas viviendas en apariencia endebles.

En otros sitios sólo se han podido documentar los mal llamados “fondos de cabaña” y hoy comúnmente denominados, de forma más ambigua, fosas u hoyos, de plantas circulares u ovales, generalmente pequeñas, donde se desarrollaron muy diversas actividades, que van desde el almacenamiento o la cocina, hasta otros cometidos excepcionales como lugares de enterramiento o supuestos depósitos rituales (Fabián, 1995: 93-96; Bellido, 1996: 21-48). El presumible desempeño de diversas y sucesivas tareas dentro de una misma fosa complica su estratigrafía y la interpretación funcional de algunas de ellas (Priego y Quero, 1992: 362; Fabián, 1995: 95). Sólo en aquellos yacimientos que, como El Ventorro, cuentan con excavaciones en área suficientemente amplias, ambos tipos de estructuras se han podido documentar de forma conjunta (Priego y Quero, 1992), y parece que la distribución espacial de ambas coincide, razón por la cual hemos de suponer que las fosas debieron cumplir diversas funciones relacionadas con las actividades domésticas más comúnmente desarrolladas en las viviendas (silos, pozos, hogares, posibles hornos, etc.). No obstante, no es esta distribución la que se constata en otros ejemplos meseteños de la Edad del Bronce, donde las cabañas parecen distanciarse intencionalmente de las áreas ocupadas por las fosas, que forman auténticos campos de hoyos con decenas de estructuras (Fabián, 1995: 96; Bellido, 1996: 71).

Más allá de estas características generales nuestro conocimiento de los poblados calcolíticos meseteños es muy pobre. Dentro de las líneas de investigación para el futuro que propuse ya hace unos años (Garrido, 1994b: 85; 1995: 145), precisamente con la intención de poder detectar diferencias o contrastes, se contaba el estudio de las capacidades de las fosas, entendiendo que muchas de ellas pudieron ser estructuras de almacenamiento de excedentes productivos. Si proponemos la existencia de una incipiente diferenciación social que se basa en el control de la producción, cabría esperar que el excedente no se distribuyera uniformemente por todo el área de habitación sino que se concentrara en determinadas zonas, presumiblemente ocupadas por los líderes. Recientemente algunos investigadores han tratado de profundizar en este aspecto, tanto desde una perspectiva general (Bellido, 1996: 34-37) como en trabajos de campo orientados a este fin (Díaz del Río y otros, 1997; Díaz-del Río, en prensa). Bellido (1996: 34-37)

realizó una estimación general de la evolución de la capacidad de las fosas en yacimientos de la meseta norte que van desde los comienzos del Calcolítico a las postrimerías de la Edad del Bronce, en la que no pudo detectar variación alguna que permitiese hablar, por tanto, de un crecimiento progresivo de la generación de excedentes agrarios a lo largo de la secuencia. No obstante, la muestra manejada por este autor es tan desigual e insuficiente que los resultados han de cuestionarse, pues, por ejemplo, de la etapa campaniforme sólo se incluyen tres hoyos pertenecientes a dos yacimientos, frente a los diez casos del Calcolítico precampaniforme o los 52 del Bronce medio (Ibidem: 35). Además, de los tres sólo uno de ellos se puede adjudicar en realidad al Campaniforme, El Perchel en Arcos del Jalón (nº 320 de mi inventario), y no se trata de un silo sino de una cabaña parcialmente destruida, como señalamos anteriormente. Los otros dos hoyos pertenecen al asentamiento de la Edad del Bronce descubierto en Carratiermes, Soria, donde, aunque se han localizado cerámicas campaniformes (ver sitio nº 352 de mi inventario), éstas no se asocian con las estructuras de hábitat documentadas, en las que sí se hallaron en cambio producciones de tipo Protocogotas (Garrido, en preparación).

De gran interés resultan los recientes trabajos desarrollados en un yacimiento madrileño con diversas ocupaciones del Calcolítico y la Edad del Bronce (Díaz del Río y otros, 1997; Díaz del Río, en prensa) donde los métodos de excavación y la recogida de muestras (fauna, polen, etc.) y su posterior análisis se dirigieron hacia la verificación de estas cuestiones. El detallado estudio y cuantificación de la capacidad y los contenidos de las estructuras han permitido reconocer diferentes áreas funcionales en el poblado. Sin embargo, y por desgracia, parece que la zona del yacimiento donde se desarrollaron las excavaciones de urgencia no abarca el área central del hábitat, donde se ubicaban las cabañas (que fueron objeto de una intervención distinta a cargo de un equipo con objetivos muy diferentes), sino una zona marginal. Por ello las premisas de partida, sin duda prometedoras, se ven en buena parte frustradas en el balance final de resultados. Sin embargo, estos trabajos inauguran una línea de investigación interesante que habrá de ofrecer resultados en el futuro.

Volviendo al Campaniforme meseteño, debemos reconocer, de nuevo, la carencia casi completa de datos para contrastar en los poblados las hipótesis que proponemos acerca del posible contexto socioeconómico de este fenómeno. Es cierto que en El Ventorro la gran mayoría de fosas, restos faunísticos (más de un 80%) y metalúrgicos, y de las cerámicas campaniformes se relacionan precisamente con las dos cabañas localizadas en las excavaciones. Pero no es menos cierto que carecemos de cualquier referencia comparativa que nos permita sugerir siquiera que esto indica una concentración espacial de la riqueza. Sólo la ampliación del área excavada podría ofrecer evidencias sobre el particular, con lo que esta cuestión tan fundamental para el debate permanece pendiente de contrastación arqueológica. Por ello, sin duda, se puede afirmar que otra de las prioridades de la investigación del Calcolítico meseteño en general y del

Campaniforme en particular es contar con amplias excavaciones en área de asentamientos que nos proporcionen plantas con numerosas estructuras, y donde se tenga en cuenta la cuantificación detallada del contenido de las distintas fosas y cabañas, para poder así establecer comparaciones fiables a estos efectos.

Cuando se tengan evidencias más concluyentes sobre estas cuestiones el debate se enriquecerá notablemente. Sin embargo, tampoco debemos ignorar las limitaciones de partida que tiene, por desgracia, esta línea de investigación. Ya desde hace años diversos trabajos etnoarqueológicos han puesto de manifiesto que existen muy complejos problemas relacionados con la formación del registro arqueológico en los lugares de hábitat que pocas veces se tienen en cuenta a la hora de interpretar los resultados de las excavaciones en un yacimiento prehistórico. En general se asume, a veces de forma inconsciente, que la distribución espacial de los materiales arqueológicos refleja de forma fiel la de las distintas actividades desarrolladas a lo largo de los años, ofreciéndonos así una fotografía de la vida de esas gentes en aquel lugar. Hoy sabemos que esto no es así, salvo en hallazgos muy singulares, casi excepcionales, donde una catástrofe (incendio, etc.) obligó a sus habitantes a abandonar para siempre su poblado, dejando todo tal y como estaba, y congelando así para nosotros un momento concreto de su vida doméstica. Lo que se encuentra el arqueólogo en la mayoría de los casos es el resultado de una combinación de muy complejos procesos que afectan al abandono y deposición de los materiales, pues no todos pasan a formar parte del registro ni lo hacen en la misma medida, lo cual supone una primera y muy importante selección. Cuanto más gradual y planeado es el abandono del lugar mayor será la distorsión experimentada en la distribución original (Joyce y Johannessen, 1993: 150-151). Cuando los grupos humanos cambian de residencia o no viven todo el año en un mismo lugar sino que se mueven estacionalmente dentro de una misma región, llevan consigo siempre los elementos que consideran más valiosos, lo que introduce sesgos notables en la muestra de elementos que llega hasta nosotros (Tomka, 1993: 21). Por ello no puede extrañarnos la escasez de hallazgos metálicos en los poblados calcolíticos meseteños, y concretamente en los que abarca este trabajo, como veremos con detalle al final del capítulo. Sólo cuando piensan regresar próximamente se esconden algunos objetos para evitar su destrucción o robo (Ibidem), y esto quizás es lo que podría explicar algunos hallazgos cada vez más frecuentes en el Calcolítico y Edad del Bronce meseteños, en los que aparecen recipientes completos y en perfecto estado de conservación que han sido depositados con cuidado en el interior de fosas, y que suelen interpretarse a veces en clave ritual (Blasco y otros, 1984-5; Fabián, 1995: 66-69).

Algún estudio parece poner de manifiesto, sin embargo, que estos factores no afectan por igual a todos los tipos de restos arqueológicos, algunos de los cuales como la fauna, no experimentarían la misma alteración que otros como la cerámica, por ejemplo (Kent, 1993: 68). No obstante, no podemos olvidar en este punto el papel de los cotidianos procesos de limpieza que también se encargaría de alterar notablemente la distribución original de los desechos entre las distintas unidades de habitación. Por otra parte, es un hecho asimismo constatado en distintos trabajos etnoarqueológicos que en muy pocos años las cabañas se abandonan y

vuelven a utilizarse después alterando así las características del relleno original (Longacre, 1982: 64). Circunstancias todas ellas que se agravan si, como es el caso, las estructuras de hábitat son endeble y de muy corta vida.

No sorprende, por ello, que en otros trabajos etnoarqueológicos se expresen serias advertencias acerca de la dificultad que supone intentar identificar a través del estudio de las viviendas a los líderes o jefes, sobre todo en sociedades primitivas como las que aquí estudiamos (White, 1985). De hecho, incluso recientes análisis realizados en contextos prehistóricos teóricamente más jerarquizados, como por ejemplo el argárico, están empezando a topar con este mismo problema. Así, uno de los principales investigadores, pioneros del debate teórico acerca de los orígenes de la complejidad social en el Sureste peninsular, ha señalado recientemente que *“..Tal como están las cosas, los contrastes en la forma de organizar la vida dentro de los asentamientos de la Edad del Bronce tienen una escala tan limitada que plantean dudas significativas sobre la visión consensuada de que hubo una emergente estratificación a la que muchos de nosotros nos hemos adherido”* (Gilman, 1997: 90). Si algo parece claro en la actualidad es que el registro arqueológico no es aquella fotografía fiel del pasado que muchos pensaron en tiempos no muy lejanos de ingenuo optimismo teórico. Si no se tienen en cuenta sus limitaciones y las que tiene, en general, la contrastación empírica de las hipótesis que se proponen acerca de cuestiones tan complejas como el origen de las desigualdades económicas y sociales, podría caerse en un peligroso escepticismo estéril que quizás nos haría regresar a viejos conceptos y prácticas ya olvidadas, dejando de lado o abandonando del todo este tipo de debates. Es la opinión del autor de este trabajo, expresada en distintas partes del mismo, que sí podemos aproximarnos al conocimiento de estos aspectos, siempre y cuando se adopte una perspectiva más amplia de los problemas y la forma de abordar la contrastación de los modelos.

Finalmente, y como última característica a destacar en los asentamientos meseteños que presentan hallazgos campaniformes, y de los calcolíticos en general, es la práctica ausencia de elementos que delimiten el espacio habitado, ya sean fosos o sobre todo murallas, como se constata en cambio en otras regiones peninsulares (Sureste, estuario del Tajo, Extremadura, etc..). Este hecho, establecido desde hace tiempo, ha sido uno de los argumentos más frecuentemente empleados para negar la existencia de cambios en la estructura social y económica de los grupos meseteños, partiendo de la vieja concepción de nuestra área de estudio como una zona atrasada y aislada. Modelos que resultan muy interesantes cuando se aplican a las regiones anteriormente citadas en cuyo registro arqueológico están fundamentados, fracasan en cambio cuando se trasladan a zonas geográficas próximas pero muy distintas, como la nuestra. La ausencia de los indicadores arqueológicos que en alguna zona son característicos de este tipo de situaciones (por ejemplo las complejas fortificaciones) no debería llevarnos a la negación de la existencia de unos procesos propios en otras, que presenten también manifestaciones arqueológicas de índole diferente (Jorge, 1996).

No obstante, y aunque no cabría esperar en el futuro grandes sorpresas del registro arqueológico meseteño sobre este particular, tampoco conviene descartar por completo el hallazgo de elementos delimitadores del espacio habitado, pues de hecho ya se conocen algunos datos en este sentido. En el poblado calcolítico madrileño de La Loma de Chiclana se ha documentado la existencia de un foso que marca el perímetro del poblado (Díaz-Andreu y otros, 1992). Similar función debió desempeñar, quizás, el pequeño amurallamiento constatado en la prospección del pequeño hábitat en llano campaniforme de la Huerta del Diablo en Gálvez, Toledo (Rojas, 1987). Finalmente el ejemplo más espectacular de los conocidos hasta la fecha en La Meseta es sin duda el asentamiento calcolítico zamorano de El Pedroso, donde se ha podido documentar un importante sistema de fortificaciones (Delibes y otros, 1995: 50-51, figuras 7 y 8). No obstante, quizás haya que relacionar este yacimiento más con los procesos desarrollados en la zona portuguesa que con la dinámica propia del interior peninsular. Sin embargo, tampoco en este caso conviene descartar del todo el descubrimiento de nuevas evidencias de este tipo, pues el futuro podría deparar sorpresas. De hecho, recientes hallazgos, aún inéditos, demuestran que el ámbito geográfico característico del poblamiento amurallado de la Edad del Bronce en La Mancha, es mucho mayor de lo que se creía y alcanza regiones muy próximas a la cuenca del río Tajo (García, Garrido y Muñoz, en preparación).

### **3. Consideraciones generales sobre los patrones de poblamiento.**

El análisis de los patrones de asentamiento es una línea de investigación cada vez más desarrollada en la Prehistoria meseteña (Muñoz, 1993; 1998; Díaz-Andreu, 1994; Blasco, 1994; Baena y Blasco, 1997; Ruiz Taboada, 1993; 1994a), que está aportando interesantes conclusiones al estudio de los sistemas económicos del pasado. Sin negar el valor que pueden tener los trabajos de este tipo aplicados a etapas concretas, como el Campaniforme en este caso, donde se han publicado ya algunos estudios (Rojas, 1988; Blasco, 1994; Blasco y Baena, 1997), me parece que quizás este tipo de estudios ofrezcan mejores frutos en proyectos de escala local o regional que incluyan yacimientos de sucesivas etapas cronológicas, lo que permite la comparación y finalmente extraer las oportunas conclusiones acerca de la evolución de los patrones de asentamiento a lo largo del tiempo (Bernabeu y otros, 1989; Muñoz, 1998). En este trabajo decidimos no desarrollar un análisis espacial de los asentamientos campaniformes meseteños, que tuviera en cuenta, por ejemplo, su ubicación respecto a los recursos (materias primas, tipos de tierra, etc.), por varias razones. En primer lugar la zona geográfica escogida es demasiado grande para esta clase de estudios, pero aunque se hubiera decidido seleccionar, como inicialmente pensamos, alguna región con mayor densidad de hallazgos, nos faltarían no sólo los yacimientos de las etapas inmediatamente anterior y posterior, lo que impide la necesaria comparación, sino los coetáneos del Campaniforme. Y es que en este caso contamos con el agravante de no estar tratando ni siquiera con una etapa más o menos concreta de la Prehistoria regional, sino con una fracción de ella. Dejando a un lado el sesgo que introduce lo aleatorio que resulta encontrar en prospección los escasos fragmentos decorados usualmente

presentes en los sitios, también es posible que muchos yacimientos sin campaniforme sean coetáneos de este fenómeno, no obstante. Sin el estudio comparado de ambos estaríamos perdiendo quizás las claves necesarias para comprender el significado social y económico que pudo tener la participación o no de los distintos grupos en esta amplia red de intercambios. Por otra parte, en el estado actual de los conocimientos resulta muchas veces imposible distinguir los sitios calcolíticos precampaniformes de los no campaniformes pero coetáneos con él, sobre todo si contamos con hallazgos de superficie. Todos estos problemas y la escala de análisis de este trabajo nos hicieron descartar la posibilidad de realizar detallados estudios en esta línea. No obstante, sí contamos con la suficiente cantidad de información como para apuntar algunas consideraciones generales que pueden aportar, quizás, algunos datos de interés para la interpretación del Campaniforme, en general.

Uno de los más interesantes es la ubicación de los asentamientos que cuentan con materiales campaniformes, por la enorme importancia de este factor a la hora de evaluar el grado de control del territorio (pasos y vías de comunicación naturales), especialmente si tenemos en cuenta las ideas que forman parte del modelo teórico que aquí se propone. Por ello, resulta de interés constatar que la gran mayoría de poblados donde se han documentado materiales campaniformes en La Meseta (67% del total) ocupan emplazamientos más o menos destacados en el paisaje, con un amplio control visual del entorno, y sobre todo de las vegas de los ríos y arroyos de distinta entidad, ya sean cerros importantes (36%) o suaves lomas o terrazas (31%). Sólo un 24'5 % de los yacimientos ocupan lugares llanos, próximos o incluso inmediatos a los terrenos aluviales de inundación de los ríos y arroyos, y un porcentaje aún mucho menor, casi testimonial en el conjunto meseteño, es el representado por los hábitats en cueva (4'5%).

De ahí que, aunque es evidente que no se pueden vincular los poblados con materiales campaniformes con un modelo concreto de ubicación en el paisaje, no parece casual, sin embargo, el claro predominio de las posiciones elevadas, de control del entorno inmediato. De hecho los mapas de dispersión de yacimientos más generales (Figuras 45, 97) muestran, desde una escala mucho mayor pero muy claramente, la concentración de los hallazgos en torno a las principales corrientes fluviales como las vías naturales de comunicación, más aún en un territorio tan complejo y variado como el interior peninsular. No obstante, y como ya advertimos anteriormente, este dato con ser interesante queda pendiente de contrastación con los que ofrezcan los análisis de los asentamientos de otras etapas de la secuencia prehistórica meseteña. Aunque podamos sospecharlo, no estamos autorizados para afirmar que este rasgo fuese mucho menos acusado en los momentos precedentes, sobre todo el Neolítico, y quizás más claro aún en los inmediatamente posteriores (Edad del Bronce). Sólo los estudios locales o regionales que abarquen amplios desarrollos cronológicos pueden aportar evidencias respecto a estas cuestiones.

Pero si el control del territorio es un aspecto de especial importancia para la interpretación del Campaniforme y su contexto social y económico, no lo es menos el problema de la sedentarización. El debate sobre la mayor o menor movilidad de los grupos calcolíticos meseteños no ha hecho más que comenzar, y aún carecemos de las evidencias más importantes para precisar estos aspectos, los análisis faunísticos y paleobotánicos. Es cierto que se observan ciertos indicios que parecen sugerir la existencia de movimientos estacionales, fundamentalmente por las características de los asentamientos de estas etapas, los mal llamados “fondos de cabaña”. La endeblez de las estructuras de habitación y su escasa potencia estratigráfica, ya comentadas más arriba, han influido mucho en la generalización de estas consideraciones, pero no sólo esto. El mejor conocimiento que de los asentamientos con Campaniformes hemos ido teniendo en los últimos años, ha puesto de manifiesto la existencia de distintos tipos de hábitats dentro de una misma región. Es lo que Blasco y otros (1988-89: 214; Blasco, Baena y Recuero, 1994: 70-73) pusieron de manifiesto en la región madrileña, donde se ha podido constatar la existencia conjunta y quizás complementaria de ocupaciones en llano y altura, interpretada por estos autores como testimonio de un modelo de poblamiento en el que estos últimos serían los asentamientos estables y aquéllos los campamentos estacionales frecuentados en el curso de diferentes actividades económicas como la transterminancia o la explotación de recursos como el cobre o las piedras duras para el utillaje. De hecho los análisis realizados en diversos útiles pulimentados recogidos en alguno de estos yacimientos parecen demostrar que fueron elaborados con rocas metamórficas algunas de las cuales proceden de la misma zona donde estos grupos presumiblemente obtuvieron los minerales de cobre, las cabeceras de los ríos Jarama y Lozoya, en la vertiente meridional de la Sierra madrileña (Ibidem: 217; Blasco y Rovira, 1992-3: 407; Blasco, Baena y Recuero, 1994: 67).

Además, los Inventarios Arqueológicos Provinciales están deparando cada vez con mayor frecuencia asentamientos de esta etapa (Calcolítico y Edad del Bronce) que presentan una enorme extensión en superficie, y que suelen interpretarse más que como grandes núcleos de habitación, como testimonio de la probable frecuentación estacional de estos lugares durante siglos. Contamos con algunos ejemplos de este tipo en nuestro inventario de yacimientos, como Tierras Lineras, Mata de Ledesma, Salamanca (nº 269), gran poblado calcolítico de “fondos de cabaña”, excavado en 1987, de enorme extensión (27'5 Ha), y que se ha interpretado como el resultado de sucesivas ocupaciones dispersas en la zona, de cronologías ligeramente distintas (López y Arias, 1988-9). Recientemente se han publicado los resultados de las excavaciones de urgencia desarrolladas en un extenso poblado palentino de la Edad del Bronce, La Huelga en Dueñas (nº 245), que ocupa unas 28 Has., donde se ha podido documentar la existencia de diversas y sucesivas ocupaciones, que se distribuyen de forma espaciada en distintos sectores del yacimiento, pertenecientes a distintos periodos cronológicos (tanto campaniformes como de tipo Protocogotas), que son interpretadas en el mismo sentido (Pérez y otros, 1994). Semejantes consideraciones merecen quizás otros hallazgos recientes, esta vez de prospección, como Las Avesanas, Alcazarén, Valladolid (nº 422), extenso

hábitat en cuya superficie se documentaron varias manchas oscuras (¿cabañas?, ¿silos?), y se recogieron abundantes materiales (cerámicas lisas, industria lítica en sílex y cuarcita, dos fragmentos de molinos, dos pellas de barro con improntas vegetales, restos faunísticos, etc.). Cuenta con sólo dos ocupaciones prehistóricas, ambas calcolíticas, una precampaniforme y otra campaniforme, que se extienden por una gran superficie de unas 7 Ha., si bien las más altas concentraciones de material se dan entre 1 y 2 Ha.

Finalmente no podemos olvidar un dato que quizás podría tener relación con estas cuestiones, la orientación de las estructuras de habitación en la planta que las excavaciones de Priego y Quero (1992) descubrieron en El Ventorro (Figura 5). Llama la atención un hecho que parece haber pasado desapercibido hasta la fecha, pese a su claridad e interés, a saber la distinta orientación que presentan las cabañas 005 y 013 por un lado, y 021 por otro, y lo que es aún más concluyente todas las respectivas fosas con ellas asociadas. Las dos primeras se distribuyen en un eje Noreste - Suroeste, y la segunda en otro Noroeste - sureste. Es obvio que son muchos los factores que podrían explicar este hecho, entre ellos quizás la posibilidad de que estuviesen representadas en esta planta al menos dos ocupaciones distintas del lugar, realizadas en momentos distintos (ya sean estaciones o periodos más largos). De ser así nos estaría indicando, además, que quizás no todas las estructuras que hoy apreciamos en la planta del asentamiento se ocuparon simultáneamente, sino que más bien nos encontramos ante el resultado de repetidas estancias en el lugar, no sabemos si cíclicas y estacionales, en un modelo parecido al descrito más arriba, o más prolongadas, y por tanto correspondientes con un patrón más sedentario. No en vano la destacada presencia del cerdo en los restos faunísticos de este poblado se ha considerado como un posible indicio de sedentarismo (Morales y Liesau, 1994: 245). De hecho, es cierto que existen notables prejuicios teóricos detrás de algunas de estas visiones, en las que se asume que las sociedades del Calcolítico y Edad del bronce meseteños, responsables de los mal llamados poblados de “fondos de cabaña” fueron grupos pastoriles, seminómadas, o con agricultura itinerante de tala y quema, anclados en un primitivismo que los alejaba del conocido proceso que se supone desencadena la sedentarización del asentamiento: intensificación de la agricultura, generación de excedentes y, en definitiva, el origen de la complejidad social (Díaz del Río, en prensa). Además, el estudio de la capacidad de los silos y ciertas implicaciones paleogeográficas y económicas han llevado a este autor a defender la existencia de un mayor grado de sedentarización del comúnmente asumido en los grupos meseteños.

Desde luego estamos aún lejos de poder precisar estas hipótesis, pues para ello se requiere una información paleoeconómica de mucho mejor calidad, procedente tanto de excavaciones rigurosas (restos carpológicos, y faunísticos que proporcionan datos sobre la estacionalidad de la ocupación, por ejemplo), como de estudios detallados sobre la evolución del patrón de asentamiento y su relación con los recursos, a lo largo de toda la secuencia comprendida entre el Calcolítico y el final de la Edad del Bronce, desde una perspectiva local y

regional. Mientras tanto no queda otro remedio que valorar todas estas referencias dispersas de forma conjunta y proponer con ello hipótesis de trabajo. Aunque mis propuestas se plasmarán de forma más extensa en el capítulo correspondiente a la valoración e interpretación final de toda la información (capítulo V), si podemos señalar ahora que las evidencias disponibles apuntan hacia la existencia de diversos tipos de asentamientos. Estos se enmarcan en el desarrollo de estrategias económicas relativamente complejas (obtención de materias primas, pastos, etc.), en las que es posible que un sector de la población se viera obligado a desplazarse estacionalmente dejando su huella en el curso de estas cíclicas actividades en forma de unos campamentos donde la estancia se presume breve. El resto de la comunidad permanecería de forma estable en núcleos de habitación que podrían calificarse en este sentido como sedentarios, para asegurar el adecuado desarrollo de las pertinentes tareas agrícolas (Bellido, 1996: 85). Un área geográfica tan vasta y variada como La Meseta admite, como es obvio, numerosas diferencias en el desarrollo de estas actividades, con un mayor o menor predominio de la estabilidad del poblamiento según las zonas, sin olvidar la distinta importancia que la ganadería debió tener en unas y otras, con las implicaciones que ello tiene en el carácter y duración de los asentamientos. Aspectos estos últimos de gran interés, pero en cuyo detalle estamos, por desgracia, muy lejos de poder entrar.

### **III.B. Las tumbas.**

#### **1. Criterios de identificación.**

Se han podido identificar un total de 76 yacimientos que podrían calificarse de funerarios, a partir del reconocimiento de una serie de indicios. Cifra que parece espectacular a priori pero que no lo es tanto si tenemos en cuenta las características de la mayoría de los descubrimientos. Sólo 24 de ellos (31'57%) son fruto de excavaciones arqueológicas controladas, 12 (15'78%) proceden de hallazgos superficiales, y 40 (52'63%) se encontraron de forma accidental. De hecho, aunque en buena parte de los casos inventariados (60'52%) se han podido relacionar los materiales con los restos humanos que les acompañaban, en muchos sitios (39'47%) se ha tenido que deducir su carácter funerario a partir de la presencia de recipientes cerámicos completos y/o la asociación de objetos metálicos similares a los que componen usualmente los ajuares campaniformes intactos conocidos (Puntas Palmela y puñales de lengüeta). Es obvio que este tipo de criterios resultan muy discutibles, y por tanto también lo es la identificación del contexto sobre ellos edificada, aunque no podemos olvidar tampoco que, por ejemplo, los elementos metálicos no aparecen más que de forma excepcional en los poblados y sin embargo son muy característicos de las tumbas. No en vano, en un 60% de ellas se ha reconocido la presencia de materiales metálicos. Finalmente, y aunque debemos reconocer que los vasos cerámicos completos aparecen con cierta frecuencia en lugares de hábitat, como ya señalamos más arriba, no es menos cierto que se trata siempre de recipientes lisos. No se conoce hasta la fecha la existencia de ningún ejemplar campaniforme que haya aparecido intacto en un

asentamiento. Sin embargo, no podemos negar que en ausencia de restos humanos la definición de ciertos hallazgos como funerarios resulta harto discutible, por lo que debe considerarse más una probabilidad que una evidencia.

## 2. El emplazamiento y las estructuras funerarias.

El análisis del emplazamiento de las tumbas campaniformes en el paisaje ofrece un interesante contraste respecto al constatado en los lugares de hábitat<sup>7</sup>, sobre todo si tenemos en cuenta que estamos tratando con una muestra de información muy grande obtenida en un área geográfica vasta y variada desde el punto de vista topográfico. Mientras en los poblados, como se indicó más arriba, parece dominar la tendencia a buscar emplazamientos destacados en el paisaje y de gran control visual del entorno (67%), en las tumbas la situación es bien distinta. Como en el caso de los asentamientos son variadas las posiciones escogidas, pero curiosamente ahora son los lugares llanos y con menor control visual los más frecuentemente escogidos (con un 33% del total). Los sepulcros ubicados en cerros y lomas destacadas en el entorno representan el 27% de los casos, porcentaje aún menor si excluimos de ellas los sepulcros megalíticos, que no olvidemos se construyen en época precampaniforme, quedando en sólo un 17% del total. Finalmente la utilización de cuevas también es importante en este momento (13%). Podemos, en suma, sugerir que en La Meseta durante la etapa campaniforme el emplazamiento de la tumba ocupa un papel secundario, y no se insiste ya tanto en su papel como hito territorial visible, a diferencia de lo constatado en periodos precedentes como el megalítico (Rojo, 1990; Rojo y otros, 1992: 178; Delibes y Santonja, 1984: 145). Por el contrario el interés parece desplazarse ahora hacia el cadáver y el ajuar que lo acompaña, en suma hacia el acto mismo del funeral, del enterramiento (Thomas, 1991a: 129; 1991b: 34-35). De hecho, y como veremos con más detalle a continuación, las propias estructuras funerarias son mucho más sencillas (fosas simples o con delimitación pétreo, o todo lo más túmulos no demasiado grandes ni complejos). Parece, en suma, que el sepulcro no es ya una referencia permanente para la comunidad, o al menos no en la misma medida que en etapas precedentes. No se trata ya de un lugar que se visita periódicamente para desarrollar en él rituales o ceremonias cíclicas, donde los antepasados se hallan presentes e influyen de forma constante y recurrente en la existencia de los vivos y sus ciclos económicos y rituales<sup>8</sup>. El enterramiento se realiza ahora en un momento determinado, presumiblemente en presencia de toda la comunidad, y la familia del muerto ha de invertir en ese acto, por ello, todo el esfuerzo para marcar explícitamente sus derechos y aspiraciones, pues no tendrá otra nueva ocasión de ese tipo para hacerlo. Es decir, que como observa Criado (1989: 88-89) para el caso gallego el énfasis parece desplazarse de la

---

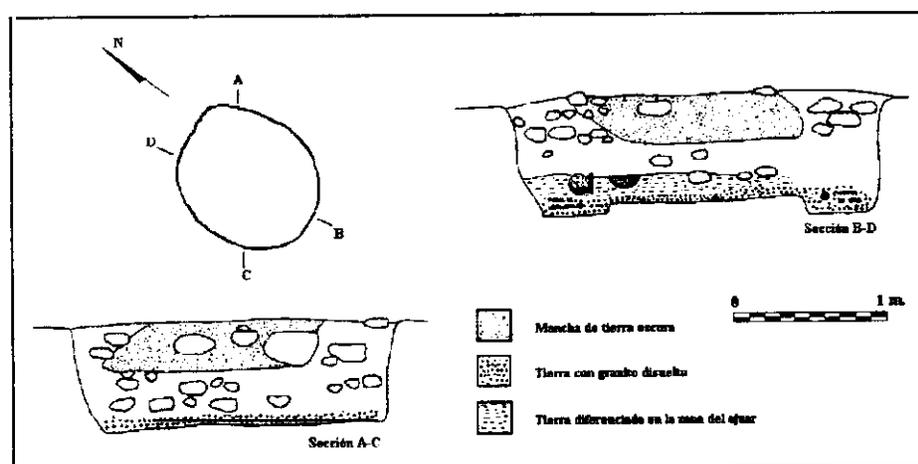
<sup>7</sup> La relación espacial entre tumbas y poblados es un asunto complejo de difícil resolución, sobre todo si tenemos en cuenta que la coincidencia de ambos tipos de yacimientos en un mismo lugar, que era tantas veces frecuentado, no garantiza en modo alguno su coetaneidad.

<sup>8</sup> De hecho Ciempozuelos sigue siendo en la actualidad la única necrópolis campaniforme conocida en la Meseta.

estructura funeraria a los ajuares, de una monumentalidad exterior a otra interior. Por otra parte, y a pesar de lo que se creyó establecido no hace mucho tiempo entre los investigadores, y especialmente en referencia al estilo Ciempozuelos (Maluquer, 1960), en la actualidad ya no podemos vincular los enterramientos campaniformes con una clase de estructura funeraria determinada, como las fosas simples (Delibes, 1987b). Situación que puede hacerse extensiva al Calcolítico y Edad del Bronce meseteños en general (Fabián, 1995: 131-147). Los sucesivos hallazgos se han encargado de desmentir esta antigua visión, basada en un registro de información extremadamente pobre, hoy por fortuna superado. Sin embargo y por desgracia, a pesar de lo dicho no podemos afirmar que el registro arqueológico disponible en la actualidad sobre este aspecto sea lo suficientemente rico, aunque sí contamos con ejemplos de diversos tipos de estructuras funerarias. En el Campaniforme meseteño se han podido distinguir hasta cinco diferentes:

### 2.1. Fosas simples.

Hasta el reciente caso del sepulcro de Valdeprados (nº 13) (Gómez y Sanz, 1994) todos los ejemplos conocidos en el Campaniforme meseteño eran hallazgos casuales antiguos, por lo que no quedaba claro si se trataba en realidad de fosas simples o si, más bien, lo que ocurría es que las posibles estructuras pétreas habían desaparecido en el descubrimiento, o destruido previamente. El hallazgo y excavación de algunos enterramientos tumulares en los últimos años introdujo aún más dudas. Sin descartar que efectivamente algunos de los más antiguos de ellos tuvieran en origen algún tipo de elemento delimitador, podemos reconocer hasta trece tumbas de este tipo en nuestra área de estudio, nueve en la Meseta norte (Valdeprados, nº 13; Pajares de Adaja I y II, nº 26, Grajal de Campos, nº 122; Samboal, nº 289; Villaverde de Íscar, nº 295; Arrabal del Portillo, nº 476; Villabuena del Puente, nº 510 y Los Pasos, nº 513) y cuatro en la sur (Ciempozuelos, nº 145; Calaña, nº 388; Camuñas, nº 395 y Villaluenga de la Sagra, nº 435).



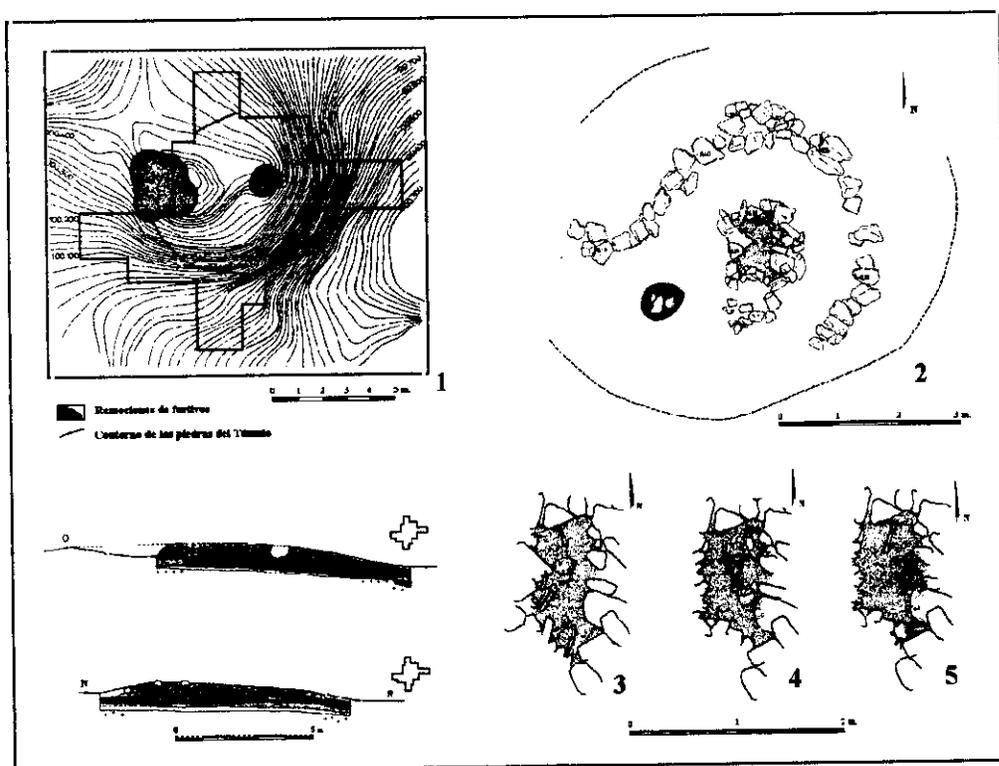
**Figura 6.** Planta y sección de la tumba en fosa de Valdeprados, Ávila (nº 13) (según Gómez y Sanz, 1994).

En la mayoría de los casos disponemos de vagas noticias que apenas nos proporcionan datos sobre sus características (nº 26, 122, 388, 395, 476, y 513). Los restantes sí ofrecen información acerca de sus dimensiones

básicas: se trata de fosas ovales de entre 1'5 y 2 m. de longitud por 1 m. de anchura y entre 0'5 y 1 m. de profundidad (salvo en Samboal, nº 289, donde al parecer alcanzaba los 2 m., aunque es una noticia confusa no comprobada arqueológicamente). Los cadáveres se depositan en el fondo de estas fosas, acompañados del ajuar, cubriéndose todo el conjunto con tierra. La única excepción es el sepulcro abulense de Valdeprados (nº 13) donde los restos humanos se hallaron en el primer nivel de la estructura, en forma de un paquete de huesos largos, es decir dentro un ritual claramente secundario (Lámina 3).

## 2.2. Túmulos.

Se han podido identificar en La Meseta un total de siete túmulos con presencia campaniforme, seis de ellos en la cuenca del Duero (Aldeagordillo, nº 8; Túmulo IL C1 de Cótar, nº 36; Jaramillo Quemado, nº 48; Tablada del Rudrón, nº 68; Pedraza de Alba, nº 271 y Ambrona, nº 318) y uno en la del Tajo (nº La Mestilla, nº 95). La primera noticia de hallazgos de este tipo en nuestra área de estudio se conoció en Pedraza de Alba, Salamanca (nº 271), donde López Plaza (1978) pudo documentar un conjunto de enterramientos tumulares, cuando estaban ya prácticamente destruidos. Dos de ellos se hallaban formados por un amontonamiento notable de piedras dispuestas en círculo (1'7 m. de diámetro), y un tercero de forma aproximadamente rectangular (2'5 x 1 m.), dividido en dos, construido con el mismo tipo de piedras que las anteriores y cubierto con losas de pizarra, a modo de cista. Solamente en uno de ellos pudieron recuperarse fragmentos cerámicos campaniformes y restos humanos.



**Figura 7.** Planta y secciones del túmulo I de Aldeagordillo, Ávila (nº 8) (según Fabián, 1992): 1) Planta y secciones del túmulo; 2) Planta de la cámara funeraria; 3-5) Sucesivas plantas de la cista con sus correspondientes inhumaciones.

Desde entonces se han descubierto otros seis yacimientos, esta vez a través de excavaciones controladas, lo que nos han permitido conocer mejor sus características y proceso constructivo, aunque algunos de ellos se encuentran muy dañados, como los burgaleses de Cótar (nº 36) (Figura 8) y Tablada del Rudrón (nº 68) (Figura 9), a causa de las repetidas violaciones que sufrieron desde antiguo. En primer lugar se prepara el terreno y se excava la fosa que alberga la inhumación o inhumaciones, que puede o no delimitarse con una cista (a lo que se añade una posible estela rectangular lisa en Aldeagordillo, nº 8), e incluso con una especie de círculo pétreo a modo de cámara (como en este mismo yacimiento, Figura 7: 2; o en Tablada del Rudrón, nº 68, Figura 9), y una vez terminada la ceremonia fúnebre y depositado el cadáver o cadáveres, sellan definitivamente el conjunto con un túmulo de piedras clausurando así el monumento de forma definitiva, sin dejar entrada alguna para la inclusión de nuevas inhumaciones.

La planta de estas tumbas tumulares meseteñas suele ser oval o circular, con dimensiones variables que oscilan en torno a los 10 m. de diámetro y 1 m. de altura. Entre todos los casos conocidos debemos distinguir los que se construyeron en época campaniforme (nº 8, 36, 68 y 271) de aquellos cuya ejecución parece anterior aunque ahora vuelvan a utilizarse nuevamente (nº 48, 95 y 318), como veremos ocurre en el caso de las estructuras megalíticas. La razón de no incluir estos últimos en el apartado que se dedica a la reutilización de este tipo de tumbas neolíticas es que, pese a que contamos con indicios a favor de su construcción en momentos precampaniformes, en ningún caso se trata de evidencias incontestables. Del túmulo de Jaramillo Quemado (nº 48) sólo conocemos una breve noticia, donde se menciona que forma parte de una necrópolis constituida por otros tres ejemplares más, y estaba construido con una acumulación de tierras y una coraza de grandes cantos rodados, aunque sin estructura megalítica interior. Eso sí, cuenta con un pequeño espacio cameral ovalado, mal definido a causa del desmoronamiento, y formado por mampostería de cantos rodados y algunas lajas calizas. En él se dispusieron dos enterramientos superpuestos, uno inferior, que ofrecía un ajuar formado por una punta de flecha de retoque cubriente y cuentas discoidales de piedra y madera, y otro superior, con campaniforme (Sacristán, 1993: 303).

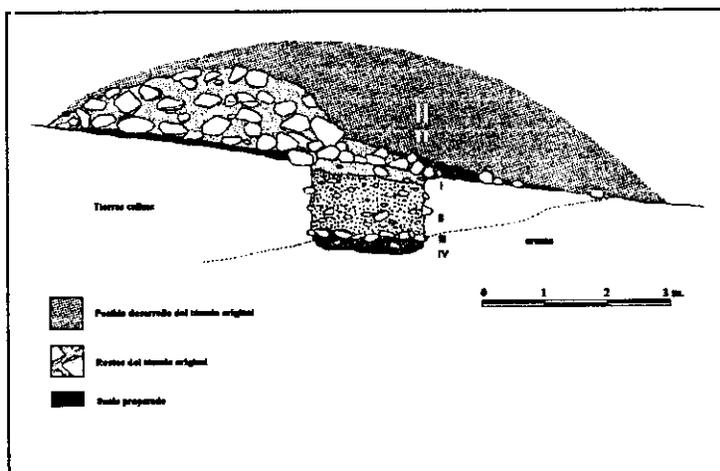
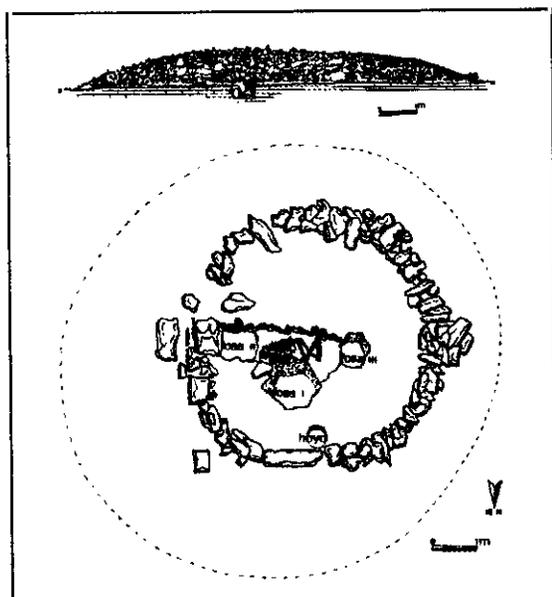


Figura 8. Túmulo IL C1 de Cótar, Burgos (yacimiento nº 36) (según Uribarri y Martínez, 1987).

En La Mestilla, Aguilar de Anguita (Jiménez, 1997) nos hallamos nuevamente con un campo de túmulos uno de los cuales ha deparado diversos materiales campaniformes, pero también neolíticos. El mal estado de conservación de la tumba dificulta mucho su interpretación, pero parece que nos encontramos aquí con una estructura precampaniforme que es de nuevo utilizada en la etapa objeto de este trabajo. Algo semejante parece documentarse asimismo en la Peña de la Abuela, Ambrona (nº 318), donde un interesante enterramiento tumular neolítico está siendo excavado sistemáticamente por el Dr. Rojo (1992-4; Rojo, Negrodo y Sanz, 1996). Los materiales campaniformes hallados en superficie serían, quizás, el testimonio de la posterior utilización de un monumento construido mucho antes.

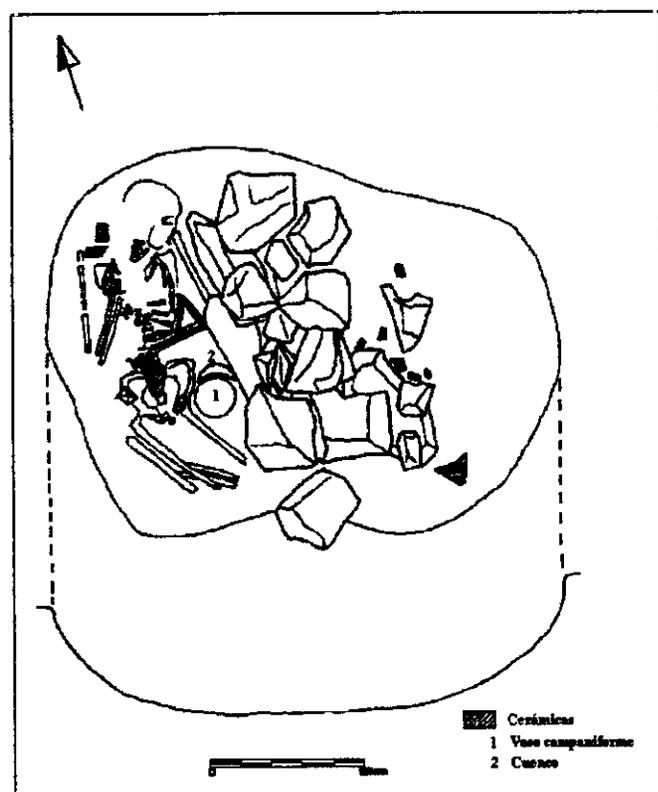
En cualquier caso, las tumbas tumulares con ajuares campaniformes parecen responder, en general, a un tipo funerario relativamente estandarizado, que cuenta con claros precedentes en el mundo megalítico. En ellos se realiza un importante esfuerzo constructivo, no ya para edificar un panteón que se va a utilizar en multitud de ocasiones sino para albergar un solo enterramiento que quedará depositado allí para siempre. La ausencia de corredores o cualquier elemento de entrada al monumento demuestra que ésta fue su intención, y sólo mediante su destrucción o grave alteración pudo accederse de nuevo al sepulcro, como por ejemplo es el caso del túmulo burgalés de Tablada del Rudrón (Figura 9) con sucesivas violaciones. En los demás yacimientos los cadáveres y sus ajuares quedaron sellados por una acumulación de piedras, todo lo cual demuestra que nos hallamos ante fórmulas funerarias que pese a las semejanzas externas distan mucho de las neolíticas, y donde el esfuerzo comunitario invertido en su construcción se dedica ahora al ensalzamiento del personaje o personajes allí enterrados. Mayor resulta aún la magnitud de este esfuerzo en el yacimiento de Aldeagordillo (nº 8), donde casi todos los componentes de un grupo de túmulos situados en el entorno del que albergaba el enterramiento campaniforme (y los otros dos cadáveres superpuestos a él), se hallaron intactos pero vacíos, sin inhumaciones, a modo de cenotafios (Fabián, en preparación).



**Figura 9.** Túmulo de El Virgatal, Tablada del Rudrón, Burgos (nº 68) (según Campillo, 1985).

### 2.3. Otras estructuras pétreas.

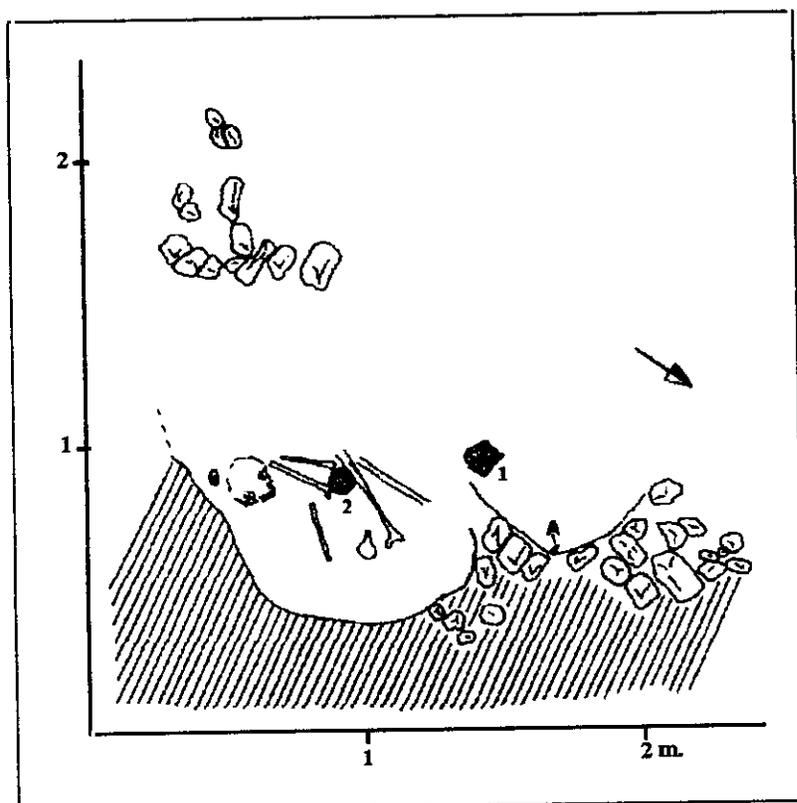
En cinco yacimientos meseteños se han podido identificar otro tipo de estructuras pétreas, más elementales y de dimensiones mucho menores (Arenero de Soto/Km.9'500, nº 157; J.Fco. Sánchez, nº 160; Miguel Ruiz, nº 169; Alcobilla de las Peñas, nº 316 y Fuente Olmedo, nº 459). En el madrileño arenero de Miguel Ruiz (nº 169), la noticia de su descubrimiento casual nos dice que una especie de laja tapaba la fosa individual (Marqués de Loriana, 1941: 162).



**Figura 10.** Tumba del Arenero de Soto/Km.9'500, Getafe, Madrid (nº 157) (según Blasco, Sánchez-Capilla y Calle, 1994).

Otras veces las piedras se acumulan relleno la propia tumba, como en los dos recientes hallazgos madrileños del Arenero de Soto/Km. 9'500 (Figura 10) y Juan Fco. Sánchez (Figura 11) (Blasco, Sánchez-Capilla y Calle, 1994: 88-95). En ambos casos se trata de fosas ovales, donde se arrojaron grandes bloques que casi las colmataban, lo que hace suponer a sus excavadoras que originalmente pudieron formar pequeñas acumulaciones visibles en superficie, y que por tanto pudieron funcionar hasta cierto punto como hito territorial en su entorno inmediato, pese a lo cual no alcanzan en ningún caso a compararse con los túmulos descritos más arriba. Algo muy parecido debió existir, según las noticias que se tienen de los hallazgos fortuitos, en las tumbas halladas en Alcobilla de las Peñas (nº 316) donde varios campesinos sacaron a la luz y destrozaron una serie de sepulturas de inhumación formadas por grandes piedras (Taracena, 1941: 38), y sobre todo en la celeberrima fosa de Fuente Olmedo (nº459) donde la acumulación de cantos rodados formaba casi un pequeño túmulo (Martín Valls y Delibes, 1974: 11-13).

No obstante en los dos ejemplos madrileños antes citados las piedras halladas en el interior no sólo rellenaban las estructuras sino que también dividían el espacio funerario. En el Arenero de Soto ocupaban el centro de la fosa (Figura 10) y separaban con ello el cadáver y su ajuar, dispuestos en la mitad occidental, de la otra parte donde se detectó la presencia de un pequeño hogar y algunas esquirlas óseas, posiblemente de animales, y varios fragmentos cerámicos, fruto quizá de algún ritual funerario, según sus excavadoras (Blasco, Sánchez-Capilla y Calle, 1994: 94). En J.Fco. Sánchez (Figura 11), además de llenar la estructura, formaban en su base una especie de semicírculo a uno de cuyos lados se halló el cadáver con su ajuar, ambos notablemente alterados por una remoción postdeposicional, y en el otro lado algún resto humano aislado perteneciente a un individuo diferente (Ibidem: 88).



**Figura 11.** Enterramiento en terrenos de Juan Francisco Sánchez, Getafe, Madrid (según Blasco, Sánchez-Capilla y Calle, 1994).

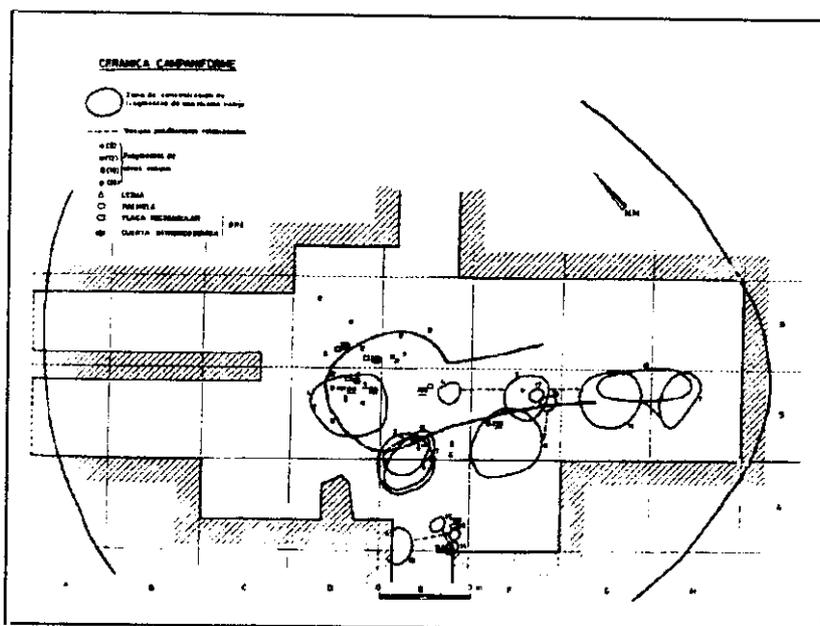
En suma y por todo ello, se trata de tumbas muy semejantes a las fosas simples que examinamos anteriormente, alguna de las cuales no olvidemos pudo tener en origen alguna estructura de este tipo, que desapareció en el hallazgo fortuito. Como en los restantes tipos funerarios descritos nos hallamos ante sepulcros que no están diseñados para su reutilización sino que debieron construirse para una única ceremonia funeraria, quedando sellados y condenados desde entonces de forma permanente y muy ilustrativa por un potente relleno de piedras.

## 2.4. Megalitos.

A diferencia de lo descrito en los tipos anteriores, los sepulcros megalíticos son espacios funerarios construidos en épocas anteriores que siguen utilizándose durante esta etapa. Centrándonos en el caso de los dólmenes mesetefios, podemos señalar que se conocen ya veinte de ellos que presentan materiales campaniformes:

Bernuy-Salineró (nº 11), Cubillejo de Lara (nº 38), Atapuerca (nº 47), Arnillas (nº 53), Ciella (nº 66), La Mina (nº 67), Entretérminos (nº 147), La Veguilla (nº 263), Aldeavieja de Tormes (nº 264), Galisancho (nº 266), Casa del Moro (nº 267), Prado de la Nava (nº 274), Salvatierra de Tormes (nº 275), Coto Alto (nº 277), Las Torres (nº 279), Villamayor (nº 280), Carrascosa de la Sierra (nº 337), Azután (nº 389), La Estrella (nº 399) y Navalcán (nº 416). En la gran mayoría de los casos se trata de hallazgos carentes de contexto concreto y sin asociación con unas inhumaciones determinadas, pues es bien conocido el severo grado de remoción y deterioro que padecen este tipo de tumbas.

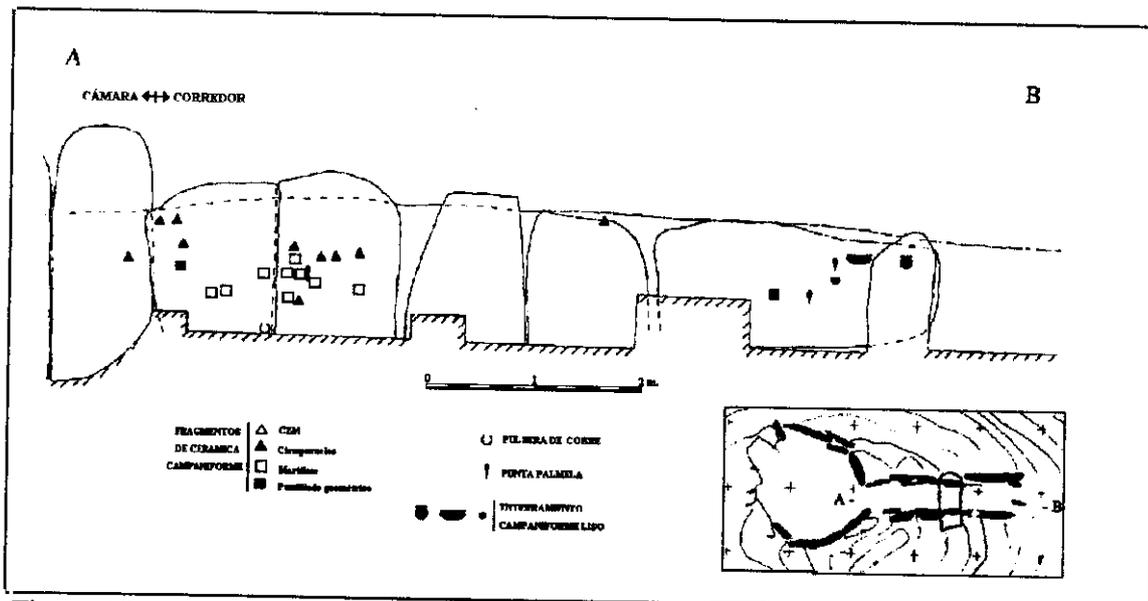
Por ello, lo más frecuente es encontrar algunos escasos fragmentos cerámicos dispersos, fuera de su ubicación original (por ejemplo en los nº 11, 38, 53, 66, 67, 147, 263, 264, 267, 275, 277, 279, 280, 337, 389, 399 y 416). Sólo en casos muy concretos se han podido documentar con cierto detalle las características de los enterramientos practicados en ellos. En la excavación de urgencia, aún inédita, del dolmen de corredor burgalés de Atapuerca (nº 38) dirigida por D. J.C. Elorza, se halló una inhumación completa, en posición fetal y recostada sobre el lado izquierdo, que apareció asociada con un fragmento campaniforme y una Punta Palmela.



**Figura 12.** Dolmen de corredor de La Ermita en Galisancho, Salamanca (nº 266), con la dispersión de los materiales campaniformes y la ubicación probable de los enterramientos (según Delibes y Santonja, 1987).

Pero, sin duda, el testimonio más espectacular lo ha ofrecido el sepulcro salmantino de Galisancho (nº 266), donde junto a diversos materiales de cronologías anteriores (neolíticos y calcolíticos precampaniformes) se halló un espectacular ajuar campaniforme (veinte vasijas cerámicas, siete objetos metálicos y dos brazales de arquero). Éste apareció en cotas muy superiores a las del nivel de base del monumento, y desbordando los límites del espacio de la cámara (tres vasijas en la cámara, tres en el corredor, tres en la prolongación del corredor, siete en el exterior del sepulcro y dos de ubicación incierta) (Figura 12).

No constituyen, obviamente, una ofrenda colectiva, sino el resultado de la sucesiva disposición de enterramientos individuales a lo largo del tiempo, como resultado de una práctica continuada. Varias de las cerámicas campaniformes del corredor se hallaron en relación con huesos humanos (Cuadrícula G-5). Al no conservarse más restos esqueléticos, por la acidez del suelo, sólo ha podido estimarse el número total de inhumaciones a través del estudio de la dispersión espacial de los materiales. Primero fijando la posición de los vasos, que sólo es clara en cinco casos (nº 14, 15, 16, 17 y 18), mientras los restantes se determinaron trazando círculos que englobaban las mayores concentraciones de fragmentos de un mismo recipiente, y por tanto su posición original más probable dentro de ellos. En segundo lugar se determinó el número de casos en que se asociaban las tres formas típicas del ajuar Ciempozuelos standard (vaso, cuenco y cazuela) en un mismo lugar, en la suposición de que cada uno de ellos equivaldría a un ajuar individual. Aplicando este método se han podido distinguir un número aproximado de entre 5 y 7 enterramientos, todo lo más 8, sólo los dos primeros de los cuales parecen claros, sin embargo (Delibes y Santonja, 1987).



**Figura 13.** Dolmen de corredor de El Prado de la Nava en Salvatierra de Tormes, Salamanca (nº 274), con la dispersión de los materiales campaniformes (según Benet, Pérez y Santonja, 1997).

Otro interesante documento, muy recientemente publicado (Benet y otros, 1997), procede del dolmen salmantino de El Prado de la Nava, en Salvatierra de Tormes (nº 274) (Figura 13). Este yacimiento

ya había sido excavado por el Padre Morán, quien apenas halló materiales. Si aparecieron en las prospecciones de Delibes y Santonja (1986: 102-104) que recogieron algunos fragmentos campaniformes en la superficie del túmulo. En una campaña dirigida por M. Santonja, N. Benet y R. Pérez, se limpió la cámara y se excavó sistemáticamente el corredor, donde se hallaron dos importantes concentraciones de cantos rodados, algunos de gran tamaño, que parecen sellar de forma intencionada monumento, una de ellas en la entrada y otra en la zona de contacto con la cámara. Depositado directamente sobre el primero de estos dos amontonamientos, se documentó un enterramiento campaniforme con ajuar cerámico liso (un vaso, una cazuela y un cuenco) y dos Puntas Palmelas. El resto de materiales se hallaron fragmentados y dispersos por el corredor (Figura 13).

Teniendo en cuenta, pues, toda la muestra disponible podemos decir que se hallan muy bien representados en los megalitos meseteños los distintos componentes del complejo campaniforme: cerámicas de todos los estilos, como el Marítimo (siete casos, 35%), Puntillado geométrico (cinco casos, 25%), Ciempozuelos (trece casos, 65%) y Liso (cuatro casos, 20%), elementos metálicos (nueve casos, 45%) como las Puntas Palmela (siete casos, 35%), los puñales de lengüeta (tres casos, 15%), los punzones (dos casos, 10%), las hachas (un caso, 5%) y la orfebrería áurea (cinco casos, 25%), así como brazaletes de arquero (tres casos, 15%) y botones de perforación (un caso, 5%).

Parece, en suma, que los dólmenes siguieron utilizándose durante esta etapa, y de forma no precisamente excepcional, como ya señalaron en su día con acierto Delibes y Santonja (1987). ¿Pero supone ello una continuación sin más de los ritos allí practicados, y por tanto de los sistemas ideológicos y sociales que los sustentan?. Como ya se ha sugerido en distintas partes de este trabajo existen suficientes indicios para proponer que la introducción del complejo campaniforme en la Península ibérica corre parejo con el desarrollo de cambios importantes que no sólo afectan a la estructura social o económica de los grupos humanos sino también a la esfera ideológica. Dentro de ella no podemos olvidar la cuestión relativa a la relación entre el individuo y el grupo, y en definitiva la concepción de la autoridad y el poder (Criado, 1989: 91). En estos aspectos parecen surgir novedades que influyen decisivamente en las prácticas funerarias, ahora más centradas en el cadáver y su ajuar que en la tumba. Frente al énfasis anterior en la representación colectiva de la comunidad, vinculada con el recurso permanente a los ancestros, a través de ceremonias cíclicas desarrolladas en los sepulcros megalíticos y su entorno (Parker Pearson, 1993a: 42-43), parece imponerse ahora una concepción más orientada hacia las posesiones personales de los individuos. Incluso Shennan (1982: 156) ha sugerido que se produjo la sustitución de una ideología en la que la existencia de una jerarquía se legitimaba con la provisión de monumentos y “beneficio” ritual para todo el grupo, por otra en la que la desigualdad se expresaba de forma más abierta, por medio del consumo de objetos de prestigio y símbolos rituales por parte de los líderes. El énfasis parece desplazarse, en suma y

como ya señalé anteriormente, de la estructura funeraria a los ajuares, o en palabras de Criado (1989: 88-89) de una monumentalidad exterior a otra interior.

Con las nuevas formulas ideológicas los líderes habrían intentado distanciarse del resto de la comunidad, pues su rango dependía ahora en mayor medida de las cualidades y esfuerzo personal. El propio tratamiento del cuerpo humano en los enterramientos es un buen reflejo de estas transformaciones. Los enterramientos colectivos muestran casi siempre una acumulación anárquica de restos esqueléticos donde resulta difícil identificar la posición original de cada individuo y los elementos de ajuar que lo acompañaban. Aunque hoy parece más probable que ello tenga su origen en la constante y prolongada utilización del mismo espacio para sucesivas inhumaciones, y no en rituales de tipo secundario (Delibes, 1995: 67-69). Sin embargo lo cierto es que el resultado final es un amasijo de huesos donde la identidad individual desaparece y queda absorbida por la del grupo usuario del panteón, y los ajuares funerarios se transforman en ofrendas colectivas (Clarke, Cowie y Foxon, 1985: 20, 24; Criado, 1989: 91; Hodder, 1990b: 49).

Frente a ello las nuevas costumbres funerarias, surgidas en los momentos inmediatamente previos al Campaniforme pero desarrolladas y extendidas en su plenitud con él, parecen vincularse con una concepción distinta del tratamiento del cadáver. Éste recibe sepultura en una única ceremonia, sin que el espacio que ocupa se vea alterado por ulteriores acontecimientos, preservándose así su integridad individual, como hemos visto en el análisis de los tipos anteriores de tumba antes estudiados (fosas simples, túmulos y otras estructuras pétreas). Ello tiene importantes consecuencias rituales y sociales, pues los funerales, como rito de paso, son una de las ocasiones más propicias para el despliegue de las estrategias sociales y políticas de los vivos (Metcalf y Huntington, 1991: 108).

Si en los sepulcros megalíticos la tumba es el centro de atención principal, y el lugar que se emplea como referencia constante para los cíclicos rituales funerarios, con la aparición del Campaniforme el foco de interés parece desplazarse hacia el cuerpo del inhumado y los objetos que le acompañan. Ya que la tumba no será de nuevo abierta para nuevos enterramientos el mensaje que los herederos del fallecido quieran transmitir al resto de la comunidad debía ser claramente expresado en el funeral, que ahora será un evento irrepetible, que debe ser “leído” a través del cadáver y su ajuar, razón por la cual los objetos que acompañan al muerto serían seleccionados con cuidado para que el ritual fuese interpretado de forma “correcta” por los presentes (Thomas, 1991a: 129; 1991b: 34-35).

No obstante, y volviendo a La Meseta, es cierto que, como señalamos anteriormente, son cada vez más frecuentes los hallazgos campaniformes en el interior de estructuras megalíticas, hasta el punto de

constituir, de hecho, el tipo de tumba documentado con mayor abundancia (20 casos). Este hecho innegable ha llevado a varios autores a deducir de ello una continuidad no sólo étnica (Delibes y Santonja, 1987), lo que hoy parece obvio, sino social y ritual (Jiménez y Barroso, 1995: 220), lo cual resulta ya mucho más discutible (Benet y otros, 1997: 462; Delibes y otros, 1997: 801). La supuesta perduración del ritual colectivo en época Campaniforme no es algo exclusivo de la Península Ibérica, sino que se constata también en otras zonas de Europa occidental (Bretaña, Islas Británicas, etc.). Además no se restringe desde luego al periodo objeto de análisis en este trabajo, sino que se prolonga a lo largo de la Edad del Bronce, tanto en la Meseta (Fabián, 1995: 144; 1997: 111; Blasco, 1997: 176) como en Extremadura y Portugal (Schubart, 1973; Kalb, 1994), e incluso en el Sureste, donde, por ejemplo, es relativamente frecuente el hallazgo de materiales argáricos en los sepulcros colectivos (Lull, 1983: 361; Chapman, 1991: 269). Nadie ha sugerido en este último caso, sin embargo, que ello demuestre la continuidad ritual y social, en una región donde es generalmente asumido que se desarrolló un importante proceso de cambio hacia la complejización. Como ya señalé en trabajos anteriores (Garrido, 1994a; 1994b; 1995; 1997) este hecho no contradice en absoluto las hipótesis sugeridas previamente, pues el recurso al pasado y sus símbolos es otro instrumento empleado con frecuencia en las estrategias de lucha por el poder (Parker Pearson, 1982: 112; 1993b: 214-216; Bradley, 1987; 1991: 53; Earle, 1991: 6-7; Mizoguchi, 1993: 233; Wason, 1994: 50; Godelier, 1998a: 227). Además, no debemos olvidar que, en general, los rituales públicos manejan un concepto del tiempo muy distinto del cotidiano y privado (Gosden, 1994: 130), tienden normalmente a transmitirse de generación en generación lo más fielmente posible para mantener a salvo las creencias básicas de la sociedad. Pero esa apariencia de estabilidad no significa que los grupos que los practican permanezcan al margen de los cambios, pues aunque los rituales públicos pueden en teoría ayudar a la preservación de un orden social determinado también pueden servir para manipularlo. Y es más, resultan más eficaces a este respecto si consiguen dar una apariencia externa de continuidad (Bradley, 1991: 211).

De hecho, más allá de los modelos teóricos de partida, contamos con evidencias arqueológicas que parecen apuntar en la misma dirección. Como vimos antes la mayoría de los dólmenes que han proporcionado materiales campaniformes se hayan muy deteriorados por lo que no tenemos datos sobre su contexto original. Poco nos pueden decir unos pocos fragmentos cerámicos mezclados con otros restos de épocas muy diversas en sedimentos revueltos. Sin embargo, contamos con documentos excepcionales como el dolmen de Galisancho, antes descrito, en el que tenemos constancia de que se practicaron varias inhumaciones sucesivas a lo largo del tiempo. ¿Estamos entonces y en este caso particular ante una continuación de las prácticas tradicionales, máxime en una región con una tradición megalítica tan arraigada?. De ser así deberíamos cuestionar entonces la validez de aplicación de los modelos teóricos a los que antes hicimos referencia, al menos en ciertas zonas de la Meseta. Como señala Bradley (1993: 5) un monumento puede cambiar de significado de un periodo a otro sin que necesariamente tenga que cambiar

su forma. De hecho, el análisis detallado del registro arqueológico, y en particular del contexto concreto de estos enterramientos campaniformes nos indica que nos hallamos ante una utilización diferente de los sepulcros megalíticos.

Como Benet, Santonja y Pérez (1997: 463) proponen en diversos ejemplos salmantinos, Galisancho entre ellos, parece que el uso del espacio funerario es ahora bien distinto del neolítico original. Con frecuencia los materiales aparecen en distintas partes del túmulo (por ejemplo en Galisancho, La Mina, Casa del Moro, Prado de la Nava, Carrascosa de la Sierra o Azután), o en general desbordan los límites de la cámara y el corredor, y se sitúan en cotas muy superiores a las del nivel original del monumento (véase por ejemplo en Galisancho, Figura 12, o Prado de la Nava, Figura 13). Posiblemente más que una mera continuidad en el uso del monumento, lo que observamos es el resultado del empleo ocasional y circunstancial de variadas partes de su estructura para disponer enterramientos en posición primaria, que no volvían desde entonces a ser “profanados”. Quizás sólo ulteriores alteraciones postcampaniformes y modernas han mezclado los materiales de los distintas inhumaciones, antes perfectamente individualizadas. Por ello, a pesar de todo es posible reconocer todavía a partir de la dispersión mayoritaria de los materiales fragmentados la ubicación aproximada de algunas de ellas, como por ejemplo en Galisancho (Figura 12).

Incluso, en ocasiones parece que los dólmenes volvieron a utilizarse cuando ya se encontraban en estado ruinoso<sup>9</sup>, con ortostatos caídos o fuera de sitio (como en Las Arnillas). Incluso en ocasiones se realizan reformas arquitectónicas, destinadas bien a separar los nuevos enterramientos del depósito funerario anterior<sup>10</sup>, o bien a la condenación de los monumentos, con el fin de inutilizarlos para ulteriores inhumaciones. Sobre esta última práctica contamos en nuestra región con un ejemplo tan espectacular como el ofrecido por las recientes excavaciones en el dolmen salmantino de El Prado de la Nava (nº 274). En él se documentó la clausura intencional del corredor, taponado con un lecho de cantos rodados mezclados con grandes fragmentos de pizarra, sobre el cual se dispuso un ajuar campaniforme compuesto por el famoso trío cerámico (vaso, cuenco y cazuela), esta vez lisos, y dos Puntas Palmelas (Ibidem: 454) (Figura 13). Lejos de tratarse de hechos excepcionales cada vez se conocen más casos de este tipo de fenómenos vinculados con la utilización de los megalitos en época campaniforme, como por ejemplo en el valle del Ebro (López e Ilarraza, 1997; Andrés y otros, 1997).

---

<sup>9</sup> Quizás el más célebre ejemplo conocido en la Península sigue siendo el dolmen alavés de San Martín de Laguardia (Barandiarán y Fernández, 1964) donde una losa caída separaba estratigráficamente ambos niveles, el original y el campaniforme.

<sup>10</sup> Contamos en este caso con el interesante dolmen riojano de Peña Guerra II, en el que previamente a la utilización campaniforme del monumento se dispuso en una de las cámaras, la única visible desde el exterior, una capa compacta de piedras para separar las nuevas inhumaciones de las neolíticas precedentes (Pérez Arrondo, 1987: 166).

Por ello, el hecho de que aparezcan materiales campaniformes en los espacios funerarios colectivos de las etapas precedentes (ya sean megalitos o cuevas como veremos posteriormente) nos indica que siguieron siendo utilizados estos “lugares sagrados” para depositar enterramientos, pero ello no implica que fuese necesariamente de la misma forma ni para los mismos fines ideológicos. En un contexto social y económico presumiblemente distinto al que existía en la etapa en que se construyeron, los dólmenes siguen presentes en el paisaje, como elementos del pasado con un gran valor simbólico. Por ello quizás quepa hablar ahora más que del uso de la manipulación interesada, por parte de unos determinados individuos en busca de la oportuna sanción de unos antepasados míticos, y en cierta forma del orden social precedente, dentro y a partir del cual estos nuevos personajes emergentes edificarían su poder (Criado y Vázquez 1982: 87-88; Thorpe y Richards, 1984; Bradley, 1984: 80-81; Braithwaite, 1984: 102; Jimeno, 1988b: 113).

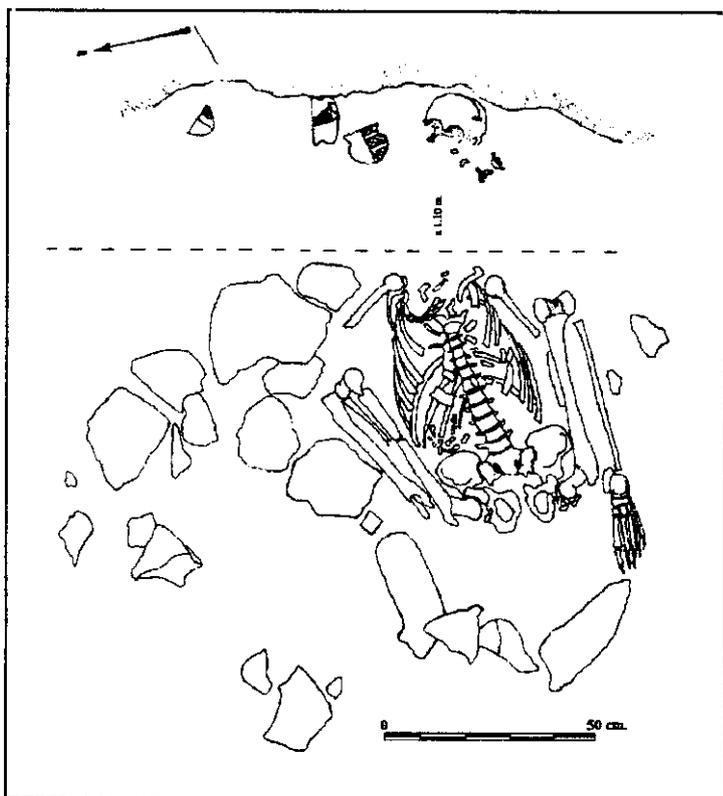
En definitiva, recogiendo una cita de Criado (1989: 76), podríamos decir con él que los megalitos “...no sólo fueron el pensamiento de los hombres que los construyeron, sino que además han servido de soporte para creencias y reflexiones de otras sociedades...”, las calcolíticas campaniformes entre ellas, añadiríamos aquí.

## **2.5. Cuevas.**

Como en el tipo anterior nos hallamos ante la utilización de unos espacios funerarios que habían servido como panteones colectivos desde el Neolítico y sobre todo el Calcolítico, aunque esta vez no se trata ya de construcciones humanas lo que establece un matiz muy diferente. Sin embargo y por desgracia, los datos actualmente disponibles sobre este tipo de tumbas en La Meseta son muy escasos, ya que se trata de hallazgos casuales antiguos en la mayoría de los casos, donde los materiales (en esta ocasión campaniformes) y los restos humanos aparecieron revueltos y alterados. Por ello, desconocemos casi siempre las características básicas de la forma de los enterramientos, tanto en cuanto a la posición del cadáver, como al ajuar funerario concreto que pudiera corresponder a cada inhumación (Fernández y Galán, 1986: 8). Sabemos, eso sí, que en muchas regiones las cuevas sepulcrales presentan claros paralelos con el mundo megalítico (rito colectivo, ajuares semejantes, arte rupestre en alguna de ellas), por lo que cabe aplicarles semejantes conclusiones a las extraídas para los dólmenes. Nuevamente y como en el caso de los megalitos la utilización de cuevas para el enterramiento no se restringe al Campaniforme sino que se documenta en diversas regiones a lo largo de la Edad del Bronce (Ibidem: 9).

Conocemos en la actualidad 10 cuevas con presencia campaniforme en la Meseta: Cueva del Santo (nº62) en Burgos; Sigüenza (nº 111) en Guadalajara; Celada de Robledo (nº 221) en Palencia; Castroserna de Abajo (nº 283), Santibáñez de Ayllón, La Tarascona (nº 291), La Vaquera (nº 292) y Valle del Tabladillo (nº 293) en Segovia; Caracena (nº 336) y El Royo (nº 368), en Soria. De la práctica

totalidad de ellos sólo sabemos que fueron cuevas de uso presumiblemente funerario donde los materiales campaniformes (cerámicas de todos los estilos y otros elementos como los metálicos), en distinto estado de conservación (desde algunos fragmentos como en Tarascona, a recipientes completos como en Santibáñez de Ayllón, por ejemplo), se hallaron en relación con restos humanos. El único caso relativamente bien conocido es el de La Vaquera (nº 292) (Figura 14), yacimiento en cueva, excavado por Zamora en 1973, que presentaba una serie de niveles muy alterados que demuestran que fue usado como hábitat desde el Neolítico hasta época romana, incluidos varios fragmentos posiblemente campaniformes. También se hallaron restos humanos, pero tan revueltos y deteriorados que no pueden datarse ni asociarse con ningún material. En la primera sala de la galería A, a 8'5 m. de la boca de la cueva, y en los niveles XI-XII se halló un enterramiento individual campaniforme en fosa. A 1'6 m. de profundidad y cerca de la pared este, apareció un esqueleto inhumado con la cabeza orientada al este y los pies al oeste, con las rodillas plegadas hacia las clavículas, la mano derecha sobre la pelvis y la izquierda bajo ella.



**Figura 14.** Tumba individual en fosa de la Cueva de La Vaquera, Torreiglesias, Segovia (nº 292) (según Zamora, 1976).

El esqueleto estaba completo y en buen estado de conservación, salvo el pie derecho y la tibia izquierda (Zamora, 1976). La cabeza y primeras cuatro vértebras aparecieron desplazadas hacia el este, junto a la pared de la cueva, a 1' 10 m. de su posición original (la mandíbula inferior, rota, sí apareció in situ) y acompañados de los restos del ajuar cerámico (vaso, cuenco y cazuela) roto, revuelto y muy deteriorado, como consecuencia de una evidente violación de la tumba. La estructura funeraria estaba constituida por una fosa de 1 x 1 m., rodeada de un círculo de piedras calizas, sin trabajar ni unir, que

formaban un murete de dos hiladas al menos. También es probable que tuviese una tapadera de pizarra cerrando el conjunto, a juzgar por los abundantes restos de este tipo de roca hallados en el nivel superior. En 1988/1989 se han acometido nuevamente excavaciones arqueológicas en este yacimiento, con importantes hallazgos neolíticos (Iglesias, 1991), y calcolíticos, entre ellos interesantes materiales metálicos inéditos (Rovira, Montero y Consuegra, 1997: 330), algunos de los cuales (dos leznas, un fragmento de puñal de lengüeta y una laminita de oro) podrían relacionarse con el uso funerario de la cueva en época campaniforme. Sin embargo no sabemos si eran sepulturas similares a la excavada por Zamora o de otro tipo. En suma, el enterramiento completo que aquí se pudo documentar resulta en todo semejante a los practicados en las fosas al aire libre, sólo que esta vez aparece dentro de un espacio funerario tradicional, con lo que podrían aplicársele las consideraciones teóricas ya sugeridas para los dólmenes anteriormente.

### **3. Los restos humanos.**

De los 76 yacimientos campaniformes meseteños que han sido identificados como tumbas, sólo 46 (60'52%) han proporcionado restos humanos: Los números 8, 13, 26, 47, 48, 53, 66, 68, 111, 122, 123, 129, 145, 147, 152, 157, 160, 169, 182, 194, 195, 221, 263, 264, 266, 271, 274, 283, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 316, 336, 342, 368, 385, 389, 395, 435, 441, 459, 476, 510, y 513. La antigüedad y las circunstancias en las que se produjeron la mayoría de los descubrimientos, tantas veces mencionadas, son los responsables de la escasez de información disponible sobre este aspecto tan interesante y crucial. No extraña, por tanto, que a su vez, de estos 46 hallazgos sólo 11 (23'91%) cuenten con estudios antropológicos, más o menos extensos y actualizados, donde se ha podido reconocer el sexo y/o la edad de los individuos inhumados:

En el túmulo abulense de Aldeagordillo (nº 8), el esqueleto completo enterrado con el ajuar campaniforme inciso era infantil (6-10 años) y probablemente femenino (Fabián, 1992). Los restos de un adulto masculino (huesos largos) se hallaron, en posición secundaria, en el nivel superior de la tumba en fosa, también abulense de Valdeprados (nº 13) (Gómez y Sanz, 1994). Sólo en el primer enterramiento de Pajares de Adaja (nº 26) se hallaron restos humanos, en concreto siete fragmentos correspondientes al cráneo, costillas, falanges y vértebras de un individuo adulto, mayor de 20 años, posiblemente varón (Martín y Delibes, 1974: Apéndice IV). En la celeberrima necrópolis madrileña de Ciempozuelos (nº 145) los restos humanos recogidos parecen indicar la existencia de varios individuos, pues Antón (1897: 469) se refiere a tres cráneos, más o menos completos, dos mandíbulas, numerosas costillas y otros restos de menor entidad, entre los custodiados en la Real Academia. Fueron estudiados por este autor y después por Deselaers (1917a), que lógicamente centraron sus análisis en los aspectos raciológicos, tan significativos entonces. Por ello sólo sabemos que entre los individuos estudiados había una mujer y un varón adulto, que

presenta una trepanación en el parietal izquierdo (Deselaers, 1917a: 29). Recientemente se ha publicado un nuevo análisis de los cráneos de Ciempozuelos (Blasco, Baena y Liesau, 1998: 34-55). El trabajo se ha centrado en los cuatro mejor conservados, que han sido identificados como: El cráneo 1 pertenece a un individuo joven probablemente femenino. El cráneo 2 es un individuo maduro masculino, que presenta un severo traumatismo craneal, con deformación claramente apreciable, y donde posteriormente se realizó una trepanación en vida, a la que muy probablemente sobrevivió. Se corrobora así una interesante peculiaridad, ya mencionada por Deselaers, (1917a: 29), que incorpora a La Meseta a un amplio elenco de regiones de todo el mundo y diversas épocas en las que esta curiosa práctica ha podido documentarse (Brothwell, 1972: 126). Aunque se han propuesto muy variadas interpretaciones para explicarla, sobre todo de tipo ritual (Campillo, 1996: 60-63), resulta interesante constatar que en el cráneo de Ciempozuelos tal intervención coincida con un severo traumatismo que deforma su perfil de forma ostensible, por lo que no extraña que en ocasiones, y salvando las distancias, se haya identificado con un tratamiento quirúrgico (Ibidem). Finalmente el cráneo 3 es un fragmento muy mal conservado, de sexo y edad imprecisable; y el nº 4 un individuo posiblemente femenino.

Dos recientes hallazgos funerarios madrileños se suman al catálogo (Blasco, Sánchez y Calle, 1994: 88 y 94). En el Arenero de Soto/Km. 9'500 (nº 157) (Ibidem: 94) apareció el esqueleto completo de un varón de entre 20 y 30 años, con una estatura de 1'65 - 1'70 m. En el vecino sitio de Juan Francisco Sánchez (nº 160) se halló la mandíbula inferior de otro individuo (único resto conservado), a través de la cual se pudo estimar que correspondía a un varón joven, de entre 15 y 20 años (Ibidem: 88). En otro hallazgo madrileño, pero esta vez antiguo y casual, el Arenero de Miguel Ruiz (nº 169) se recuperaron los restos de un cadáver, hoy desaparecidos, pero que pertenecían, al parecer, a un individuo adulto.

En el dolmen salmantino de Galisancho (nº 266) la acidez del suelo impidió la conservación de la mayor parte de los restos humanos depositados, sin embargo varias de las cerámicas campaniformes recuperadas en el corredor (Cuadrícula G-5) se hallaron en relación con dos cráneos que pertenecían a sendos individuos adultos (20-40 años), uno masculino y otro femenino, éste de menor edad que aquél. La tumba en fosa de La Vaquera (nº 292) proporcionó el esqueleto completo de un varón adulto de compleción robusta y talla media (Zamora, 1976).

Los restos recuperados en la célebre fosa de Fuente Olmedo (nº 459) se hallaron en muy mal estado de conservación (fragmentos del cráneo, mandíbula, húmero, cúbito, radio, vértebras, rótula, tibia y fémur), aunque pudieron ser identificados como pertenecientes a un varón joven mayor de 18 años (Martín y Delibes, 1974). En Villabuena del Puente (nº 510) los huesos humanos rescatados podrían incluso pertenecer a un enterramiento doble, a juzgar por las referencias dadas por el maestro del pueblo (Sr.

Casas), que presencié el primer descubrimiento antes de la llegada de Maluquer al lugar del hallazgo (Carro y Ludeiro, 1973). Por desgracia se conservaron muy pocos restos óseos, por lo que no es posible comprobar esta hipótesis, ni reconocer el sexo de el/los enterrado/s, aunque sí sabemos que se trata de individuo/s adulto/s (40 - 60 años).

Es obvio que la muestra que aún hoy tenemos resulta muy escasa para obtener conclusiones fundadas respecto al sexo y edad de los individuos enterrados con ajuares campaniformes en la Meseta, especialmente si se compara con la que se suele manejar en otros ámbitos europeos. No obstante tampoco conviene olvidar del todo lo que la información que tenemos en la actualidad nos proporciona. Sobre todo porque los resultados del estudio de la edad y sexo de los inhumados revelan un predominio absoluto de los individuos adultos (13, 92'85 %) sobre los infantiles (1, 7'14%)<sup>11</sup>, y algo más atenuado pero igualmente claro de los varones (8, 66'66%) sobre las mujeres (4, 33'33%).

Tendencias claras que aún podrían ser más concluyentes si tenemos en cuenta que de las cuatro féminas, sólo una tiene un contexto arqueológico seguro, Aldeagordillo (hallazgo excepcional por muchos motivos entre los que también se encuentra el contar con el único individuo infantil de la muestra). Tanto Ciempozuelos como Galisancho ofrecen, al menos, dudas respecto a su relación con los materiales campaniformes. En el primer caso por tratarse de un hallazgo antiguo en un lugar donde sabemos aparecieron también tumbas no campaniformes con recipientes lisos, y en el segundo por proceder de un dolmen donde las remociones y alteraciones que usualmente padecen los rellenos arqueológicos suelen dificultar la relación de los ajuares con los inhumados. Sin perder de vista, por tanto, los datos que tenemos pero con todas las reservas que la situación aconseja, podríamos decir, como hipótesis de trabajo, que los enterramientos campaniformes meseteños parecen asociarse con individuos adultos, sobre todo masculinos. Sólo futuros hallazgos podrán aclarar si se trata de un patrón real o si se debe tan sólo al azar de la muestra recuperada hasta el momento.

No extraña, entonces, que con este tipo de muestra falten aún estudios de otro tipo como los análisis de elementos traza en los huesos, que tan excelentes resultados están proporcionando, por ejemplo para el conocimiento de la dieta alimenticia prehistórica. Contamos, no obstante, con un reciente y pionero estudio de Trancho y otros (1996), donde se comparan dos poblaciones abulenses, una procedente del túmulo de Aldeagordillo (nº 8) compuesta por tres individuos (incluida la niña con el ajuar campaniforme) y otra de la fosa colectiva de El Tomillar (Fabián, 1995). Pese a lo reducido de la muestra estudiada se han podido establecer claras diferencias en la dieta de ambos grupos, con una mayor presencia de las proteínas

---

<sup>11</sup> No es posible aún con la información disponible entrar en mayores precisiones, pues el mal estado en el que se hallaron la mayoría de los restos impide establecer grupos de edad más concretos, y no digamos ya otro tipo de consideraciones demográficas como la esperanza de vida.

animales en Aldeagordillo en contraste con el elevado consumo de vegetales en El Tomillar.

Se han constatado asimismo interesantes diferencias internas entre los componentes de cada una de las poblaciones, que sirven para mostrar el enorme potencial que esta línea de investigación tiene. No obstante, en este caso resultan muy difíciles de interpretar, dada la escasez de la muestra analizada, pues podrían obedecer a múltiples factores aparte del estatus social, como la edad por ejemplo. Así la dieta rica en proteínas animales del individuo más anciano de Aldeagordillo contrasta con la de los otros dos individuos aparecidos en el mismo (incluida la niña con el ajuar campaniforme), con una dieta más rica en vegetales y leche y con aporte cárnico medio (Trancho y otros, 1996: 87).

En lo que se refiere a la disposición y orientación de los cuerpos en el interior de las sepulturas la información es, por desgracia, aún más pobre, ya que para conocer estos aspectos es preciso llevar a cabo una documentación precisa, impensable en los hallazgos casuales. Como vimos anteriormente la mayor parte de las tumbas campaniformes meseteñas proceden de descubrimientos fortuitos, por lo que no extraña que la muestra a manejar sea muy reducida, no obstante lo cual intentaremos extraer a continuación las conclusiones principales:

Se trata siempre de enterramientos en posición primaria, es decir, en los que el muerto es enterrado directamente tras su fallecimiento en una tumba que será su lugar de reposo definitivo, sin que se efectúen por tanto traslados o cualquier otra clase de rituales de tipo secundario. Sin embargo existe un reciente hallazgo que contrasta por completo con este principio general, documentado en la inmensa mayoría de tumbas campaniformes meseteñas y peninsulares. Me refiero, claro está, a la fosa abulense de Valdeprados (nº 13, y Figura 6 y Lámina 3), donde los restos humanos se hallaron en el nivel más superficial una serie de huesos largos, que demuestran que el fallecido fue enterrado en otro lugar o que sus restos se expusieron hasta quedar descarnados momento en el cual recibieron sepultura definitiva en esta fosa.

Esta costumbre, muy extendida en diversas culturas de todo el mundo y desde épocas remotísimas hasta la actualidad, suele vincularse con una serie de aspectos ideológicos y religiosos según los cuales se considera que se ha de esperar un tiempo para que el alma del fallecido pueda abandonar definitivamente el mundo de los vivos y viajar al más allá. Periodo que coincide precisamente con aquel en el cual su cuerpo aún presenta la carne y la apariencia externa de una persona viva. En esa misma etapa los vivos han de negociar la propiedad del legado dejado por la persona fallecida (Metcalf y Huntington, 1991: 84-85).

Al tratarse de un caso por ahora único no puede, desde mi punto de vista, cuestionar la validez del principio general y predominante del enterramiento en posición primaria. Aunque no parece prudente

descartar del todo la posibilidad de nuevos descubrimientos de este tipo, con la información disponible en la actualidad sólo podemos considerarlo un testimonio aislado y único. Podría obedecer a múltiples circunstancias, como el traslado de restos motivado por un cambio de residencia, por ejemplo. Dicho traslado se vería acompañado de un ritual o ceremonia de la que quizás tengamos algunas pistas en ciertas características de este curioso hallazgo, como veremos en el siguiente epígrafe.

La posición flexionada o fetal, con las rodillas replegadas hacia el pecho, es la única documentada hasta el momento en todas las inhumaciones conocidas (a excepción siempre de Valdeprados), por lo que puede considerarse otra pauta ritual generalizada y uniforme. Mayor diversidad ofrecen, en cambio, otros aspectos como el lado sobre el que se acuesta el cadáver, y sobre todo su orientación respecto al norte magnético. De los siete enterramientos donde se ha podido precisar el primer aspecto, cinco lo hacen sobre el lado izquierdo (Aldeagordillo, Atapuerca, Arenero de Soto, J.Fco. Sánchez y Vaquera), y sólo dos sobre el derecho (Fuente Olmedo y Villabuena del Puente). Sin negar que efectivamente puedan existir inhumaciones campaniformes que se apoyen en el lado derecho, pero teniendo en cuenta las circunstancias en las que se descubrieron los dos últimos yacimientos, que son de hecho los únicos que escapan a la norma general, se podría plantear como hipótesis de trabajo la posibilidad de que también en esto existiese una convención generalizada.

Respecto a la orientación del cadáver las evidencias resultan mucho más variadas: En Aldeagordillo, el Arenero de Soto, y posiblemente en Fuente Olmedo los inhumados se dispusieron en un eje Norte – Sur (o Sur – Norte), ya sea mirando al Oeste (Aldeagordillo) o al Este (los otros dos). Sin embargo en Vaquera y quizás Villabuena del Puente, se escogió el eje Este – Oeste, ya sea mirando al norte, en este último caso, o al sur en aquél. Finalmente, y para complicar el panorama, en la tumba de J.Fco Sánchez parece que la orientación escogida fue Sureste- Noroeste, mirando por tanto al Oeste. Aunque la muestra de casos disponible es sin duda muy exigua basta para establecer que probablemente en este aspecto no existían unos principios rituales de general cumplimiento.

Para concluir este apartado no podemos dejar de aludir a un asunto que en otro tiempo hubiera ocupado mucho más nuestra atención pero que hoy parece ya superado, la supuesta existencia del célebre “Pueblo Campaniforme”. Aunque algún trabajo reciente intentó resucitar el interés por esta cuestión en el ámbito británico (Brodie, 1994), se nos antoja un problema hoy por hoy muy difícil de abordar con seriedad. Como este mismo autor reconoce en distintas partes de su tesis existen mucho factores que hacen variar las características del cráneo y no sólo la supuesta raza. La rancia dicotomía braquicefalia - dolicocefalia se puede dar por superada. Mientras no se produzcan avances metodológicos significativos en esta línea de investigación, resultan más interesantes a este respecto otro tipo de análisis antropológicos

recientemente introducidos en la Prehistoria, como los que intentan obtener información acerca de la dieta, o los que utilizan la genética para intentar establecer parentescos, por ejemplo dentro de una misma necrópolis.

#### 4. Los ajuares.

Como señala Thomas (1991a: 129; 1991b: 34-35) los ajuares funerarios campaniformes no fueron un agregado azaroso de objetos sino que estaban compuestos por una cuidada selección de elementos de alto valor simbólico, destinados a acompañar al muerto en sus funerales, y a transmitir así ante toda la comunidad presente un determinado mensaje sobre la posición social del fallecido y, especialmente, sobre los derechos de sus familiares a sacar partido de ello. De los 76 yacimientos funerarios campaniformes conocidos en la actualidad en la Meseta, sólo 18 han proporcionado ajuares que podríamos considerar completos:

	Cuenco	Vaso	Cazuela	Cazuelilla	Palmela	Puñal	Lezna	Hacha	Oro	Brazal	Botón	Otros	Estilo
Aldeagordillo (nº 8)	1	1	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	Ciempozuelos /Liso
Valdeprados (nº 13)	1	1	*	*	3	1	*	*	1	*	*	*	Liso
Pajares de Adaja I (nº 26)	1	1	1	*	*	*	*	*	*	*	*	*	Ciempozuelos
Jaramillo Quemado (nº 47)	*	1	*	*	*	*	*	*	1	*	*	*	Ciempozuelos
Ciempozuelos (nº 145)	1	1	1	*	*	1	1	*	*	*	*	*	Ciempozuelos
Arenero Soto (nº 157)	1	1	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	Liso
J.Fco. Sánchez (nº 160)	1	1	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	Marítimo/Liso
Miguel Ruiz (nº 169)	*	2	*	1	*	1	*	*	*	*	*	*	Puntillado/ Marítimo
Mejorada II (nº 195)	1	1	1	*	1	1	*	*	*	1	*	*	Ciempozuelos
Prado de Nava (nº 274)	1	1	1	*	2	*	*	*	*	*	*	*	Liso
La Vaquera (nº 292)	1	1	1	*	*	*	*	*	*	*	*	*	Ciempozuelos
Villaverde de Iscar (nº 295)	2	1	*	*	2	*	*	*	*	*	*	*	Puntillado/ Liso
Calaña (nº 388)	*	1	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	Marítimo
Majazala (nº 433)	1	1	*	*	*	*	*	1	*	*	*	*	Ciempozuelos /Liso
Villaluenga (nº 435)	1	*	*	*	*	*	*	*	*	*	2	*	Ciempozuelos
F. Olmedo (nº 459)	1	1	1	*	11	1	*	*	1	1	*	1	Ciempozuelos
Villabuena (nº 510)	1	1	1	*	*	1	*	*	1	1	1	1	Ciempozuelos
Los Pasos (nº 513)	1	1	1	*	1	*	*	*	*	*	*	*	Liso

Si observamos con detalle la tabla adjunta podemos comprobar en seguida que estamos ante una serie relativamente reducida de elementos, que se combinan de forma recurrente pero variada dando como resultado diversos conjuntos, que no parecen obedecer a factores de tipo regional, pero que tal vez sí tengan algo que ver con otros factores como la cronología, la diferenciación social, o incluso el género.

Por desgracia, y como veremos con mayor detalle en el último capítulo de este trabajo, los métodos actualmente disponibles impiden disponer de cronologías lo suficientemente precisas como para captar sutiles diferencias. La escasa muestra de información disponible limita, asimismo, la posibilidad de evaluar con detalle la incidencia de los factores sociales y de género en la generación de tal diversidad. Sobre este último aspecto casi nada podemos decir, pues desafortunadamente de los 18 ajuares completos mencionados sólo ocho cuentan con análisis antropológicos donde el sexo de los cadáveres ha podido ser precisado: Aldeagordillo, Valdeprados, Pajares de Adaja I, Ciempozuelos, Arenero de Soto, J. Fco. Sánchez, Vaquera, Fuente Olmedo.

De ellos sólo uno es femenino, Aldeagordillo, lo cual impide cualquier evaluación comparativa seria. Ello impide, por ejemplo, precisar aspectos tan interesantes como la mayor o menor asociación de los distintos tipos de elementos de ajuar con un sexo determinado, como sí se ha podido realizar en Inglaterra, por ejemplo, donde los puñales de lengüeta y las hachas entre otros se vinculan estrechamente con los varones adultos, y los punzones más comúnmente con las mujeres (Clarke, 1970: 265, 448).

En nuestro caso sólo podemos decir que los ajuares meseteños donde aparecen ambos tipos se asocian con enterramientos masculinos (Valdeprados, Ciempozuelos y Fuente Olmedo), pero la escasez de tumbas femeninas impide precisar si esto es una realidad o se debe a un sesgo de la muestra estudiada.

En lo que respecta a la respectiva posición social de los enterrados, asumimos en el modelo teórico que se utiliza en este trabajo que los inhumados con ajuares campaniformes en La Meseta serían o bien los líderes de los distintos grupos o bien los aspirantes a esta posición. No obstante son evidentes las diferencias entre unos ajuares y otros como hemos indicado anteriormente, y entre los posibles factores que podrían explicar esta variación no debemos olvidar las diferencias de estatus o rango social.

La dificultad de aproximarse a esta cuestión es máxima, especialmente si tenemos en cuenta la escasez de evidencias. Una forma de abordarla podría ser la aplicación conjunta de al menos tres de los criterios más utilizados en este tipo de análisis: la cuantificación del número total de objetos que los componen, el de tipos, y finalmente el de objetos metálicos (Alekschin, 1983: 141-142; Ruiz y Chapa, 1990: 365).

	Número objetos	Número tipos	Número objetos Metálicos	Estilo
Fuente Olmedo (n° 459)	18	8	13	Ciempozuelos
Villabuena (n° 510)	8	8	2	Ciempozuelos
Valdeprados (n° 13)	7	5	5	Liso
Mejorada II (n° 195)	6	6	2	Ciempozuelos
Ciempozuelos (n° 145)	5	5	2	Ciempozuelos
Villaverde Íscar (n° 295)	5	3	2	Puntillado/Liso
Prado de Nava (n° 274)	5	4	2	Liso
Miguel Ruiz (n° 169)	4	3	1	Puntillado/ Marítimo
Majazala (n° 433)	3	3	1	Ciempozuelos/ Liso
Los Pasos (n° 513)	3	3	1	Liso
Pajares de Adaja I (n° 26)	3	3	0	Ciempozuelos
Vaquera (n° 292)	3	3	0	Ciempozuelos
Villaluenga de Sagra (n° 435)	3	2	0	Ciempozuelos
Aldeagordillo (n° 8)	2	2	0	Ciempozuelos/ Liso
Jaramillo Quemado (n° 47)	2	2	1	Ciempozuelos
Arenero Soto (n° 157)	2	2	0	Liso
J.Fco. Sánchez (n° 160)	2	2	0	Marítimo/Liso
Calaña (n° 388)	2	2	0	Marítimo/Liso

Resulta interesante comprobar que, en general, los ajuares más ricos en cuanto al número total de objetos y de tipos, son también los que más elementos metálicos presentan. No obstante, dejando a un lado el caso extraordinario de Fuente Olmedo, es cierto que las diferencias no son tan llamativas, aunque sí apreciables. Hay un grupo de seis tumbas (Villabuena, Valdeprados, Mejorada II, Ciempozuelos, Villaverde de Íscar y Prado de la Nava) que exhiben una notable riqueza de componentes (entre 8 y cinco), todos ellos con metal. A continuación se podrían situar los seis ajuares que presentan 3-4 objetos (Miguel Ruiz, Majazala, Los Pasos, Pajares de Adaja, Vaquera y Villaluenga), sólo los tres primeros de los cuales tienen metal, y finalmente los más pobres, con sólo dos elementos (Aldeagordillo, Jaramillo, Soto, J.Fco Sánchez y Calaña), sólo el segundo de los cuales posee un objeto metálico.

Si desglosamos la información por estilos cerámicos, vemos que de los cuatro ajuares con recipientes puntillados y/o marítimos sólo uno aparece en el grupo de tumbas más ricas (Villaverde de Íscar, con cinco elementos, dos de ellos metálicos), otro en el segundo grupo (Miguel Ruiz, con cuatro, uno de ellos metálicos), y los dos restantes en el conjunto más pobre (Calaña y J.Fco. Sánchez, con sólo dos

elementos, ninguno de metal). En los ajuares lisos, y sobre todo en los de estilo Ciempozuelos, la tendencia se invierte, pues su presencia es más acusada en el conjunto de tumbas teóricamente más ricas. De los diez ajuares de este último estilo cerámico cuatro aparecen en el primer grupo, otros tantos en el segundo y sólo dos en el último; y de los cuatro lisos dos forman parte del primero, uno del segundo y otro del último, finalmente.

De todo ello cabe deducir una cierta tendencia, que no es exclusiva de nuestra región sino general en todo el ámbito europeo del Campaniforme, según la cual los ajuares de los estilos que son considerados tardíos exhiben una mayor riqueza y variedad de componentes. En suma, la parafernalia campaniforme parece crecer en complejidad a medida que avanza la secuencia. Pese a la validez general de este principio, que suele relacionarse con el funcionamiento usual de los circuitos de elementos de estatus, no podemos obviar el problema que supone la asunción de la seriación clásica de los estilos en nuestra región.

Este asunto se abordará con mayor detalle en el capítulo final de este trabajo, pero ahora podemos señalar que con las evidencias actualmente disponibles resulta muy arriesgado adherirse de forma lineal a estos esquemas, por más que intuyamos su validez general. Así, por ejemplo, no todos los ajuares marítimos han de ser necesariamente más antiguos que los de tipo Ciempozuelos, pues sabemos que en un determinado punto de la secuencia todos los estilos coexistieron.

Si adoptamos una perspectiva regional, observamos que, en general, aparecen ejemplos de las regiones mejor representadas en la muestra (cuencas medias del Tajo y Duero, suroeste de la meseta norte, y su reborde montañoso oriental) en los tres grupos de ajuares distinguidos, y en proporciones aproximadamente semejantes. En cualquier caso, la composición aleatoria de la muestra no aconseja el análisis más detallado de las ligeras diferencias que pudieran constatarse entre unas y otras. Más interesante resulta, en cambio, intentar percibir distinciones dentro de una misma región, por las implicaciones sociales que ello pudiera tener.

Quizás el caso donde este fenómeno se nos muestre de forma más evidente sea la cuenca media del Tajo, donde contamos con tumbas de notable riqueza como Mejorada (seis elementos, dos de ellos metálicos), Ciempozuelos (cinco, y dos metálicos), pertenecientes al primer grupo; otras que aparecen en el segundo de ellos, como Miguel Ruiz, Majazala (ambos con un elemento metálico, y un total de cuatro y tres objetos respectivamente) y Villaluenga (con tres piezas, ninguna metálica); y finalmente también varias de las más pobres, como Soto, J. Fco. Sánchez y Calaña, todas ellas con sólo dos cerámicas. Resulta tentador interpretar esta gradación de ajuares como testimonio de diferentes escalas o rangos sociales, y en suma como reflejo de la complejidad del proceso que entonces suponemos estaba desarrollándose en esta

región, como en el resto de la Meseta.

Sin embargo, no soy partidario de realizar una lectura excesivamente lineal de este hecho, ya que pueden existir muchos otros factores que, hoy por hoy, no podemos controlar y que, con toda probabilidad, incidirían de forma decisiva en todo ello. Quizás el más importante de ellos pueda ser la existencia de eventuales diferencias cronológicas entre los yacimientos, pues aunque dispusiéramos de dataciones radiocarbónicas de todos ellos (algo que por desgracia no tenemos) no podríamos asegurar la estricta coetaneidad de estos ajuares. Quede, por tanto, como hipótesis de trabajo que tales diferencias se deban, al menos en parte, a cuestiones relativas al respectivo rango social de los enterrados, aunque la cuestión es, desde luego, mucho más compleja (Ucko, 1969; Chapman y otros, 1981; Parker Pearson, 1982; 1993b; Shanks y Tilley, 1982; Bradley, 1988; Lull y Picazo, 1989).

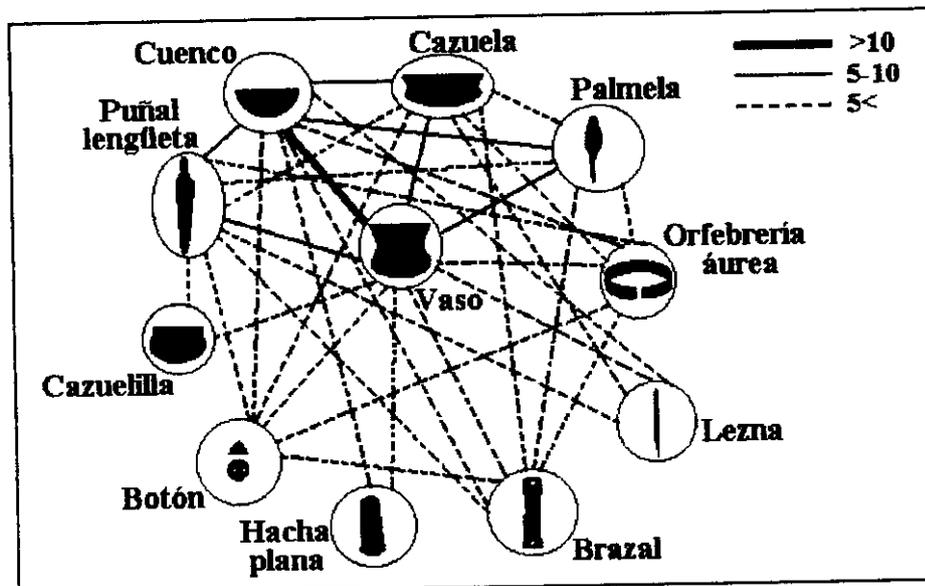


Figura 15. Gráfico que representa el número total de asociaciones que presenta cada tipo de elemento con los demás, en los ajuares funerarios campaniformes completos conocidos actualmente en la Meseta.

En cualquier caso, y más allá de estas diferencias, cuya interpretación hemos visto resulta harto compleja, debemos resaltar también las características que comparten los ajuares funerarios meseteños entre sí. En primer lugar podría destacarse la ineludible presencia del vaso campaniforme, único elemento común a todos ellos. Es por tanto, sin duda, el referente simbólico principal de los rituales funerarios. La presencia de los restantes diez tipos en las tumbas de nuestra área de estudio es muy desigual. El cuenco ocuparía el segundo lugar, al estar presente en 14 ajuares (77'77%), y a continuación por este orden: la cazuela (7, 38'88%), el Puñal de lengüeta y la Punta Palmela (con 6 cada uno, 33'33%), la orfebrería áurea (4, 22'22%), el brazal de arquero (3, 16'66%), el botón de perforación en V (2, 11'11%), la lezna, el hacha plana y la cazuelilla (con un caso cada uno, 5'55%).

Por ello la asociación que cada uno de ellos tiene con los restantes resulta variada, lo que pone de manifiesto que no todos tuvieron la misma importancia y papel en la configuración de los ajuares (Figura 15). Si analizamos con cierto detenimiento la asociación que presentan los distintos elementos entre sí en los 18 ajuares funerarios completos de La Meseta, pronto descubrimos que, como ya se indicó anteriormente, el vaso campaniforme es el único que se asocia con todos los demás, razón por la cual ocupa la posición central del gráfico (Figura 15). Sin duda, la asociación más intensa es la que se establece entre el vaso y el cuenco, con 14 casos, a continuación estaría la relación entre ambos y la cazuela (con siete ejemplos en cada uno), luego la existente entre estas dos formas y la Palmela, y el vaso y el Puñal (con seis cada uno), el cuenco y el puñal (con cinco). Las restantes asociaciones presentan ya cifras menores de cinco casos (Figura 15).

Al margen de las diferencias detectadas anteriormente entre los distintos ajuares, sí parecen existir unas ciertas “normas” de uso extendido que regulan, al menos en la Meseta, la combinación de algunos de los tipos entre sí, especialmente los cerámicos. Ya señalamos que el vaso ha de estar siempre presente pero ahora podemos añadir que cuando es acompañado por sólo un recipiente más, siempre es el cuenco el escogido. Si al vaso le acompaña la cazuela, debe aparecer también el cuenco (es el conocido trío standard del Ciempozuelos). Parece, por ello, que las vasijas campaniformes que se depositaron en las tumbas eran escogidas con cuidado, respetando unos ciertos principios combinatorios tras de los cuales podría quizás intuirse la existencia de eventuales ceremonias donde se manejase alguna clase de bebida o alimento, que por el contexto debía ser muy especial. En el siguiente apartado dedicaremos un análisis más detallada de esta interesante aunque compleja cuestión.

Un último aspecto a considerar en relación con los ajuares campaniformes meseteños es el que se refiere a la disposición de los distintos elementos en la tumba, por si de ello pudiese deducirse la existencia de ciertos gestos rituales estandarizados. Nuevamente debemos hacer notar la pobreza de la información que tenemos, pues como ya se ha reiterado en distintas partes de este capítulo la mayor parte de las tumbas proceden de hallazgos casuales, donde los materiales se extrajeron, como es obvio, sin prestar atención a su exacta ubicación. Recogeremos, por ello, a continuación los escasos testimonios con los que contamos en la actualidad, que dividiremos en dos apartados, la cerámica y el metal, pues carecemos de datos sobre los restantes elementos (brazal, botones). El pequeño tamaño de esta clase de piezas exige métodos de documentación exhaustivos, que sólo se han podido aplicar en algunas excavaciones recientes, donde sin embargo y por desgracia no han aparecido:

Empezando por la cerámica podemos decir que no ocupa siempre la misma posición respecto al cuerpo. Sin contar obviamente el reciente ejemplo de Valdeprados donde el ajuar y los restos del cadáver se

hallan separados por varios niveles arqueológicos, contamos hoy con seis ejemplos donde este aspecto ha podido ser precisado. En cuatro de ellos los recipientes aparecieron en posiciones próximas al tórax o abdomen del inhumado: En Ciempozuelos (nº 145) una de las cazuelas aún conservaba adheridos los huesos del brazo cuando ingresó en la Real Academia de la Historia (Riaño y otros, 1894: Lámina 3ª), de lo que cabe deducir que al menos esta vasija se situó entre los brazos y el tórax del muerto. En los dos recientes hallazgos madrileños del Arenero de Soto (nº 157) y J.Fco. Sánchez (nº 160) las cerámicas se hallaron entre la pelvis y el fémur y a la altura del abdomen, respectivamente (Figuras 10 y 11). Por último, en Villabuena del Puente (nº 510) parece que los recipientes aparecieron entre las piernas del inhumado. En los dos casos restantes los vasos ocupaban posiciones distintas: en Aldeagordillo (nº 8) junto al cráneo, mientras en Fuente Olmedo (nº 459) parece que, al menos, el vaso campaniforme estaba cerca de los pies del cadáver.

También disponemos de algunas referencias relativas a la disposición que algunos recipientes tenían respecto a los otros en el interior de la tumba. En el conocido trío del estilo Ciempozuelos, formado por el vaso, la cazuela y el cuenco, éste último apareció en el interior de la segunda en hallazgos como el de Villabuena del Puente (nº 510). Algo muy similar se ha podido documentar en otros ajuares cerámicos meseteños pertenecientes a otros estilos: en el Arenero de Soto (nº 157) el cuenco apareció colocado sobre el vaso, y en Miguel Ruiz (nº 169) la cazuelilla lisa se halló en el interior del mayor de los otros dos vasos campaniformes que la acompañaban. En el enterramiento campaniforme liso del dolmen de Prado de la Nava (nº 274, Figura 13) vaso, cuenco y cazuela se hallaron separados entre sí aunque el cuenco mucho más próximo a la cazuela, y finalmente en la segoviana fosa de Villaverde de Íscar (nº 295) de los dos cuencos lisos que acompañaban al vaso puntillado, el menor se halló en el interior del mayor de ellos.

Por último cabe señalar que también contamos con datos que demuestran que no siempre los recipientes campaniformes se colocaron en su posición funcional. Así aunque en el reciente hallazgo madrileño del Arenero de Soto (nº 157, Figura 10) el vaso se encontró de pie y sobre él un cuenco, también boca arriba y en situación horizontal. En otros casos como Aldeagordillo (nº 8 y Figura 7: 5) o Valdeprados (nº 13 y Figura 6) los vasos campaniformes aparecieron tumbados junto a los cuencos, éstos últimos sí en su posición funcional. En Aldeagordillo se hallaron tan próximos que parecía como si el vaso estuviera vertiendo su contenido en el cuenco.

En lo que respecta a los elementos metálicos las evidencias son aún más pobres, pues sólo dos yacimientos nos han proporcionado información al respecto, y ambos son hallazgos casuales por lo que tampoco ofrecen, desgraciadamente, datos precisos sobre el particular. En Fuente Olmedo (nº 459) el puñal y las puntas Palmela aparecieron en el sector oriental de la tumba, a la altura del pecho del muerto, y

cerca de las manos, como lo demuestran las manchas de cobre apreciables en el húmero izquierdo y radio derecho del cadáver. La diadema áurea se halló en la zona occidental de la fosa, hacia el centro - sur, probablemente junto a la cabeza (Martín y Delibes, 1974: 13). En Villabuena del Puente (nº 510) el puñal de lengüeta apareció colocado en la mano izquierda y con la punta hacia arriba, es decir en su posición funcional (Delibes, 1977: 73).

## **5. El ritual funerario.**

Como ya se ha indicado en varios apartados de este capítulo el análisis de los rituales funerarios campaniformes ofrece notables contrastes con los que suponemos tuvieron lugar en los sepulcros megalíticos, y en general, los panteones colectivos (cuevas, por ejemplo). En estos últimos tales ceremonias serían muy probablemente cíclicas o periódicas (culto a los ancestros) (Parker Pearson, 1993a: 42-43), y en ciertos casos el cuerpo de los enterrados sería sometido a manipulaciones. En otros la mera frecuentación del mismo espacio para incluir nuevos cadáveres alteraría notablemente el depósito funerario original, con el resultado final de una tumba colectiva repleta de restos humanos desarticulados y revueltos donde la individualidad desaparece o se diluye en la de la comunidad, y los ajuares en origen quizás personales se transforman en ofrendas colectivas (Clarke, Cowie y Foxon, 1985: 20, 24).

Como contraste con todo ello el surgimiento y generalización de los enterramientos individuales supone la extensión de nuevas costumbres funerarias, en las que el cuerpo humano recibe un tratamiento y consideración bien diferente. Como señala Sherratt (1991: 60), ahora los cuerpos se entierran de una vez para siempre, sin ser descarnados ni permanecer accesibles en una estructura construida, preservando así su integridad individual. Ello tiene importantes consecuencias rituales y sociales, pues los funerales, como rito de paso, son una de las ocasiones más propicias para el despliegue efectivo de las estrategias sociales y políticas de los vivos (Metcalf y Huntington, 1991: 108). Si en los sepulcros megalíticos la tumba es el centro de atención principal, y el lugar que se emplea como referencia constante para los cíclicos rituales funerarios, con la aparición del Campaniforme el foco de interés parece desplazarse hacia el cuerpo del inhumado y los objetos que le acompañan. Ya que la tumba no será de nuevo abierta para nuevos enterramientos el mensaje que los herederos del fallecido quieran transmitir al resto de la comunidad debería ser claramente expresado en el funeral, que ahora será un evento único e irrepetible, que debe ser "leído" a través del cadáver y su ajuar, razón por la cual los objetos que acompañan al muerto serían seleccionados con cuidado para que el ritual fuese interpretado por los presentes en la forma deseada.

De ahí la clara estandarización que experimentan los ajuares funerarios en buena parte de Europa occidental, con la difusión del Campaniforme, pues la audiencia debía reconocer inmediatamente que el

enterrado allí era alguien importante (Thomas, 1991a: 129; 1991b: 34-35). En resumen el énfasis parece desplazarse ahora desde la estructura funeraria a los ajuares y el cadáver, o en palabras de Criado (1989: 88-89) de una monumentalidad exterior a otra interior. Como ya indicamos en otro apartado, detrás de estos cambios cabe deducir la gestación de importantes transformaciones ideológicas, relativas sobre todo a las relaciones del individuo con el grupo, la legitimidad del ejercicio del poder, y las formas de expresarlo (Sherratt, 1987: 83; 1991: 60; Shennan, 1982; Gibson, 1988: 198; Wason, 1994: 92).

En nuestra región estas propuestas encuentran el apoyo de suficientes evidencias arqueológicas como para proponer su validez general. No obstante, existen ciertos datos que nos obligan a introducir algunos matices. En primer lugar el fenómeno de los enterramientos individuales arranca de la etapa inmediatamente anterior, el llamado Calcolítico precampaniforme, como se ha podido demostrar en la meseta norte (Delibes, 1988b). En ellos tendríamos, por tanto, reflejado el comienzo de este complejo proceso de cambio en las estructuras sociales e ideológicas, que, no obstante, sólo se extenderá y desarrollará plenamente con el Campaniforme. El análisis de las tumbas meseteñas pone de manifiesto numerosas evidencias a favor de estas hipótesis. En primer lugar la generalización de los enterramientos en posición primaria, donde el cuerpo se entierra en una sola ceremonia y no vuelve a profanarse su eterno descanso. Hecho que a veces parece traducirse en las propias estructuras funerarias, pues las fosas simples o con pequeñas delimitaciones pétreas, son a menudo cegadas o clausuradas para siempre con rellenos de piedras (por ejemplo en Fuente Olmedo, nº 459; o el Arenero de Soto, nº 157). Los propios túmulos, cuyo aspecto externo podría recordar el de los megalitos, carece de corredor o cualquier otra vía de acceso al cuerpo inhumado, por lo que sólo su violación y destrucción permiten volver a utilizarlo (como ocurre por ejemplo en Tablada del Rudrón, nº 68).

Por otro lado, los componentes de los ajuares campaniformes meseteños muestran ciertas peculiaridades en comparación con los hallados en los asentamientos, que podríamos resumir en una mayor estandarización de las formas cerámicas y una mayor complejidad y variedad en las estructuras decorativas, como se ha puesto de manifiesto en el estudio estadístico desarrollado en este trabajo (para más detalles véase el próximo epígrafe de este mismo capítulo, y en general el capítulo IV). Parece, en suma, que los ajuares no se componen de forma casual o aleatoria sino previa selección muy cuidada, como propone Thomas (1991a: 129; 1991b: 34-35), pues no habrá otra ocasión mejor para desplegar las oportunas estrategias ideológicas y sociales. No extrañaría, por tanto, que incluso algunos de estos elementos fuesen fabricados de forma expresa para el fúnebre ajuar. Aunque no resulta fácil demostrarlo sí contamos con varios indicios que, al menos, sugieren la probable existencia de esta práctica en La Meseta. La mayoría de los recipientes cerámicos recuperados en este tipo de contextos presentan un magnífico aspecto general, en el que no se puede apreciar huella alguna de su eventual utilización en el mundo de los

vivos (desgaste en la base, manchas de fuego, reparaciones o lañas, etc.). Sin embargo, esto podría deberse también al presumible uso restringido y muy especial que quizás debieron tener en los poblados, en la vida cotidiana. Muy interesante resulta constatar también el enorme parecido que guardan entre sí las vasijas que forman parte de algunos ajuares meseteños, y que nos hacen pensar que debió fabricarlos una misma mano. El ejemplo más claro, quizás, esté en la tumba segoviana de La Vaquera (nº 292), donde los tres recipientes exhiben sorprendentes semejanzas, sobre todo el vaso y la cazuela, que resultan prácticamente idénticos en su pasta, acabado y decoración (Lámina 67: 2 y 4). Nótese, por ejemplo, el raro motivo que adorna la cara interna de ambos recipientes, ya de por sí muy escaso en toda la Meseta (Figura 66), pero que únicamente aparece en esa zona del vaso en estos dos ejemplos. Otros posibles ejemplos que podrían mencionarse son quizás el vaso y cuenco del arenero madrileño de Salmedina (nº 210 y Lámina 53: 25-26), varios de los aparecidos en el túmulo burgalés de Tablada del Rudrón (nº 68 y Lámina 12: 7-14), o finalmente otros casos meseteños como Valdilecha (nº 231 y Lámina 54: 17-18), Samboal (nº 289 y Lámina 64: 4-5) o Villabuena del Puente (nº 510 y Lámina 102: 9-11). En éste último, además del aspecto general, podríamos añadir un dato quizás aún más significativo a la hora de relacionar los recipientes, como es el hecho de que la cazuela y el vaso utilizan variantes de un mismo y sólo patrón para ordenar la secuencia de motivos que los adornan (ABACABA).

Sin embargo, y pese a todo lo dicho, sabemos que los megalitos siguieron utilizándose, y no de forma excepcional, sino muy importante, sobre todo en regiones donde este fenómeno tuvo especial raigambre como la zona salmantina. ¿Supone este hecho una perduración de los rituales neolíticos y, por ello, de su contexto económico, social e ideológico?. Si esto fuera así entraría en frontal contradicción con las ideas y testimonios arqueológicos antes mencionados. Como ya señalamos en un apartado anterior con mayor extensión, existen suficientes datos como para proponer la hipótesis según la cual la utilización de los megalitos y otras estructuras funerarias colectivas existentes, sigue los principios rituales y sociales propios de la nueva época. Por tanto, lo que suponemos se produce es la manipulación estratégica de viejos símbolos de una época pasada. El análisis del contexto arqueológico de los hallazgos campaniformes en los megalitos meseteños y peninsulares en general nos indica que el uso del espacio funerario era entonces bien distinto del original (Benet, Santonja y Pérez, 1997: 463; López e Ilarraz, 1997; Andrés y otros, 1997). Con cierta frecuencia los materiales aparecen en distintas partes del túmulo, o desbordan los límites de la cámara y el corredor, e incluso se constatan ejemplos de remodelaciones arquitectónicas, destinadas bien a separar los nuevos enterramientos del depósito funerario anterior, como se ha podido demostrar en otras regiones peninsulares (Pérez Arrondo, 1987: 166), o bien a la condenación de los monumentos, con el fin de inutilizarlos para ulteriores inhumaciones, por ejemplo en el dolmen de El Prado de la Nava (nº 274, Figura 13) (Benet y otros, 1997: 454).

Algo semejante podríamos proponer para el caso de las tumbas campaniformes en cuevas de supuesto ritual colectivo. En este caso no contamos con evidencias tan sólidas, pues como ya señalé en un apartado anterior la mayoría de los hallazgos carecen de contexto preciso, sin embargo sí existe al menos un ejemplo del que se pueden obtener conclusiones semejantes. Me refiero a la tumba individual en fosa de la Cueva de La Vaquera (nº 292 y Figura 14), que demuestra la utilización de un posible sepulcro colectivo anterior pero de acuerdo con las nuevas costumbres funerarias, pues el cadáver se enterró en una fosa delimitada por piedras, con su ajuar personal, y no volvió a ser “molestado” hasta su descubrimiento.

En resumen, todo parece indicar que el hecho de que aparezcan materiales campaniformes en los espacios funerarios colectivos de las etapas precedentes (ya sean cuevas o megalitos) sólo nos indica que siguieron siendo utilizados, pero ello no implica que fuese necesariamente de la misma forma ni para los mismos fines. Así, creemos que no resulta aventurado suponer que también en nuestra región la aparición del Campaniforme se ve acompañada por la extensión de ciertas connotaciones ideológicas relacionadas con el ejercicio del poder, que influyen en las características de los rituales funerarios. Por ello, y pese a la gran variabilidad de estructuras y tipos de tumbas en los que aparecen los elementos campaniformes, se aprecian, no obstante, ciertos rasgos comunes, que inciden por un lado en la estandarización del mensaje, en lo referido a la forma, y, por otro, en la representación singular del individuo y sus posesiones personales, en lo tocante al contenido:

- No se pueden vincular las tumbas campaniformes con un tipo determinado y concreto de ubicación topográfico. No parecen ahora buscarse, como en el pasado megalítico, emplazamientos destacados y con un amplio control visual del entorno inmediato. El interés se desplaza ahora desde el continente (sepulcro) al contenido (cadáver y su ajuar).

- Se trata en su inmensa mayoría de enterramientos en posición primaria, en los que el cuerpo recibe sepultura de una vez para siempre, sin que se produzcan ulteriores manipulaciones o alteraciones.

- Los cuerpos se disponen siempre en posición flexionada, normalmente tendidos sobre su costado izquierdo.

- Aparecen siempre acompañados de ajuares personales estandarizados, compuestos por una serie reducida y recurrente de tipos, muchos de los cuales no sólo aparecen en La Meseta, sino en el resto de la Península y buena parte de Europa occidental.

- Los componentes de los ajuares suelen respetar unos ciertos principios rituales que rigen su

combinación: Siempre ha de estar presente el vaso campaniforme, que cuando se halla acompañado sólo de otro recipiente más ha de ser un cuenco, que también debe comparecer cuando la cazuela y el vaso se combinan. En éste último caso es interesante destacar que el cuenco suele aparecer dispuesto en el interior de la cazuela, hecho que parece relacionarse también con otros hallazgos donde se dan combinaciones diferentes de formas, pero en los que el menor de los recipientes sigue introduciéndose dentro del mayor de la terna.

- Los elementos de ajuar normalmente ocupan posiciones próximas al cuerpo enterrado, las cerámicas con frecuencia cerca del tórax o abdomen, y las armas metálicas en contacto con los brazos. Incluso en algunos ejemplos excepcionales los individuos enterrados asían directamente al menos algunas de las piezas cerámicas (Ciempozuelos) o metálicas (Villabuena), o portaban los adornos (por ejemplo la diadema de oro en la cabeza del individuo inhumado en Fuente Olmedo). Sin olvidar nunca las reservas necesarias en la interpretación de este tipo de cuestiones, quizás podríamos sugerir que ello representaría la propiedad que ese individuo tenía sobre los mencionados objetos, y, aún más, sobre lo que ellos simbolizaban (¿el control de los recursos y los intercambios?).

Sin embargo, aunque las evidencias arqueológicas hoy conocidas en la Meseta parecen apuntar de forma clara y mayoritaria en esta dirección, tampoco podemos olvidar la presencia de algunos datos que escapan, al menos en apariencia, a estas tendencias generales. Me refiero claro está a los dos recientes hallazgos funerarios abulenses de Aldeagordillo (nº 8, Lámina 1 y Figura 7) (Fabián, 1992) y Valdeprados (nº 13, Lámina 3 y Figura 6) (Gómez y Sanz, 1994). El primer caso podríamos describirlo como el enterramiento en posición primaria de una niña que se hizo acompañar de un sencillo ajuar cerámico campaniforme, y que originó el traslado y sepultura en la misma tumba (aunque en cotas superiores) de dos cadáveres más, pertenecientes a sendos varones, uno de ellos infantil y el otro adulto. Con tal motivo se desarrollaron una serie de rituales o ceremonias en el lugar, de las que nos ha quedado en primer término un hogar circular (de unos 40 cm. de diámetro), junto al cual se halló un mentón infantil que había sido expuesto al fuego, y que no pertenece a ninguno de los individuos citados (Figura 7: 2). Además aparecieron otros materiales en el yacimiento, algunos llegaron accidentalmente en la tierra usada para construir el túmulo, y otros quizás podrían pertenecer incluso al ajuar de algunos de los dos cadáveres hallados en posición secundaria (dos cuentas de variscita, una de ellas totalmente quemada). Finalmente se pudo documentar la presencia de varios recipientes cerámicos lisos completos en la zona que rodea la cámara semicircular construida en torno a la cista, quizás depositados allí como ofrendas funerarias: En el lado suroeste, un recipiente semiesférico de grandes dimensiones (50 cm. de diámetro) colocado en el suelo de cenizas subyacente al túmulo. Al Este tres vasijas, dos de ellas juntas, un vasito troncocónico completo de base curva y carena baja, pasta muy fina y bruñido (7'5 cm. de diámetro y 6 cm. de altura), con restos

de pintura negra en ambas superficies; y el tercero, de mayor tamaño, es un cuenco semiesférico también con pintura negra y colocado de canto, como protegiendo el anterior, que estaba en posición funcional. A 60 cm. de ellos y en una cota más elevada se colocó un pequeño casquete semiesférico de fondo plano.

Parece, en suma, que con motivo del fallecimiento de esta niña se produjo un traslado de restos (¿eran sus familiares?) y una serie de complejas ceremonias, de la que nos han quedado sólo algunos testimonios. Más discutible, aunque desde luego atractiva, resulta la hipótesis de que los restantes túmulos que forman esta necrópolis se construyeran también con tal motivo, a modo de cenotafios, pues no en vano su excavación no proporcionó inhumaciones (salvo algunos huesos en uno de ellos) (Fabián, en preparación).

No obstante si Aldeagordillo es, sin duda, un testimonio excepcional y casi podríamos decir atípico en el panorama funerario del Campaniforme meseteño, en él se mantiene la posición primaria del cadáver asociado con el recipiente de estilo Ciempozuelos. Sin embargo, en la fosa de Valdeprados (nº 13, Lámina 3 y Figura 6) los restos humanos en posición secundaria son los del mismo individuo inhumado con la parafernalia campaniforme. Se puede decir, por tanto, que es un enterramiento indiscutiblemente secundario, cuyo rico ajuar (dos cerámicas lisas, un puñal de lengüeta, tres Puntas Palmela y una chapita de oro) ocupa el fondo de la fosa, separado estratigráficamente del nivel superficial donde descansaban algunos huesos largos dispersos. Parece, por tanto, que el individuo allí enterrado lo estuvo antes en otro sitio, y por alguna causa que desconocemos (¿desplazamiento del lugar de residencia?) fue trasladado desde allí hasta la fosa en cuestión que lo albergaría ya para siempre. Quizás y como en Aldeagordillo<sup>12</sup> con tal motivo se desarrollase en el lugar algún tipo de ceremonia especial, posiblemente de tipo conmemorativo, de la que, no obstante, no parecen quedar signos tan evidentes. No se halló ningún hogar o estructura, ni ofrendas cerámicas en el entorno de la fosa.

Pero, desde luego, llama la atención un hecho que tampoco escapa a sus excavadores, a saber que siendo el ajuar cerámico liso, aparezcan en el paquete de sedimentos que lo separa de los restos humanos varios fragmentos campaniformes decorados de estilo Ciempozuelos, pertenecientes además a un número muy reducido de ejemplares (sólo tres posiblemente, véase Lámina 4: 1-3 de este trabajo). Dado que no existen testimonios que prueben la existencia de un poblado prehistórico, y menos aún calcolítico, en el sitio, no puede justificarse su presencia allí por un traslado accidental de fragmentos en la tierra con la que se tapó la fosa. Si a ello unimos el hecho de que se trata de un número muy reducido de vasos, cabe plantearse entonces la posibilidad de que estos fragmentos decorados fuesen el resto dejado allí por alguna ceremonia funeraria. Como hipótesis hoy por hoy no contrastada podríamos proponer que quizás estas

---

<sup>12</sup> Otro posible testimonio de una ceremonia funeraria podría estar representado en el pequeño hogar con restos faunísticos que se descubrió en el interior de la tumba en fosa del Arenero madrileño de Soto (nº 157) (Blasco, Sánchez-Capilla y Calle, 1994: 94).

vasijas campaniformes se empleasen para realizar algún tipo de libaciones con alguna bebida sin duda muy especial (¿alcohólica?) en el transcurso del funeral. Después de lo cual podrían haber sido rotos intencionadamente y depositados en la tierra arrojada sobre la fosa, destacando así la importancia y significación que para los presentes tenían estos recipientes, que debían acompañar al muerto, aún destruidos, al más allá. Somos conscientes, no obstante, de la falta de pruebas arqueológicas suficientes para contrastar esta interpretación<sup>13</sup>. Si en el futuro se encontrasen más ejemplos de este tipo de tumbas ello nos obligaría a matizar mucho las observaciones antes realizadas sobre los rituales funerarios campaniformes, introduciendo quizás consideraciones acerca de la influencia de los factores regionales o cronológicas en la extensión y evolución local de estas prácticas. Sin embargo, teniendo en cuenta las evidencias ya disponibles, que son escasas pero contundentes a este respecto, creemos que parece más razonable proponer, al menos como hipótesis de trabajo, que dadas las singulares características de esta fosa, nos hallemos ante un testimonio excepcional, resultado de una determinada ceremonia.

Por otro lado, y de forma simultánea esta interpretación de la fosa de Valdeprados nos sirve para volver a plantearnos de nuevo en este trabajo lo que ya hemos sugerido en distintas partes del mismo, a saber la posible relación de las vasijas campaniformes y sus características (sobre todo volumétricas) con la posible extensión de ciertos rituales en los que se consumiesen bebidas alcohólicas, según la conocida teoría desarrollada más recientemente por Sherratt (1987; 1991). Cabe plantearse entonces si los recipientes campaniformes hallados en los ajuares meseteños completos que estamos analizando fueron o no empleados para desarrollar rituales de este tipo. El estudio de la proporción entre sus respectivas capacidades y la constatación de una serie de cuestiones relativas a la combinación de formas y su disposición relativa en las tumbas puede aportarnos, sin duda, interesantes elementos para el debate.

Como veremos a continuación todos ellos sugieren muy claramente que la importancia que tuvieron este tipo de cerámicas para los grupos calcolíticos meseteños no sólo se basaba en su vistoso aspecto externo, sino también en su eventual contenido, para cuyo manejo parecen existir algunas convenciones de general seguimiento, al menos en el plano ritual.

No en vano ya el Dr. Delibes (1977: 89-90) sugirió en su día que las medidas de los recipientes hallados en las tumbas campaniformes de estilo Ciempozuelos en la meseta norte pudieron no ser casuales sino buscadas intencionalmente para poder seguir un determinado ritual. De ahí que mostrasen cierta relación entre sí, sobre todo el cuenco y la cazuela. Así observa este autor que en la fosa zamorana de Villabuena del Puente el cuenco se halló colocado dentro de la cazuela, y que en los tres hallazgos

---

<sup>13</sup> Quizás el análisis de la tierra de la fosa podría aportar alguna pista sobre este particular, dado que como señalan sus excavadores (Gómez y Sanz, 1994) se pudieron identificar manchas de diferentes colores y texturas, especialmente en relación con los elementos del ajuar.

funerarios de este estilo más completos conocidos entonces (Villabuena, Pajares de Adaja y Fuente Olmedo), todos los cuencos son lo suficientemente pequeños para caber sin problemas dentro de las respectivas cazuelas. Incluso se destaca que cuando en un ajuar determinado (como Fuente Olmedo, por ejemplo) el cuenco excede las medidas habituales también lo hace la cazuela.

Desde entonces ningún autor ha intentado desarrollar esta interesante línea de investigación, ahora que ya se cuenta con más datos. En algún trabajo reciente recogí diversos indicios que sugerían la existencia de este tipo de fenómenos en otros ajuares cerámicos campaniformes meseteños, como por ejemplo el de Miguel Ruiz (Garrido, 1997: 204). De hecho se pueden encontrar testimonios pertenecientes a otros estilos en los que parece hallarse una relación entre los recipientes muy semejante a la constatada por Delibes en el complejo Ciempozuelos. Así, en Valdeprados (nº 13, Lámina 3) el cuenco liso presenta unas dimensiones mucho mayores de las habituales en esta forma, sobre todo en los contextos funerarios. Sus algo más de 1800 cc. de capacidad, son valores muy semejantes, por ejemplo, a los de la cazuela de Villabuena del Puente, con unos 1876 cc. ¿Estaría quizás el cuenco sustituyendo a la cazuela ausente, y a su vez el vaso liso haciendo las veces de él, a efectos del ritual (con sus algo más de 600 cc., que es una cifra próxima por ejemplo a la del cuenco de Fuente Olmedo, con cerca de 570 cc.)?

En la tumba madrileña del Arenero de Miguel Ruiz (nº 169), el ajuar cerámico estaba formado por tres recipientes cerámicos, dos vasos campaniformes, uno Marítimo y otro Puntillado de mayor tamaño, y una cazuelilla lisa, que apareció dentro de éste último. ¿Estaría desempeñando en este caso la cazuelilla funciones semejantes a las que cumple el cuenco en los equipos Ciempozuelos, pues presenta similares dimensiones y capacidad (193 cc., lo que supone un valor algo bajo para un cuenco campaniforme funerario, pero muy parecido e incluso algo mayor al que presenta, por ejemplo, el hallado en J.Fco. Sánchez, con unos 128 cc., y, no muy alejado del ofrecido por la pieza zamorana de Los Pasos, con unos 285 cc.)?. Además la cazuelilla apareció en el interior del mayor de los vasos, que podría cumplir así, y salvando las evidentes distancias, la misión ritual de la cazuela (sus 1390 cc. resultan un valor algo bajo para este tipo de formas, aunque próximo por ejemplo al ofrecido por la pieza de Prado de la Nava, con 1.184 cc.).

En Villaverde de Íscar (nº 295) un vaso campaniforme puntillado se halló acompañado de dos cuencos lisos, el menor de los cuales apareció en el interior del otro. Este último podría quizás cumplir las funciones de la cazuela, con sus 1.002 cc. de capacidad (cifra reducida para este tipo de forma pero muy semejante a la del ejemplar de Prado de la Nava antes mencionado), mientras el menor de ellos (con sus algo más de 400 cc.) presenta un valor muy normal para los cuencos funerarios (como por ejemplo y entre otros, Pajares de Adaja, con 387 cc., o Ciempozuelos con 431 cc.). Quizás, por ello podamos afirmar que

este trío cerámico es el que más recuerda de todos a los propios del estilo Ciempozuelos. No en vano este yacimiento es vecino muy próximo de la tumba de Fuente Olmedo.

Resulta de gran interés constatar la existencia de indudables semejanzas en lo que se refiere a la combinación de formas y volúmenes dentro de los ajuares cerámicos campaniformes funerarios, que superan las evidentes diferencias estilísticas externas. Quizás todo ello sea el lógico reflejo de la gran complejidad y variabilidad que fenómenos como estos exhiben en un área tan vasta y en un periodo tan extenso. En suma, se trataría de variantes de unos mismos rituales<sup>14</sup>, relacionados posiblemente con la manipulación de alimentos o bebidas, en cualquier caso muy especiales. Desconocemos, sin embargo, qué factores concretos se pueden esconder tras ellas, aunque podemos imaginar que las diferencias cronológicas, regionales, o incluso de rango o estatus social, pudieron incidir grandemente.

Parece, en suma, que las cerámicas campaniformes funerarias se fabricaban y combinaban de una determinada forma para cumplir unas ciertas misiones en el ceremonial. Especialmente importante a este respecto era su volumen, su capacidad como contenedor que es en definitiva la función de cualquier vasija. De ahí que existan incluso ejemplos extremos donde casi parece tener más importancia este factor que la propia forma o aspecto externo, como el atípico vaso ¿campaniforme? de la tumba del arenero de Soto (nº 157, Lámina 33: 1). Con sus paredes casi rectas se desvía del tipo más frecuente en esta forma, pero sus proporciones, tamaño (14'2 cm. de diámetro y 12'6 cm. de altura) y, sobre todo, su capacidad (1.019 cc.) resultan, en cambio, perfectamente normales para esta clase de recipientes.

De hecho, resulta muy curioso observar cómo en los análisis estadísticos que se han realizado en este trabajo (capítulo IV) sobre las distintas formas cerámicas campaniformes parecen coincidir en un determinado sentido. Tanto los vasos como las cazuelas, y en menor medida los cuencos, son unos tipos muy homogéneos y estandarizados, cuya variabilidad interna se articula de forma mayoritaria (más de un 80%) en torno a dos factores principales, el tamaño, en primer lugar, y el mayor o menor grado de apertura o profundidad, en segundo. Factor este último relacionado con la mayor o menor idoneidad de los recipientes para el manejo y consumo de líquidos (cerrados) o sólidos (abiertos). Sobre el papel que tendrían unos y otros en los rituales funerarios campaniformes es muy difícil pronunciarse, como es obvio, ya que se requerirían análisis químicos de los contenidos de los recipientes.

Sin embargo, existe otra forma de aproximarse a estas cuestiones con la información que hoy tenemos, por ejemplo estudiando con detalle las características de todos los ajuares funerarios cerámicos

---

<sup>14</sup> ¿Serían estas ceremonias u otras semejantes también practicadas en los lugares de hábitat, como una suerte de ritos de hospitalidad destinados a reclutar partidarios? (Sherratt, 1987; Dietler, 1990).

meseteños hoy conocidos (combinación de formas, número de recipientes utilizados, proporciones entre sus respectivos volúmenes, etc.).

	Vaso campaniforme	Cazuela	Cuenco	Otros
Aldeagordillo (n° 8)	523'147 cc.	*	362'728 cc.	*
Valdeprados (n° 13)	624'843 cc.	*	1.826'459 cc.	*
Pajares de Adaja I (n° 26)	2.002'523 cc.	2.216'452 cc.	387'700 cc.	*
Ciempozuelos (n° 145)	1.325 cc.	2.206 cc.	431 cc.	*
Arenero Soto/Km. 9'500 (n° 157)	1.019'493 cc.	*	763'887 cc.	*
J. Fco. Sánchez (n° 160)	992'67 cc.	*	128'076 cc.	*
Miguel Ruiz (n° 169)	1.006'336 cc. 1.390'437 cc.	*	*	193'639 cc.
Prado de la Nava (n° 274)	1.022'729 cc.	1.184'922 cc.	420'074 cc.	*
La Vaquera (n° 292)	930'154 cc.	2.016'007 cc.	701'651 cc.	*
Villaverde de Íscar (n° 295)	994 cc.	*	1.002'505 cc. 409'137 cc.	*
Calaña (n° 388)	892'161 cc.	*	*	1.389'043 cc.
Fuente Olmedo (n° 459)	583 cc.	2.862'150 cc.	567'993 cc.	*
Villabuena del Puente (n° 510)	860'902 cc.	1.876'441 cc.	505'705 cc.	*
Los Pasos (n° 513)	1.507'657 cc.	*	285'861 cc.	*

Contamos en la actualidad con una muestra total de catorce ajuares cerámicos completos en la Meseta, como se observa en la tabla adjunta<sup>15</sup>. Se han excluido los ejemplos que, como Jaramillo Quemado (n° 48) o Villaluenga (n° 435) presentan un único recipiente. El primero permanece inédito aún y el segundo es un hallazgo casual reciente, por lo que tampoco podemos descartar que en origen se asociase con otros recipientes. Seis son de estilo Ciempozuelos, cuatro lisos, uno puntillado geométrico, y uno marítimo, y finalmente en otro aparecen representados estos dos últimos estilos.

Los cuatro ajuares que presentan cerámicas de estilo marítimo y/o Puntillado, cuentan asimismo con ejemplares lisos acompañantes. Dos de ellos están formados por un par de recipientes, Calaña con un vaso marítimo y una olla lisa que tiene una capacidad un 36% mayor que aquél; y J. Fco. Sánchez, con un vaso marítimo que casi multiplica por ocho el volumen del cuenco liso. Los otros dos casos se componen de tres

<sup>15</sup> En el caso del yacimiento epónimo de Ciempozuelos (n° 145) no se ha podido aislar ningún ajuar concreto, pues los datos disponibles sobre las ya centenarias excavaciones son muy escasos, aunque sabemos que una de las tumbas tenía las tres formas típicas. Por ello se ha procedido a obtener el promedio de cada una de ellas a partir de los recipientes conocidos.

recipientes cada uno, en una combinación que, como ya señalamos anteriormente, presenta claras semejanzas con la que es característica de los ajuares de estilo Ciempozuelos, que veremos a continuación. En Miguel Ruiz son dos los vasos campaniformes (único ejemplo con esta peculiaridad conocido en la Meseta), uno de ellos marítimo y el otro Puntillado geométrico, de mayor tamaño (con un 28% más de capacidad que el otro), que contenía en su interior una pequeña cazuelilla lisa, cuya capacidad multiplicaban por cinco y siete, respectivamente. En Villaverde de Íscar un vaso de estilo Puntillado geométrico estaba acompañado de dos cuencos lisos, uno mayor que el otro que no en vano lo contenía en su interior. La capacidad del vaso y el mayor de los cuencos es casi idéntica (en torno al litro) y en ambos casos, por tanto, resulta 2<sup>7</sup>4 veces mayor que la del menor recipiente del trío. El reparto proporcional de las capacidades de los respectivos componentes del trío en ambos ejemplos es bien diferente, aunque se pueden encontrar paralelos para ambos en otros estilos. Para el primer caso podría citarse el ajuar Ciempozuelos de Pajares de Adaja, donde el vaso y la cazuela ofrecen valores semejantes (la segunda un 10% más que el primero), multiplicando ambos el volumen del cuenco por cinco y casi seis, respectivamente. Para el segundo se puede mencionar el ajuar liso de Prado de la Nava, en el que vaso y cazuela presentan cifras semejantes (un 14% más la segunda), casi triplicando ambos el valor del cuenco.

Cuatro ajuares lisos forman parte de la muestra estudiada, sólo uno de los cuales presenta tres componentes, Prado de la Nava, cuyas características se detallaron más arriba. Curiosamente su peculiar reparto proporcional no cuenta con paralelos entre los representantes del estilo Ciempozuelos, sino en Miguel Ruiz, como vimos. Los tres restantes casos ofrecen sólo dos recipientes, que son siempre un vaso campaniforme y un cuenco. En dos de ellos la capacidad del primero supera a la del segundo, ya sea por poco (un 25% en Soto) o con gran amplitud (más de cinco veces en Los Pasos), y sólo en Valdeprados la situación se invierte (y quizás también los respectivos papeles de cada uno en el ritual). En esta fosa abulense el cuenco, desproporcionadamente grande, casi triplica al vaso.

Por último, contamos con seis ajuares de estilo Ciempozuelos, sólo uno de los cuales (Aldeagordillo) se compone de dos recipientes, un vaso decorado y un cuenco liso (el primero con un 30% más de capacidad que el segundo). Los demás constituyen la bien conocida terna típica del estilo y formada por el vaso, la cazuela y el cuenco (éste último hallado dentro de la segunda, por ejemplo en Villabuena). En ellos la cazuela es siempre el mayor recipiente, cuya capacidad multiplica entre tres y cinco veces la del cuenco, salvo en Pajares de Adaja, donde casi alcanza seis. Su relación con el vaso oscila entre valores semejantes (Pajares, Ciempozuelos) y diferencias en torno al doble de su volumen (Vaquera y Villabuena), o incluso mucho mayores, como en Fuente Olmedo, donde casi lo quintuplica. La proporción entre vasos y cuencos varía también, pues si en Vaquera, Fuente Olmedo y Villabuena los primeros no alcanzan nunca a duplicar los segundos (incluso en Fuente Olmedo los valores son prácticamente idénticos), en Ciempozuelos y Pajares de Adaja triplican y quintuplican respectivamente su capacidad. Teniendo en cuenta todos estos datos de forma conjunta y analizándolos a partir

de sus semejanzas en cuanto a la proporción de los tres recipientes entre sí, se podrían agrupar los ajuares cerámicos conocidos en este estilo como sigue: En Pajares de Adaja y Ciempozuelos las cazuelas tienen capacidades moderadamente superiores a las de los vasos (un 10% más en el primero y un 40% en el segundo), y ambos ofrecen valores que multiplican los de los cuencos por casi seis y cinco en aquél y por cinco y tres en éste. Por otra parte los ajuares de Vaquera y Villabuena se caracterizan por tener cazuelas que duplican el volumen de los vasos y triplican el de los cuencos, ofreciendo estos dos últimos cifras no muy distantes, ya que los primeros cuentan con un 25% y un 42% más de capacidad que los segundos, respectivamente. Con la muestra disponible en la Meseta el reparto existente entre las tres formas en el ajuar de Fuente Olmedo es hoy por hoy un ejemplo único. La desproporción entre el vaso y la cazuela carece de paralelos en el área de estudio, pues casi multiplica por cinco su volumen

Finalmente si analizamos los catorce ajuares en su conjunto, fijándonos no tanto en el estilo ahora sino en el número concreto de recipientes que se utilizan, resulta interesante constatar que pueden agruparse en dos únicos tipos: los que emplean dos (seis casos), y los que combinan tres vasijas (ocho casos). Cuando se utilizan dos recipientes, estos son siempre un vaso y un cuenco<sup>16</sup>. Conocemos actualmente en la Meseta seis ajuares de este tipo, tres de los cuales son lisos (Valdeprados, Soto y Los Pasos), dos combinan un vaso marítimo con un cuenco liso (J.Fco. Sánchez y Calaña), y uno hace lo propio con un vaso de estilo Ciempozuelos (Aldeagordillo). Si analizamos las proporciones que las respectivas capacidades de los recipientes presentan entre sí observamos que casi siempre el vaso supera el tamaño del cuenco de forma clara (1'44 veces en Aldeagordillo, 1'33 en Soto, 5'28 en Los Pasos y 7'75 en J. Fco. Sánchez). De hecho sabemos que en la fosa zamorana de Los Pasos éste se halló en el interior de aquél. Sólo escapan a esta norma los ajuares de Calaña, donde la olla lisa acompañante es 1'55 veces el volumen del vaso marítimo, y sobre todo en Valdeprados, donde el cuenco casi triplica la capacidad del vaso. En este último ejemplo quizás podríamos hallarnos ante una versión local de los rituales donde se emplean tres vasijas, que estudiaremos a continuación, donde el cuenco intentaría desempeñar las funciones de la cazuela y el vaso las del cuenco. Si analizamos la correlación que esta pareja de formas ofrece en los repertorios aquí recogidos, mediante la *r* de Pearson, el valor resultante (-0'44) nos indica que existe entre los volúmenes de ambas un modesto pero claro grado de correlación, que además es negativa. Es decir que existe una tendencia según la cual cuanto mayor es la capacidad del vaso menor suele ser la del cuenco. Como veremos a continuación se constata algo muy semejante en el estudio de la relación entre estas dos formas en los ajuares compuestos por tres recipientes, por lo que parece que nos hallamos quizás ante una “norma” ritual de extendido cumplimiento.

Cuando son tres los recipientes utilizados, la combinación más frecuente es, sin duda, el vaso, la cazuela y el cuenco. Se trata del célebre trío característico del estilo Ciempozuelos, conocido desde hace tiempo en cinco

---

<sup>16</sup> La única excepción es el hallazgo toledano de Calaña (nº 388) donde una olla lisa de paredes entrantes acompañaba, según parece, al vaso Marítimo.

yacimientos (Pajares de Adaja, Ciempozuelos, Vaquera, Fuente Olmedo y Villabuena), al que se añade un reciente hallazgo liso (Prado de la Nava). Pero también existen otros tipos de conjuntos, como el de Miguel Ruiz, con dos vasos y una cazuelilla, o Villaverde de Íscar, con un vaso y dos cuencos. Estos dos últimos casos, con ser peculiares en sí mismos, guardan ciertas semejanzas con la terna del Ciempozuelos, como tuvimos ocasión de señalar anteriormente. Dejando a un lado estos dos últimos, podemos señalar que los vasos suelen ofrecer valores claramente superiores a los de los cuencos, aunque muy variados (5'17 veces en Pajares de Adaja, 3'07 en Ciempozuelos, 2'43 en Prado de la Nava, 1'70 en Villabuena, 1'32 en Vaquera y 1'02 en Fuente Olmedo). Como ocurría en los ajuares analizados anteriormente vemos que existe una importante correlación negativa entre las capacidades de los recipientes pertenecientes a ambas formas (en este caso -0'62, en la r de Pearson). Nuevamente se constata, por tanto, que el volumen de los cuencos tiende a ser menor cuanto más grande es el de los vasos que los acompañan. Las cazuelas siempre son los recipientes mayores de la terna, y multiplican de forma variada pero siempre elevada los valores ofrecidos por los vasos (1'10 veces en Pajares, 1'66 en Ciempozuelos, 1'15 en Prado de Nava, 2'16 en Vaquera, 2'18 en Villabuena y casi lo quintuplica en Fuente Olmedo) y, sobre todo, por los cuencos (5'7, 5'11, 2'81, 2'87, 3'71 y 5'04, respectivamente). En lo que se refiere, finalmente, a la correlación entre ellas podemos señalar que es casi inexistente entre vasos y cazuelas (-0'08, en la r de Pearson), y bastante baja, pero positiva entre cuencos y cazuelas (0'26). Es decir, que el tamaño de los cuencos suele aumentar de forma pareja y proporcional al de las cazuelas que los acompañan, y a veces albergan (como en Villabuena).

En conclusión, recogiendo todas las evidencias relativas a la combinación y volumen de los recipientes integrantes de los ajuares cerámicos campaniformes completos conocidos en la Meseta, pueden obtenerse las siguientes consideraciones generales en relación con los rituales que suponemos se realizaron con ellos. Ya se analizó con detalle anteriormente la existencia de diversas pautas que regulan la asociación de las distintas formas en las tumbas estudiadas. Sin embargo, hay que destacar también la importante variabilidad que se constata en la combinación concreta de volúmenes en los diferentes casos. Algo que resulta lógico, por otra parte, sobre todo si tenemos en cuenta las características de la muestra manejada, catorce ajuares pertenecientes a un inmenso ámbito geográfico y un periodo de varios siglos. ¿Significa esto, entonces, que cada uno de ellos representaría el testimonio singular de particulares rituales que nada tendrían que ver entre sí?. Creo que existen suficientes indicios para responder negativamente a esta pregunta.

Como en otros muchos aspectos del Campaniforme corren parejos la diversidad regional y unos ciertos aspectos comunes que le otorgan unidad y nos permiten referirnos a él como un solo fenómeno. Por ello, aunque no sea posible establecer una tipología estricta de combinaciones concretas de volúmenes que se reproduzcan fielmente, sí se constatan ciertas características comunes. Ello nos permite suponer que se compartían algunos

principios generales, más allá de la lógica variabilidad de rituales concretos que cabe esperar de la incidencia de complejos factores regionales, cronológicos y sociales.

En primer lugar tenemos los ajuares compuestos por sólo dos recipientes, en los que una forma cerrada, el vaso, se acompaña de otra más plana el cuenco, que suele ser mucho menor que él. Si asumimos la hipótesis según la cual la difusión de los vasos campaniformes en Europa occidental se asocia muy estrechamente con la de ciertos rituales en los que se halla implicado el consumo de bebidas especiales, quizás alcohólicas, ¿podría entonces el vaso albergar el contenido a ingerir por parte de los asistentes en la ceremonia, siendo el cuenco la posible medida del consumo individual de cada uno de ellos?. De ser así, y siguiendo este argumento se podría estimar un número total de potenciales participantes que oscilaría entre los tres (Valdeprados<sup>17</sup>), cinco (Los Pasos) y ocho (J. Fco. Sánchez). En casos como Aldeagordillo o Soto donde la capacidad del vaso no llega a duplicar la del cuenco, no se producirían este tipo de “banquetes”, o al menos no con los recipientes que luego se depositarían en la tumba, que irían quizás destinados sólo al inhumado.

Sin duda se trata sólo de una hipótesis de trabajo y como tal debe tomarse esta propuesta, pues carecemos hoy por hoy de apoyo empírico suficiente para sustentarla. De igual manera, y con las mismas salvedades, podríamos intentar aproximarnos a las características de los eventuales ritos desarrollados con el trío cerámico característico del estilo Ciempozuelos. En este caso contamos con dos grandes facetas, hasta cierto punto independientes, y representadas por dos formas cerámicas bien distintas, el vaso y la cazuela. La primera de ellas cerrada y profunda quizás relacionada con la bebida, como antes sugerimos, y la segunda abierta y plana, que no parece muy apropiada para el manejo de líquidos, sino más bien de sólidos (¿alimentos como carne o gachas de cereal?). Junto a ellos está el cuenco, como posible medida distribuidora del eventual contenido de la cazuela (se hallaba en su interior en Villabuena), o de ambos. La correlación que se ha podido establecer entre las capacidades totales de estas tres formas en los distintos hallazgos donde se asocian podría quizás ofrecernos alguna pista más. Es casi inexistente entre el volumen del vaso y la cazuela (-0'08), lo cual pone de manifiesto con claridad lo que antes sugerimos a partir de su aspecto general, a saber que ambas formas representan quizás facetas distintas del ritual. Una tal vez relativa al manejo y consumo de líquidos (el vaso) y otra al de sólidos (cazuela). La relación del cuenco con ambas es significativa en los dos casos pero curiosamente inversa. Así se constata una tendencia de los cuencos a ser más pequeños cuanto mayor es el vaso y mayores cuanto más lo es la cazuela. Es decir, que tienden a mantener la proporción con esta última, como si existiese una determinada cantidad de “raciones” a respetar en cada ceremonia, al margen del número de participantes, mientras con el vaso ocurre lo contrario. Cuanto mayor fuese el tamaño de este último un mayor número de personas podrían beber de

---

<sup>17</sup> Recuérdese que en este caso los papeles se invierten y quizás debió ser el vaso el elemento distribuidor del eventual contenido del gran cuenco.

su contenido. Lo interesante es que existe el mismo tipo de relación entre el cuenco y el vaso en los ajuares compuestos por sólo dos recipientes, como ya señalamos con anterioridad.

Una última cuestión que cabría plantearse antes de concluir con este apartado es si no podría existir una cierta lectura cronológica de alguna de estas posibles peculiaridades rituales. ¿Representarían, por ejemplo, las combinaciones confeccionadas a base de dos recipientes que aparecen en los ejemplos marítimos de Calaña o Juan Fco. Sánchez los momentos iniciales de la introducción de estos supuestos rituales de bebida paneuropeos?. Cabría preguntarse entonces si, una vez asumidos e interpretados por los grupos peninsulares y meseteños, no podrían haber dado lugar a la gestación de versiones locales de los mismos, entre las cuales destacaría el llamado trío standard Ciempozuelos (¿emulado por ajuares como Prado de la Nava, o quizás incluso anticipado por otros como Miguel Ruiz?). En él se habría incluido ya un recipiente abierto que podía representar una nueva faceta del ritual quizás relacionada con otro componente nuevo (¿algún tipo de alimento como las gachas, o carne?). Si tenemos en cuenta las características tipológicas que presentan algunos recipientes cerámicos de la Edad del Bronce meseteña como las grandes cazuelas troncocónicas de tipo Protocogotas, podría sugerirse que quizás este componente del ritual, de origen presumiblemente local, acabó perviviendo. No en vano Harrison (1995) ha relacionado las fuentes troncocónicas típicas del mundo de Cogotas I y sus antecedentes con la difusión de una serie de ceremonias o ritos en los que las bebidas ya habrían dejado de tener la importancia que tuvieron en la etapa campaniforme, y en su lugar sería la exposición de alimentos sólidos (carne, panes, etc.) el recurso utilizado.

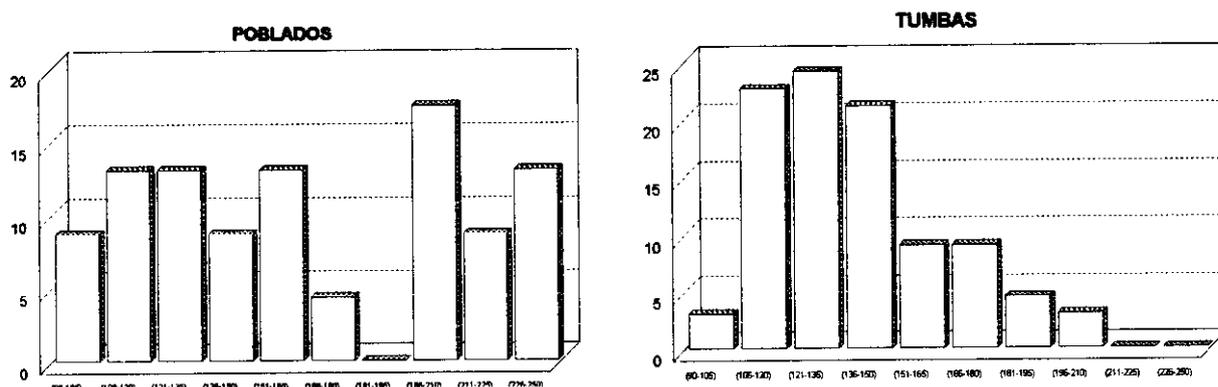
En ausencia de las oportunas evidencias cronológicas y analíticas que serían imprescindibles para contrastar la validez de lo que se ha propuesto en estas últimas líneas, quede todo ello como una mera hipótesis. En suma, el resultado de llevar hasta sus últimas consecuencias posibles los razonamientos antes expuestos en relación con el análisis de los recipientes, sus formas y su volumen, y la manera en la que se combinan en los ajuares estudiados. El futuro nos demostrará si al menos parte de todo lo dicho tenía algún fundamento o si queda reducido a la categoría de efímera especulación. Por lo menos nos gustaría que ello sirviese para llamar la atención de la investigación hacia estos aspectos, un tanto olvidados, en el estudio de las cerámicas prehistóricas.

### **III.C. Los elementos campaniformes en su contexto: caracteres diferenciales entre poblados y tumbas.**

El análisis detallado que de las formas y decoraciones campaniformes meseteñas se ha desarrollado en este trabajo (capítulo IV) nos ha permitido constatar la existencia de diferencias apreciables entre los recipientes que proceden de los poblados y los recuperados en tumbas. Si a ello unimos las que también se han constatado en lo referente a la representación de los restantes componentes del complejo campaniforme

en cada tipo de contexto, encontramos entonces justificación suficiente para dedicar un pequeño apartado a explicar algo más detalladamente este fenómeno y su posible interpretación dentro del modelo teórico aquí propuesto.

Comenzaremos por la cerámica, y en concreto por las formas, pues en ellas se aprecian evidentes diferencias internas que se pueden atribuir al distinto contexto del que proceden. Así, empezando por los vasos campaniformes, y en concreto utilizando la mayor muestra de información disponible (los diámetros de boca de todos los fragmentos conocidos y no sólo los recipientes completos), podemos señalar que se constata un mayor grado de estandarización en las tumbas que en los poblados, donde además se hallan mejor representados los ejemplares de mayores dimensiones.



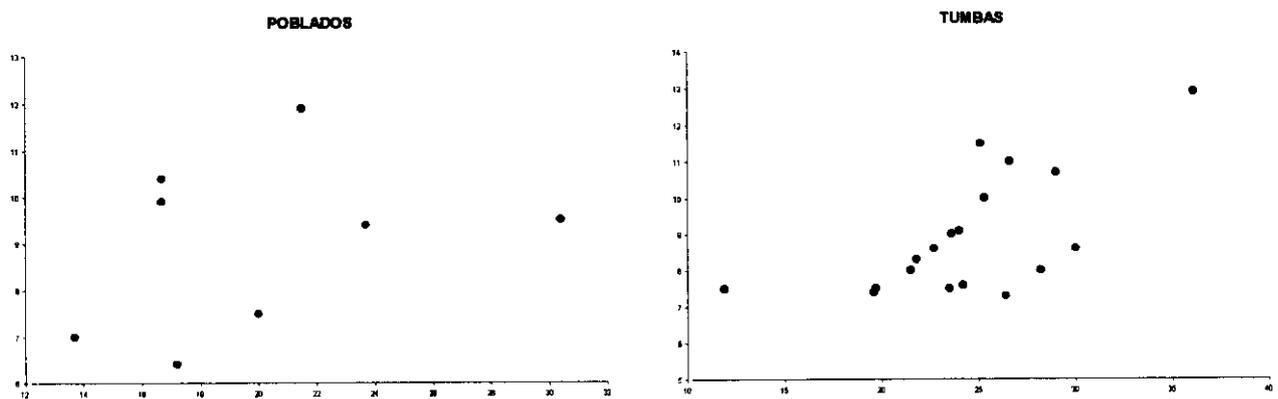
**Figura 16.** Diámetros de boca (en mm.) de los vasos campaniformes de La Meseta, desglosados en los dos tipos de contextos donde aparecen: los poblados y las tumbas.

Y ello a pesar de que la muestra disponible para uno y otro tipo de contexto está, por desgracia, muy descompensada (23 casos para los poblados y 66 para las tumbas). Así, en los poblados no se observa tan claramente la concentración de casos que se constata en la muestra compuesta por los recipientes completos (Figura 22), en concreto en el intervalo (11-16'5 cm.) que representa aquí sólo el 47'8% del total. Además el porcentaje de recipientes mayores de 20 cm. asciende en este caso hasta el 30'43% (Figura 16: izquierda). Por el contrario, las tumbas muestran un panorama bien distinto, con un 77'27% de ejemplares entre 11-16'5 cm., y ningún vaso mayor de 20 cm. (Figura 16: derecha).

Si atendemos al volumen de este tipo de recipientes, resulta interesante observar que los dos únicos recipientes que superan los 3000 cc. proceden de lugares de hábitat (el soriano de El Perchel, y el madrileño de Preresca). Aunque desde luego el asunto es más complejo de lo que podría suponer una lectura simplista según la cual los grandes volúmenes se asociarían a los poblados y los pequeños a las tumbas. Así podemos señalar, por ejemplo, que todos los recipientes meseteños comprendidos entre los 2000-2500 cc. de capacidad proceden de sepulcros (Pajares de Adaja, Galisancho, Veguilla, Palencia y Valdilecha). Y al mismo tiempo, existen al menos seis vasos de pequeñas dimensiones (450-1250 cc.) recuperados en

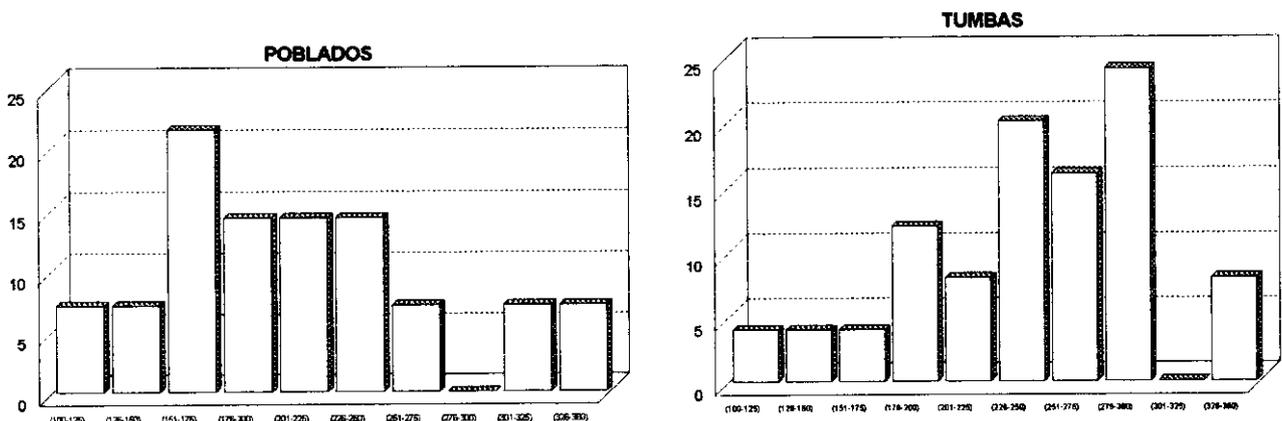
lugares de hábitat (Somaén, Camino de la Yesera, Vascos, Ventorro) (Figura 24).

En las cazuelas campaniformes también se pueden observar diferencias atribuibles al contexto del que proceden. Empezando por la correlación entre el diámetro de boca y la altura total, es posible analizar de forma separada los ejemplares completos provenientes de tumbas (19, 65'51% del total) y poblados (8, 27'58%). Los resultados del coeficiente de relación existente entre estas dos variables en unos y otros ( $r$  de Pearson) son muy significativos pues se aprecian claras diferencias, 0'71 en los contextos funerarios y 0'33 en los domésticos, lo que demuestra claramente el mayor grado de estandarización de las cazuelas recuperadas en los sepulcros, como se observa de forma nítida en los gráficos correspondientes (Figura 17).



**Figura 17.** Diagramas de dispersión de las variables diámetro de boca y altura total (en cm.) en las cazuelas campaniformes meseteñas, desglosados en los dos tipos de contextos en los que aparecen: los poblados y las tumbas.

Si aumentamos de forma sensible la muestra de información hasta un total de 39 ejemplares, atendiendo a una sola variable, el diámetro de boca, es igualmente llamativo el contraste que existe entre el panorama ofrecido por la información que procede de los poblados y aquella proveniente de las tumbas.

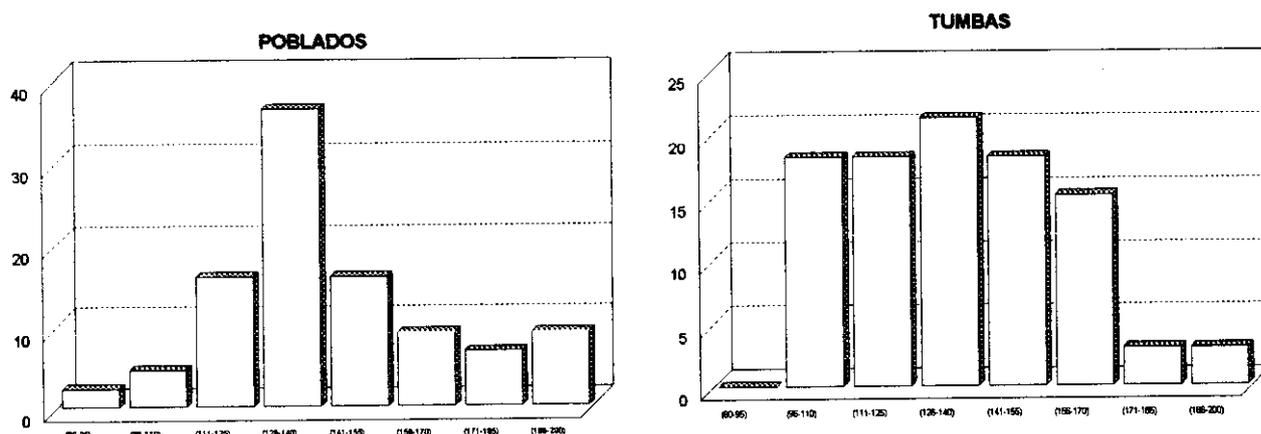


**Figura 18.** Diámetros de boca (en mm.) de las cazuelas campaniformes de La Meseta, desglosados en los dos tipos de contextos donde aparecen: los poblados y las tumbas

Por ello, y a pesar de lo desigual del reparto (14 casos en los primeros y 25 en los segundos),

podemos afirmar que los ejemplares recuperados en contextos funerarios ofrecen una mayor concentración de casos que los recuperados en los lugares de hábitat, especialmente en el intervalo 19'5-30 cm., con un 80% frente al 42'85%, respectivamente. Ello incide de nuevo en el mayor grado de estandarización que ofrecen los ejemplares recogidos en el ámbito funerario. Si nos fijamos sólo en el tamaño, no obstante, parece reflejarse claramente y de forma curiosa el mayor predominio de los ejemplares grandes en contextos funerarios (con un 68% de casos mayores de 22'5 cm.) frente a lo que ocurre en los lugares de hábitat (donde sólo un 35'71% de las piezas superan los 22'5 cm.) (Figura 18).

Por último, en lo relativo a las diferencias constatadas entre las cazuelas completas (Figura 27) procedentes de uno y otro tipo de contexto, contamos por desgracia con el mismo problema, el desigual reparto de la muestra (19 casos funerarios por sólo 8 domésticos). Pese a ello, no podemos dejar de destacar un hecho evidente, pues coincide con los resultados de la muestra más completa de los diámetros de boca. Se trata, en suma, de la aparente contradicción que parece reflejar el mayor predominio de ejemplares grandes en contextos funerarios y pequeños en lugares de hábitat. En esto, como en otros aspectos, el comportamiento de la cazuela se distingue nitidamente del ofrecido por las restantes formas, como veremos a continuación. En lo que se refiere a los cuencos campaniformes son asimismo claras las diferencias existentes entre los materiales procedentes de ambos tipos de yacimientos. En primer lugar la correlación entre el diámetro de boca y la altura total en los recipientes completos ofrece un pequeño contraste, en este caso indicativo del mayor grado de estandarización de los recipientes hallados en los lugares de hábitat (0'86 en la r de Pearson) respecto a los recogidos en las tumbas (0'70), algo que no puede ser atribuido a problemas de la muestra. No obstante es asimismo cierto que los ejemplares completos de mayores dimensiones, las que hemos llamado fuentes (mayores de 20 cm. de diámetro), aparecen con mucha mayor frecuencia en los poblados. No en vano, de las cinco conocidas actualmente en la Meseta sólo una procede de un contexto funerario (Valdeprados).



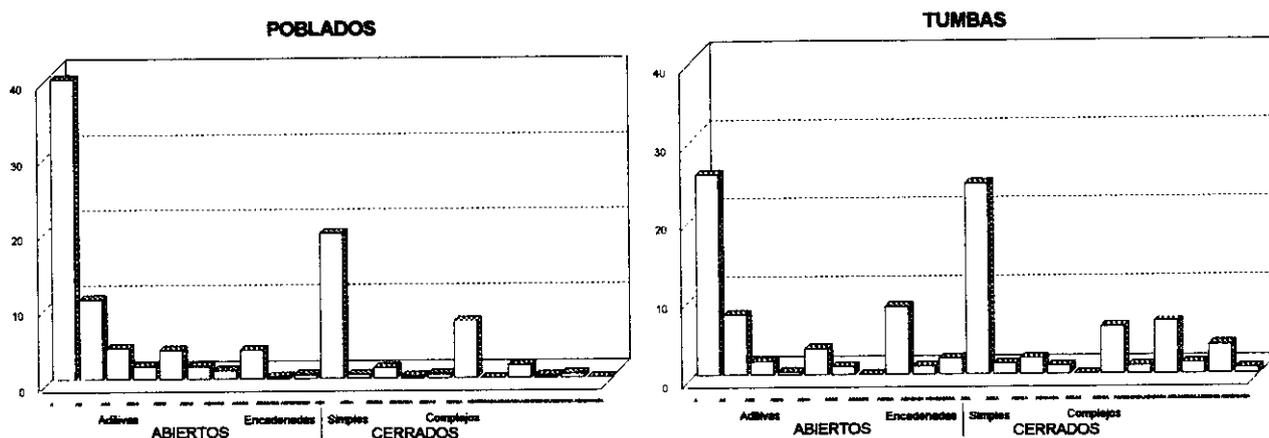
**Figura 19.** Diámetros de boca (en mm.) de las cazuelas campaniformes de La Meseta, excluidas las fuentes y desglosados en los dos tipos de contextos en que aparecen: los poblados y las tumbas

Si examinamos ahora la mayor muestra de información que se obtiene de la recopilación de todos los fragmentos en los que el diámetro ha podido ser precisado, las diferencias son también evidentes. De nuevo la práctica totalidad de las fuentes (12 de 15) proceden de lugares de hábitat, y sólo una se recuperó en contexto funerario (el ejemplar liso de Valdeprados antes aludido), siendo las dos restantes recogidas en yacimientos de contexto desconocido. Sin embargo, curiosamente si excluimos las fuentes del análisis y acudimos sólo a los cuencos *sensu stricto* observamos que las muestras ofrecidas por tumbas (32 casos) y poblados (44 casos) resultan desde luego distintas, aunque no en el sentido antes comentado. El gráfico perteneciente a los poblados (Figura 19: izquierda) muestra una distribución casi perfectamente normal, en la acepción estadística del término, que contrasta con el correspondiente a las tumbas (Figura 19: derecha) donde los casos se distribuyen de forma menos concentrada, sin una tendencia central tan clara. Sólo un análisis detallado nos permite advertir una cierta propensión hacia el aumento de sus dimensiones en los lugares de hábitat, aunque ello también podría estar influido por las diferencias en el tamaño de la muestra. Así los cuencos menores de 11'5 cm. representan un 11'36 % en los poblados y un 19'35 % en las tumbas, y los mayores de 16 cm. representan un 22'72 % en los poblados y un 12'9% en las tumbas (Figura 19).

Si en el caso de las fuentes el contexto de aparición resultaba decisivo para su definición e interpretación, aún lo es más en los vasos de almacenaje, forma exclusiva de los poblados, claramente vinculada por tanto a funciones domésticas sobre las que se proponen en este trabajo algunas hipótesis (véase apartado correspondiente en el capítulo IV). Pero si en las formas las diferencias funcionales resultan claramente apreciables no escapan tampoco a ellas las decoraciones campaniformes. En primer lugar es posible apreciar distinciones, aunque muy leves, en lo que respecta al número de motivos empleados en cada franja decorativa (2'09 en los poblados y 2'24 en las tumbas. Más claras son las que se observan entre el porcentaje de variantes presente en las estructuras básicas que articulan la ordenación de los diseños en los recipientes hallados en uno y otro tipo de contexto, con un 12'84 % en los primeros y casi un 20 % en los segundos.

Más claras aún si cabe resultan las diferencias constatadas en la tipología concreta de los patrones, que se encuentra representada en cada clase de contexto. Así en los poblados los esquemas abiertos son más abundantes (con un 66'9%), y especialmente las secuencias aditivas (sobre todo las más simples como el A, que representa cerca de un 40% del total de los casos), con un 62'29% frente al 52% general, compensando así la llamativa escasez de secuencias encadenadas (4'64%). Los patrones cerrados ofrecen valores netamente inferiores a la media general (con un 31'7% frente al 37'7% global), sobre todo en el caso de los más complejos que representan aquí el 10% frente al 14% general. En las tumbas la situación se invierte, y son los esquemas abiertos los que ofrecen valores inferiores a la media general (50'5%), sobre todo las secuencias aditivas (39%), mientras los cerrados, con un 47'2% (28'3 los simples y 18'9% los

complejos), casi equilibran la situación. Similar tendencia muestra el porcentaje de variantes en cada uno de estos contextos, pues los poblados presentan un 12'84%, y las tumbas un 19'21%. En suma, todo ello podría resumirse en la mayor simplicidad y monotonía estructural de las decoraciones procedentes de los poblados, y la mayor riqueza y variedad de aquellas que se recuperaron en contextos funerarios (Figura 20).



**Figura 20.** Tipología de los patrones que estructuran la organización de los motivos en las decoraciones campaniformes de La Meseta, desglosados en las dos clases de contextos donde aparecen: los poblados y las tumbas.

Por último no podemos olvidar que los componentes no cerámicos del complejo campaniformes son recogidos de forma mayoritaria en tumbas o hallazgos casuales. Su presencia en poblados es más escasa, especialmente en el caso de los objetos metálicos, ya que de los 39 yacimientos que cuentan con este tipo de materiales, 8 son poblados y 31 tumbas.

Este dato no resulta en absoluto sorprendente, en primer lugar por razones obvias de mejor conservación de estas piezas en esa clase de hallazgos, pero también porque parece que este tipo de elementos eran reutilizados constantemente. Solo se colocaban fuera de circulación, por razones sociales o rituales, para elaborar los ajueres funerarios, y en consecuencia no forman parte de los desechos de los poblados. Por ello, los escasos objetos metálicos hallados en lugares de hábitat suelen ser muy simples.

	POBLADOS	TUMBAS
LEZNAS	4	4
HACHAS	4	2
PALMELAS	7	19
PUÑALES	0	14
ORFEBRERÍA ÁUREA	0	14
Total	15	53

Como se observa en la tabla adjunta las diferencias son muy claras entre ambos contextos, tanto en lo que respecta a los tipos representados en uno y otro como en términos puramente cuantitativos. En el primer aspecto podemos destacar que sólo las hachas planas aparecen más frecuentemente en los lugares de hábitat: concretamente en cuatro yacimientos, Alto del Picacho en Silos (nº 64), Fábrica Euskalduna en Madrid (nº 185 y Láminas 39: 21-22), Cueva de Arevalillo (nº 282 y Lámina 63: 5), y Cerro del Ahorcado en Madridanos (nº 503 y Lámina 102: 5).

Sólo dos hallazgos son funerarios, el dolmen de Entretérminos (nº 147 y Lámina 29: 19), donde carecemos de informaciones seguras sobre su ubicación concreta y asociaciones, y el de Majazala en Toledo (nº 433), con problemas semejantes. En las leznas se equiparan las estadísticas, pues cuatro son poblados (nº 18, 86, 193, 207) y otros tantos tumbas (nº 145, 264, 266, 385). Los restantes elementos donde se ha podido precisar este aspecto, pertenecen mayoritariamente a sitios funerarios: las Puntas Palmela, donde 19 son sepulcros y sólo 7 lugares de hábitat; y finalmente los puñales de lengüeta y la orfebrería áurea, que proceden en su totalidad de contextos funerarios. Por último, si se estima el total de piezas halladas en uno y otro tipo de yacimientos los resultados son aún más elocuentes, ya que de un total de 68 piezas cuyo contexto se conoce 15 (22'05%) se recuperaron en poblados y 53 (77'94%) en tumbas.

En resumen y antes de concluir este apartado podríamos señalar que, resulta evidente el distinto comportamiento que los elementos campaniformes tuvieron en los diferentes tipos de contextos en los que se hallaron. Comportamiento que, además, es en general coincidente, lo que confirma sin duda el interés que tiene el análisis de sus contextos de aparición. Así empezando por la cerámica, podemos señalar que todas las formas tienden a ofrecer mayores indicios de estandarización en las tumbas que en los poblados, donde, además, suelen aparecer con mayor frecuencia los ejemplares de mayores dimensiones. Sólo en los cuencos esta tendencia no parece tan clara, o incluso se invierte, hecho que no se puede achacar a los problemas de la muestra en este caso.

Quizás la simplicidad tipológica de esta forma brinda muchas menos posibilidades para la generación de variabilidad, ya sea funcional o regional (véase apartado correspondiente del capítulo IV). Sólo el tamaño resulta una variable significativa a este respecto, y aquí sí se aprecian claras diferencias que se dirigen en la misma dirección que las demás formas, ya que las fuentes (cuencos mayores de 20 cm. de diámetro) aparecen mayoritariamente en los poblados.

Finalmente los grandes vasos de almacenaje son también exclusivos de este tipo de contextos. En suma, el mayor tamaño de muchos de los ejemplares hallados en ellos también nos hace sospechar que las cerámicas campaniformes debieron desempeñar en los poblados papeles relacionados con el almacenaje o tratamiento de alguna materia, y no sólo con su servicio. Como ya sugerimos en otras partes de este trabajo quizás podría

tratarse de la sustancia o sustancias que eran manejadas y ofrendadas en la vajilla de lujo, sobre las que ya especulamos anteriormente.

Pero no sólo las formas cerámicas muestran un comportamiento diferencial sino también las decoraciones. Y lo que resulta más interesante es constatar que estas diferencias no proceden tanto del análisis de los diseños o motivos concretos que se utilizan en ellas, que resultan más útiles a otros efectos como la localización de grandes áreas estilísticas regionales (véase capítulo IV); sino del realizado sobre las estructuras internas que ordenan su disposición de acuerdo con patrones concretos.

La mayor complejidad de los esquemas, y la mayor frecuencia de variantes nos sugiere que quizás en las tumbas las decoraciones tenían un papel más importante y eran empleadas, por ello, con más libertad y un margen más amplio para la propia creatividad o el despliegue de las estrategias de cada cual. Aunque estamos hablando siempre de diferencias de matiz, en los poblados los patrones parecen mucho más simples y monótonos, sugiriendo que quizás se prestó menor atención en su fabricación.

En cuanto a los elementos metálicos resulta asimismo interesante constatar la escasa presencia de armamento y adornos en los poblados, en los que predominan en cambio las herramientas (hachas y leznas). A nadie escapa el valor que tienen las armas y las joyas en los rituales funerarios. No olvidemos que en ellos se intenta representar ante la comunidad la importancia del individuo fallecido, su poder y la legitimidad que tienen sus eventuales herederos a ostentarlo.

En conclusión parece que los elementos campaniformes, en general, fueron unos objetos muy especiales, que eran utilizados, quizás sólo en ocasiones muy especiales (rituales o de alguna celebración social) tanto en los poblados como en las tumbas. Pero en estas últimas probablemente eran fabricados para la ocasión, invirtiendo en ellos, por tanto, un mayor esfuerzo y dedicación.

No en vano, el ceremonial funerario es un acto de singular importancia donde se plasman las estrategias sociales de los distintos grupos, clanes o familias a través del despliegue de símbolos poderosos y cargados de significado ideológico como los campaniformes, que suponemos intentarían proporcionar una visión interesada y por ello distorsionada de la realidad social, como estrategia para legitimar el ejercicio del poder, intentando convertirlo así en un hecho lógico e indiscutible, como una mera prolongación del orden natural.

## **IV. LOS ELEMENTOS CAMPANIFORMES**

## V.A. Cerámica.

### 1. Características técnicas.

La cerámica es, sin duda, el principal protagonista del Campaniforme, pues a ella debe su nombre y constituye desde luego su componente más abundante. En el caso concreto de la Meseta de los 514 yacimientos inventariados 416 tienen cerámicas de esta clase lo que supone un 80'93 % del total. Pese a ello, son muy escasos los análisis técnicos publicados hasta la fecha. Por desgracia no pasan de ser intentos aislados de caracterizar materiales de muy exiguas muestras en yacimientos singulares. En un reciente trabajo que recopila por etapas culturales los análisis de pastas publicados en España (García, 1997), sólo son 14 los correspondientes al Campaniforme, de los cuales únicamente cinco pertenecen al ámbito meseteño. Los sitios que cuentan con estudios de este tipo en nuestra área de estudio son los siguientes:

- Diversas muestras de los yacimientos madrileños de Pista de Motocross (nº 208) y Arroyo Culebro (nº 202) en Pinto, y la Fábrica de Ladrillos de PRERESA (nº 159) en Getafe, fueron estudiados por Millán, Arribas y Calderón (1991). En ellas se observó una total falta de homogeneidad, en cuanto a su cocción, decantación de arcillas y desgrasantes. En concreto, del último sitio mencionado se analizaron cuatro piezas, dos de cerámicas lisas y dos campaniformes. Aunque la pasta mejor cocida y más decantada pertenece a un fragmento liso, las dos decoradas tienen un baño de barbotina utilizado para homogeneizar la superficie, una de las cuales además (la puntillada) presenta un añadido de manganeso para otorgarle un color negro, así como una mejor cocción.

- Varios fragmentos de los sitios madrileños del Arenero de Soto II (nº 156), J.Fco. Sánchez (nº 160) y Soto/Km. 9'500 (nº 157) en el entorno de Perales del Río, Getafe, fueron analizadas por Millán y Arribas (1994). Según este estudio se trata de piezas muy semejantes en cuanto a su composición general, aunque se observan ciertas diferencias relativas al tamaño y proporción de los desgrasantes que podrían indicar una especialización funcional de los recipientes para distintos fines. La pasta blanca que se observa en el interior de las decoraciones de algunos fragmentos no es al parecer intencional, sino el resultado de la precipitación natural de carbonato cálcico durante el enterramiento de las cerámicas. A pesar de tratarse de piezas muy erosionadas ha sido posible asimismo identificar restos de engobe superficial en alguna de ellas. Finalmente en otro estudio publicado en el mismo libro se examinan algunas de estas muestras con microscopio electrónico y se realizan interesantes observaciones respecto a las técnicas decorativas (Gutiérrez, 1994).

- El Ventorro, Madrid (nº 193): Palomar y Fernández (1994) estudiaron muestras de suelos y cerámicas de este poblado (no se precisa si son campaniformes o lisas), que demostraron la fabricación local de las mismas.

- La Vaquera (nº 292): Galván, Zamora y Tardío (1973) analizaron 24 muestras de este yacimiento, sólo una de ellas campaniforme (la cazuela del ajuar funerario). Según señalan estos autores se trata de la pieza de mayor calidad con diferencia, con un excelente bruñido, desgrasante muy fino (cuarzo, feldespato y mica), y pasta blanca incrustada intencionalmente.

- Según el análisis realizado en su día por Gutiérrez de Celis (en Apéndice I de Martín y Delibes, 1974) pareció establecerse el carácter postdeposicional, y por tanto no intencionado, de las concreciones halladas en el interior de las decoraciones del cuenco del ajuar de Fuente Olmedo (nº 459). Sin embargo sí parece intencional la incrustación de pasta blanca hallada en el cuenco del primer enterramiento de Pajares de Adaja (nº 26), pues según este análisis los iones de sulfato presentes en ella no podían provenir del medio natural en que se halló.

- El Perchel, Arcos del Jalón, Soria (nº 320): Galván (1980-1) estudió nueve muestras, analizando su composición y demostrando su fabricación local tras la comparación con muestras obtenidas del terreno del yacimiento.

- Villabuena del Puente (nº 510): Rincón y Alonso (1990) analizaron los tres recipientes del ajuar funerario, que presentaban al parecer cocciones inferiores a los 980 ° C, y el cuenco una composición algo diferente a la del vaso y la cazuela.

En suma, la escasez de trabajos de este tipo pone de manifiesto, de forma más extrema si cabe en nuestra área de estudio, la falta de interés por esta línea de investigación, aún minoritaria en nuestro país, así como los defectos más comunes que los caracterizan, y que podrían resumirse en la clara desconexión entre los propósitos arqueológicos y los relacionados con las técnicas de análisis, por la escasa colaboración existente entre el arqueólogo y el especialista. Esto hace que en muchas ocasiones aparezcan como un mero apéndice al final de las monografías, con poco valor en las conclusiones globales (García y Olaetxea, 1992). Por todo ello no han aportado demasiado al conocimiento de las cerámicas campaniformes, sobre todo en los aspectos donde estos trabajos resultan más útiles, es decir en el estudio de su circulación regional, y en el de su posible funcionalidad y contenido. Los análisis hasta ahora publicados en la Meseta apenas nos informan sobre estos aspectos: donde se ha indagado, mediante toma de muestras de tierra del yacimiento, se ha podido constatar la fabricación local de las cerámicas campaniformes como en El Ventorro (Palomar y Fernández, 1994) y El Perchel (Galván, 1980-1). Por lo que respecta a las características de las vasijas, se ha podido demostrar la gran calidad de algunas piezas, que destacan sobre la vajilla lisa, por su acabado, a veces con engobe superficial incluido, y por la incrustación de pasta blanca para destacar la decoración. Aunque en ocasiones, como en el cuenco de Fuente Olmedo (Martín y Delibes, 1974) o en los fragmentos de Getafe (Blasco y otros, 1994), se ha podido demostrar su carácter accidental.

En otras partes de Europa ya se han acometido estudios de este tipo con resultados muy interesantes, como en el yacimiento británico de New Grange (Chapman, 1987a: 68-69). En él pudo determinarse la procedencia foránea de las arcillas con las que se fabricaron las cerámicas campaniformes, la similitud de las técnicas alfareras aplicadas en estas cerámicas respecto a las del Neolítico final, y finalmente la ausencia de relación excluyente entre los tipos cerámicos y su supuesta funcionalidad, tanto en el caso de las piezas lisas como en las campaniformes. Más recientes trabajos demuestran el gran interés de esta línea de investigación, como el de Querré (1992) en la Francia atlántica, o el de Rehman y otros (1992) en el ámbito centroeuropeo. En el primer caso Querré demuestra que pese a que buena parte de las muestras fueron realizadas localmente, existen asimismo algunas claramente foráneas, que han de provenir necesariamente de distancias no inferiores a varios centenares de Km. del área de estudio (SW de Bretaña). En el segundo ejemplo estamos ante quizá el proyecto más ambiciosos que se ha acometido hasta el presente, por lo que nos detendremos algo más en él. Con una muestra espectacular de unas 250 piezas analizadas, obtenidas de unos 45 yacimientos campaniformes centroeuropeos de Hungría, Bohemia y Moravia, cuyos resultados fueron tratados estadísticamente, se pudieron establecer interesantes conclusiones a cerca del movimiento de estas cerámicas a nivel regional. Se comprobó que la fabricación local constituía la práctica más extendida, pero que existían asimismo algunos movimientos de cerámicas, siempre de pequeña escala, que podrían estar reflejando quizá el funcionamiento de las redes locales y regionales de contactos entre grupos, como parecen también indicar otros recientes análisis químicos, pero esta vez realizados sobre huesos humanos de tumbas campaniformes centroeuropeas (Price y otros, 1998). Como veremos más adelante ambos coinciden con los resultados obtenidos en nuestro estudio estadístico de las decoraciones campaniformes meseteñas.

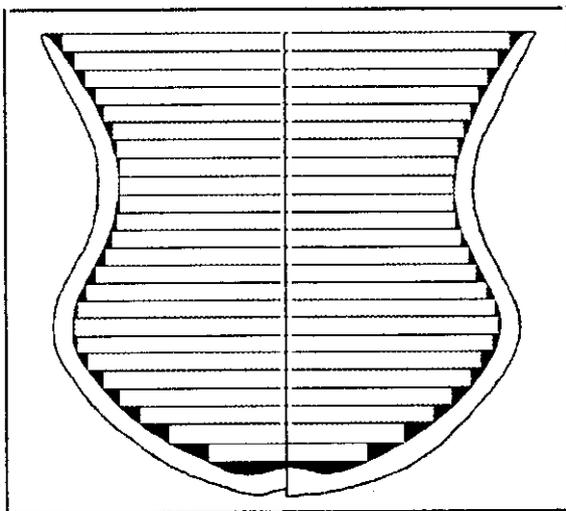
Hasta tanto no se acometa un proyecto semejante en nuestro área de estudio sólo podemos intentar describir el aspecto externo de las cerámicas campaniformes meseteñas en sus aspectos básicos, con el mero análisis visual. Aunque están hechas a mano, su modelado en ocasiones es tan cuidado que con frecuencia sorprenden por su simetría y excelente ejecución. Por ello, los primeros investigadores que las examinaron, los académicos que publicaron el hallazgo de Ciempozuelos (Riaño y otros, 1894: 441), no sabían si inclinarse por el torno lento o la mano como método de manufactura de las mismas. Las pastas suelen ser compactas, con desgrasantes de tamaño muy variable, y grosores de pared generalmente finos (4-7 mm. aproximadamente). No obstante, no puede vincularse un determinado tipo de cocción a un estilo o estilos concretos, como fue generalmente asumido hace años (Delibes, 1977: 87) en el caso de las cocciones oxidantes con los estilos puntillados y las reductoras con los incisos, ya que existen numerosos ejemplos que contradicen esta supuesta norma.

En muchas ocasiones los recipientes campaniformes reciben en su superficie externa, y a veces también en la interna, un engobe de barro depurado, de distintas tonalidades, sobre el que se efectúa el último acabado de la pieza, con tratamientos variados que van desde el mejor bruñido al simple alisado según los

casos, a fin de homogeneizar la superficie y dejarla en perfectas condiciones para una ejecución fina y detallada de la decoración. Toda esta cuidada manufactura que presentan una buena parte de los ejemplares implica un notable gasto de energía y tiempo, que hablan en favor de su carácter especial dentro de las vajillas cerámicas del momento. Sin embargo, no es menos cierto que no todos los campaniformes reciben esta cuidada ejecución y tratamiento, sino que una buena parte de ellos tienen cocciones menos intensas, carecen de engobe, y su acabado y decoración son en gran medida toscos y descuidados. Parece obvio que en todos estos casos no cabe hablar de cerámicas finas especiales, sino más bien de recipientes de uso doméstico. Tanto de almacenaje, cuando las dimensiones y grosores así lo sugieren, como de posibles imitaciones de la auténtica vajilla de lujo, a cargo de grupos o individuos no especializados en su fabricación, cuando se trata de vasos de pequeño y mediano tamaño.

## 2. Formas.

Dentro del repertorio formal de los recipientes campaniformes conocidos en la Meseta, se han podido distinguir los siguientes tipos básicos: vasos campaniformes, cuencos, cazuelas, cazuelillas, copa, y vasos de almacenaje. A continuación se procederá a la descripción detallada de cada uno, empleando para ello no solamente las usuales variables tipológicas (diámetro de boca, altura, etc.), sino también otras que, como la capacidad volumétrica, han recibido hasta el momento escasa atención.



**Figura 21.** Ejemplo que muestra la aplicación del método de las "rodajas" para estimar la capacidad en cc. de los recipientes cerámicos completos, en este caso un vaso campaniforme.

Para abordar este último aspecto se ha escogido de entre los métodos hoy disponibles, el llamado de los cilindros, por su mayor precisión, frente a otros que se basan fundamentalmente en proyecciones de cuerpos geométricos, de aplicación más rápida y sencilla pero menos exacta (Arnold, 1980). Se trata de dividir el interior del recipiente, desde el borde hasta la base (una vez proyectada la sección en ambos lados) en sucesivos rectángulos, uno encima del otro, que representan en realidad, una vez prolongados en su tercera dimensión, cilindros o "rodajas", mediante la fórmula  $V = \pi r^2 h$ . Donde V es el volumen de cada cilindro (en

cm<sup>3</sup>), r el radio del cilindro, y h la altura del mismo. La suma de los resultados obtenidos en cada uno de los cilindros representa el volumen total del recipiente en cm<sup>3</sup> (Rice, 1987: 221-222). En este caso, para lograr la mayor precisión posible, se han escogido cilindros de sólo 5 mm. de altura (Figura 21). La muestra disponible de recipientes completos, o reconstruibles en su totalidad, alcanza los 157 ejemplares, repartidos por formas en 29 cazuelas, 69 cuencos, y 59 vasos. Finalmente, se han desarrollado análisis estadísticos multivariantes con cada una de las formas para un análisis más profundo de sus características tipológicas, empleándose el programa informático SPSS (Statistical Package for the Social Sciences), versión 6.1 para Windows, y los métodos clasificatorios habituales, a saber el Análisis de Conglomerados o *Cluster* (con el método de Ward) y el de Componentes Principales (Orton, 1988: 50-67; Shennan, 1992: 246-270). Para detectar mejor la variabilidad de los conjuntos analizados se han logaritmizado los datos, tanto en el estudio de las cerámicas como en el posterior de los objetos metálicos<sup>18</sup>.

## 2.1. Vaso campaniforme.

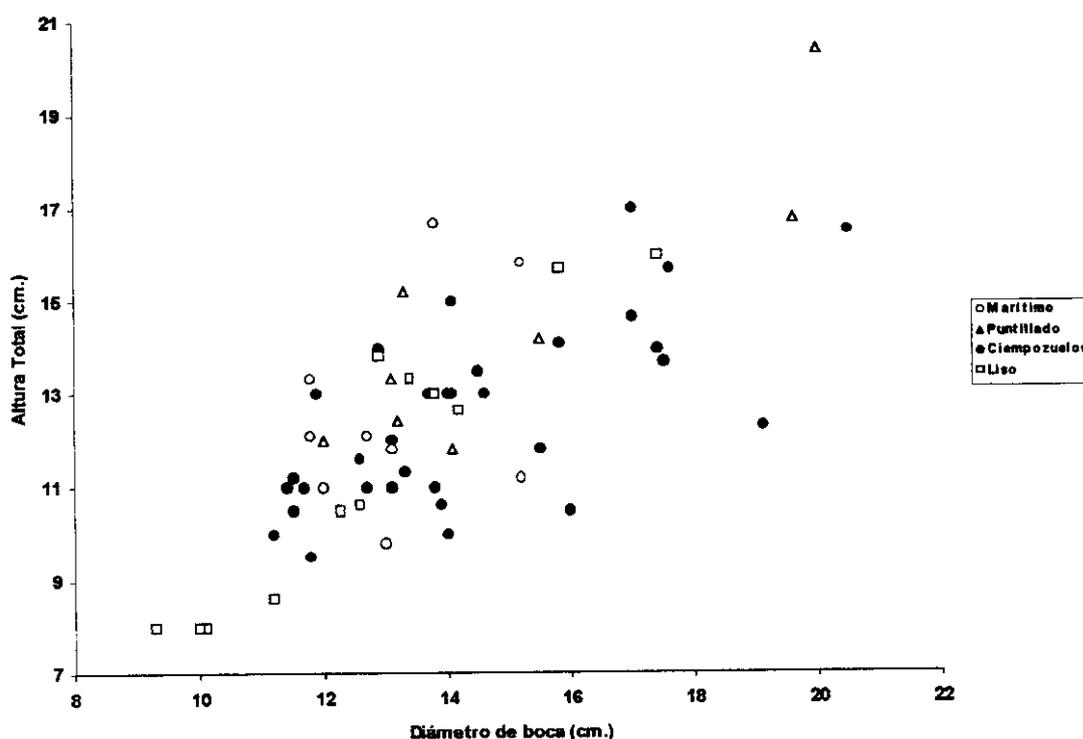
Son recipientes de perfil en S, normalmente de tamaño pequeño/mediano, con borde y cuello exvasados – sólo muy excepcionalmente es ligeramente entrante-, panza esférica más o menos pronunciada y de perfil variable, entre suave y carenada. El fondo puede ser plano o presentar un hundimiento, el llamado umbo que puede ser plano o marcado según la magnitud de su desarrollo vertical (Harrison, 1977: 23). En concreto un 51'66% de los vasos completos conocidos en la Meseta hasta el momento presentan umbo. La gran mayoría son marcados, y su tamaño medio es de 39 mm. de diámetro, aunque oscila entre los 20 mm. del ejemplar menor y los 68 mm. del más grande. La mayor concentración de casos se produce entre los 30 y 50 mm. con un 52'17 % del total. Esta curiosa característica, también presente como veremos en las restantes formas, aparece en la Prehistoria cerámica regional y peninsular especialmente asociada con el Campaniforme, como reflejo quizás del impacto tipológico que tuvieron los recipientes metálicos calcolíticos de Centroeuropa y Europa oriental en las vajillas cerámicas de Europa occidental (Sherratt, 1991: 56; Idem, 1993: 16-17; Garrido, 1997: 196).

Según señaló ya Delibes (1977: 88), tienden a la proporción 1:1 entre las variables diámetro de boca y altura total, como se puede observar a partir del cálculo del índice resultante de la división entre ambas variables en los 61 vasos completos disponibles<sup>19</sup>, que arrojan un valor medio de 1'11. En este aspecto concreto apenas se observan diferencias entre las muestras de ambas submesetas (1'14 la norte y 1'09 la sur). Este valor medio, en cambio, esconde algunas diferencias notables de gran interés. Así encontramos tres casos (Pajares de Adaja I, Samboal y La Vaquera) con valores respectivos de 1'55, 1'52 y 1'40, que por sus proporciones se desvían considerablemente de la media, y tienen una tendencia más abierta que los aproxima

<sup>18</sup> He contado para todo ello con la ayuda constante del profesor Dr. D. Victor Fernández Martínez, sin cuya amable y desinteresada colaboración hubiera sido imposible terminar el trabajo.

ligeramente a las cazuelas. Los tres, sin embargo, proceden de tumbas de la meseta norte en las que se encontraron siempre acompañados de cazuelas. Son los recipientes a los que en pasados trabajos aludíamos como formas casi intermedias entre el vaso y la cazuela (Garrido, 1995: 138). Otros ejemplares con cifras entre 1'30-1'35 (Prado Nava I, Arnillas, Cueva del Santo, Calaña o Ventorro) representarían a su vez un nexo entre ellos y los que ostentan otras más cercanas a la media. En la tendencia opuesta se encontrarían aquellos cuyos valores se comprenden entre 0'82-0'87 (Tarascona II, Juan Fco. Sánchez y Vallecas), es decir, que presentan una tendencia cilíndrica, y más cerrada, curiosamente todos ellos puntillados o marítimos (casi todos se incluyen en el Cluster nº 2 del análisis multivariante, ver más abajo).

En cualquier caso, el grado de correlación entre estas dos variables es alto, como lo demuestra el ofrecido por la *r* de Pearson, 0'74 sobre 1. Índice de correlación sorprendentemente alto, si pensamos que se trata en primer lugar de una manufactura prehistórica, y en segundo lugar de una muestra muy variada en cuanto a sus márgenes cronológicos (varios siglos) y geográficos (toda la meseta). Ello habla muy favorablemente, sin duda, del grado de normalización en la fabricación de estos recipientes.



**Figura 22.** Diagrama de dispersión de las variables diámetro de boca y altura total (en cm.) de los vasos campaniformes completos en La Meseta.

Si analizamos de forma diferenciada ambas submesetas observamos que el índice de correlación es sensiblemente superior en el caso de la meseta sur, con un 0'82, frente al valor obtenido por los ejemplares de la norte, 0'68. Diferencia que no se puede explicar por el tamaño de la muestra, ya que el número de casos,

<sup>19</sup> Se incluyen dos casos más que en el estudio de volúmenes, pues se trata de recipientes de los que sólo se conoce su diámetro

28 y 33 respectivamente, es muy semejante. No ocurre lo mismo, en cambio, con las diferencias detectadas entre los ejemplares pertenecientes a los distintos estilos decorativos, 0'35 para los de tipo Marítimo, 0'86 para los puntillados geométricos, 0'67 para los incisos, y 0'94 para los lisos. Las diferencias son evidentes, pero también lo es el tamaño de la muestra disponible para cada uno (9, 8, 32 y 12, respectivamente). No es posible, sin embargo, analizar las diferencias existentes sobre el particular entre los ejemplares procedentes de los poblados y los que se recuperaron en tumbas, lo que sería muy interesante, pues la inmensa mayoría (83'60 %) proceden de contextos funerarios.

No se aprecian, en principio, diferencias de tamaño entre los distintos estilos teniendo en cuenta estas dos variables, salvo quizá las menores dimensiones de buena parte de los lisos. Todos los estudiados, salvo cuatro de ellos mucho mayores que proceden de contextos domésticos, tienen diámetros de boca entre 9-18 cm. y alturas entre 8-17 cm. Sin embargo, la mayor concentración de casos se comprende entre 11-14'6 cm. de diámetro y 9'5-15 cm. de altura, con 38 ejemplares (62'29 % del total) (Figura 22).

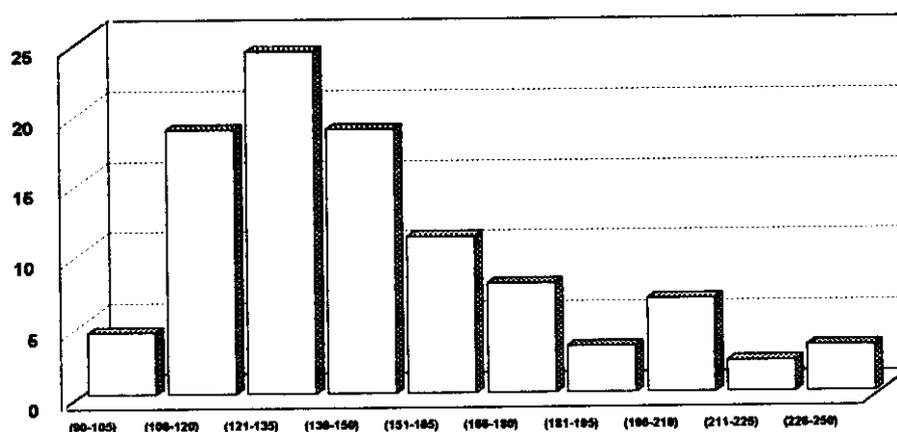
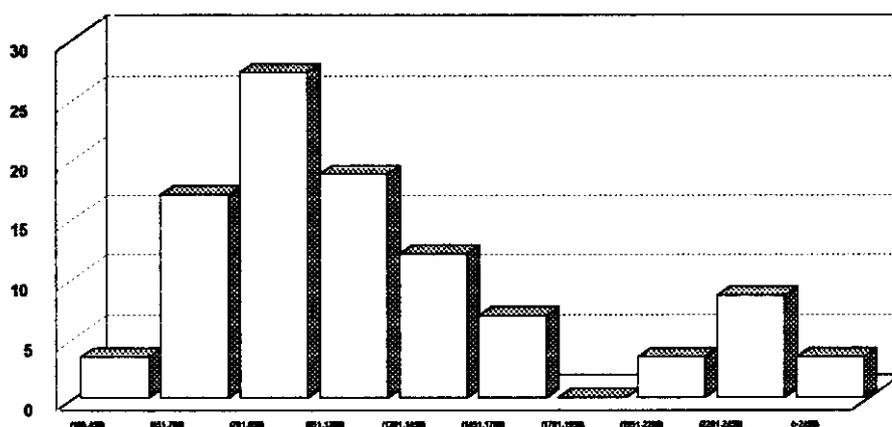


Figura 23. Histograma de los diámetros de boca (en mm.) de los vasos campaniformes de La Meseta.

Si escogemos sólo la variable “diámetro de boca”, que resulta muy representativa del tamaño de la pieza, es posible aumentar de forma notable la muestra disponible hasta 91 casos, y sobre todo comparar la información procedente de los poblados con aquella obtenida en las tumbas. Si analizamos en primer lugar la muestra total observamos una clara concentración de casos entre los 11-16'5 cm. (72'52%), lo que representa valores semejantes a los ofrecidos por el estudio de los vasos completos. De hecho si escogemos el intervalo donde se constataba la mayor concentración de casos en él (11-14'6 cm.) el porcentaje obtenido aquí es prácticamente idéntico (60'43%). Sólo un 7'69% de los ejemplares superan los 20 cm., siendo los 25 cm. el límite fijado para distinguir los vasos campaniformes de los de almacenaje, estimado a partir de la distribución de casos detectada en el estudio de ambas formas (Figura 23).

El análisis comparativo de la información de ambas submesetas (con 52 casos la norte y 39 la sur) apenas refleja diferencias, salvo quizás el mayor predominio de los vasos de grandes dimensiones en la meseta norte, donde los recipientes mayores de 20 cm. representan un 11'53% del total, mientras en la sur sólo un 2'56%. Pero más significativas aún son las diferencias constatadas entre los vasos recuperados en los lugares de hábitat y aquellos que proceden de tumbas, y ello a pesar de que la muestra disponible para uno y otro caso está, por desgracia, muy descompensada (23 casos para aquéllos y 66 para éstas). En los poblados no se constata tan claramente la concentración de casos dentro de un grupo de medidas concreto, ya que los ejemplares comprendidos en el intervalo antes citado (11-16'5 cm.) representan aquí sólo el 47'8% del total. Además el porcentaje de recipientes mayores de 20 cm. asciende hasta el 30'43%. Por el contrario, las tumbas proporcionan un panorama bien distinto, con un 77'27% de ejemplares entre 11-16'5 cm., y ningún vaso mayor de 20 cm. (Figura 16).



**Figura 24.** Histograma del volumen (en cc.) de los vasos campaniformes completos de La Meseta.

Por lo que respecta a su capacidad volumétrica, un 67'79% del total de los vasos se comprenden en el grupo de medidas que, según Case (1995a: 56), serían las más adecuadas para un recipiente de bebida individual (450-1250 cc.). El intervalo mejor representado es el de 700-950 cc., con un 27'11% de los casos. Sólo dos vasos no alcanzan los 450 cc. de capacidad (Vascos II y Tablada del Rudrón, ambos lisos además), y únicamente nueve (15'25% del total) superan los 1600 cc. de capacidad (Figura 24). No obstante, no podemos olvidar que la muestra está claramente sesgada a favor de los contextos funerarios, hecho que podría influir en esta distribución, como Case (Ibidem: 55) advirtió acertadamente para el caso británico. De hecho, los dos únicos recipientes que superan los 3000 cc. proceden ambos de lugares de hábitat (el soriano de El Perchel, y el madrileño de Preresa). Pero desde luego el asunto es más complejo de lo que podría suponer una lectura simplista según la cual los grandes volúmenes se asociarían a los poblados y los pequeños a las tumbas. En nuestro caso podemos señalar que todos los recipientes meseteños comprendidos entre los 2000-2500 cc. de capacidad proceden de tumbas (Pajares de Adaja, Galisancho, Veguilla, Palencia y

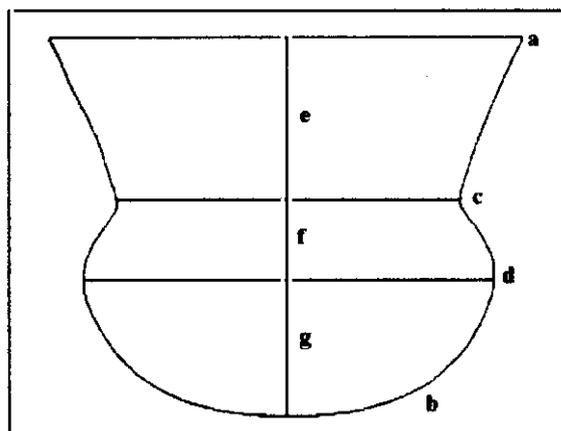
Valdilecha). Y al mismo tiempo, existen al menos seis vasos de pequeñas dimensiones (450-1250 cc.) que proceden de poblados (Somaén, Camino de la Yesera, Vascos, Ventorro).

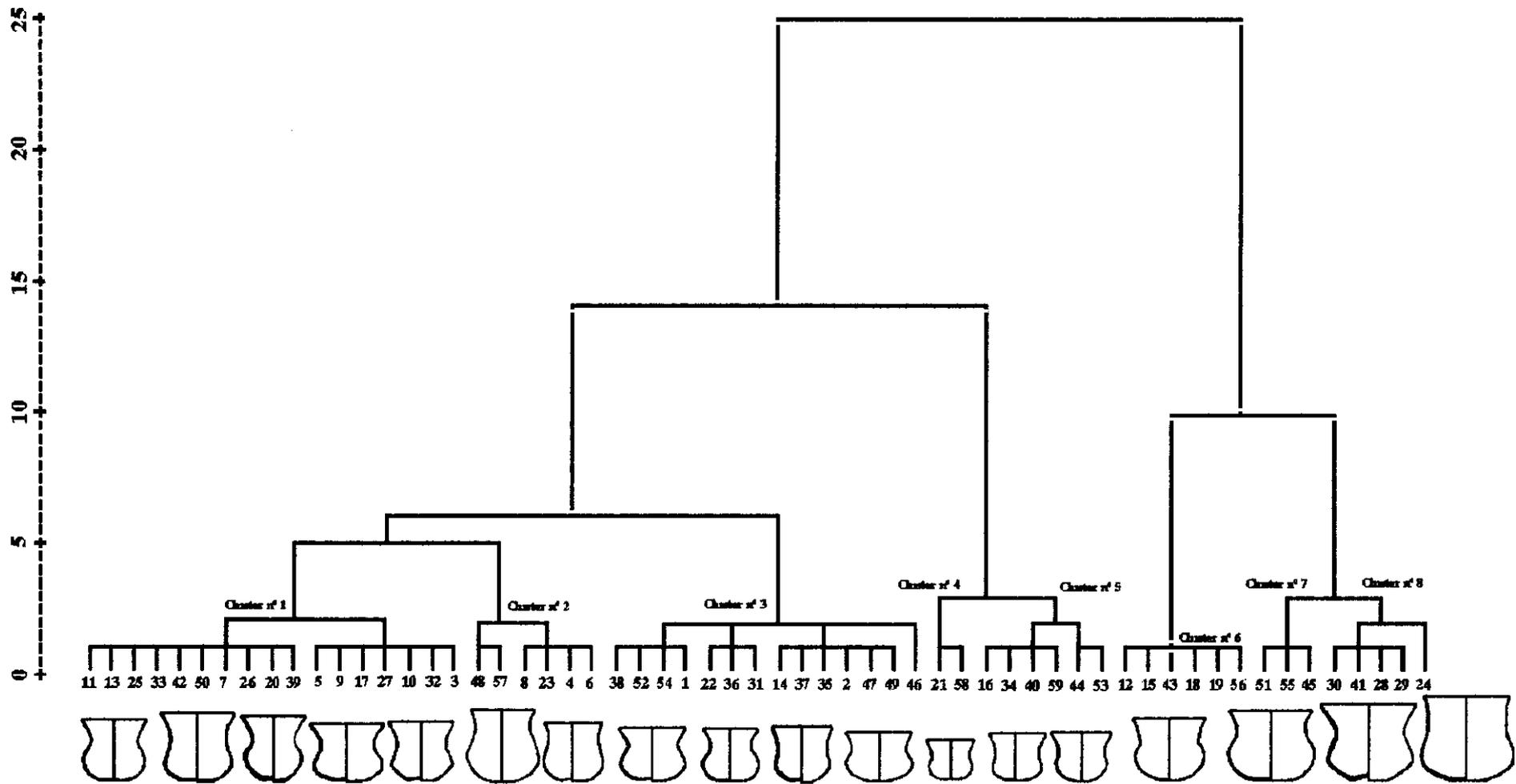
Si atendemos ahora a los resultados ofrecidos por cada submeseta, vemos que, pese a contar con muestras semejantes (33 casos la norte y 26 la sur) existen ciertas diferencias en cuanto a la distribución de casos. Así, aunque el intervalo correspondiente a los vasos para la bebida individual (450-1250 cc.) ofrece valores semejantes (un 66'66 % del total en la submeseta norte y un 69'23 % en la sur), la mayor concentración de casos tiene lugar entre 450-950 cc. (con un 51'51 % del total) en la primera y entre 700-1200 cc. (53'84 % del total) en la segunda. Es decir, parece que los ejemplares de la meseta norte fueran más abundantes en la franja de volúmenes pequeños que los de la submeseta sur, especialmente en el intervalo 450-700 cc. (24'24% frente a 7'69%). Aunque si atendemos a los ejemplares de grandes dimensiones, aquellos que superan los 2000 cc., vemos que es en este caso la submeseta norte la más pródiga en esta clase de cerámicas, con siete piezas (21'21%) frente a sólo dos (11'11) en la sur.

Si analizamos finalmente los resultados obtenidos según los estilos decorativos, es posible observar grandes diferencias, aunque en esta ocasión las diferencias en el tamaño de la muestra son tan grandes que parece arriesgado otorgarles significación real. En los ejemplares puntillados geométricos y lisos, con 8 y 11 casos respectivamente no se aprecia ninguna concentración de casos, algo que sí ocurre en cambio con los marítimos. Pese a contar sólo con 9 piezas, 7 de ellas (77'77%) se sitúan entre 800-1200 cc. de capacidad. El estilo Ciempozuelos, con 31 casos, nos ofrece un panorama más completo, muy semejante al ofrecido por la muestra total.

Para el análisis estadístico multivariante de los 59 vasos campaniformes completos conocidos en la Meseta se han escogido las siguientes variables:

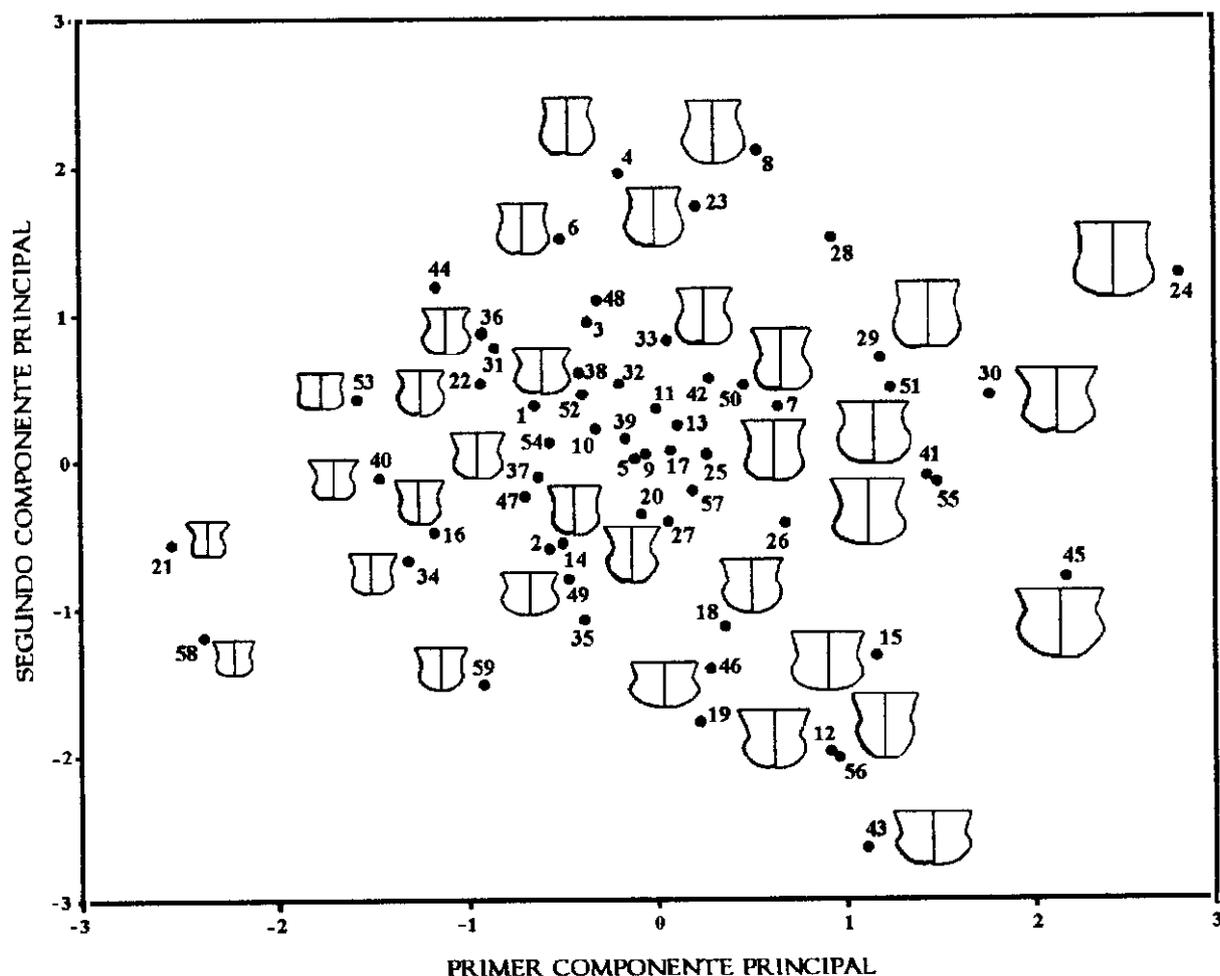
- a) Diámetro de boca.
- b) Altura Total.
- c) Diámetro en el estrangulamiento del cuello.
- d) Diámetro máximo en la panza.
- e) Altura del cuello (entre a y c).
- f) Altura de la primera parte de la panza (entre c y d).
- g) Altura de la segunda parte de la panza (entre d y el fondo).





**Figura 25.** Dendrograma del Análisis Cluster realizado sobre la muestra de vasos campaniformes completos conocidos en la Meseta.

Se han podido diferenciar mediante análisis Cluster un total de ocho grupos (Figura 25). En el nivel superior y más general del dendrograma resultante se pueden distinguir dos grandes agrupaciones de clusters, los nº 6, 7 y 8 que representan los vasos de grandes dimensiones por un lado, y los restantes por el otro. En un nivel más detallado del gráfico estos últimos se dividen a su vez en dos grandes series, los grupos nº 4 y 5 que incluyen los ejemplares de menores dimensiones en un lado y los restantes en el otro. En suma, se trata de una gradación de tamaños, lo cual nos aporta ya un primer indicio de la homogeneidad tipológica del conjunto. Por otra parte, ninguno de los cluster presenta lecturas estilísticas o regionales inequívocas, aunque sí se pueden observar ciertas tendencias en algunos de ellos. Así en lo que respecta a los estilos, podemos destacar el predominio de ejemplares puntillados y marítimos en los nº 2 y 8, así como el de vasos lisos y Ciempozuelos en el 5, y 7. Sólo uno de ellos, el número 4, cuenta con recipientes de un único estilo, pero se trata de dos piezas lisas de pequeño tamaño. Desde el punto de vista regional, y distinguiendo a grandes rasgos entre ambas submesetas, podemos observar el claro predominio de ejemplares de la cuenca del Duero en los nº 3, 5, 7 y 8, mientras los de la meseta sur hacen lo propio en los números 1, 2, y 6.



**Figura 26.** Gráfico de dispersión de los dos primeros Componentes Principales en el A.C.P. de la muestra de vasos campaniformes completos conocidos en la Meseta.

Para verificar la fiabilidad de estos grupos, y comprender en detalle los fundamentos de la variabilidad del conjunto se aplicó el análisis de componentes principales (Figura 26). La correlación de las

variables es bastante notable, lo cual apunta hacia una gran coherencia interna. Dos componentes principales dan cuenta del 78'8 % de la variabilidad del conjunto (el 65'5% el primero de ellos, y el 13'3 el segundo). El primer componente principal presenta valores muy altos en todas las variables (algo menores en la e y f), por lo que puede interpretarse sin dificultades como un indicador del tamaño de las piezas. El segundo componente tiene una interpretación más compleja, pues presenta valores positivos en las variables b, d y sobre todo con gran diferencia f, y valores negativos en a, e, c y g. Es decir, que existe una cierta correlación negativa entre la altura de la primera parte de la panza (f) y en menor medida la altura total (b) (el valor ofrecido por d es insignificante, 0.00422), y los diámetros de boca (a) y cuello (c), y las alturas del cuello (e) y la segunda parte de la panza (g)<sup>20</sup>.

Por tanto parece señalar que a valores altos en la parte superior de la panza, y en menor medida de la altura total, se dan valores bajos en las restantes variables. Así, podemos concluir que los recipientes que poseen valores elevados de este segundo componente principal tendrán en general un aspecto más cerrado y profundo, y los que tengan valores reducidos una tendencia a ser más abiertos y bajos. El desarrollo de la parte superior de la panza tiene como consecuencia el menor tamaño del cuello del recipiente, que a veces apenas aparece insinuado como en los ejemplares de Juan Francisco Sánchez, Yuncillos, Vallecas y Algete II (nº 4, 6, 8 y 23), todos ellos curiosamente en la cuenca media del Tajo, y de estilos marítimo o puntillado salvo el último que es liso (Cluster nº 2 de la Figura 25 y parte superior central del gráfico de la Figura 26).

Y en sentido contrario están los vasos que presentan un escaso desarrollo de la parte superior de la panza y el consiguiente protagonismo de los cuellos, amplios y exvasados, que proporcionan un aspecto general más abierto, como en los ejemplares de Ciempozuelos II, Valdilecha, Arenero de Soto, Pajares de Adaja I y Los Pasos, todos ellos de estilo Ciempozuelos o Liso (Cluster nº 6 de la Figura 25, y zona inferior derecha del gráfico de la Figura 26). Pero al margen de estos casos extremos y de aquellos determinados por las mayores diferencias de tamaño (extremos izquierdo y derecho de la figura 5), lo que llama la atención es la homogeneidad general del conjunto (Figura 26), donde resulta difícil distinguir grupos, pues no en vano el tamaño representa 2/3 de la varianza total. Es decir, se trata de un prototipo bastante estandarizado, que con pequeñas variaciones se imita lo más fielmente posible, y sólo el tamaño de ese mismo modelo a seguir es lo que distingue mayoritariamente unos ejemplares de otros. Todo ello coincide además, y como es lógico, con los restantes análisis, y demuestra claramente que nos encontramos ante un tipo muy homogéneo y estandarizado que se fabrica durante siglos y en muy distintas regiones siguiendo unas proporciones definidas con gran rigor. No en vano, es la única de todas las campaniformes que se halla representada en todos los estilos decorativos, sin excepción, y por tanto cuya vigencia y amplitud cronológica nos sugieren un papel

---

<sup>20</sup> Para más detalles sobre las estadísticas correspondientes a este análisis de Componentes Principales y los restantes (Cazuelas, Puntas Palmela, Puñales) consúltese el apartado de anexos al final de este volumen.

seguramente crucial, como elemento básico de referencia en los rituales a lo largo de varios siglos. No extraña, en suma, que haya servido para dar nombre a este complejo fenómeno que aquí estudiamos.

## 2.2. Cazuela.

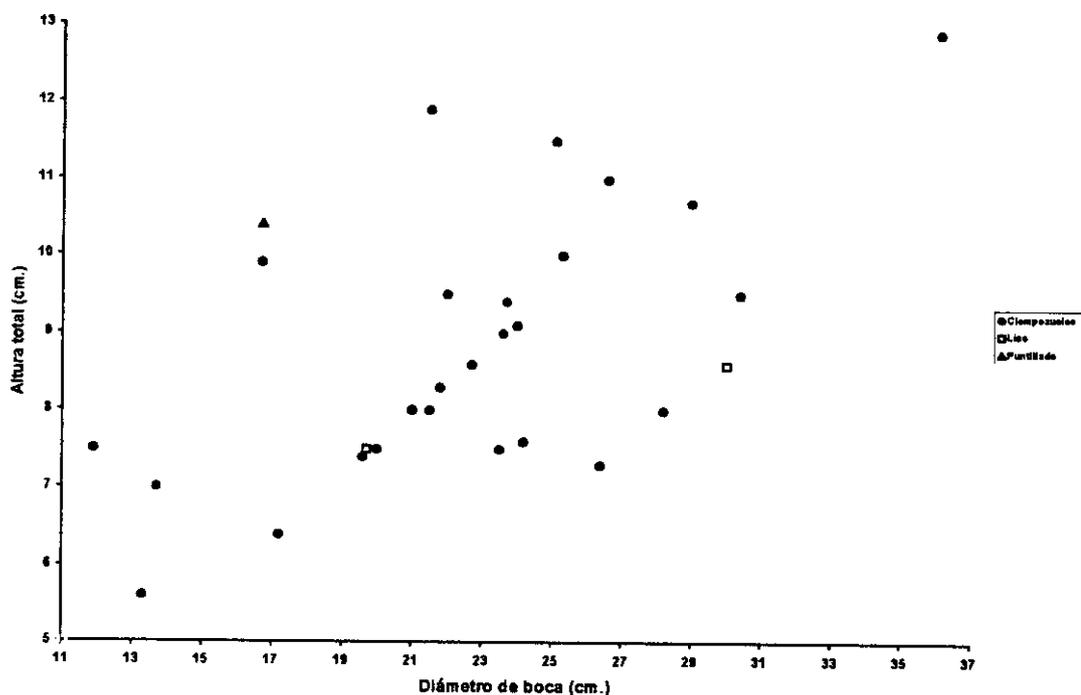
Son recipientes de perfil en S, pero a diferencia de los vasos, claramente abiertos, mucho más bajos y de boca más amplia, lo que define un perfil más marcado y violento. Pueden tener el fondo plano o, al igual que los vasos, presentar umbo, como de hecho ocurre en un 44'82% de las cazuelas completas conocidas en la Meseta. Umbo que suele ser marcado y presenta una media de 36 mm. de diámetro, si bien su tamaño oscila entre los 24 y los 54 mm. de los ejemplares menor y mayor respectivamente, aunque la mayoría (55'5%) se comprenden entre los 30 y 40 mm. de diámetro.

Según Delibes y Municio (1981: 70-72 y nota 40) esta forma podría tener su origen en las cazuelillas puntilladas, mediante una evolución tipológica según la cual la línea de la carena se habría ido subrayando progresivamente hasta conformar un auténtico hombro al tiempo que los cuellos se estrangulaban y tendían a abrirse los bordes. Se trata de una forma genuinamente ibérica, cuya dispersión geográfica apenas desborda los límites peninsulares para alcanzar ocasionalmente el litoral francés, al igual que ocurre con las Puntas Palmela. Así, se ha podido también constatar su presencia en contextos megalíticos del Occidente francés (Armorique), curiosamente en recipientes lisos o de estilo Marítimo (L'Helgouach, 1963: 63, y figuras 2: 3 y 4).

Es una forma característica del Estilo Ciempozuelos, donde encuentra su más acabada expresión, y de hecho, junto al vaso campaniforme y el cuenco, constituye lo que muchos autores han calificado como su ajuar funerario cerámico standard. No obstante, está sobradamente atestiguada su presencia esporádica en otros estilos, como el Puntillado geométrico o el Liso. En el Puntillado geométrico contamos con varios ejemplos meseteños, tales como los recipientes recuperados en Ciempozuelos (nº 145 y Lámina 28:1) y Carratiermes (nº 352 y Lámina 73: 15), y sendos fragmentos procedentes de los yacimientos de Fuente Amarga en Pantoja, y Arroyo Culebro en Pinto (nº 421 y 202, y Láminas 92: 7 y 53: 3 respectivamente). Más restringido es el catálogo de hallazgos de cazuelas lisas en el ámbito meseteño, por ahora reducido a dos ejemplares, ambos procedentes de sendos dólmenes salmantinos, Prado de la Nava y Galisancho (nº 274 y 266, y Láminas 61: 10 y 60: 6 respectivamente). Aunque se pueden citar otros ejemplos peninsulares, alguno de los cuales curiosamente se recuperó también en contexto megalítico, como el portugués de la Anta nº 1 da Herdade de Vale Carneiro (Leisner, 1951: 261; Est. XII: II, A2).

Por otra parte esta original y peculiar característica formal del Campaniforme ibérico constituye un precedente claro de la tendencia hacia los grandes recipientes abiertos que dominará las vajillas cerámicas de momentos más avanzados de la Edad del Bronce, a partir del mundo de Protocogotas, y especialmente en el

grupo arqueológico de Cogotas I. En un reciente trabajo Harrison (1995) ha destacado el contraste que puede apreciarse entre las vajillas cerámicas decoradas campaniformes, realizadas para el consumo de líquidos, y las del mundo de Cogeces y Cogotas I, donde el énfasis se sitúa en los grandes recipientes abiertos para la presentación de alimentos sólidos. Según este autor ello sería reflejo de la aparición de nuevos modos de preparar y presentar estos alimentos, que se desarrollarían en un contexto social determinado, basado en la competencia y emulación, a través de fiestas organizadas con el objeto de reclutar seguidores. Todo ello en un momento de creciente importancia de la ganadería, como consecuencia del desarrollo del Policultivo Ganadero. Sin embargo, Harrison esquiva intencionadamente la presencia de las cazuelas campaniformes para marcar mejor este contraste. Su gran parecido con las grandes fuentes de Cogeces y Cogotas podría constituir la clave del asunto desde mi punto de vista. No es descartable, por ello, que sean en realidad el prototipo que dio lugar a las cazuelas del Bronce y las fuentes troncocónicas de Cogotas, y por ello quizás el origen también de esos rituales que sugiere. El desarrollo experimentado en la Edad del Bronce por ambos aspectos (las formas cerámicas abiertas y su función social y simbólica), supondría entonces no tanto una novedad, como Harrison defiende, sino la intensificación de un proceso originado en época campaniforme.

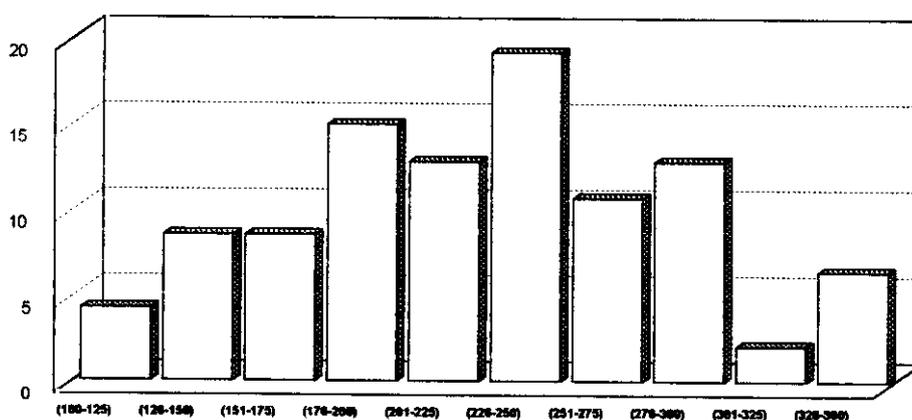


**Figura 27.** Gráfico de dispersión de las variables diámetro de boca y altura total (en cm.) de las cazuelas campaniformes completas en La Meseta.

En las cazuelas campaniformes meseteñas las proporciones existentes entre las variables “diámetro de boca” y “altura total”, arrojan un valor medio de 2’58 a favor de la primera, y muy próximo al 3:1 que en su día propuso Delibes (1977: 88-89). El resultado es algo diferente si manejamos la muestra de ambas submesetas por separado, con un 2’49 de media en la norte, y un 2’75 en la sur. En lo que respecta al grado de correlación existente entre ambas, calculada mediante el test estadístico de la r de Pearson (con Microsoft

Excel 97), es de 0'55 sobre 1. Ello contrasta con el resultado ofrecido por los vasos (0'74), y permite constatar un menor grado de estandarización de las cazuelas meseteñas, al menos con la muestra disponible actualmente. Si desglosamos el resultado entre ambas submesetas, vemos que las cifras son muy semejantes (0'57 la norte y 0'54 la sur). No es posible contrastar los resultados ofrecidos por los distintos estilos, pues sólo tres de las 29 piezas no son de estilo Ciempozuelos. Sí es posible, no obstante, analizar de forma separada los ejemplares provenientes de tumbas (19, lo que supone un 65'51% del total) y los que proceden de poblados (8, que representan un 27'58% del total), una vez excluidos dos que proceden de contextos indeterminados. Los resultados son muy significativos en este caso, pues existe una clara diferencia, 0'71 en las tumbas y 0'33 en los poblados, que demuestra claramente el mayor grado de estandarización de las cazuelas recuperadas en contextos funerarios.

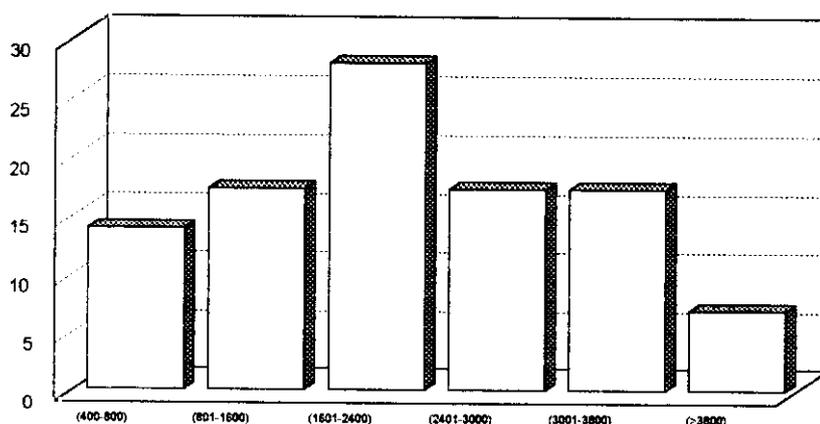
Teniendo en cuenta estas dos mismas variables, y examinando la muestra total de 29 recipientes completos disponibles observamos que todos ellos se comprenden entre los 12-36 cm. de diámetro de boca y los 5'5-13 cm. de altura (Figura 27). Si se eliminan los dos casos extremos, la mayor concentración de casos, 20 que representan un 68'96% del total, se sitúa entre los 19'5-30 cm. de diámetro y los 7'5-11'5 cm. de altura. En general todo el conjunto ofrece una impresión de notable heterogeneidad, razón por la cual es preciso buscar un intervalo tan amplio (que abarca más de 10 cm. en el caso del diámetro y 4 en la altura) para encontrar un cierto agrupamiento de los casos. No obstante, ello se debe en gran parte al efecto provocado por la información procedente de los poblados, como vimos anteriormente. De hecho si desglosamos este gráfico de dispersión entre los ejemplares procedentes de tumbas y los que se recuperaron en asentamientos, las diferencias observables son tan claras, que ni siquiera la desigual muestra disponible para uno y otro caso puede explicarlas (Figura 17).



**Figura 28.** Histograma de los diámetros de boca (en mm.) de las cazuelas campaniformes en La Meseta.

Pero aún es posible aumentar de forma sensible la cantidad de información disponible, si atendemos ahora a una sola variable, el diámetro de boca, alcanzando así un total de 47 ejemplares (Figura 28). Dentro del intervalo que antes utilizamos (19'5-30 cm.) sigue agrupándose también aquí el mayor porcentaje de

casos, con un 63,83% del total. En lo que se refiere al contexto de aparición, y tal y como pudo constatarse con los ejemplares completos, existe un llamativo contraste entre el panorama ofrecido por la información que procede de los poblados y el que muestran los contextos funerarios. Por ello, y a pesar de la desigual muestra (14 casos procedentes de lugares de hábitat y 25 de tumbas), podemos afirmar que los ejemplares recuperados en contextos funerarios ofrecen una mayor concentración de casos que los recuperados en poblados, especialmente en el intervalo 19'5-30 cm., con un 80% frente al 42'85%. Ello incide nuevamente en el mayor grado de estandarización que ofrecen los ejemplares recogidos en el ámbito funerario. Si nos fijamos únicamente en el tamaño, no obstante, parece reflejarse claramente y de forma curiosa el mayor predominio de los ejemplares grandes en contextos funerarios (con un 68% de casos mayores de 22'5 cm.) frente a lo que ocurre en los lugares de hábitat (donde sólo un 35'71% de las piezas superan los 22'5 cm.) (Figura 18). En cuanto a la distribución relativa entre ambas submesetas. Puede quizás observarse una mayor concentración de casos dentro del intervalo central 21-27 cm. en la submeseta sur, con un 61'11% frente al 31'03% de la norte, aunque estas diferencias podrían explicarse tal vez por el mayor peso cuantitativo de los ejemplares domésticos en la muestra de la meseta norte.



**Figura 29.** Histograma del volumen (en cc.) de las cazuelas campaniformes completas de la Meseta.

Por lo que respecta a la capacidad volumétrica de las cazuelas, el estudio realizado sobre los 29 ejemplares disponibles ofrece valores muy elevados, justificados por las características morfológicas de estos recipientes, generalmente muy abiertos (Figura 29). Los valores máximos pertenecen a sendos ejemplares de la meseta norte (Galisancho III y Palencia) que superan los 8 y 4 litros respectivamente. Los recipientes más pequeños (Galisancho II y La Maya) no llegan a alcanzar 0'5 litros. Entre estos extremos se distribuye una muestra caracterizada por la heterogeneidad, en la que sólo es posible encontrar una cierta concentración de casos (27'58% del total) en el intervalo 1600-2400 cc.

Las diferencias constatadas entre los datos de ambas submesetas son atribuibles en gran medida a su tamaño, pues en la sur con sólo 10 piezas se observa lógicamente una mayor concentración de casos (un 50%

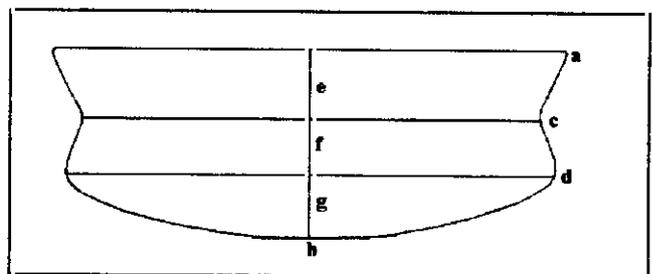
de ellos se comprenden en el intervalo 1600-2400 cc.) que en la norte, con casi el doble, 19. Estas diferencias anulan casi por completo la validez de cualquier análisis detallado que de ambas distribuciones de casos se intente acometer.

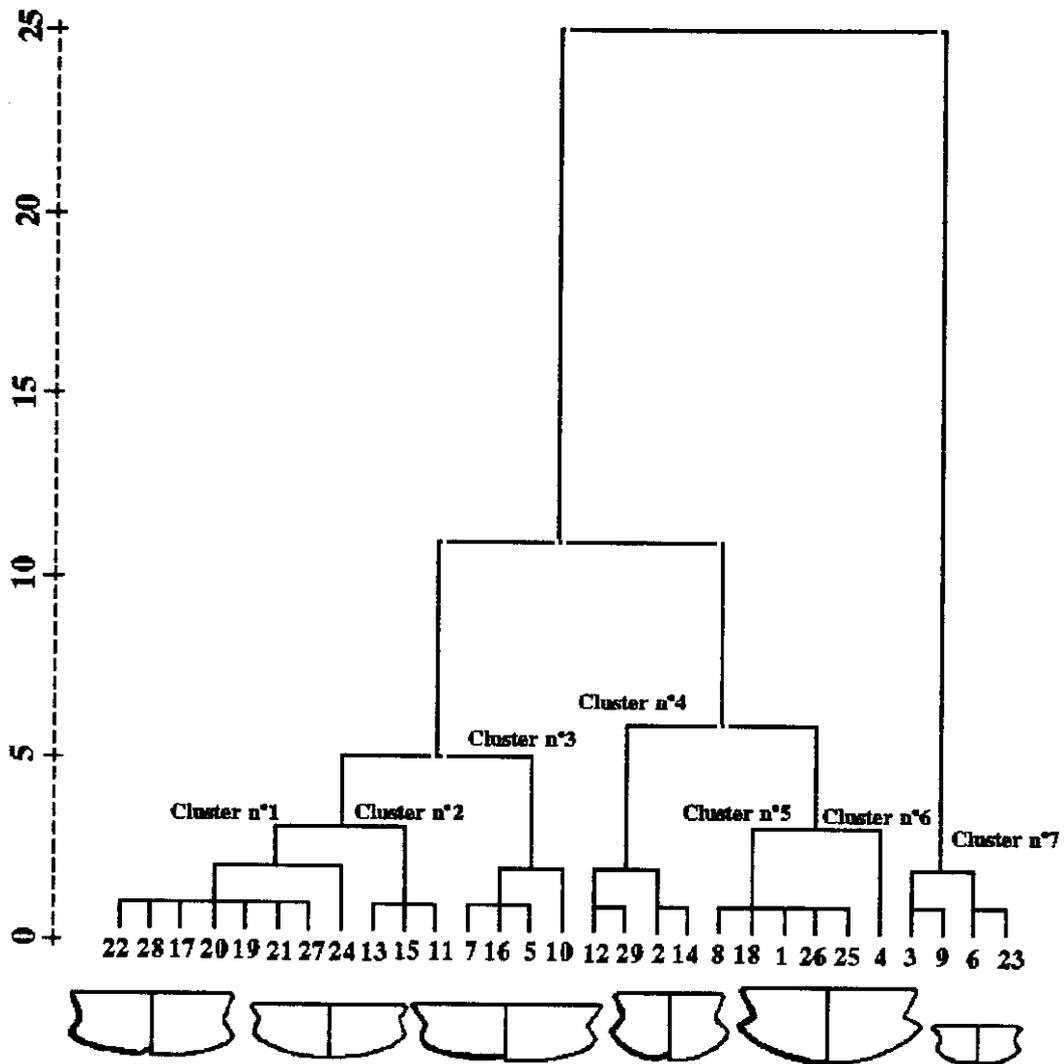
Por ello no podemos más que apuntar, a modo de conjetura, el hecho de que curiosamente se produzcan entre ambas muestras diferencias semejantes a las observadas en los vasos campaniformes. Es decir, una mayor importancia porcentual en la submeseta norte de los valores pequeños (con 26'31 % de casos entre 800-1600 cc.) y muy grandes (con 10'52% de ejemplares que superan los 3800 cc.), frente a la sur donde no existen casos en estos intervalos, y la mayor concentración se produce en el intervalo 1600-2400 cc., como antes señalé, donde precisamente la muestra de la cuenca del Duero sólo cuenta con un 15'78 % de los casos.

Por último, lo relativo a las diferencias constatadas entre los ejemplares procedentes de poblados y los que se recuperaron en tumbas, contamos por desgracia con el mismo problema del desigual reparto de la muestra (19 casos funerarios por sólo 8 domésticos). Pese a ello, no podemos dejar de destacar un hecho que se aprecia claramente, pues coincide con los resultados de la muestra más completa de los diámetros de boca. Se trata, en suma, de la aparente contradicción que parece reflejar el mayor predominio de ejemplares grandes en contextos funerarios y pequeños en lugares de hábitat. En esto, como en otros aspectos, el comportamiento de la cazuela se distingue nítidamente del ofrecido por vasos y cuencos.

Se han escogido las siguientes variables para el análisis multivariante de las 29 cazuelas campaniformes completas recogidas en la Meseta:

- a) Diámetro de boca.
- b) Altura Total.
- c) Diámetro en el estrangulamiento del cuello.
- d) Diámetro máximo en la panza.
- e) Altura del cuello (entre a y c).
- f) Altura de la primera parte de la panza (entre c y d).
- g) Altura de la segunda parte de la panza (entre d y el fondo).

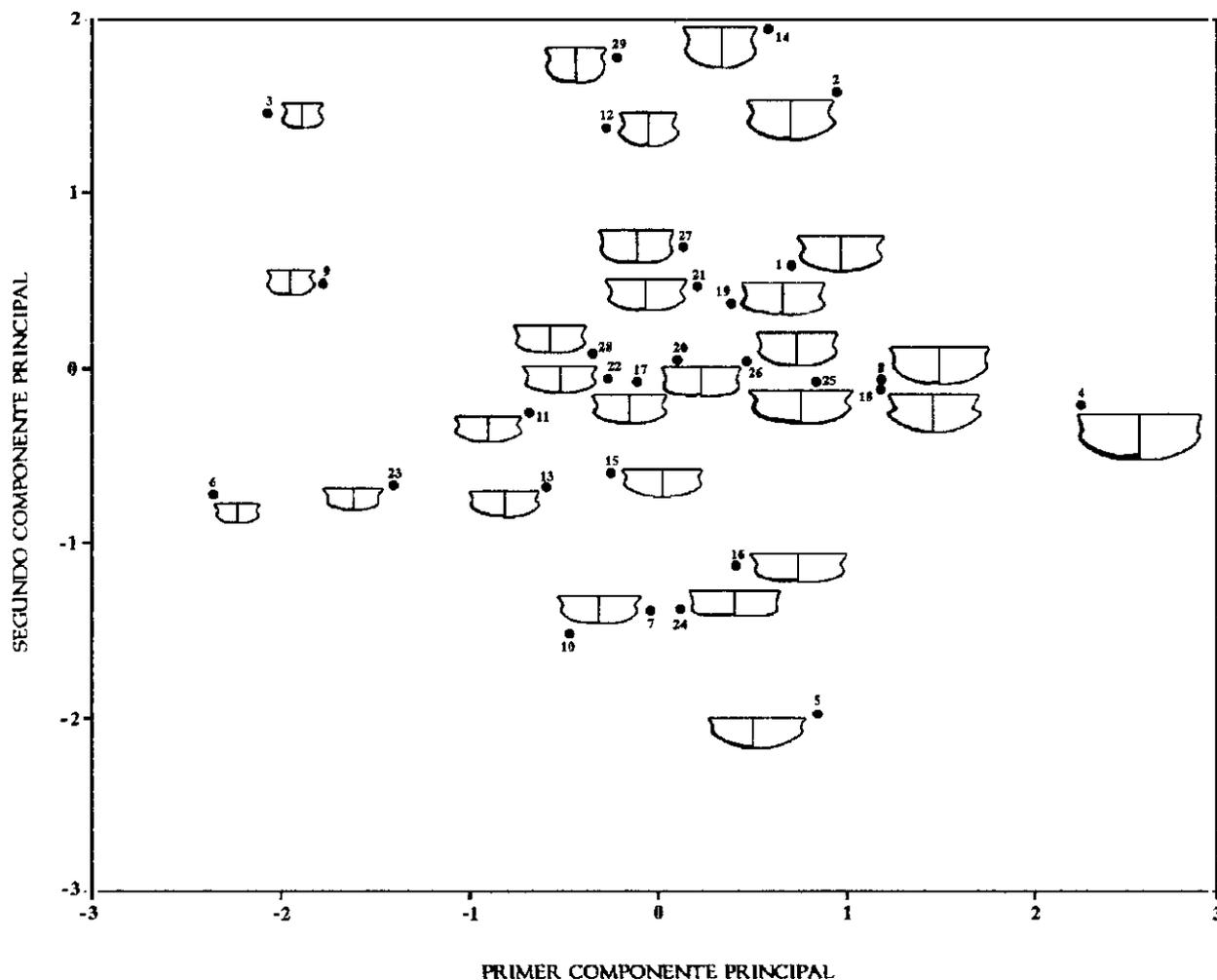




**Figura 30.** Dendrograma del Análisis Cluster realizado sobre la muestra de cazuelas campaniformes completas conocidas en la Meseta. **Listado de casos:** (1) Fuente Olmedo, (2) Galisancho I, (3) Galisancho II, (4) Galisancho III, (5) Galisancho IV, (6) La Maya, (7) Pajares de Adaja, (8) Provincia de Palencia, (9) Perchel, (10) Prado de la Nava, (11) Samboal, (12) Somaén I, (13) Somaén II, (14) Somaén III, (15) Vaquera, (16) Veguilla, (17) Villabuena del Puente, (18) Villar del Campo, (19) Ciempozuelos I, (20) Ciempozuelos II, (21) Ciempozuelos III, (22) Ciempozuelos IV, (23) El Guijo, (24) Valdilecha, (25) Ventorro I, (26) Ventorro II, (27) Villamejor, (28) Tejar del Sastre, (29) Carratiernes.

Se han podido diferenciar mediante análisis Cluster un total de siete grupos (Figura 30), lo que teniendo en cuenta el tamaño de la muestra resulta un primer indicio de la heterogeneidad del conjunto, especialmente si se compara con los resultados ofrecidos por los vasos campaniformes. Si analizamos con detalle la estructura del dendrograma se aprecian en el nivel más general dos grandes agrupaciones, por un lado el cluster n° 7 donde aparecen las cazuelas más pequeñas, y por otro todas las demás. Si descendemos hacia un nivel más detallado del dendrograma podemos observar que estos últimos se dividen en dos grandes conjuntos de clusters, los n° 1-3 correspondientes con las cazuelas más bajas y planas y los n° 4-6 donde se incluyen las más hondas y profundas. Esta cierta heterogeneidad del conjunto no viene determinada por razones funcionales (diferencia poblados – tumbas) ni estilísticas, sino por una cierta diferenciación regional. Así, los ejemplares de la meseta sur son claramente predominantes en el cluster 1, donde siete de las ocho

piezas son madrileñas, y por ejemplo se encuentran todas las cazuelas de la necrópolis de Ciempozuelos. Los clusters 2, 3, 4 y 6 son exclusivos de la cuenca del Duero, pero de muy diferentes ámbitos geográficos. En el nº 5 se encuentran representadas muy distintas zonas de toda la Meseta. Si observamos el gráfico final donde se muestra la correlación de ambos componentes principales (Figura 31), y que detallaremos a continuación, la situación es aún más clara, pues todos los ejemplares de la meseta sur, salvo el atípico de El Guijo, aparecen en el sector central, y en general con una mayor grado de estandarización y coherencia interna. Por el contrario las cazuelas de la Meseta norte muestran un patrón más disperso, con una gran variabilidad formal.



**Figura 31.** Gráfico de dispersión de los dos primeros Componentes Principales en el A.C.P. de la muestra de cazuelas campaniformes completas conocidas en la Meseta.

El análisis de componentes principales ofrece interesantes resultados que amplían y detallan estas conclusiones (Figura 31). Los dos primeros componentes representan el 85'8% de la varianza total (64'6 el primero y 21'2 el segundo). Como en los vasos campaniformes el primer componente se corresponde con el tamaño de las piezas, ya que ofrece valores altos para todas las variables, salvo la f. El segundo componente resulta también semejante, pues presenta valores positivos en e, g, y sobre todo b y f, es decir todos los relativos a las alturas, y especialmente la altura total y la correspondiente con la primera parte de la panza. Y en contraste ofrece valores negativos en las variables a, c y d, es decir en las referidas a los distintos

diámetros. En suma, parece ofrecer un contraste aún más evidente que en los vasos, entre los recipientes con tendencia más cerrada y profunda que tendrán valores altos de este componente (por ejemplo las cazuelas de Galisancho I, Somaén I y III, y Carratiermes, Figura 31, parte superior central), y aquellos más abiertos y planos, que los tendrán más bajos (por ejemplo las cazuelas de Galisancho IV, Pajares de Adaja, Prado de la Nava, Veguilla, y Valdilecha, parte inferior de la Figura 31).

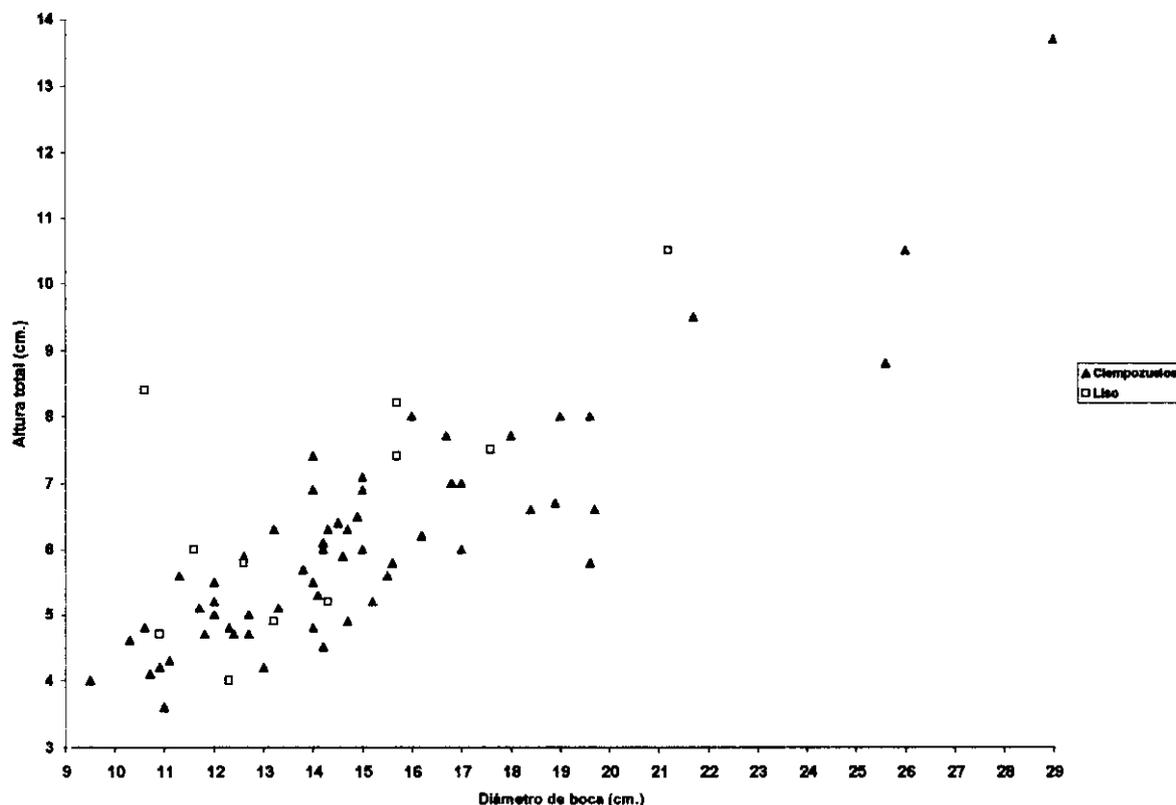
En resumen, aunque es el tamaño lo que explica la gran mayoría de la varianza (64'6%), tal y como ocurría con los vasos campaniformes, se une en este caso de forma más importante (con un 21'2% de la variabilidad) el segundo componente relacionado con la mayor o menor profundidad de los recipientes. Todo ello dentro de un conjunto que, pese a su menor tamaño (sólo 29 cazuelas), muestra una mayor heterogeneidad, quizás atribuible, como hemos indicado, con una cierta diferenciación regional.

### 2.3. Cuencos.

Se trata de la forma más simple del repertorio campaniforme, que, no obstante, también presenta una cierta variedad tipológica, que va desde los cuencos hondos y hemiesféricos hasta los casquetes esféricos, y cuyos bordes tienen además distintas orientaciones, desde los exvasados a los claramente entrantes, pasando por los rectos, y con numerosas variantes intermedias. En cuanto al fondo, al igual que en las restantes formas, puede ser plano o presentar umbo. Éste último es un rasgo tipológico frecuente pero no mayoritario, a juzgar por lo que los ejemplares completos nos indican, pues sólo un 30'43% lo tienen, lo que supone una cifra inferior a la ofrecida por vasos y cazuelas. Predominan los umbos marcados sobre los planos, y su tamaño medio es de 22 mm. de diámetro, aunque éste oscila entre los 14 mm. del ejemplar menor y los 40 del más grande, eso sí con un predominio de casos entre los 20 y 30 mm. (58'82% del total).

En lo que respecta a la proporción entre su diámetro de boca y altura total el índice es muy semejante al ofrecido por las cazuelas, con un valor de 2'44 para la muestra total, pues no en vano ambos son recipientes planos. No existen apenas diferencias con los índices calculados para ambas submesetas por separado (2'41 para la norte y 2'49 para la sur), pero sí en lo que se refiere a los contextos (2'39 tumbas y 2'51 poblados) y los estilos (2'49 Ciempozuelos y 2'23 Liso). Si atendemos al grado de correlación entre ambas variables, utilizando la  $r$  de Pearson, obtenemos un valor de 0'83 sobre 1, el más alto de todas las formas campaniformes. Es indudable que ello es indicio de un alto grado de normalización en su elaboración, pero no es menos cierto tampoco que se trata de una forma muy simple, que se define totalmente con sólo estas dos variables. En este caso los resultados ofrecidos por ambas submesetas son ligeramente diferentes, con 0'85 la norte y 0'67 la sur, lo cual no es achacable al tamaño de la muestra, pues se reparte de forma bastante equilibrada (38 casos la norte y 32 la sur). Por estilos los resultados son también diferentes, con 0'88 el Ciempozuelos y 0'68 el Liso, si bien éste último tiene una muestra mucho menor (sólo 11 casos). Finalmente en lo que respecta a los contextos, el resultado resulta algo contradictorio, pues los procedentes de

poblados parecen indicar un mayor grado de estandarización (0'86) que los recogidos en las tumbas (0'70), algo que no puede ser atribuido a problemas de la muestra.



**Figura 32.** Gráfico de dispersión de las variables diámetro de boca y altura total (en cm.) de los cuencos campaniformes completos de La Meseta.

Partiendo entonces de estas dos variables, se han estudiado en la Meseta hasta el momento 70 recipientes completos, que siguiendo el criterio establecido en trabajos anteriores (Garrido, 1994b: 79; 1995: 134) he decidido dividir en dos grandes grupos atendiendo a su tamaño, los cuencos *sensu stricto* y las fuentes. El límite entre ambas formas se ha establecido, de acuerdo con la distribución de casos disponible, en los 20 cm. (Figura 32).

**a) Cuencos, *sensu stricto*:**

Disponemos de 65 ejemplares completos en la meseta cuyas dimensiones se comprenden entre los 9'5 y 20 cm. de diámetro de boca y los 3'6 y 8'4 cm. de altura total. Aunque la mayor concentración de casos se produce entre los 11'5 y 16 cm. de diámetro y los 4 y 7'5 cm. de altura con 35 ejemplares (53'84 % del total) (Figura 32).

**b) Fuentes:**

Se han podido estudiar hasta el momento cinco cuencos completos de más de 20 cm. de diámetro, todos ellos de la meseta norte, pues los ejemplares conocidos en la meseta sur son por desgracia incompletos. Se comprenden entre los 21 y 29 cm. de diámetro y los 8'5 y 14 cm. de altura. La mayoría de casos

conocidos proceden de lugares de hábitat, hecho que podría explicar sus dimensiones, dada su funcionalidad presumiblemente doméstica, aunque el hecho de que porten decoración, en ocasiones tan cuidada como los cuencos *sensu stricto*, sugiere que quizás también desempeñarían un papel en algún tipo de actividad especial, posiblemente ritual, desarrollada en este ámbito. En este sentido, los ejemplares hallados en contexto funerario nos aportan datos interesantes. Es el caso del cuenco liso recientemente recuperado en la tumba abulense de Valdeprados (Gómez y Sanz, 1991). Sus dimensiones (21' 2 cm. de diámetro y 1826 cc.) lo definen claramente como una fuente, pero su funcionalidad en el ajuar cerámico, que sólo cuenta con un vaso campaniforme también liso, parece distinta a la del cuenco. Por su tamaño y en ausencia de la típica cazuela, no es difícil suponer que, a efectos rituales, cumpliera una función similar. Algo semejante ocurre con los dos cuencos lisos que acompañan al vaso puntillado de la tumba segoviana de Villaverde de Íscar, uno de los cuales se aproxima en dimensiones y capacidad a las cazuelas (17'6 cm. de diámetro y 1002 cc.), como si estuviese también sustituyéndola, replicando en este caso, además, el característico trío funerario del estilo Ciempozuelos (Garrido, 1997: 204; Idem: en prensa).

Si, como en las otras formas, escogemos sólo la variable “diámetro de boca”, podemos ampliar notablemente la muestra de casos conocidos en la Meseta hasta un total de 117 ejemplares, 62 de ellos de la meseta norte y 55 de la sur (Figura 33). De ellos 102 son cuencos *sensu stricto* (87'17 % del total), y el resto, 15 casos, son fuentes (12'82 % del total). Si analizamos los cuencos, es posible detectar en esta muestra más amplia un grado de concentración sensiblemente mayor que la que nos ofrecían los recipientes completos, ya que son 71 los comprendidos entre 11'5 y 16 cm. (69'60 % del total).

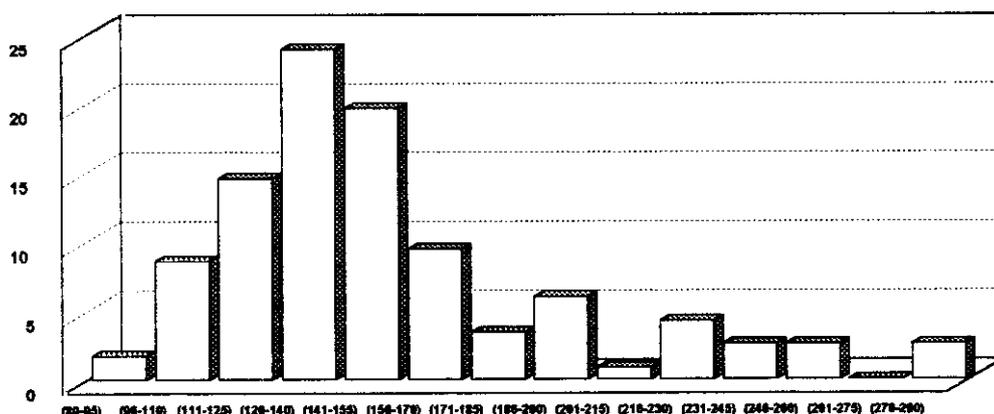
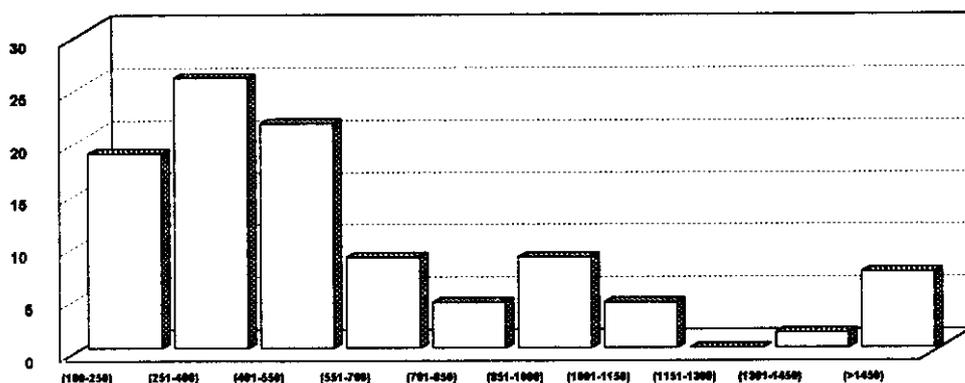


Figura 33. Histograma de los diámetros de boca (en mm.) de los cuencos campaniformes en la Meseta.

Desglosando la información por submesetas, observamos claras diferencias entre ellas. En primer lugar, del total de 15 fuentes, 12 proceden de la meseta norte, con la aportación especial de la colección soriana de Somaén (nº 377), y sólo tres de la sur. Como consecuencia de ello la concentración de casos en el intervalo 11'5 – 16 cm. es mayor en la meseta sur con 38 casos (un 69'09 % del total) que en la norte, con 33 casos (un 53'22 % del total). Si nos fijamos ahora en los contextos de aparición las diferencias son también evidentes, pero curiosamente se articulan de forma exclusiva en torno a la existencia o no de fuentes.

Efectivamente, y como se podría suponer a priori, la práctica totalidad de las fuentes (12 de 15) proceden de lugares de hábitat, y sólo una se recuperó en contexto funerario (el ejemplar liso de Valdeprados antes aludido), siendo las dos restantes recogidas en yacimientos de contexto desconocido. Parece evidente, pues, que las fuentes son una forma cuya funcionalidad se explica en el ámbito doméstico. Sin embargo, si acudimos a los cuencos *sensu stricto* vemos que las muestras ofrecidas por tumbas (31 casos) y poblados (44 casos) son muy semejantes. Sólo un análisis muy detallado permite advertir una cierta tendencia hacia el aumento de sus dimensiones en los poblados, aunque ello también podría estar influido por las diferencias en el tamaño de la muestra. Así los cuencos menores de 11'5 cm. representan un 11'36 % en los poblados y un 19'35 % en las tumbas, y los mayores de 16 cm. representan un 22'72 % en los poblados y un 12'9% en las tumbas (Figura 19).



**Figura 34.** Histograma del volumen (en cc.) de los cuencos campaniformes completos de La Meseta.

En lo que respecta a su capacidad volumétrica, casi 2/3 del total de cuencos inventariados se comprenden entre los 100 y 550 cc., siendo el intervalo mejor representado el ubicado entre 251 y 400 cc. con casi un 25% del total de recipientes. Sólo algo más de un 5% de los cuencos superan los 1450 cc., y son obviamente las fuentes (Figura 34). Por ello si se analizan los cuencos *sensu stricto* por separado vemos que estas tendencias básicas se acentúan, y son ahora menos de un 5% los casos que superan el litro. Si desglosamos la información de los cuencos en general entre ambas mesetas las diferencias son apreciables.

En la cuenca del Duero existe una mayor heterogeneidad, con una presencia más acusada de los volúmenes grandes, mayores de 1 litro, e incluso mayores de 1450 cc. (más del 10%) y una escasa representación de algunos de los intervalos más destacados en la muestra general, como los de 100-250 cc. y 401-550, quedando sólo el central y más importante (251-400) en valores semejantes. En la meseta sur se da la situación contraria, ya que los tres primeros intervalos (entre 100 y 550 cc. en total) dominan por completo la estadística, y ni una sola pieza supera el litro. (Figura 35)

No existen claras diferencias, salvo en detalles muy concretos, entre los ejemplares de estilo Ciempozuelos y los lisos, pero sí se pueden apreciar cuando es el contexto lo que examinamos. En las tumbas

apenas un 5 % de los cuencos superan el litro, mientras en los poblados son más de un 20% los que lo hacen, incluidas las fuentes. Como contrapartida los recipientes menores de 550 cc. son más abundantes en las tumbas que en los poblados, aunque en estos últimos también se hallan bien representados, especialmente el intervalo 401-550 cc.

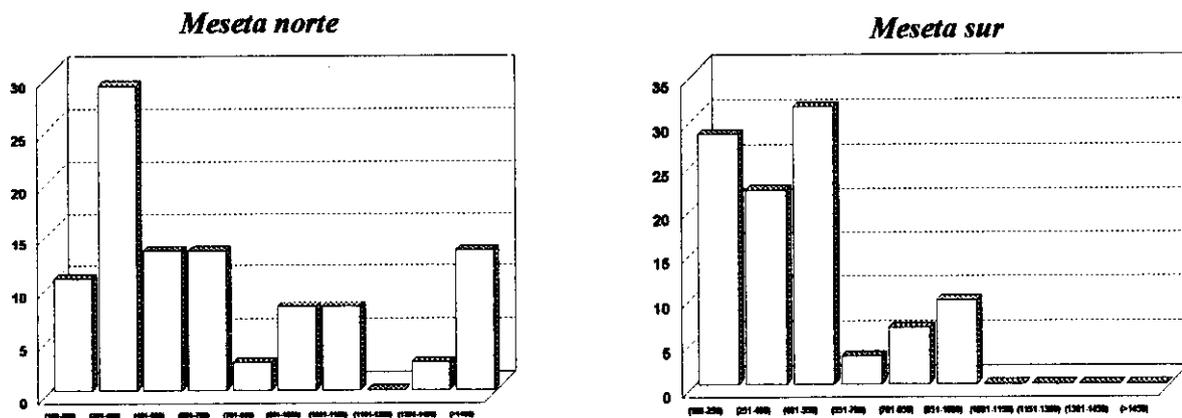


Figura 35. Histogramas del volumen (en cc.) de los cuencos campaniformes en las submesetas norte y sur.

En este caso no se ha creído conveniente la aplicación de análisis multivariante, dada la simplicidad del tipo. Por ello, y en conclusión, podemos señalar que el cuenco es la forma más simple de todas las que constituyen el repertorio campaniforme, y está presente en todos los estilos meseteños, a excepción del Marítimo. Como en las restantes es en el Ciempozuelos donde aparece mayoritariamente, aunque también existen algunos casos en los estilos Liso y Puntillado geométrico.

Varios ajuares funerarios campaniformes han proporcionado cuencos lisos acompañando al vaso campaniforme, sea éste liso como ellos (por ejemplo en el Arenero de Soto, Getafe o en Los Pasos, Zamora, nº 157 y 513, y Láminas 33: 1 y 102: 18, respectivamente) o de otro estilo (por ejemplo en Villaverde de Íscar, Segovia, nº 295 y Lámina 67: 5). En lo que respecta al estilo Puntillado geométrico, sólo tres cuencos han podido ser identificados en la Meseta, por ahora, y todos ellos en la meseta sur: los sitios madrileños de Arenero de Valdivia y Torrejón de Ardoz, y el dolmen toledano de La Estrella (nº 176, 227, y 399, y Láminas 38: 1, 54: 4 y 84: 13 respectivamente).

#### 2.4. Copa.

Es un tipo extraordinariamente escaso, que fue definido por Harrison (1977: 19) como un cuenco con pie desarrollado, y que sólo se ha documentado en los complejos de Carmona y Palmela. Destacan por su calidad los ejemplares portugueses, así como un hallazgo cordobés recientemente publicado (Acosta, 1995).

En la Meseta únicamente se conoce el ejemplar, procedente del poblado madrileño de El Ventorro (nº 193 y Lámina 46: 11), que apareció en uno de los “hoyos”, concretamente el 025.

Por desgracia se tienen datos poco precisos del hallazgo, pues pertenece a las excavaciones más antiguas en el yacimiento (1962-3). Sólo sabemos que en él se recogieron, junto al pie de copa y entre otros materiales, dos vasos campaniformes y una cazuela casi completos, lo que ha llevado a Priego y Quero (1992: 23) a adjudicarle una posible funcionalidad ritual o funeraria. Es, además, un ejemplar roto que sólo conserva el pie y una mínima porción del arranque de la panza. Porta decoración en la base, en este caso simples líneas horizontales y paralelas incisas, por lo que se puede clasificar dentro del Estilo Ciempozuelos.

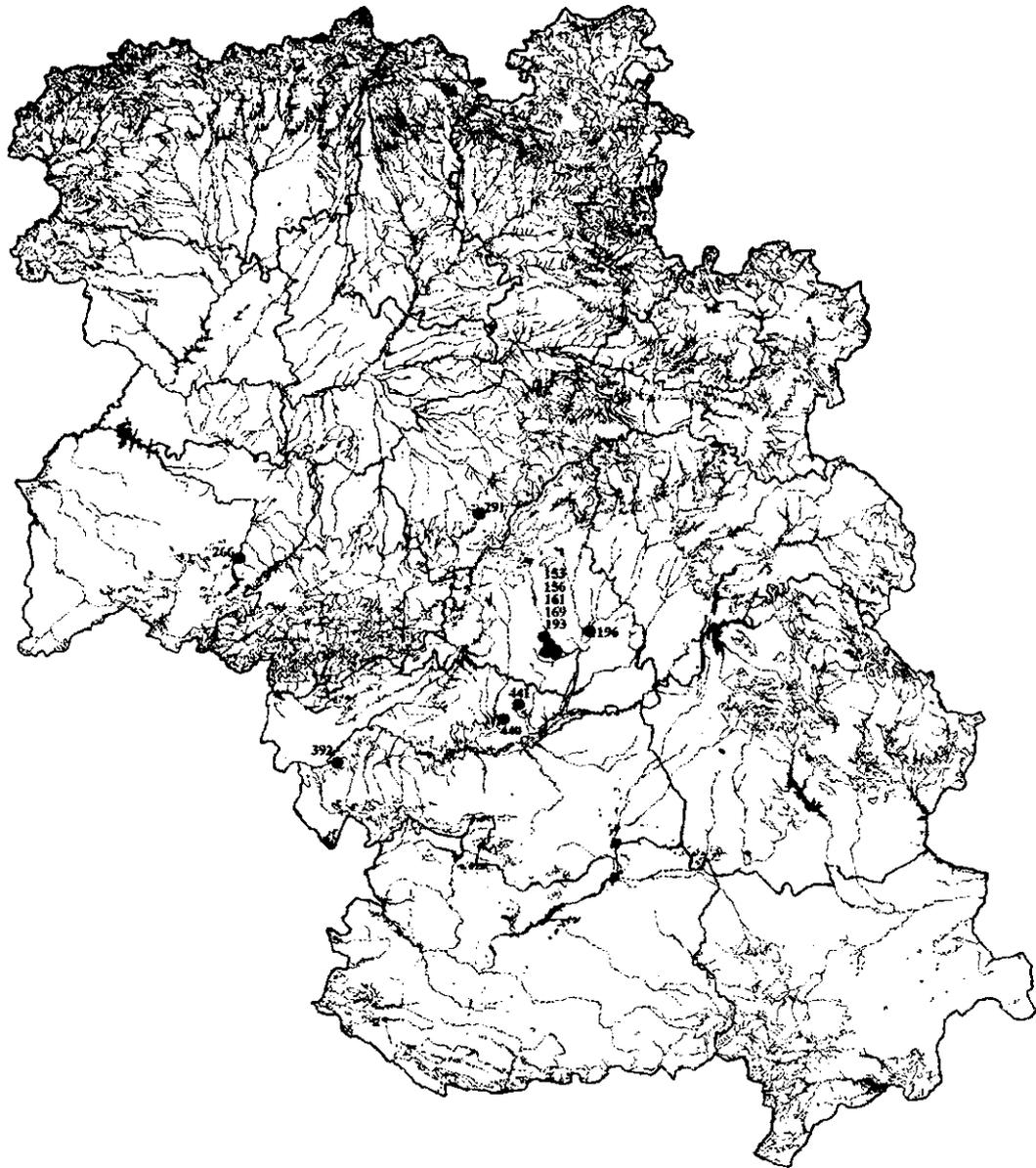
## **2.5. Cazuelilla.**

Son recipientes de perfil sinuoso, formados por un cuerpo esférico y un cuello ligeramente exvasado, o incluso recto (por ejemplo en la pieza de Galisancho, Salamanca, nº 266 y Lámina 59: 12), que normalmente están distinguidos por una especie de rebaje o adelgazamiento en la transición entre ambos; con el fondo plano o con umbo (un 25 % de los ejemplares completos conocidos en la Meseta).

En lo que se refiere a la proporción existente entre el diámetro de boca y la altura total, los 12 ejemplares completos o reconstruidos que hoy conocemos en la Meseta proporcionaron un valor medio de 1'86, lo que supone una cifra intermedia entre la ofrecida por los vasos, que son más profundos, y la que aportan cazuelas y cuencos, que son más planos.

La correlación entre ambas variables resulta muy elevada, 0'94 sobre 1. Es el índice más alto de todo el repertorio formal campaniforme meseteño, pero también se trata de la muestra más reducida y geográficamente más homogénea (casi todos proceden de la meseta sur, y en concreto de las provincias de Madrid y Toledo).

Pero no podemos olvidar que, pese a ello, no estamos ante un conjunto coherente de casos, pues la gradación de tamaños es muy amplia, lo cual no impide, sin embargo, que se mantenga la correlación entre estas variables. Ello demuestra que estamos ante un tipo escaso pero muy bien definido y delimitado, que los alfareros intentaban seguir lo más fielmente que podían aunque tuvieran que ajustarlo a distintos tamaños. En este sentido, ciertos rasgos tipológicos peculiares de esta forma, tales como el rebaje que marca la transición entre el cuello y la panza, aparecen asimismo tanto en las cazuelillas pequeñas como en las grandes.

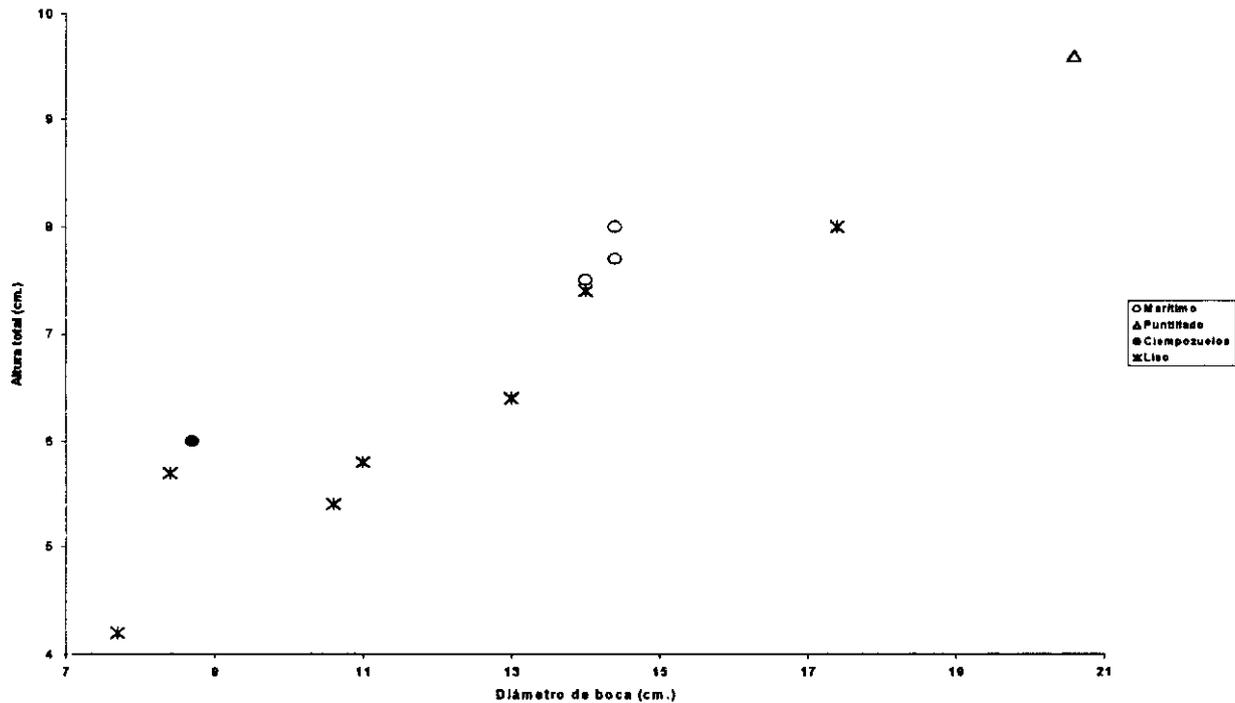


**Figura 36.** Mapa de dispersión de hallazgos de cazuelillas campaniformes en La Meseta: Galisancho en Salamanca, (nº 266 y Lámina 59: 12); Cueva de La Tarascona en Segovia (nº 291 y Lámina 66: 2-4); Camino de la Yesera (nº 153 y Lámina 31: 3-4); Arenero de Soto II (nº 156 y Lámina 31: 14); Poste de la Luz de Preresá (nº 161 y Lámina 34: 15-17); Miguel Ruiz (nº 169, y Lámina 36: 3); Ventorro (nº 193 y Lámina 48: 29); y Cerro de la Cervera (nº 196 y Lámina 49: 10), todos ellos en la provincia de Madrid, y Belvis de la Jara (nº 392 y Lámina 83: 10), Yuncillos (nº 440 y Lámina 96: 5) y Yuncos (nº 441 y Lámina 96: 8) en Toledo.

Se conocen, hasta hoy, en once yacimientos meseteños, dos de ellos en la cuenca del Duero<sup>21</sup>), y nueve en la meseta sur (Figura 36). Aparecen tanto en contextos domésticos (Camino de la Yesera, Arenero de Soto II, Poste de la Luz de Preresá, Ventorro y Cerro de la Cervera), como funerarios (Galisancho, Tarascona, Miguel Ruiz, Belvis de la Jara, Yuncillos y Yuncos). En cuanto a los estilos, también es completa la nómina aunque desigual, pues contamos con cazuelillas lisas en cinco sitios (Camino de la Yesera, Poste de la Luz de Preresá, Miguel Ruiz, Yuncillos y Yuncos), Puntilladas en cuatro (Tarascona, Arenero de Soto

<sup>21</sup> No figuran aquí las dos cazuelillas lisas recientemente publicadas por Benet y otros (1997: figura 5: 3 y 4), procedentes de sus excavaciones en el dolmen salmantino de La Veguilla (nº 263).

II, Cerro de la Cervera y Belvis de la Jara), Ciempozuelos en dos (Ventorro y Galisancho), y Marítimas sólo en el reciente hallazgo de Poste de la Luz de Preres.



**Figura 37.** Gráfico de dispersión de las variables diámetro de boca y altura total (en cm.) de las cazuelillas completas de La Meseta.

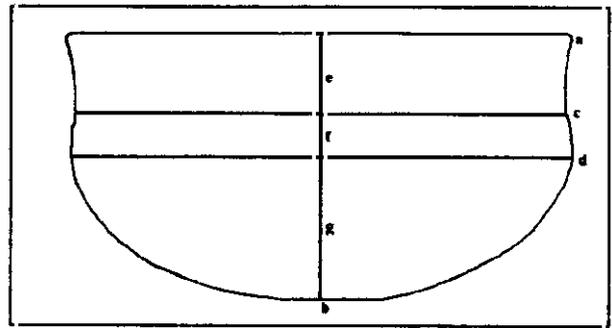
Sólo se conocen las dimensiones completas de doce ejemplares meseteños (Figura 37), procedentes de ocho yacimientos, todos ellos de la meseta sur, a excepción del caso de Galisancho. En su gran mayoría se trata de cazuelillas lisas (siete de ellas), tres son de estilo Marítimo, y el Puntillado geométrico y el Ciempozuelos se hallan representados por sendos ejemplares.

No se pueden encontrar regularidades significativas en un conjunto tan pequeño como este, y en general parece constatar una gran heterogeneidad, sin claras concentraciones. Eso sí, se observa una progresiva gradación de tamaños, que curiosamente se corresponde de forma perfecta con el contexto del que proceden.

Así, los ejemplares de mayores dimensiones (13-20'6 cm. de diámetro de boca y 6'4-9'6 de altura) han sido recuperados en lugares de hábitat, mientras los ejemplares más pequeños (7'7-11 cm. de diámetro de boca y 4'2-5'8 de altura) proceden en su totalidad de tumbas. En este caso no se ha podido ampliar la muestra utilizando únicamente la variable "diámetro de boca", como se hizo en las otras formas, ya que no tenemos datos sobre este particular en los restantes ejemplares no completos conocidos en la Meseta, porque o son galbos o su diámetro no ha podido ser calculado.

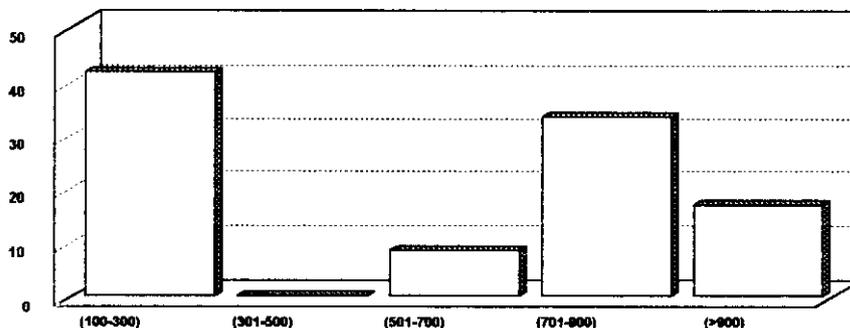
Pese a lo escaso de la muestra disponible se ha intentado realizar el análisis multivariante de los doce recipientes completos, distinguiendo las siguientes variables:

- a) Diámetro de boca.
- b) Altura Total.
- c) Diámetro en el estrangulamiento del cuello.
- d) Diámetro máximo en la panza.
- e) Altura del cuello (entre a y c).
- f) Altura de la primera parte de la panza (entre c y d).
- g) Altura de la segunda parte de la panza (entre d y el fondo).



El análisis Cluster proporcionó cuatro grupos, dos de ellos con un solo ejemplar (cluster nº 2 con *Entretérminos* y 3 con *Belvis de la Jara*). Los dos restantes son el nº 1 que curiosamente agrupa todos los ejemplares de dos yacimientos muy próximos (*Poste de la Luz* y *Camino de la Yesera*, ambos en Getafe), y el nº 4 que hace lo propio con el único ejemplar de la cuenca del Duero (*Galisancho*), el de *Miguel Ruiz* y los dos toledanos.

En el análisis de componentes principales se constató, al igual que con los vasos campaniformes y cazuelas, que dos componentes explicaban la inmensa mayoría de la variabilidad (94'4%), el primero de ellos como en los citados casos representa el tamaño y aporta un 78'1% de la varianza, y el segundo, con un 16'3% de la misa, podría también interpretarse como indicativo del mayor o menor desarrollo de la primera parte de la panza (f), que tendría una correlación negativa con los otros dos tramos de la altura del recipiente, el correspondiente al cuello (e) y el de la parte inferior de la panza (g). En suma, un conjunto escaso, y en gran medida heterogéneo, aunque esto podría ser achacado asimismo al tamaño de la muestra.



**Figura 38.** Histograma del volumen (en cc.) de las cazuelillas campaniformes completas de La Meseta.

En lo que respecta a la capacidad volumétrica, la heterogeneidad de la muestra es también evidente, pues en sólo 12 casos, podemos constatar la existencia de una extensa gradación de valores comprendidos entre el mínimo (Yunclillos, con 112 cc.) y el máximo (Belvís de la Jara, con 2.422 cc.). Existen, por tanto, ejemplares de todos los tamaños, no pudiéndose estimar ninguna concentración significativa de casos. El intervalo mejor representado es el comprendido entre 100 y 300 cc., con cinco recipientes (41'66 % del total), pero también lo está el intervalo entre 700 y 900 cc., con cuatro casos (33'33 % del total) (Figura 38).

En suma, se trata de una forma descubierta y definida en tiempos relativamente recientes. De hecho, esta denominación fue utilizada por Delibes y Municio (1981: 70-72) por vez primera para describir ciertos ejemplares puntillados de la Cueva de La Tarascona que no encajaban en ninguna de las formas "típicas" del Campaniforme. Ofrecían entonces estos autores paralelos para ellas en casi todos los conjuntos puntillados geométricos peninsulares, como Carmona o Palmela, y en tumbas como la madrileña de Miguel Ruiz, que demostraban que no se trataba de un elemento exclusivamente regional, ni siquiera peninsular, pues en el sur de Francia era posible hallar también ejemplares muy semejantes (Ibidem: 71).

Incluso sugerían que estas formas podrían ser las antecesoras de las cazuelas de tipo Ciempozuelos. A partir de las cazuelillas puntilladas geométricas se habría desarrollado una evolución tipológica caracterizada por la progresiva acentuación de la línea de la carena hasta conformar un auténtico hombro al tiempo que se estrangulasen los cuellos y tendieran a abrirse los bordes (Ibidem: 70-72 y nota 40).

En mi memoria de Licenciatura (Garrido, 1994a: 29-30) y algunos trabajos posteriores (Idem, 1994b: 79-80; 1995: 135) intenté definir con mayor precisión esta forma dentro del repertorio campaniforme meseteño, recogiendo los ejemplares conocidos entonces. Debido a su concentración geográfica en la cuenca media del Tajo hemos defendido asimismo la posibilidad de que su existencia delate, junto a otros indicios materiales, la existencia de relaciones entre esta región y Portugal a través del valle del Tajo, dadas sus semejanzas con los ejemplares lusos (Garrido y Muñoz, 1997), entre los cuales existen muy recientes ejemplos (Carreira, 1995-6: 145-6 y Láminas XXXVI-XXXIX; Valera, 1997: figura 11: 1).

Blasco, Calle y Sánchez (1996: 69) han publicado entre otros materiales campaniformes varias cazuelillas de estilo Marítimo, lo que constituye una novedad, pues hasta entonces sólo se conocía esta forma en los estilos Puntillado geométrico, Liso y Ciempozuelos.

Pese a ello para estos autores se trataría de un elemento característico de los estilos tardíos, que enlazaría ya con las formas propias del Bronce antiguo, dado su perfil carenado. Sin embargo creo que por sus características tipológicas más bien parece corresponder a los momentos iniciales del Campaniforme, al menos en sus orígenes, aunque luego haya podido perdurar incorporándose a los llamados estilos tardíos (p.e. en Ventorro, o Galisancho).

El hecho de encontrarse por vez primera ejemplares de este tipo en el estilo Marítimo encajaría mejor en esta hipótesis. No en vano, y como dato a considerar conviene señalar que en alguna de las estratigrafías campaniformes más recientemente publicadas en la Península las cazuelillas puntilladas aparecen en los niveles inferiores más antiguos, como el estrato XI de la secuencia cordobesa de Monturque, junto a campaniformes marítimos y sin presencia del estilo Ciempozuelos (López Palomo, 1993).

## 2.6. Vasos de almacenaje.

Se trata de grandes recipientes con gruesas paredes (9-12 mm.) y acabados en general no muy cuidadosos, que presentan decoración campaniforme, tanto puntillada como sobre todo de estilo Ciempozuelos. Por sus dimensiones y la tosca ejecución de sus diseños han existido dudas respecto a su filiación a lo largo de la historia de las investigaciones. De hecho habían sido incluidos por algunos autores como Almagro, Castillo, o Martínez Santa-Olalla, en épocas muy posteriores como la Edad del Hierro. Fue Delibes (1977: 78-85) quien, valorando diversos datos del contexto y decoración de estos ejemplares, los ubicó definitivamente dentro del campaniforme Ciempozuelos, con la única diferencia de su funcionalidad doméstica.

Desde luego ya habían sido reconocidos en Portugal, tras una primera atribución neolítica (Trindade y Veiga, 1971; Leitao y otros, 1978: 459 y figuras 16 y 17). También Harrison (1977: 20) distinguió, dentro del Complejo Ciempozuelos una variedad doméstica decorada, con ciertas formas y esquemas decorativos peculiares, asimismo identificada en otros complejos campaniformes incisos peninsulares (Carmona, Palmela y Salamó). Desde entonces se han multiplicado los hallazgos de conjuntos domésticos campaniformes en los que están presentes estos grandes recipientes decorados, de factura tosca y función muy probablemente relacionada con el almacenaje, que ya nadie duda en asociar al fenómeno que nos ocupa.

Actualmente se conocen en la Meseta 66 yacimientos con este tipo de recipientes tradicionalmente asociado con exclusividad al estilo Ciempozuelos, donde efectivamente abunda con 57 yacimientos conocidos en el área de estudio, pero que asimismo aparece en el Puntillado geométrico, y en concreto en nueve yacimientos: nº 97 Perical en Guadalajara, nº 152 Aldehuela, nº 161 Poste Luz Preresca, nº 164 Casa del Cerro, nº 171 Pedro Jaro II, y nº 189 Tejar de Pedro Ugarte, todos ellos en Madrid, nº 291 Tarascona en Segovia, nº 352 Carratiermes en Soria y nº 418 Abardiales II en Toledo.

Por desgracia se trata sólo de fragmentos que no permiten reconstruir la forma en su totalidad, por lo que únicamente podemos señalar que los pocos bordes documentados son exvasados, pertenecientes quizás a

grandes vasos de perfil en S similares a los homónimos de estilo Ciempozuelos. Además, y como dato curioso, contamos con dos fragmentos de panza de los yacimientos madrileños de Pedro Jaro II (nº 171 y Lámina 37: 1) y Tejar de Pedro Ugarte (nº 189 y Lámina 40: 5), que tienen un claro rebaje, muy semejante al que suelen presentar las cazuelillas, de las que antes tratamos.

No se trata en modo alguno de una peculiaridad meseteña, pues hemos podido encontrar casos semejantes en el resto de la Península, como por ejemplo en otros fragmentos de Valencina de la Concepción, Sevilla (Ruiz, 1975: figura 14: 1 y 2 – nótese el gran parecido de la nº 2 con la pieza de Pedro Ugarte con friso de puntuaciones junto al rebaje-), y en un vaso casi completo de Senhora da Luz, Portugal, cerca de Vila Nova (Spindler, 1975: Abb. 2).

Más información han proporcionado afortunadamente los vasos de almacenaje de estilo Ciempozuelos, mucho más abundantes, y que además cuentan con diez recipientes cuyo perfil completo ha podido ser reconstruido. En su forma son menos homogéneos, aunque podemos distinguir algunas variedades:

- Vasos de perfil en S, que reproducen de forma más o menos aproximada las características del vaso campaniforme, pero en grandes dimensiones. Es el caso de los vasos de la Cueva de Arevalillo (nº 282 y Lámina 63: 2), Somaén (nº 377 y Láminas 78: 14, 16-17; 79: 2, 7) y Piña de Esgueva (nº 475 y Lámina 99: 7), y en la meseta sur del ejemplar del Arenero de Soto III/Nicomedes (nº 174 y Lámina 37: 8).

- Vasos de cuerpo ovoide o esférico, cuello vertical muy desarrollado y borde ligeramente exvasado. Sólo se conocen dos ejemplares de la meseta norte (Perchel, nº 320 y Lámina 70: 18, y Somaén nº 377 y Lámina 79: 1).

- Vasos de cuerpo ovoide muy desarrollado, corto cuello vertical o ligeramente exvasado y estrecho fondo plano. Es el tipo más conocido, con cuatro recipientes de tres yacimientos, todos en la meseta norte (Renieblas, nº 365 y Lámina 74: 22, Molino de Garray, nº 347 y Lámina 73: 7-8, y Mojabarbas, nº 35).

En lo que se refiere a la capacidad volumétrica de los diez recipientes cuyo perfil completo ha podido ser reconstruido, podemos señalar que existen notables diferencias, pese a lo pequeño de la muestra, que desde luego inducen a pensar en la ausencia de control volumétrico en esta forma a diferencia de las restantes. Efectivamente contamos con un amplísimo margen que va desde los 1'7 litros del más pequeño (Somaén I) a los más de 21 litros del mayor (Molino de Garray), aunque la mayoría de casos se comprenden entre los 2 y 8 litros (Soto III, Arevalillo, Perchel, Renieblas, Somaén II y Piña de Esgueva) (Figura 95).

### **3. Estilos.**

*“Eran, pues, ingeniosas aquellas gentes, y además pacientísimas, como si el respeto piadoso de los muertos, para quienes destinaban estos vasos, les alentase á emplear una labor hábil, larga y minuciosa”* (Riaño, Rada, y Catalina, 1894: 413-414).

#### **3.1. El estudio de las decoraciones cerámicas en Prehistoria.**

##### **3.1.1. Introducción.**

Las decoraciones cerámicas han sido uno de los instrumentos más utilizados por los arqueólogos a lo largo de la historia de esta disciplina, y por ello el estudio del tratamiento que de ellas se ha realizado puede constituir un buen reflejo de la evolución teórica experimentada por la Arqueología en general, desde sus comienzos hasta la actualidad. En este apartado se intentará trazar el largo camino que han recorrido los estudios estilísticos, y especialmente aquellos que se centran en el análisis de las decoraciones cerámicas, partiendo de los enfoques tradicionales más clásicos, de raíz histórico – cultural, siguiendo con la crítica que de los mismos hizo la llamada Arqueología procesual y describiendo algunas de sus más interesantes propuestas, para finalizar con los recientes enfoques. Por desgracia la Prehistoria peninsular ha permanecido al margen de este debate teórico desarrollado en el ámbito anglosajón durante las últimas tres décadas, debido a la perduración anacrónica de los enfoques tradicionales, que han constituido por ello la única forma conocida de abordar estas cuestiones. El análisis que ha recibido el rico acervo decorativo campaniforme peninsular es un buen ejemplo de esta situación. Aquí intentaremos realizar un breve resumen de este debate teórico ausente en nuestro país, destacando los contrastes fundamentales entre los distintos enfoques, y cómo afectan a la interpretación de las similitudes decorativas entre yacimientos, pues no en vano todo ello se enmarca en modelos mucho más amplios relativos a cuestiones básicas, tales como las diferentes concepciones del papel de la cultura material en los procesos de cambio social, o la naturaleza y significado de lo étnico.

##### **3.1.2. Los procedimientos tradicionales.**

Los estilos decorativos en las cerámicas prehistóricas han sido objeto de atención prioritaria desde comienzos de la investigación, pero en la Península Ibérica como en toda Europa hasta los años 60, sólo fueron abordados desde el enfoque tradicional histórico-cultural, que los empleó con fines exclusivamente cronológicos o de articulación cultural (Plog, 1980: 1). Bien conocidas son las prácticas de establecer “fósiles - guía” para datar yacimientos, crear “horizontes” temporales, o incluso intentar estructurar en fases los distintos estilos, como por ejemplo en la seriación clásica de los campaniformes, perfectamente ejemplificada

en la Península por los trabajos de Bosch Gimpera (1940, 1971), entre otros. Datar los yacimientos era considerado un fin en sí mismo, por ello la variabilidad estilística quedó en buena parte relegada a ser un mero instrumento para establecer el paso del tiempo. La cuestión del por qué del cambio estilístico no fue directamente abordada, pues su significado parecía tan evidente en sí mismo que no fue investigado nunca en realidad. Este asunto era rápidamente despachado con vagas referencias al funcionamiento de modas, o innovaciones que se difundían por los más variados medios, que tampoco eran explicados, como migraciones, comercio, expansión de religiones, etc. (Shanks y Tilley, 1987a: 138-139; Conkey, 1990: 8).

En este mismo sentido, conviene recordar que la lectura irremediamente étnica de los estilos decorativos fue otra de las constantes en la Prehistoria tradicional (Hegmon, 1992: 527; Jones, 1997: 24-25). Por ello se empleaban ciertos tipos de objetos como medio para definir “áreas culturales”, reflejo a su vez de etnias prehistóricas, que llenaron los mapas de la Europa prehistórica del momento de pueblos o culturas con apelativos tales como “de la Cerámica Cordada”, “del Hacha de Combate”, “de la Cerámicas de Bandas”, y un largo etcétera inacabable. Entre ellos no podemos olvidar a nuestro Pueblo Campaniforme, que en el ámbito peninsular, fue a su vez dividido en diversos grupos regionales, como es evidente en las grandes síntesis (desde Castillo, 1928, hasta Harrison, 1977). En suma, se confundían los objetos de la investigación (estilos decorativos) con los objetos de conocimiento (las sociedades humanas) (Conkey, 1990: 8). Además, existía una falta absoluta de criterios fijos y razonados a la hora de escoger las variables que debían servir como indicadores materiales de las etnias del pasado. Tanto podía ser un tipo de recipiente concreto como una clase de útil lítico, o un modelo de hábitat, según los casos, sin tener en cuenta el resto del repertorio ergológico que los acompañaban en cada yacimiento y cada región. El Vaso Campaniforme constituyó un ejemplo difícilmente superable de esta práctica acientífica.

### **3.1.3. La alternativa procesual y sus límites.**

El surgimiento de la llamada Nueva Arqueología en el ámbito anglosajón, a finales de los años 60, dio sin duda un nuevo impulso al estudio del estilo, con la aplicación de nuevos enfoques teóricos y el desarrollo de líneas de investigación originales, que supusieron una alternativa muy interesante, aún hoy vigente en los trabajos de algunos autores (Neiman, 1995; Rulf, 1995; Barton, 1997). Partiendo de la crítica a los enfoques histórico – culturales tradicionales, la arqueología procesual propone una concepción distinta de la cultura, en tanto que sistema adaptativo al entorno medioambiental, y no ya como un conjunto de rasgos o normas transmitidas de generación en generación. No obstante, como señala Jones (1997: 111), incluso en los trabajos teóricos de Binford, que constituyen el punto de arranque de esta línea de investigación, es posible detectar aún residuos de la tradición normativa anterior. Así, para Binford los atributos estilísticos de los artefactos constituían aquella parte de la variación formal que no se correspondía propiamente con su función, y por tanto algo periférico y de valor secundario a efectos adaptativos. La diferenciación regional debía explicarse según él por la “deriva” experimentada

por dichos rasgos a través del tiempo, merced a la variabilidad aleatoria que introducían los “errores” de cada alfarero a la hora de ejecutar los diseños (o quizás su manera personal de ejecutarlos, Hill, 1977; Redman, 1977). Su distribución regional o local se explicaría por la segmentación del grupo original en otros menores. No obstante para Binford esta faceta un tanto residual de la variedad formal tendría también en última instancia una función dentro del sistema cultural, en este caso promover la solidaridad del grupo. Así vemos que pese a todo Binford sigue en esencia contemplando los elementos estilísticos como un producto del medio aculturador del grupo, y con ello no se diferencia tanto como deseaba de los estudios tradicionales. Según observa Jones (1997: 111) las entidades étnicas siguen, en general, presentes en la arqueología procesual, aunque desde luego y a diferencia de los enfoques anteriores sólo en ciertas dimensiones de la variabilidad de los artefactos. Así, mientras, por ejemplo, la forma de una cerámica se creía exclusivamente determinada por su función la decoración constituía una variación adicional, no funcional, en el dominio reservado a la expresión de mensajes de tipo social como “la iconografía étnica” (Sackett, 1977: 377).

Sobre esta cuestión, no obstante surgió un complejo debate, bien ilustrado por la polémica que Binford y Sackett mantuvieron en varios artículos. Sackett (1977, 1985, 1986a y b, 1990) ha criticado esa dicotomía establecida por autores como Binford (1965) o Whallon (1968) entre estilo y función, y propone que en realidad ambas dimensiones están embebidas la una en la otra (Sackett, 1977: 371; 1986a: 630). Es lo que él denomina “variación isocrética”, derivada de la lógica diversidad existente entre los diferentes grupos en las formas de hacer las cosas, que además es determinada culturalmente, y por tanto utilizada de forma automática e inconsciente. Por ello para Sackett la similitud en estas dimensiones “isocréticas” de la cultura material puede considerarse un índice de semejanza o diferencia étnica. Para Binford (1989: 52) estas propuestas tienen un sospechoso parecido con los más rancios enfoques normativistas e idealistas tradicionales. Como señala Jones (1997: 112-113) esta dicotomía un tanto artificial entre estilo y función tiene su origen en la preocupación de los arqueólogos procesuales por identificar con detalle los diferentes procesos responsables de la variabilidad del registro arqueológico. Éste se aparecía ante los ojos en exceso optimistas de estos investigadores como un reflejo fiel del comportamiento de los grupos humanos del pasado. Por ello asumen que la distribución espacial de los elementos de cultura material no es aleatoria, sino que está estructurada, presenta unos patrones que a su vez reflejan comportamientos concretos de las sociedades del pasado (Plog, 1978: 144).

Así pronto comenzó a desarrollarse una fértil aunque discutida línea de investigación aplicada a las cuestiones estilísticas, y en particular a las decoraciones cerámicas. Partía del supuesto según el cual a mayor similitud decorativa debía deducirse un mayor grado de interacción, y consiguientemente a menor interacción cabría esperar menores similitudes entre yacimientos y regiones, y por ello una mayor homogeneidad interna en cada una de ellas. Todos estos trabajos asumen que la manufactura de cerámicas era una actividad femenina, de tipo doméstico, y que las técnicas de fabricación y decoración se

aprendían antes del matrimonio, pasando de madres a hijas, o al menos sin salir del núcleo social (clan, grupo residencial) (Ibidem: 144-145; Idem, 1980: 2). Diversos autores norteamericanos desarrollaron esta línea de investigación a finales de los años 60, con distintas proposiciones que Plog (1978: 145-147) resume en tres bloques:

En primer lugar, Hill y Longacre intentaron relacionar los distintos tipos de distribución espacial de los diseños cerámicos que podían hallarse en un poblado con las pautas de residencia postmarital vigentes en dicha comunidad. La matrilocidad debía reflejarse en una distribución no aleatoria de los diseños cerámicos, pues la enseñanza de los mismos siempre tenía lugar dentro del grupo residencial. Sin embargo, si la norma seguida fuese virilocal, las mujeres vendrían desde otras comunidades, lo que originaría una fuerte heterogeneidad espacial y temporal en los diseños realizados dentro del grupo, y por ello su distribución aleatoria en el poblado. Longacre y Hill intentaron verificar sus hipótesis en asentamientos prehistóricos norteamericanos, donde pudieron aislar conjuntos de diseños en diferentes habitaciones que interpretaron como grupos residenciales matrilocales. Asimismo, Longacre y otros autores como Cook, Tuggle, o Wiley aplicaron esta línea de investigación al estudio de las relaciones entre comunidades, como una extensión del método anterior, pues no en vano los intercambios matrimoniales constituyeron uno de los componentes principales de esa interacción. De esta forma se postulaba la existencia de una correlación estrecha entre la distancia geográfica entre yacimientos, y su grado de similitud decorativa.

En segundo lugar estarían las propuestas de Connor, Leone o Whallon, quienes incidían en el análisis del grado de homogeneidad de los atributos estilísticos cerámicos como medida de la endogamia de una comunidad, a su vez determinada por el movimiento de mujeres entre aldeas. Según Whallon (1968) si la residencia postmarital no se fija normalmente en la aldea de la novia, las mujeres se moverán entre diversas aldeas, llevando con ellas sus propias técnicas y estilos alfareros, y ello creará una situación de cierta heterogeneidad estilística, mientras que un elevado grado de matrilocidad derivará en una mayor homogeneidad dentro de cada aldea. Para contrastar este modelo estudió las colecciones cerámicas de yacimientos Owasco e Iroqueses del estado de N.York, que ofrecieron un alto grado de homogeneidad estilística, lo que coincidía muy bien con sus hipótesis ya que las evidencias etnográficas sobre estos pueblos hablaban de una pauta de residencia matrilocal.

En tercer lugar contamos con los trabajos de Deetz para quien bajo una norma de residencia matrilocal, reforzada por una filiación matrilineal, cabría esperar un alto grado de consistencia en las asociaciones de diseños, pues el comportamiento que produce estas configuraciones pasaría de madres a hijas, y sería preservado por su constante reproducción dentro de la unidad familiar. Más aún, estas combinaciones de atributos serían mutuamente excluyentes dentro de la comunidad, pues cada grupo de mujeres crearía sus propios patrones. Un cambio en el patrón de residencia traería como consecuencia la

reducción del número de diseños repetidos, y en última instancia una asociación más aleatoria entre los atributos que constituyen el repertorio decorativo global de una cultura.

En suma, todos estos trabajos parecían inaugurar una vía nueva de investigación en el marco de la llamada etnoarqueología (Skibo y otros, 1989: 389), que conseguía aportar datos muy interesantes sobre la organización social de los grupos del pasado, incluso en detalles tan importantes como los sistemas de parentesco. Sin embargo, no tardaron mucho en aparecer las primeras críticas (Friedrich, 1970; Allen y Richardson, 1971; Stanislawski, 1973). Plog (1978: 148-161; 1980: 4-12) las ha sintetizado en dos grandes apartados:

En primer lugar, las que cuestionan los presupuestos teóricos de partida, que se centran en tres asuntos diferentes, las distribuciones espaciales de los diseños, los patrones de aprendizaje y el papel de los intercambios. Autores como Stanislawski (1973) o Friedrich (1970) han criticado la asunción según la cual los patrones de distribución espacial de los restos arqueológicos reflejan directamente el comportamiento humano del pasado. Según ellos existen numerosos factores que esos autores no tuvieron en cuenta y que afectan de forma determinante a la dispersión de los materiales, pues en distintos trabajos etnoarqueológicos se demuestra, por ejemplo, cómo en muy pocos años las cabañas se abandonan y vuelven a utilizarse después alterando así el significado del relleno original (Longacre, 1982: 64; Cameron y Tomka, 1993). Incluso una revisión reciente de los trabajos de campo de Hill indica que las concentraciones de diseños por él constatadas en determinados grupos de cabañas se correspondían no con pautas de residencia sino con algo más prosaico. La mayoría de los fragmentos pertenecían a los mismos recipientes y exageraban por ello la importancia cuantitativa de ciertos diseños en algunas cabañas (Skibo y otros, 1989: 390-397). Por otra parte los propios patrones de asentamiento pueden influir también de forma crucial en la distribución de los diseños a escala local y regional, pues por ejemplo un modo de vida móvil con pequeños desplazamientos estacionales a cargo de un mismo grupo creará áreas estilísticas, que no se deberán entonces a la interacción entre grupos (Plog, 1980: 15).

En lo que se refiere a los patrones de aprendizaje de los alfareros, se han presentado también evidencias que ponen en cuestión la idea según la cual las mujeres aprenden las técnicas de otras mujeres de su propio grupo social, y sugieren que se trata de un problema complejo (Hayden y Cannon, 1984; Hegmon, 1992: 526-527). El estudio de Stanislawski sobre la alfarería Hopi demostró que existían al menos cuatro modelos distintos de enseñanza en uso, en tres de los cuales los diseños se aprendían de personas integrantes de clanes ajenos. No obstante, como señala Plog (1978: 152), los datos que maneja Stanislawski no son del todo aplicables a la Prehistoria pues pertenecen a los registros realizados por Bunzel en una época en que la alfarería de estos grupos ya se hallaba inmersa en una economía de mercado, donde resultaba una actividad muy provechosa, que se alimentaba del turismo. Finalmente respecto al papel de los intercambios en la producción cerámica prehistórica, también se ha podido

cuestionar la validez de esa proposición de partida según la cual esta industria no rebasaba la esfera doméstica. Diversos estudios en diferentes zonas han demostrado el intercambio de notables cantidades de cerámicas a grandes distancias (Plog, 1980: 19-22).

Otro bloque de críticas o matices a los trabajos de Hill o Longacre, entre otros, son aquellas que discuten los fundamentos de sus interpretaciones de la similitud estilística en términos de interacción social. Allen y Richardson (1971) han señalado que los individuos pueden tener una gran variedad de residencias posibles a elegir dentro y fuera de la estructura del sistema, razón por la cual es casi imposible hablar de una comunidad totalmente matrilocal, tal y como Longacre parece proponer para Carter Ranch. Por otra parte, según estos autores, los datos etnográficos sugieren que hay otros muchos factores, como la economía, o los patrones de propiedad y uso de la tierra, que influyen más en la construcción de los grupos o comunidades que las normas de residencia. Finalmente Allen y Richardson subrayan la gran dificultad que los propios etnógrafos tienen para interpretar las pautas de residencia y definir categorías tales como 'residencia matrilocal', por lo que, en todo caso, no parece ser un terreno muy propicio para el arqueólogo. Por ello recomiendan acudir a otras hipótesis alternativas para explicar la existencia de estos patrones, tales como razones funcionales (p.e. distintas áreas del yacimiento). Un ejemplo de la desatención de esos trabajos hacia a este tipo de factores es, por ejemplo, su análisis de los diseños sin tener en cuenta las distintas formas en los que aparecen, cuando diversos estudios etnográficos y arqueológicos sugieren que frecuentemente cada forma, y a veces incluso las distintas partes que la integran reciben diferentes diseños decorativos (Plog, 1980: 17-18). Por ello, según Allen y Richardson, si la forma del recipiente está relacionada con su función y si se desarrollaron distintas funciones en las diversas unidades espaciales de un yacimiento, entonces es probable que se encuentren diferencias en lo que se refiere a la frecuencia de las formas cerámicas recogidas en ellas, todo lo cual tendrá una influencia decisiva en las similitudes decorativas constatadas entre las distintas cabañas o áreas del poblado.

Según Plog (1978: 155-156; 1980: 23-25) otro factor crucial que tampoco parecen haber tenido cuenta este tipo de trabajos es el control temporal de los datos, y ello cuando diversos estudios han sugerido que el grado de similitud de diseños entre yacimientos arqueológicos está decisivamente influido por la distancia cronológica que entre ellos exista. Suele asumirse de forma implícita que los diseños no cambian de forma continua y progresiva, sino a grandes saltos, de tal forma que entre largos periodos de gran estabilidad surgirían otros de rápidos cambios. Se considera por tanto que los diseños cambian rápidamente en periodos cortos y luego duran etapas largas, sin embargo existen ya varios trabajos etnográficos que demuestran la gran variabilidad existente en la duración cronológica de los tipos cerámicos, que a veces pueden cambiar notablemente en apenas un siglo, o incluso en periodos aún menores de tiempo como 25 años. Además tampoco existe el suficiente control temporal como para asegurar la coetaneidad de dos yacimientos, como ilustra Plog (1980: 16) con un sencillo pero muy

significativo ejemplo: “...si dos yacimientos se ocuparon dentro de un periodo de 20 años pero sólo pueden ser ubicados en una fase que abarca unos 100 años, hay una probabilidad menor del 50% de que llegaran a ser coetáneos”.

Finalmente también han recibido críticas los métodos analíticos empleados en estos trabajos (Idem, 1978: 157-161), tales como los coeficientes de similitud, pues no tuvieron en cuenta el problema del tamaño de la muestra, o los sistemas empleados para clasificar los diseños, por carecer de criterios explícitos (Idem, 1980: 40-44).

En definitiva, una vez examinadas con detalle las limitaciones de los trabajos pioneros de Longacre, Hill o Whallon, ¿podemos concluir que se trata de una línea de investigación inviable, y si es así qué alternativas existen?. Según Plog (Ibidem: 177-178) es evidente que existen considerables problemas en los estudios que intentan deducir la existencia de interacción social entre yacimientos a partir de las semejanzas decorativas, y en particular aquellos que se limitan a calcular un coeficiente de similitud entre las frecuencias de diseños de dos yacimientos y asumir que ello demuestra relación entre ambos. No es por tanto un problema de la línea de investigación en sí sino de la forma en que ésta debe desarrollarse, huyendo de asunciones excesivamente simplistas (Kramer, 1985). Es preciso tener en cuenta la multitud de factores existentes, y no perder de vista algunos aspectos esenciales como el control de la dimensión temporal, o los procesos de formación del registro arqueológico. Y desde luego no emplear de forma acrítica un modelo social simplista sobre el aprendizaje del comportamiento estilístico como algo que pasa de madres a hijas, directa e ininterrumpidamente, sin tener en cuenta el resto de los aspectos propios de los sistemas sociales prehistóricos (Hantman y Plog, 1982: 238-239). En suma, intentar explicar la variabilidad de diseños en cada caso más que asumir que tenemos ya la respuesta, pues existen diversas hipótesis alternativas. De hecho, y pese a todas las críticas sobre él vertidas, este modelo sigue presente, de forma más o menos implícita, en algunos trabajos recientes (Arnold, 1989; Bakker y Luitjen, 1990; Rulf, 1995; Barton, 1997).

Sin embargo, pronto surgieron otras propuestas, aún en el marco teórico general de la arqueología procesual pero que ya anticipaban algunas de las ideas que iban a desarrollarse en los años 80 y 90, con las corrientes postprocesuales. Como señala Jones (1997: 112) tanto en la arqueología histórico – cultural como en las modernas concepciones procesuales del estilo, éste es tratado como un reflejo pasivo de reglas normativas, por lo que, frente a todo ello, hubo de surgir una concepción diferente en la que, recogiendo algunas ideas del debate teórico surgido años antes en los campos de la Sociología y la Antropología, se le concediera un papel más activo. Varios estudios realizados desde fines de los años 70 y comienzos de los 80 apuntan en esa dirección, que será posteriormente ampliada y desarrollada por la llamada arqueología contextual. Entre ellos figuran las investigaciones de Wiessner (1984) que trataremos en el siguiente apartado, pero, sin duda, destaca sobre todos ellos por su gran influencia posterior, el

trabajo de Wobst (1977), según el cual el estilo sería un medio activo para el intercambio de información entre los grupos humanos. Como señalan Hantman y Plog (1982: 239) para este autor seguiría siendo, por ello, un indicador de interacción social, pero ya no reducido a un comportamiento casi mecánico y relativo al parentesco. Por el contrario se trataría de una variable dinámica, sujeta a los cambios sociales, y otros factores como los demográficos, que explicarían la contracción o extensión de las zonas estilísticas. Para Wobst (1977: 327-328) el tipo de mensajes recurrentes y constantes, que se canalizarían a través del estilo serían entre otros aquellos referidos a la pertenencia a un grupo social, a la propiedad, o a diversos aspectos de índole política y religiosa. Todos ellos tendrían un importante papel en la integración social del grupo, pues permitirían la comunicación con aquellas sociedades o personas con las cuales no se podía mantener un contacto verbal constante, facilitando así el mutuo conocimiento, y con ello la interacción social, pues se eliminan las tensiones propias de los primeros encuentros. Una importante consecuencia de todo ello, es la asimilación de todo lo que un estilo decorativo lleva consigo, su bagaje ideológico y cultural.

En palabras de Wobst (Ibidem) “...*Si, a través de los mensajes que se contienen en su ropa, su casa y en otros artefactos un individuo está diciendo: ‘Soy un individuo que pertenece al grupo social X’, también está diciendo que está de acuerdo con las restantes normas de comportamiento y con la ideología que hay tras ellas*”. Este modelo propone una serie de predicciones, en primer lugar la existencia de una clara correlación entre la distancia que separa a emisor y receptor y la eficacia de los mensajes transmitidos a través del estilo, y por tanto también su mayor o menor utilidad, lo que “... *circunscribe el ámbito potencial de receptores a una distancia social intermedia entre emisor y receptor: ni demasiado cerca (porque los mensajes suelen transmitirse por otros medios) ni demasiado lejos (porque no se asegura la recepción ni la correcta decodificación del mensaje)*” (Ibidem: 323-324). En segundo lugar, predice que la cantidad de comportamiento estilístico se incrementará a medida que crezca también el tamaño de la red social en la que participa el individuo. Ello explicaría el escaso comportamiento estilístico constatado en las pequeñas sociedades de bandas (Ibidem: 326). Finalmente, esta teoría enfatiza la importancia de ciertos rasgos de los artefactos que, como la visibilidad, mejoran la eficacia de la transmisión de los mensajes estilísticos (Wobst, 1977: 330).

Como señala Plog (1980: 119) no es un modelo enteramente original, pues se basa en algunas ideas ya sugeridas por Binford o Deetz, pero ha tenido un éxito notable, y ha sido aplicado por numerosos investigadores en los más variados contextos geográficos y cronológicos, más recientemente incluso a problemas arqueológicos europeos (Voss, 1982; 1987). Por esta razón, y aún reconociendo su virtudes, ante el peligro de que se convierta en otra de esas teorías del estilo que pretenden explicarlo todo de él atendiendo sólo a una de sus facetas, Hantman y Plog (1982: 239-240) han realizado una serie de observaciones que conviene tener en cuenta. En primer lugar respecto a los factores que pueden influir en el flujo de información, que nunca es del todo libre. La densidad demográfica, los distintos patrones de

asentamiento, y especialmente el grado de jerarquización social, pueden dificultar el intercambio de información en algunas zonas mientras en otras por el contrario lo frenan. Así, en algunos casos pueden existir determinadas barreras sociales, como por ejemplo constreñimientos religiosos, o sociales que marginen a parte de la población de esos intercambios de información. A lo que se pueden añadir en ocasiones los constreñimientos impuestos por el propio medio físico (Roe, 1995: 41).

#### **3.1.4. Los enfoques más recientes.**

Como ya señalamos en el apartado anterior desde fines de los años 70 y comienzos de los 80, y en el marco general de todos los cambios desarrollados en el ámbito de la Antropología y la Arqueología, como consecuencia del agotamiento de los enfoques funcionalistas, comienzan a plantearse en el campo que nos ocupa nuevas ideas y planteamientos acerca del papel del estilo, y en general de la cultura material, en el funcionamiento de las relaciones sociales. En las distintas teorías que hemos examinado en el apartado anterior ambos se habían tratado como reflejos pasivos de otros procesos sociales, ya fueran tipos de adaptación al medio ambiente, agrupamientos étnicos o grados de interacción social. En ellas se intenta explicar sólo el sentido adaptativo del cambio estilístico, pero no por qué adopta unas formas particulares y no otras, asunto que hay que relacionar con el contexto histórico particular donde se desarrolla (Shanks y Tilley, 1987a: 146; 1987b: 94; Hegmon, 1992: 525; Braun, 1995; Hodder, 1990b: 46). En definitiva, se plantean nuevas cuestiones, como la ambigüedad del estilo, más susceptible de ser “interpretado” que de ser “leído” (Carr y Neitzel, 1995: 8). Por ello, en las nuevas corrientes postprocesuales, y en especial en la llamada arqueología contextual se va a subrayar el papel activo, dinámico y transformador de la cultura material en general, y de los elementos estilísticos en particular, como algo capaz de engendrar cambios en las relaciones sociales, o al menos de influir en su desarrollo de forma determinante (Wiessner, 1984: 194; Shanks y Tilley, 1987a: 152-154; Hodder, 1990b: 46).

Son muy variadas las aportaciones realizadas desde esta perspectiva en los últimos años, por lo que sólo daremos cuenta de algunas de las más conocidas, empezando por su principal exponente, que es sin duda Ian Hodder (1982a y b; 1990b). Para este autor no se puede reducir el papel del estilo a su función social de transmisor de información, ya sea sobre la identidad de grupo o de otra clase (1990b: 44). Según Hodder el estilo es activo y creativo, tiene el potencial de controlar el significado de las relaciones sociales, y por ello el poder de transformarlas (Ibidem: 46), no tiene “un” significado sino que forma parte del proceso de creación de significados (ibidem: 50). Sus trabajos etnoarqueológicos en distintos lugares de África (Kenia y Zambia especialmente), le proporcionaron una amplia base de datos con la que sostener sus argumentaciones respecto al papel del estilo y en general de la cultura material en las relaciones sociales. En su estudio desarrollado en el Distrito Baringo de Kenia, demostró que a pesar de la interacción mantenida a través de las fronteras tribales persistían claras diferencias culturales en determinados objetos, mientras que otros tipos sí lograban cruzarlas (1982a: 58). Según Hodder las

diferencias en cultura material son en parte fomentadas para justificar la competición entre grupos y la reciprocidad negativa, fenómeno que se acrecienta en momentos de tensión económica (Ibidem: 55). Por ello cuestiona ese lugar común tan utilizado por los enfoques procesuales según el cual la transmisión de la cultura material depende de la interacción social y la proximidad. Para Hodder no existe una relación directa y simple sino que depende de las estrategias e intenciones de los grupos participantes y de cómo usan, manipulan y negocian con sus símbolos materiales como parte de esas estrategias (Ibidem: 185). Así, en sus estudios de campo, tanto en Kenia (Ibidem: 72-73), como en varias aldeas Lozi, en Zambia occidental pudo constatar que la estructura de las diferencias culturales entre las tribus se relacionaba no con la intensidad de la relación que tuvieran sino con la naturaleza de esa interacción y el grado de competición económica existente entre ellos (1982b: 83). Por ello es prioritario estudiar el contexto histórico particular, las circunstancias sociales y económicas que rodean al comportamiento estilístico. En general sugiere que la competencia por unos recursos escasos suele desembocar en un peculiar uso de la cultura material que busca reforzar la cohesión interna del grupo, frente a los vecinos rivales. Por ello la estructura de las diferencias culturales no depende tanto de la interacción como de su naturaleza.

Así, por ejemplo los Lozi y los Mbunda son dos tribus que mantienen contactos muy intensos pero de tipo competitivo por lo que emplean ciertos elementos materiales para marcar sus diferentes identidades (Ibidem: 92). En suma, para Hodder la cultura material no es un referente neutral de la organización social y la intensidad de la interacción, sino una parte más de las estrategias económicas o políticas (Ibidem: 93). Algo que también se puede comprobar dentro de cada poblado o aldea, en el marco de sus relaciones internas, y que viene a poner en cuestión las hipótesis de Longacre – Deetz - Hill respecto a la influencia determinante de las pautas de residencia en los sistemas de aprendizaje y por tanto en la distribución espacial de los diseños. Los estudios de Hodder en una aldea Lozi, demostraron que los dos grupos estilísticos existentes allí no eran resultado de la residencia matrilocal (pues era virilocal), ni tampoco de los patrones de aprendizaje de ella derivados. Es más existían casos concretos que la contradecían, como una mujer que habiendo aprendido la alfarería de otros miembros de la misma aldea hacía diseños diferentes, y otra que habiéndolo hecho fuera los hacía similares. Según él existían rivalidades familiares y personales que lo justificaban. Por todo ello concluye este autor que no se pueden estudiar las similitudes estilísticas en términos de interacción sin tener en cuenta la naturaleza de las relaciones y tensiones existentes entre los grupos o individuos que en ellos participan (Ibidem: 94-95).

Existen otros trabajos etnoarqueológicos recientes que subrayan asimismo el papel del estilo en las estrategias empleadas por los distintos grupos para modificar las relaciones sociales. Así, Miller (1982), ha descrito cómo los indios de Dangwara en La India central, intentan alcanzar su posición social imitando los diseños estilísticos de la casta superior. Braithwaite (1982), por su parte, ilustra cómo la decoración cerámica y su distribución ‘simboliza’ los roles masculino y femenino entre los Azande. Otros han subrayado especialmente la importancia de los estilos decorativos en las sociedades “primitivas”, en

las que trascienden el carácter de mero ornato propio de nuestra visión moderna, para constituirse en auténticos sistemas cognitivos, exclusivos de cada grupo particular, y, por ello, hasta cierto punto indicadores de límites culturales (Hardin, 1984). Para otros autores su calado social es aún más importante, ya que pueden funcionar como un poderoso medio a través de los cuales la sociedad implanta sus valores en el individuo (David y otros, 1988: 379).

En lo que respecta a las aportaciones teóricas relativas a la base psicológica del comportamiento estilístico no podemos olvidar los trabajos etnoarqueológicos de P. Wiessner (1983; 1984; 1989). Se basan en la teoría psicológica que considera la identidad social, ya sea individual o de grupo, como un proceso cognitivo de comparación, universal en el ser humano, y “...a través del cual el yo se diferencia de los otros, y el grupo propio del grupo ajeno” (Wiessner, 1983: 191-2, 257). Para esta autora el estilo es una forma activa de comunicación, a través de la cual se puede proyectar la propia identidad hacia los otros, razón por la cual puede utilizarse activamente en las estrategias de alteración y creación de relaciones sociales (Wiessner, 1984: 194).

En coordenadas teóricas muy semejantes a las manejadas por Hodder, pero con directa aplicación al registro arqueológico de la Europa prehistórica, se encuentran los trabajos de Shanks y Tilley (1987a y b). Para estos autores la idea de que el estilo (o el arte en general) simplemente refleja la realidad social es inadecuada pues sugiere una relación mecanicista y pasiva. Es en realidad un reflejo transformable de la conciencia social, pero activo ya que puede ayudar a formarla y estructurarla. Es capaz de producir visiones nuevas e insospechadas de la realidad social, y por tanto cuestionarla. La ideología, y su materialización a través del estilo, puede apoyar estrategias por medio de las cuales ciertos grupos o individuos adquieren poder sobre los restantes. En tanto que sistema de signos y práctica significativa produce efectos definidos que delimitan la forma en que la gente piensa y se aproxima a la realidad social. (1987a: 148). Por ello Shanks y Tilley (Ibidem: 153) sugieren que, teniendo en cuenta los datos revelados en diversos trabajos etnográficos, puede demostrarse que en muchos casos los principios básicos que estructuran el orden social sirven también para hacer lo propio con la composición de otros aspectos de la vida material como los diseños en los tejidos, la distribución espacial de las casas en los poblados, las estrategias matrimoniales o los intercambios de regalos.

Por esa razón, a la hora de estudiar un estilo decorativo es preciso prestar atención de forma especial a la combinación y disposición de los diseños, y los principios que los gobiernan. Y esto es lo que ensayan en un ejemplo arqueológico (Ibidem: 155-171), con una muestra de 70 recipientes decorados del Neolítico medio (TRB) del sur de Suecia, que se recogieron en la entrada de una tumba megalítica. Una vez analizada la ordenación de los motivos se obtienen una serie de patrones concretos, que sorprenden por su regularidad. En sus palabras se trata de un vocabulario gráfico muy restringido, en el que los mismos esquemas se repiten y combinan durante siglos. Intentan relacionar las oposiciones

documentadas entre los distintos tipos de patrones, y su ubicación espacial en la tumba, y las contradicciones subyacentes a la organización social de este grupo, como un intento de resolverlas en el plano imaginario. Según estos autores la negación de la contradicción existente entre esos principios estructurales serviría a los intereses de aquellos que se benefician de la reproducción del orden social más que de su transformación.

Otra reciente aportación dentro del marco teórico postprocesual y asimismo aplicada a un caso prehistórico europeo es la tesis de R. Boast (1990), por desgracia inédita, que estudia las decoraciones campaniformes británicas. Se analiza la estructura de los diseños decorativos aplicando los principios de la simetría, y se relaciona su evolución estilística a lo largo del periodo con los cambios sociales que se supone caracterizan a esta etapa en la zona. Así, parece constatarse una tendencia hacia la complejización de los diseños y sus estructuras a medida que avanza la secuencia, que se manifiesta también en una clara diversificación regional. Según este autor todo ello se relaciona con el progresivo desarrollo de los intercambios de bienes de prestigio y el acceso diferencial a ellos por parte de cada región. Las cerámicas campaniformes, cada vez más llamativas, y los elementos de lujo con ellas asociados se emplearían para controlar los intercambios en ausencia de instituciones políticas que lo ejercieran de forma indiscutible.

Una interesante línea de investigación en parte derivada de las corrientes postprocesuales, es aquella que ha intentado profundizar en la estructura profunda de las decoraciones a través del análisis de los principios simétricos en los que se basan, y cuyo principal exponente es D.K. Washburn. Para esta autora, esos principios son particulares de cada sistema decorativo, y por ello constituyen de hecho indicadores más seguros y representativos de los grupos sociales y su singularidad étnica, que los motivos o diseños concretos vistos de forma aislada, que pueden ser imitados muy fácilmente (Washburn, 1983: 140; 1989; 1995; Washburn y Crowe, 1987). En ocasiones se ha señalado que, a pesar de haber aportado útiles herramientas descriptivas, estos trabajos no han logrado, sin embargo, vincular las estructuras halladas con la realidad social, quedándose por ello a veces en meros formalismos (Carr y Neitzel., 1995: 7-8). Sin embargo, lo cierto es que sí cuentan con un núcleo interpretativo fundamental, que pese a lo novedoso de los métodos, inspirados en principios matemáticos y geométricos así como en estudios de psicología experimental (Washburn, 1995: 101), sigue instalado en principios teóricos muy semejantes a los desarrollados ampliamente desde enfoques anteriores.

Así, y en palabras de esta autora "...los grupos que son vecinos y por ello se relacionan con frecuencia y tienen modos de vida semejantes tienden a emplear estructuras de diseño similares. Por el contrario, los grupos que son enemigos, tienen pocos contactos, o que poseen diferentes pautas de vida y organización utilizan simetrías marcadamente distintas para estructurar sus diseños. Así, la identidad en las estructuras de diseño parece ser indicativa de homogeneidad e intensidad de interacción cultural. Las diferencias en la estructura de los diseños sugieren la falta de interacción ya sea, por ejemplo,

*debido a incompatibilidad lingüística, barreras medioambientales, migraciones, guerras,....”* (Washburn, 1983: 140). No se trata en modo alguno de un caso aislado, ya que parece presente aún en muchos trabajos arqueológicos recientes el significado en última instancia étnico de los patrones estilísticos regionales (Voss, 1982; 1987; Gebauer, 1988). Por otra parte, y en contra de lo que se propugna, sus métodos no están del todo exentos, como los demás, del riesgo de la arbitrariedad y la imposición subjetiva de la propia percepción y categorías taxonómicas en el análisis de los esquemas decorativos (Plog, 1995: 375-377).

En suma, y como balance final podemos señalar que tras décadas de debates teóricos, si algo parece claramente establecido es la enorme complejidad del estilo, la multiplicidad de causas y factores que intervienen en su funcionamiento, y por todo ello lo inviable de cualquier teoría que intente explicarlo y resumirlo a partir de una sola de sus facetas. Tampoco podemos olvidar que todo ello se incluye en una polémica de mayor calado, relativa al papel de la cultura material en las relaciones sociales, respecto al cual las diferentes opciones teóricas hoy vigentes en Arqueología tienen concepciones muy distintas, y hasta cierto punto irreconciliables.

### **3.2. Los estilos campaniformes en la Meseta.**

#### **3.2.1. La clasificación tradicional de los estilos.**

Antes de entrar con cierto detalle en el examen de los estilos campaniformes meseteños y sus características fundamentales, es preciso insistir en la necesidad de ser críticos con el esquema de división estilística que habitualmente se maneja en la investigación, pues su aplicación a un registro arqueológico cada vez más rico y complejo presenta numerosas dificultades e induce a no pocas contradicciones. Varios indicios demuestran lo débil de estos sistemas clasificatorios, y por tanto aconsejan un uso limitado a los quehaceres analíticos y al común entendimiento, sin que pueda apoyarse en ellos ninguna conclusión importante, ni de tipo cronológico (como la seriación de los estilos) ni de otra índole. Sin perder de vista, por tanto, estas limitaciones podemos distinguir, siguiendo los esquemas tradicionales, cinco estilos decorativos bien diferenciados: Marítimo, Puntillado geométrico, Ciempozuelos y Liso.

El aumento sustancial en el número de hallazgos que se ha producido en los últimos años ha permitido constatar frecuentemente la aparición conjunta de cerámicas de todos ellos en un mismo yacimiento, lo cual parece arrojar aún más dudas respecto a la validez de las clasificaciones tradicionales. Por nuestra parte, podemos señalar que en la Meseta todos los estilos aparecen asociados entre sí en diversos hallazgos.

	Marítimo	Puntillado	Ciempozuelos	Liso
Marítimo	*			
Puntillado	19	*		
Ciempozuelos	18	29	*	
Liso	9	7	15	*

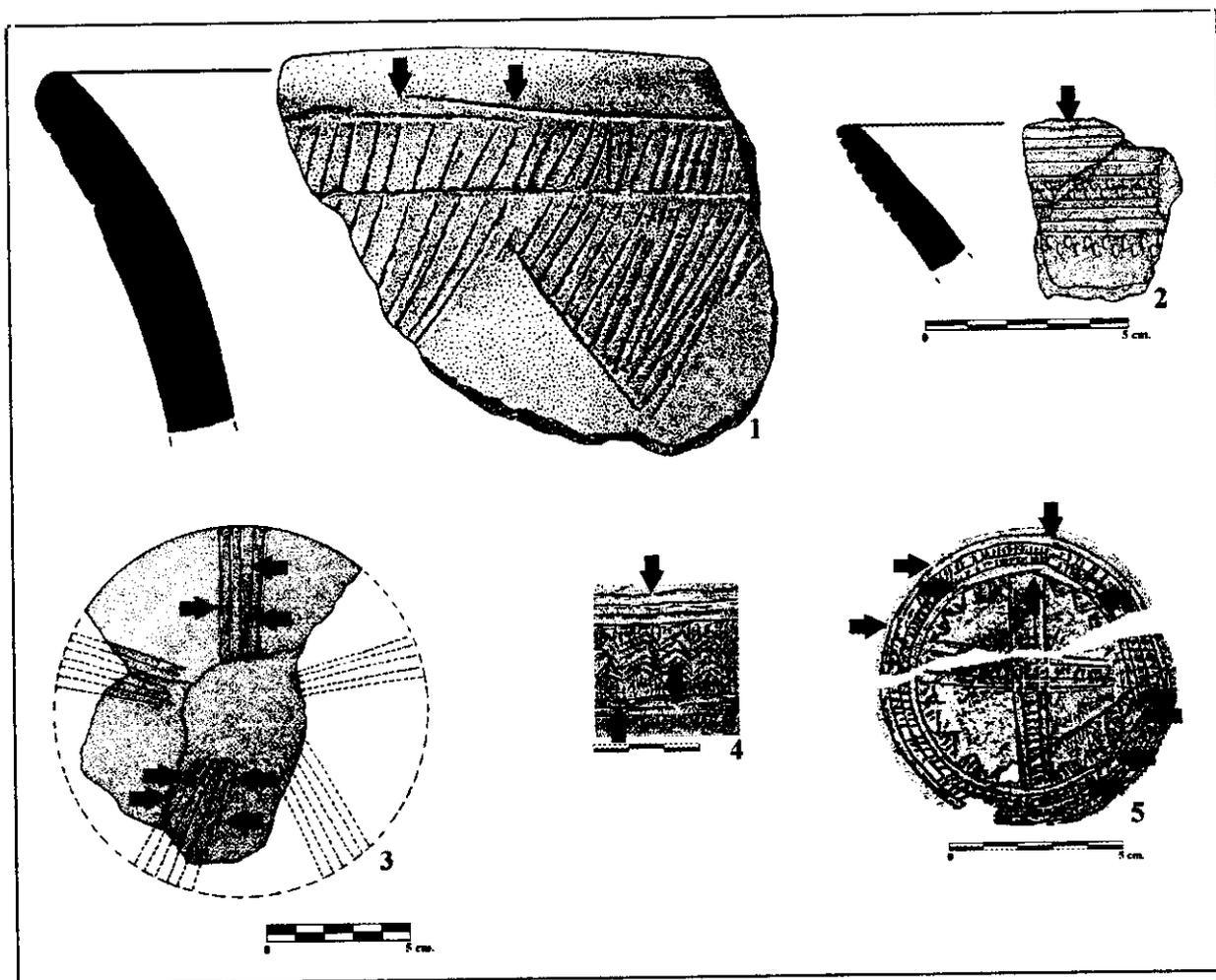
Incluso en dos yacimientos se ha podido demostrar la presencia conjunta de todos ellos, y si excluimos el estilo Liso, de más compleja identificación, son 9 los sitios donde todos los restantes estilos han aparecido asociados. Podría parecer, pues, que la diferenciación de estilos dentro del Campaniforme es algo completamente arbitrario, fruto más de nuestros métodos y la historia de las investigaciones que de la realidad. Sin embargo, lo cierto es que pese a todo lo dicho anteriormente existen testimonios a favor del sentido hasta cierto punto real de la división de los estilos. Las asociaciones que antes señalamos no son tales, pues no se trata de contextos cerrados, sino de hallazgos en asentamientos, ya sea en excavación o prospección. Incluso aunque admitiéramos la estricta coetaneidad de los materiales hallados en los sedimentos de algunos poblados excavados, lo cierto es que en los depósitos funerarios se observan unas pautas muy regulares, que limitan las asociaciones entre estilos a unas muy concretas y restringidas combinaciones.

Así, los ejemplares marítimos y puntillados jamás aparecen junto a los de estilo Ciempozuelos, y sí en cambio se asocian entre sí (p.e. en la fosa de Miguel Ruiz, nº 169) y con los lisos (p.e. en Arenero de J. Francisco Sánchez, nº 160, o en la tumba de Villaverde de Íscar, nº 295). El estilo Ciempozuelos, por su parte también puede verse acompañado de ejemplares lisos (p.e. en el túmulo de Aldeagordillo, yacimiento nº 8, Lámina 1). Obviamente se excluyen aquellos casos como los megalitos o fosas colectivas en los que no se puede asegurar la coetaneidad del depósito. Este hecho ya conocido hace muchos años fue interpretado tradicionalmente en un sentido cronológico, lo que sirvió de base para la edificación de la seriación clásica de los estilos campaniformes, con los tipos marítimos al comienzo de la secuencia, los incisos al final de la misma, y los puntillados a caballo entre ambos.

Como veremos con detalle más adelante, el estricto análisis tipológico coincide aproximadamente con este esquema, y desde luego la cronología absoluta calibrada no está sirviendo para aclarar en un sentido u otro este problema. Hasta tanto no dispongamos de nuevas evidencias o de esquemas cronológicos más detallados no es posible pronunciarse al respecto, por lo que sólo podemos mantener entre tanto la distinción de estilos como instrumento analítico, y sugerir quizá otras posibles hipótesis para interpretar esa llamativa disociación del estilo Ciempozuelos con el Marítimo y Puntillado en contextos funerarios, tal vez relacionadas con cuestiones de índole ritual o social.

### 3.2.1.1. Consideraciones sobre las técnicas decorativas campaniformes.

Es este sin duda uno de los aspectos más injustamente olvidados en los estudios sobre el Campaniforme peninsular. En otros países, como Francia por ejemplo, se han realizado estudios recientes sobre las técnicas decorativas de los campaniformes marítimos y cordados atlánticos, con interesantes resultados (Salanova, 1992). Mediante examen microscópico y obtención de moldes esta autora pudo demostrar que tanto las líneas horizontales como los trazos oblicuos impresos con peine, estaban compuestos en realidad por diversos tramos de longitudes semejantes, con toda probabilidad correspondientes a la aplicación sucesiva de un mismo y corto instrumento dentado. Según Salanova de los 49 vasos estudiados 34 presentan un tipo muy característico de “peine” (en tramos rectilíneos de 2-2'5 cm. de longitud y formados por entre 15-20 dientes regulares para los trazos oblicuos, que se superponen o yuxtaponen en los trazos lineales con un menor desfase o diferencia), que, mediante comprobación experimental, pudo identificar con la célebre concha del *Cardium*.



**Figura 39.** Diversos ejemplos de cerámicas campaniformes meseteñas donde se aprecian indicios que sugieren que la técnica decorativa aplicada en ellos no fue la incisión: (1) La Bóveda, Villaseca de la Sagra, Toledo (nº 438); (2) Cerro de la Cervera. Mejorada del Campo, Madrid (nº 196); (3) Camino de la Yesera, Madrid (nº 153); (4-5) Santibáñez de Ayllón, Segovia (nº 290).

En mi examen detallado de varios recipientes y fragmentos campaniformes meseteños he podido constatar fenómenos similares, pero no en ejemplares puntillados o marítimos sino en los supuestamente “incisos” de estilo Ciempozuelos. Partiendo de la idea original de J.M. Rojas (com. personal), respecto al carácter impreso de muchos campaniformes “incisos”, he dirigido mis observaciones en esa línea de investigación comprobando su validez en multitud de casos, a partir de diversos testimonios directos e indirectos. En el examen detenido del interior de muchas de las líneas horizontales se ha podido apreciar con claridad la existencia de tramos sucesivos superpuestos, como si en lugar de ejecutarse con técnica incisa, es decir con un instrumento cortante que se desliza a lo largo de la superficie, se hiciese empleando un instrumento de pequeñas dimensiones cuya impresión sucesiva conforma finalmente las líneas que vemos recorrer el perímetro del vaso. En este sentido resulta particularmente interesante la observación que Blasco y Baena (1996: 431) manifiestan al respecto de la realización de los trazos con que se ejecutaron los cérvicos esquemáticos que adornan el interior del cuenco madrileño de Las Carolinas, cuando a partir de la observación de este mismo fenómeno incluso sugieren que puede tratarse de una técnica de boquique.

Por otra parte en repetidas ocasiones se ha constatado la yuxtaposición de tramos que no llegan a fundirse o superponerse, por lo que en los puntos de contacto se aprecian nítidamente los extremos respectivos (Figura 39). Sólo así es posible explicar, además, ejemplos como el sorprendente fondo del vaso campaniforme de Santibáñez de Ayllón, Segovia (Figura 39: 5), donde la línea horizontal que enmarca un atípico esquema cruciforme (donde los brazos de cruzan sin dejar el umbo libre), y la línea delimitadora del último friso de la panza, se han ejecutado de forma tan tosca que no sólo son claramente apreciables los límites dejados por la impresión sucesiva del instrumento, sino que en algún sector forman más un polígono que un círculo.

Es precisamente en esta zona del vaso, ya próximo al fondo y donde la curvatura es muy cerrada, en la que se requiere una impresión más precisa y certera, si se quieren evitar resultados como este. Estos cuidados son del todo innecesarios si la técnica aplicada es incisa pues el instrumento cortante puede recorrer esta zona sin problemas simplemente ajustando el ángulo mediante el que se incide en el vaso.

Un problema muy semejante, aún si cabe más extremo, es el que plantea la parte interior del borde, donde la curvatura es cóncava y no convexa, ofreciendo así mayores problemas a la impresión, salvo que el instrumento sea convexo, o que los motivos ejecutados faciliten la tarea. En efecto, si analizamos qué diseños son más frecuentemente empleados en la decoración interna de los recipientes campaniformes meseteños (nº 9, 11, 2, 17 y 6 de nuestra tabla), que representan cerca del 90 % de los casos conocidos, pronto nos percatamos que se trata de motivos realizados mediante impresiones sucesivas muy cortas, probablemente con el extremo ancho de algún punzón (especialmente el 9 y el 11 que aparecen en el 62'26 % de los casos). No parece casual la escasez de motivos lineales (sobre todo el nº 1, sólo conocido en el 6'28 % de ellos), muy difícil de realizar (aunque no imposible) si no es con técnica incisa. Tampoco parece casual que sea

precisamente en las cerámicas de tipo Dornajos donde, por un lado se pueden encontrar indicios claros de la aplicación de la técnica incisa, como veremos a continuación, y por otro la decoración interna sea su característica más llamativa, desarrollándose por todo el recipiente hasta el fondo, y utilizando una gran variedad de diseños en las más complejas y abigarradas combinaciones.

Todos estos detalles son completamente incompatibles con la aplicación de una técnica incisa, que, por otra parte, deja además otro tipo de rastros muy rara vez constatados. Me refiero a las estrias que el instrumento deja a su paso al surcar con la punta cortante la pasta fresca, y a las rebabas que quedan a ambos lados de las incisiones como consecuencia de ello. Respecto a las primeras apenas tenemos información pues requieren la sistemática aplicación del microscopio electrónico, algo que desborda los límites de este trabajo.

Este tipo de investigaciones son prácticamente inexistentes por lo que respecta al Campaniforme peninsular y meseteño, aunque existe una interesante excepción en un reciente trabajo de Gutiérrez (1994). En él se realizaron estudios microscópicos de una serie de fragmentos campaniformes madrileños de la zona de Perales del Río, Getafe, para examinar las técnicas decorativas empleadas en su elaboración. Por desgracia para el asunto que nos ocupa ahora la mayoría son puntillados, aunque hay también dos incisos (las muestras nº 7 y 8, *Ibidem*: Lám. V: 3 y 4). La primera de ellas presentaba en el interior de la línea incisa más ancha alguna fina estria en la dirección del trazado, pero no así la segunda lo que es atribuido por esta autora a la suavidad de la punta del punzón empleado. En cuanto a las rebabas es cierto que existen procedimientos para eliminarlas, como el bruñido de la superficie, pero nunca consiguen eliminarlas del todo, y con gran frecuencia incluso llegan a obstruir o tapar las incisiones, como hemos podido constatar, por ejemplo, en diversos fragmentos de tipo Dornajos del yacimiento de Piédrola en Alcázar de San Juan (Ciudad Real) (Garrido y Rojas, en preparación). En el examen directo de muchas piezas se aprecian con claridad las rebabas a ambos lados de muchas líneas incisas, e incluso cómo han tapado algunas de ellas, probablemente de forma accidental, cuando el alfarero las tocó estando la pasta aún fresca.

Otro detalle característico de la técnica incisa, cuando se aplica sin la suficiente seguridad y maestría, es la existencia de líneas sinuosas u ondulantes, originadas por el mal pulso al deslizar la punta del instrumento cortante por la pasta. Ejercicio muy similar al que podemos realizar con un lápiz o bolígrafo cuando tratamos de dibujar una línea recta prolongada, con la dificultad adicional para el caso de la cerámica de no tener una superficie recta, sino curva. Pues bien, este curioso detalle es muy frecuente en las cerámicas de tipo Dornajos, y desde luego uno de los que más contribuyen a dotarlas de ese característico aspecto descuidado. En suma, la aplicación sistemática de la incisión y el uso preferente de formas abiertas como los cuencos habría facilitado mucho, según esta hipótesis, el desarrollo espectacular de la decoración interna que las cerámicas de tipo Dornajos ostentan a diferencia de las de estilo Ciempozuelos.

Después de todo ello cabría entonces preguntarse ¿son todos los campaniformes “incisos” en realidad impresos, y todos los Domajos incisos?. Por desgracia esto es algo que no se puede afirmar con rotundidad de momento, y que requiere análisis microscópicos detallados sobre muestras amplias y diversas. En suma, una línea de investigación a desarrollar en el futuro próximo. Lo único que podemos señalar es que en nuestras observaciones detalladas de las cerámicas campaniformes meseteñas los indicios antes apuntados son claramente mayoritarios, incluso en piezas tan significativas como las de la necrópolis de Ciempozuelos, por ejemplo. La prudencia nos impide ir más allá de momento, por lo que en todo este trabajo hemos seguido empleando la calificación de incisas para las decoraciones campaniformes de estilo Ciempozuelos, ya que no parece lógico abandonar bruscamente convenciones terminológicas de uso tan extendido, sin contar aún con los fundamentos empíricos suficientes.

Sin embargo, de comprobarse en el futuro lo aquí sugerido, se abrirían nuevos interrogantes: ¿se trata de un fenómeno únicamente peninsular o es también extensible a los restantes complejos “incisos” europeos?, ¿qué implicaciones tendría entonces todo ello para la seriación tradicional de los estilos, o en otras palabras, qué sentido tendría discriminarlos únicamente a partir del tipo de instrumento empleado, pues la técnica ya no sería diferente?.

### **3.2.1.2. Estilo Marítimo o Internacional.**

Se trata, con diferencia, del estilo más uniforme, y desde luego el único común a toda el área de dispersión del Campaniforme en Europa. En la Meseta sólo se aplica a los vasos campaniformes, de diversos tipos y tamaños, y muy excepcionalmente a las cazuelillas (por ahora en un único yacimiento: Poste de la Luz en Getafe, nº 161 y Lámina 34: 5-7). La decoración es siempre puntillada a peine, salvo en la variedad CZM que combina esta técnica con la cordada, y por supuesto siempre sólo en la superficie externa. En la actualidad se conocen 42 yacimientos con cerámicas de este estilo en la Meseta, lo que supone un 10'09 % del total de yacimientos con cerámica. En lo que respecta a su distribución relativa en ambas submesetas, ésta es claramente desigual, pues en la meseta sur con 32 yacimientos (15'92 % del total de sitios con cerámica en esta región) su presencia es notablemente más importante que en la norte, con sólo 10 yacimientos (4'65 %) (Figura 40). Se ha podido documentar la existencia de tres de las variedades decorativas definidas por Harrison (1977: 14), y una cuarta (ILM o ILV), que proponen Hurtado y Amores (1982):

A) (MHV): Es la variedad clásica y más abundante de todas en la meseta, con 37 yacimientos (8 en la meseta norte y 29 en la sur). Está formado por estrechos frisos horizontales y paralelos rellenos de pequeñas líneas oblicuas paralelas, cuya dirección va alternándose en cada uno de ellos respecto del anterior, y que están separados entre sí por espacios lisos de similar tamaño, cubriendo toda la superficie externa. Una curiosa variante, dentro de este tipo, es aquella en la que todos los frisos de líneas oblicuas tienen la misma

dirección. Se ha podido constatar en dos yacimientos madrileños, Casa del Cerro (nº 164 y Lámina 35: 3) y Entretérminos (nº 147 y Lámina 29: 2), y uno salmantino (Prado de la Nava, nº 274 y Lámina 61: 13).

B) (ILV): Variedad muy similar a la MHV, en la que al esquema descrito anteriormente se añaden una o más líneas horizontales y paralelas, en los espacios lisos situados entre los frisos decorados. Se ha encontrado esta variante en cinco yacimientos meseteños, dos en la meseta norte, El Castillo en Burgos (nº 33 y Lámina ) y la cueva de La Tarascona en Segovia (nº 291 y Lámina ); y tres en la sur, Las Tetas de Viana en Guadalajara (nº 116 y Lámina 18: 17), Arenero de Soto II, en Perales del Río, Madrid (nº 156 y Lámina 31: 11) y Palomeras, en Yuncillos, Toledo (nº 440 y Lámina 96: 2).

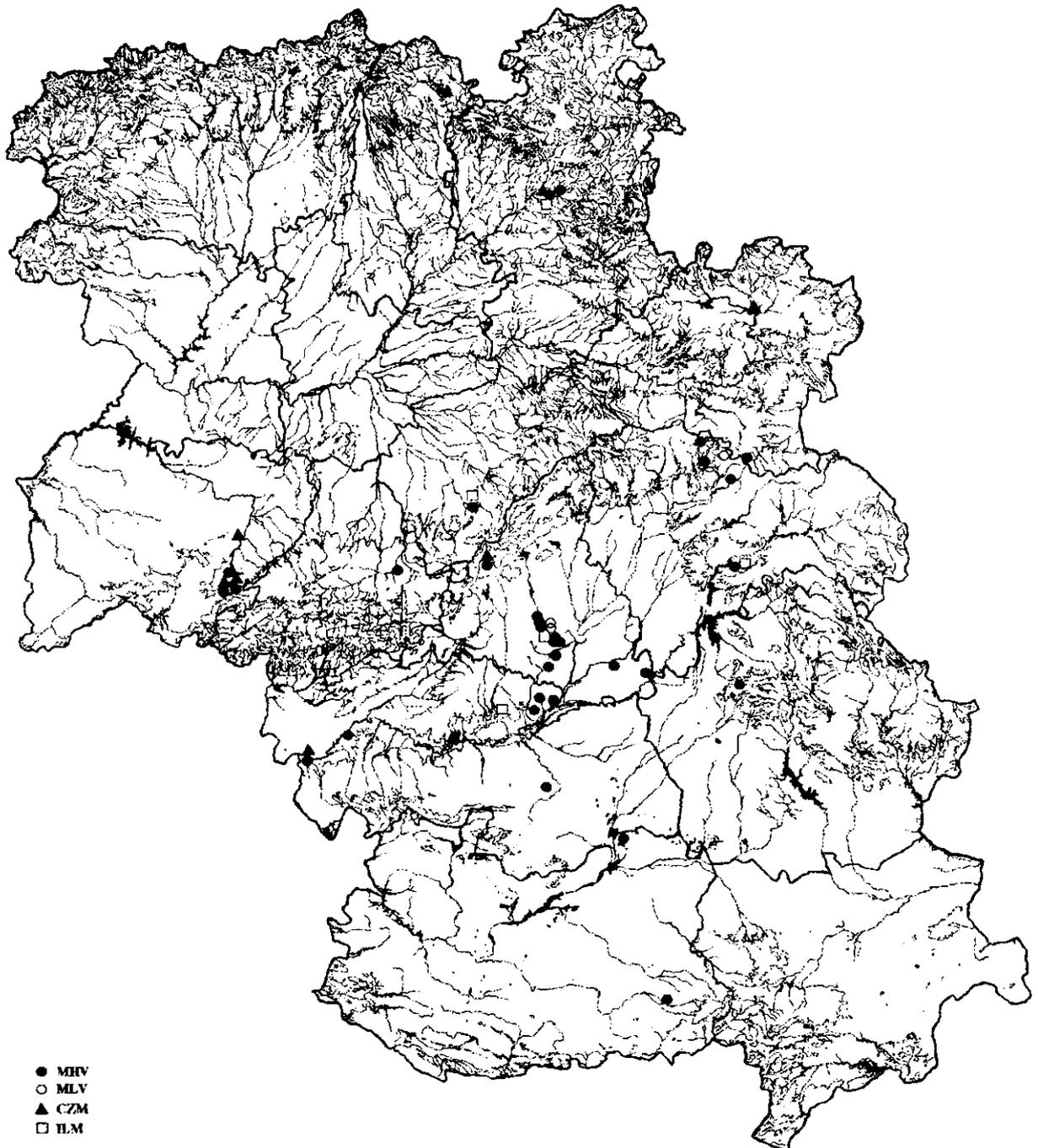
C) (CZM): Se trata de una variante del MHV en la que las líneas delimitadoras de cada friso son ejecutadas en técnica cordada, no puntillada. A veces presentan también en los espacios lisos otras líneas horizontales y paralelas como el tipo ILV, pero cordadas. Se conocen siete yacimientos meseteños, cinco en la meseta norte, El Castillo en Burgos (nº 33 y Lámina 8: 2, 4, 7 y 8), La Veguilla, Aldeavieja de Tormes y Prado de la Nava (nº 263, 264 y 274 y Láminas 58: 1 y 4, 13; y 61: 14 respectivamente) en Salamanca, y El Pozo de San Pedro en Soria (nº 348 y Lámina 73: 9); y dos en la meseta sur, en los dólmenes de Entretérminos, Madrid (nº 147 y Lámina 29: 1) y Azután, Toledo (nº 389 y Lámina 83: 7). Como es fácil observar, esta rara variedad en la meseta, aparece con gran frecuencia en enterramientos megalíticos (cuatro de seis yacimientos), como ya subrayaron Jimeno y Fernández (1983: 29). La escasez de hallazgos disponibles para esta variedad decorativa impide que puedan realizarse estudios más detallados (por ejemplo el tipo de cuerda aplicada, la cantidad de fibras, etc.), que pueden resultar de gran interés a la hora de relacionar recipientes (Hurley, 1979).

D) (MLV): Esta rara variedad que decora la superficie externa a base de líneas horizontales y paralelas, sólo ha sido documentada en tres yacimientos meseteños, todos ellos en la meseta sur: Olmedillas en Guadalajara (nº 104 y Lámina 17:17), Camino de la Yesera (nº 153 y Lámina 30: 3) y Juan Francisco Sánchez (nº 160 y Lámina 34: 1), ambos en Madrid. Aunque aparece en casi toda la Península su incidencia es notablemente mayor en el Occidente y en especial en el área portuguesa, donde existen multitud de referencias (Garrido y Muñoz, 1997: 486; Cardoso y otros, 1996: figura 57: 3). Presenta dos variantes:

1) Las líneas se disponen de forma corrida por toda la superficie externa, separadas por pequeños espacios lisos. Se ha podido identificar en dos yacimientos, la Cueva Harzal, Olmedillas (nº 104 y Lámina 17: 17) y Juan Francisco Sánchez en Getafè, Madrid (nº 160 y Lámina 34: 1).

2) Las líneas se disponen agrupadas en haces de tres o cuatro unidades, que se separan unos de otros por medio de espacios lisos de similar tamaño. Sólo se conoce un hallazgo en el área de estudio, el Arenero del Camino de la Yesera, Madrid (nº 153 y Lámina 30: 3).

Sin contar los ejemplares lineales sólo seis vasos meseteños de este estilo conservan completo su desarrollo decorativo, dos en la cuenca del Duero, ambos en Salamanca (Veguilla, nº 263 y Lámina 58: 1; y Prado de la Nava, nº 274 y Lámina 61: 12), y cuatro en la meseta sur, dos en Madrid (Entretérminos, nº 147 y Lámina 29: 2, y Miguel Ruiz, nº 169 y Lámina 36: 2) y dos en Toledo (Calaña, nº 388 y Lámina 83: 3; y Yuncillos, nº 440 y Lámina 96: 2). El número de bandas decorativas oscila entre 6 (nº 440) y 8 (nº 169, 263), aunque la mayoría de ejemplares tienen 7 (nº 147, 274 y 388). La dirección de los trazos oblicuos en la primera banda (que es la que determina la dirección de las restantes) es mayoritariamente de derecha a izquierda (\\) (todos salvo curiosamente los dos ejemplares madrileños, nº 147 y 169).



**Figura 40.** Mapa de dispersión de hallazgos cerámicos campaniformes de Estilo Marítimo, y sus distintas variedades, en La Meseta.

Ocasionalmente se constata la decoración de los fondos, pero eso sí mediante esquemas mucho más simples que en los ejemplares Puntillados geométricos o Ciempozuelos. De los nueve vasos completos conocidos en la Meseta, tres llevan ornato en el fondo, nómina a la que podemos añadir el fragmento de San Fernando del Jarama. Todos ellos lo hacen con una simple línea que los enmarca (Prado de la Nava, S. Fernando del Jarama y Yuncillos). Excepcional es el caso del Arenero de Miguel Ruiz (Madrid) cuyo fondo se decora con un esquema en estrella mediante una hilera de dientes de lobo rellenos de pequeños trazos (Lámina 36: 2), hecho que parece emparentarlo más con las decoraciones de estilo Puntillado geométrico, algo que no obstante no puede sorprender pues son indudables los vínculos tipológicos, y quizás cronológicos, entre ambos. Así, contamos con otro ejemplo meseteño en el dolmen de Entretérminos, que porta una línea en zig-zag en el espacio comprendido entre el labio y el comienzo de la primera banda de puntillado oblicuo. Si a ello unimos los ejemplares puntillados que aún conservan bandas de puntillado oblicuo, como los bien conocidos de Villar del Campo o Yuncos (Láminas 82: 3 y 96: 7), podremos comprender mejor las dificultades que presenta la aplicación rígida de la seriación clásica de los estilos campaniformes.

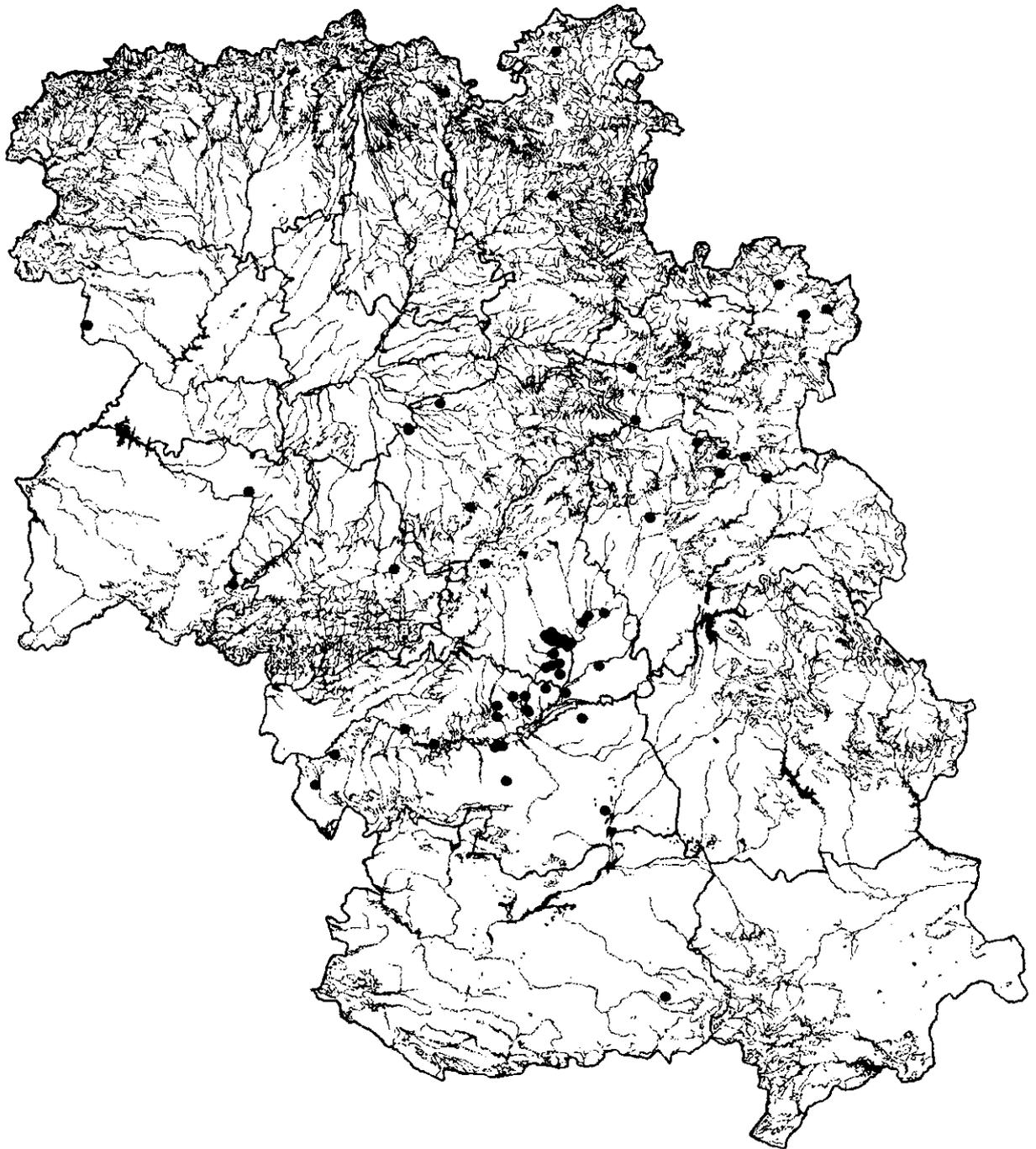
### **3.2.1.3. Estilo Puntillado Geométrico.**

Se trata de un estilo decorativo que, en muchas ocasiones, fue incluido junto al anterior dentro de la categoría general de los tipos puntillados, en la que se distinguían los puntillados a bandas (Marítimo) de los geométricos (Delibes, 1977: 98; Harrison, 1977). Sin embargo, y siguiendo opiniones ya antiguas (Moreno, 1971-2: 39) se ha preferido tratarlo aquí de forma separada, como un estilo distinto del Marítimo. Asimismo hemos decidido incluir en él aquellos ejemplares que hasta ahora venían siendo clasificados como mixtos inciso - puntillados (Garrido, 1994b: 81; 1995: 139), a partir de una supuesta mezcla de las técnicas puntillada e incisa en los mismos vasos, pues un examen detallado de algunos ejemplares nos ha permitido precisar que las supuestas incisiones presentes en estos ejemplares no eran tales, sino impresiones a peine tan profundas que apenas permiten distinguir su característica huella dentada.

Conocemos hasta el momento 63 yacimientos meseteños con ejemplares de este estilo, lo que supone un 15'14 % del total de sitios con cerámicas campaniformes. (Figura 41). En cuanto a la distribución relativa de hallazgos entre ambas submesetas, y al igual que ocurría con el estilo Marítimo, se constata un claro protagonismo de la cuenca del Tajo con 45 yacimientos (22'38 % de los sitios con cerámica en esta región), frente a los 18 de la meseta norte (8'37 %).

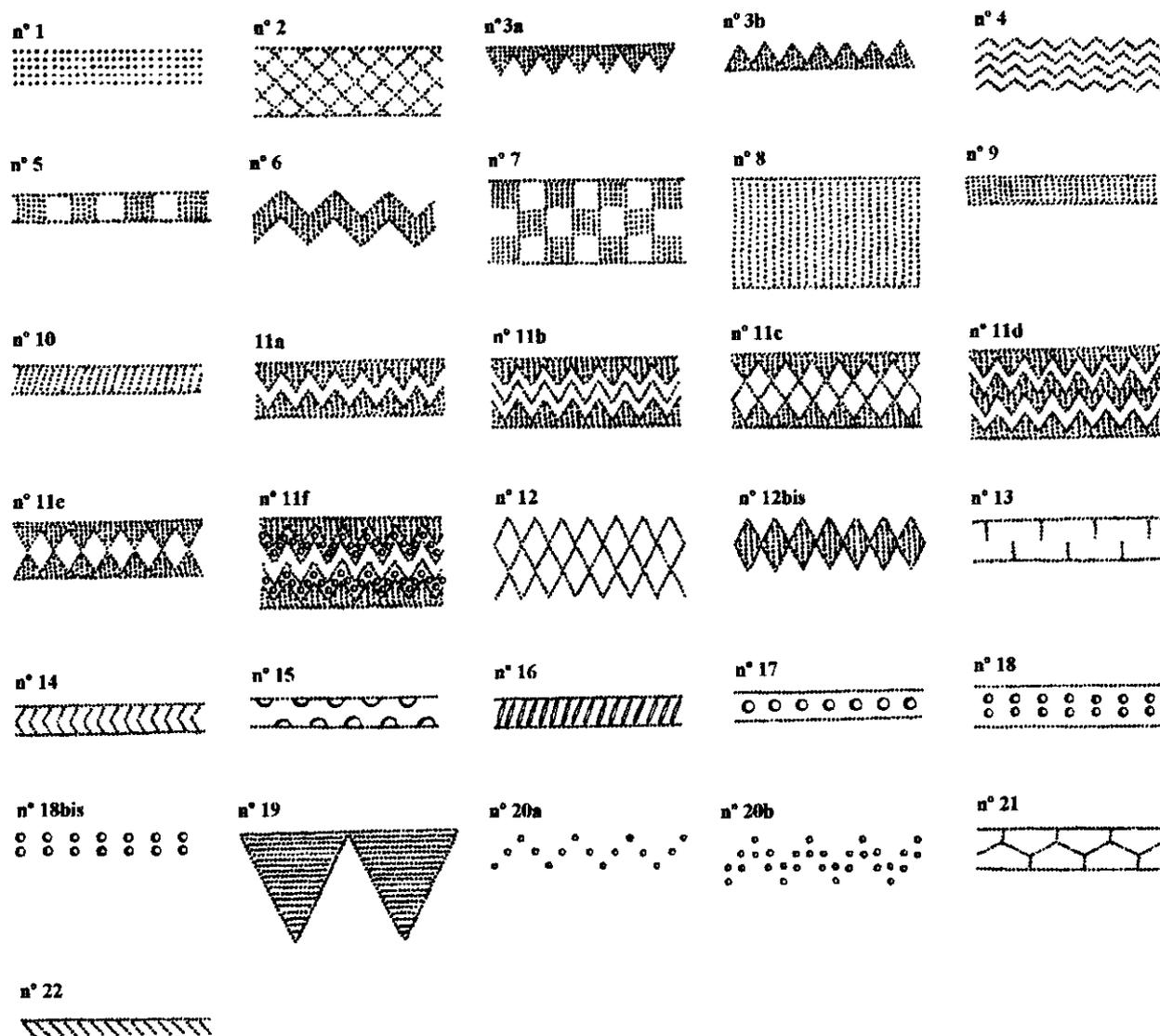
Se aplica sobre todo a los vasos campaniformes, de diversos tipos y tamaños, y más excepcionalmente aparece en cuencos, pues, de hecho, sólo se conocen tres hallazgos de este tipo: el dolmen toledano de La Estrella (yacimiento nº 399 y Lámina 84: 13); Torrejón de Ardoz (nº 227 y Lámina 54: 4); y Arenero de Valdivia en Madrid (nº 176 y Lámina 38: 1), curiosamente todos ellos en cuenca media del Tajo.

También está documentada su presencia en cazuelillas, como por ejemplo en La Tarascona (yacimiento nº 291 y Lámina 66: 2 y 3), y mucho menos frecuentemente en cazuelas, con muy escasos ejemplos como el fragmento de borde del yacimiento toledano de Fuente Amarga, Pantoja (nº 421 y Lámina 92: 7), el recipiente madrileño de Ciempozuelos (nº 145 y Lámina 28: 1), el soriano de Carratiermes (nº 352 y Lámina 73: 15), o el fragmento de Arroyo Culebro en Pinto (nº 202 y Lámina 53: 3), todos ellos de la variedad en franjas.



**Figura 41.** *Mapa de dispersión de hallazgos cerámicos campaniformes de Estilo Puntillado geométrico en La Meseta.*

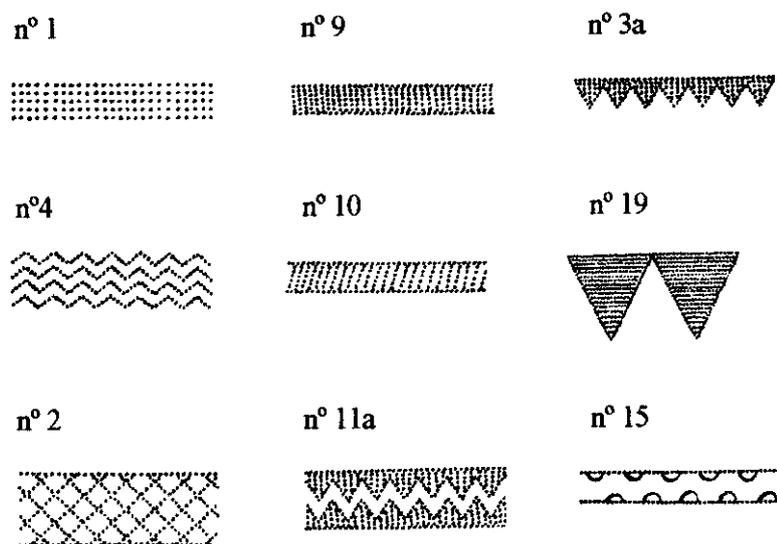
Siempre se ejecuta con técnica puntillada a peine (combinada a veces con la impresa) y sólo en la superficie externa, donde se disponen los motivos decorativos en frisos horizontales y paralelos. Únicamente se conocen dos excepciones a esta norma, ambas en Madrid: un fragmento del yacimiento de Camino de las Cárcavas, Aranjuez (nº 133 y Lámina 20: 4), con una hilera horizontal de dientes de lobo relleno de trazos; y el recipiente de Ciempozuelos (nº 145 y Lámina 28: 1) con una línea en zig-zag.



**Figura 42.** Tabla tipológica de motivos decorativos del Estilo Puntillado Geométrico en La Meseta.

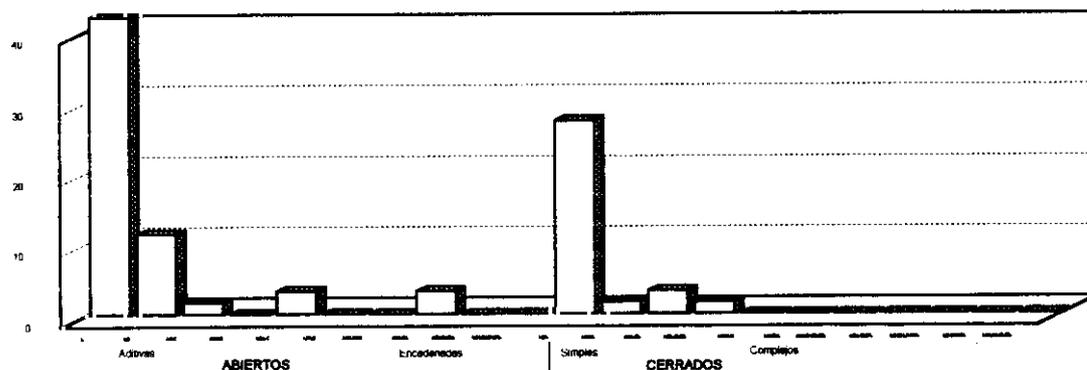
El repertorio de motivos decorativos utilizados en este estilo en La Meseta lo componen 31 tipos (Figura 42), la gran mayoría de ellos comunes al estilo Ciempozuelos, pues sólo cuatro de ellos pueden considerarse exclusivos de este estilo (los números 8, 11f, 20a y 20b). Sin embargo, y como es obvio, no todos se emplean con la misma frecuencia. Un 85'06% de los 830 frisos documentados se corresponden con sólo cinco motivos, los números 1, 4, 2, 9 y 10, y especialmente los dos primeros (líneas horizontales simples, y zig - zags), que representan el 74'93 % del total (Figura 43). Sólo nueve de ellos (nº 1, 4, 2, 9, 10, 11a, 3a, 19 y 15) cuentan al menos diez apariciones, siendo por tanto el resto minoritarios. Desglosados los

resultados entre ambas mesetas son como siguen: En la cuenca del Duero la tabla estaría compuesta por 22 motivos, y el total de casos ascendería a 420. Los cinco diseños principales antes indicados representarían el 88'09 % del total, y son los únicos que aparecen al menos en diez ocasiones. La meseta sur tendría una tabla particular de 26 motivos, con un total de 410 casos documentados. Los cinco diseños más frecuentes aquí no son los mismos, sin embargo, pues en lugar del 10 (que presenta sólo 4 apariciones) tendríamos el 3a (normalmente empleado como introducción a las composiciones). Aquí los cinco más utilizados (1, 4, 2, 3a y 9) representarían el 82'92% del total, y sólo tres (nº 1, 4 y 2) alcanzan al menos las diez apariciones.



**Figura 43.** Motivos decorativos más frecuentemente empleados en el estilo Puntillado geométrico de la Meseta

El número de motivos empleados en cada vaso es variado, aunque se ha podido estimar una media de sólo 2'92, algo menor a la que veremos presenta el Ciempozuelos (3'64). Diseños que se repiten y combinan a lo largo de la superficie del vaso no de forma azarosa sino de acuerdo con esquemas o patrones regulares de organización. Al igual que veremos con el Ciempozuelos se han podido identificar una serie de esquemas básicos, con arreglo a la metodología analítica especificada en el apartado correspondiente (3.II.B). En general se constata una cierta parquedad en el repertorio, pues aparecen sólo nueve (A, ABA, AB, ABABA, ABAC, ABACA, ABC, ABCA, ABACADA) del total de 21 patrones localizados en el Campaniforme meseteño, aunque también es cierto que la muestra es sensiblemente menor.



**Figura 44.** Histograma de los Patrones decorativos que organizan los motivos en el Estilo Puntillado geométrico de La Meseta.

En cualquier caso se trata de esquemas mayoritariamente abiertos (64'4%), sobre todo secuencias aditivas (A, AB, ABC, ABAC), y en general sencillos, pues los esquemas cerrados conocidos son todos simples (ABA, ABCA, ABACA, ABACADA). No en vano sólo tres patrones (A, ABA y AB) representan el 80'64% del total (Figura 44). Sólo en cuatro casos (6'45% del total) se ha detectado el empleo de motivos introductorios, ya sea el 3a (nº 169, 255 y 440) o el 3b (nº 421), y sólo en uno el uso de motivos finales (nº 352).

Según la forma de disponer los motivos en la superficie decorativa podrían distinguirse dos variedades distintas<sup>22</sup>:

- Corrido:

Dispuestos sin interrupción cubriendo toda la superficie externa, de arriba abajo siguiendo la lógica propia del estilo Marítimo. No en vano, algunos ejemplares de esta variedad conservan aún algunas bandas de puntillado oblicuo como en los vasos marítimos (p.e. Yuncos en Toledo, nº 441 y Lámina 96: 7; o Villar del Campo en Soria, nº 385 y Lámina 82: 3). Ha podido ser identificada en al menos 15 yacimientos, el 23'80 % de los sitios con campaniforme puntillado, tres de ellos en la meseta norte (El Castillo en Burgos, nº 33 y Lámina 8; La Tarascona en Segovia, nº 291 y Lámina 65: 5 y 10; y Villar del Campo en Soria, nº 385 y Lámina 82: 3) y 12 en la sur (Caracena en Cuenca, nº 88 y Lámina 15: 2; Aguilar de Anguita, nº 95 y Alcolea de las Peñas, nº 97 y Lámina 16: 2, ambos en Guadalajara; Camino de las Cárcavas, nº 133 y Lámina 20: 4, Casa del Cerro, nº 164 y Lámina 35: 4, Constantino del Río, nº 165 y Lámina 35: 5, Miguel Ruiz, nº 169 y Lámina 36: 1, Valdivia, nº 176 y Lámina 38: 2, Vallecas, nº 192 y Lámina 41: 11, Las Canteras, nº 200, todos ellos en Madrid; y Campo de Tiro de Granadas, nº 430 y Lámina 94: 4, y Yuncos, nº 441 y Lámina 96: 7, ambos en Toledo).

- En franjas:

Los motivos se agrupan en franjas horizontales y paralelas, separadas entre sí por espacios lisos, de forma muy similar al estilo Ciempozuelos. Esta variedad se ha documentado en 14 yacimientos meseteños, el 22'22% de los sitios con campaniforme puntillado en el área e estudio, cuatro de ellos en la meseta norte (Provincia de Palencia, nº 255 y Lámina 56: 2, Prado de la Nava en Salamanca, nº 274 y Lámina 61: 16, La Tarascona, nº 291 y Lámina 66: 2-4, y Villaverde de Íscar, nº 295 y Lámina 67: 5, ambos en Segovia) y 10 en la sur (Ciempozuelos, nº 145 y Lámina 28: 1, Poste de la Luz de Preres, nº 161 y Lámina 34: 11, Pedro Jaro II, nº 171 y Lámina 37: 1, Quemadero, nº 172 y Lámina 37: 4, Arroyo Culebro, nº 202 y Lámina 53: 3, y Torrejón de Ardoz, nº 227 y Lámina 54: 4, todos ellos en Madrid, y La Golilleja, nº 392 y Lámina 83: 10, La

<sup>22</sup> Por desgracia la escasa muestra disponible y lo fragmentario del material dificultan notablemente su identificación, razón por la cual en un 53'96% de los yacimientos ha sido imposible distinguirlos.

Aldehuela, nº 399 y Lámina 84: 13, Tejeros Bajos, nº 406 y Lámina 85: 28, y Fuente Amarga, nº 421 y Lámina 92: 6 y 7, todos ellos en Toledo).

En los fondos de trece recipientes se ha podido documentar decoración, donde se utilizan todos los esquemas característicos en el Campaniforme meseteño, a excepción del Cubriente y el Cruciforme en negativo. En lo que se refiere a las formas utilizadas en cada esquema la muestra es tan pequeña (únicamente nueve casos tienen forma identificable) que no se ha considerado significativo reflejarlo en detalle. Sólo podemos decir que todas las formas de este estilo presentan decoración en el fondo, a excepción de la variante doméstica. Con la escasa información disponible se pueden reconocer los siguientes esquemas en orden de importancia porcentual:

a) **Radial**: Presenta unas características muy similares al esquema cruciforme, pero en este caso se trata no ya de una cruz sino de una disposición semejante a los radios de una rueda, generalmente en número mayor de cuatro. Los radios tienen ocasionalmente forma triangular alargada, en disminución hacia el umbo, que dejan libre. Se ha podido identificar este esquema en al menos cuatro casos (Provincia de Palencia, nº 255 y Lámina 56: 2, Villaverde de Íscar, nº 295 y Lámina 67: 5, Ciempozuelos, nº 145, y Belvis de la Jara, nº 392).

b) **En estrella**: Mediante la disposición de motivos triangulares de tamaño variable, que rematan la última franja de la panza, se crea un espacio liso en forma de estrella de múltiples puntas. Por ahora se han podido identificar al menos cuatro casos (Prado de la Nava, nº 274 y Lámina 61: 16, Miguel Ruiz, nº 169 y Lámina 36: 1, Molino de Viento, nº 411 y Lámina 85: 34, y Berrocal II, nº 439 y Lámina 96: 1).

c) **Cruciforme**: Sólo conocemos tres ejemplos de este esquema que forma una cruz griega de cuatro brazos, que convergen en el umbo, dejándolo libre (El Castellón, nº 86 y Lámina 14: 11, en Ciudad Real; Arenero de Valdivia, nº 176 y Lámina 38: 1, en Madrid, y La Golilleja, nº 392, en Toledo).

d) **Simple**: Se trata sólo de disponer una franja decorativa más, paralela al resto de las que adornan la panza, pero en torno al fondo del recipiente. Sólo conocemos un caso hasta el momento, procedente del dolmen de Entretérminos (nº 147 y Lámina 29: 7), y cuya filiación tampoco es segura pues se trata de un fragmento que también podría ser de estilo Marítimo.

e) **En torno al Umbo**: Como veremos más adelante, en el estilo Ciempozuelos tenemos constatada esta práctica tanto de forma aislada como en asociación con otros esquemas más complejos como el radial o el cruciforme, por ejemplo. En el caso de los ejemplares puntillados contamos con un único caso (Cueva de La Tarascona, en Segovia, nº 291 y Lámina 66: 5).

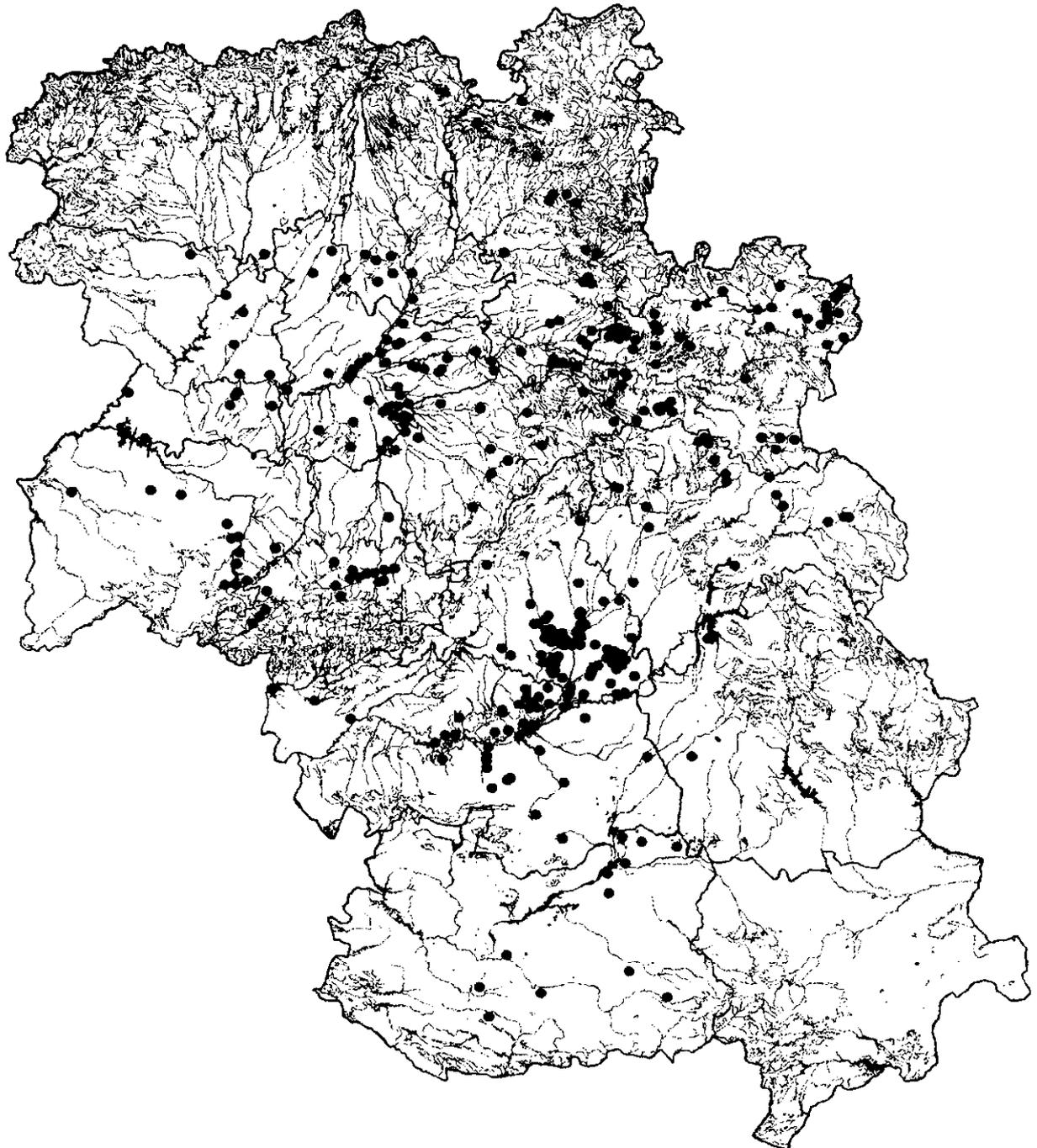
Finalmente, se ha podido distinguir una variante doméstica dentro de este estilo, que si bien cuenta aún con escasos ejemplos, parece claramente definida. Utiliza motivos y esquemas similares, y la misma técnica decorativa, pero aplicados a recipientes de grandes dimensiones y peores acabados. Por desgracia sólo se conocen unos pocos ejemplares incompletos, en concreto 17 fragmentos de 9 yacimientos: Perical en Guadalajara, nº 97 y Lámina 16: 3, Aldehuela, nº 152 y Lámina 30: 1; Poste Luz Preresca, nº 161 y Lámina 34: 9, 11 y 14; Casa del Cerro, nº 164 y Lámina 35: 4; Pedro Jaro II, nº 171 y Lámina 37: 1; y Tejar de Pedro Ugarte, nº 189 y Lámina 40: 5, todos ellos en Madrid; Tarascona, nº 291 y Lámina 65: 12, 66: 1, 6 y 7, en Segovia; Carratiermes en Soria, nº 352 y Lámina 73: 14 y 16; y Abardiales II en Toledo, nº 418 y Lámina 91: 1 y 2. De ellos sólo se conoce el diámetro del ejemplar madrileño de Casa del Cerro (36 cm), y del segoviano de Tarascona (30 cm.).

Por lo que respecta al repertorio de motivos empleados en esta variante doméstica, y siempre teniendo en cuenta que la información disponible es aún muy escasa, podemos señalar que éste se reduce a 14 de los 31 motivos que componen la tabla general de este estilo en la Meseta, en concreto los números 1, 2, 3a, 3b, 4, 9, 10, 11a, 11b, 11d, 11f, 15, 16 y 19. El reparto proporcional es como sigue: (nº1) 10, (nº19) 7, (nº4) 6, (nº2) 2, (nº3b) 2, (nº11a) 2, (nº15) 2, (nº16) 2, (nº3a) 1, (nº9) 1, (nº10) 1, (nº11b) 1, (nº11d) 1, (nº11f) 1.

#### **3.2.1.4. Estilo Ciempozuelos.**

Es, con diferencia, el estilo mejor representado en la meseta, con 364 yacimientos, que representan un 87'5 % del total de sitios con cerámica. En cuanto a la distribución relativa de hallazgos en una y otra submeseta, es ahora en la norte donde su presencia es más notable, con 201 (93'48 % de los yacimientos con cerámica en esa región), frente a los 163 de la sur (81'09 %) (Figura 45). Además, es el único estilo que emplea todas las formas campaniformes conocidas en la Meseta, pues aparte del célebre trío vaso campaniforme, cuenco y cazuela, típico de sus ajueres funerarios, también existen, fuentes, cazuelillas, una copa y vasos de almacenaje. Si tenemos en cuenta la muestra total de 601 fragmentos de este estilo en el área de estudio cuya forma ha podido ser identificada, el reparto proporcional es como sigue: 260 de cuencos (43'26%), 153 de vasos de almacenaje (25'45%), 112 de vasos campaniformes (18'63%), 63 de cazuelas (10'48%), 11 de fuentes (1'83%) y 2 de cazuelillas (0'33 %). A este inventario habría que añadir el por ahora único fragmento de copa hasta hoy documentado, en el poblado madrileño de El Ventorro. Sin descartar del todo la validez de esta distribución relativa, es preciso señalar, sin embargo, que tanto los cuencos como los vasos de almacenaje son más fáciles de identificar a partir de fragmentos por pequeños que estos sean, mientras por ejemplo, vasos y cazuelas son difícilmente distinguibles si la pieza no es lo suficientemente grande, por lo que su menor representación ha de contemplarse con reservas. Si son claramente minoritarias, en cambio, las fuentes y cazuelillas. Por otro lado se observan algunas diferencias significativas entre ambas submesetas, pues con una muestra semejante (279 fragmentos la norte y 322 la sur), los cuencos son más

abundantes en la cuenca del Tajo, con un 48'13% del total frente al 37'63% de la submeseta norte, donde las cazuelas en cambio están mejor representadas, con un 12'54% frente al 8'69% de la meseta sur.



**Figura 45.** Mapa de dispersión de hallazgos cerámicos campaniformes de Estilo Ciempozuelos en La Meseta.

La decoración se realiza con técnica supuestamente “incisa” (véase objeciones al respecto formuladas en el apartado 3.2.1.1), e impresa a punta de punzón, a veces muy profunda por lo que recibe el apelativo de pseudoexcisa. Se utiliza un amplio repertorio de 71 motivos decorativos (Figuras 46-47), dispuestos en frisos que se agrupan siempre en franjas horizontales y paralelas, separadas por espacios lisos de tamaño variable, en disposición distinta según la forma de que se trate. Así en los cuencos se suele colocar una única franja bajo el borde, paralela a él, de la que arranca, cuando existe, la decoración del fondo (por

ejemplo Láminas 21: 2); en los vasos campaniformes y cazuelas una franja se dispone en el cuello y una o dos en la panza, de la última de las cuales parte en su caso la ornamentación del fondo (Lámina 30: 7; 77: 9, por ejemplo). En cazuelillas y vasos de almacenaje dos franjas decoran el vaso, una en el cuello y otra en la parte superior de la panza (por ejemplo Láminas 66: 2; 83: 10; 37: 8; 73: 7 y 8; 74: 22, etc.).

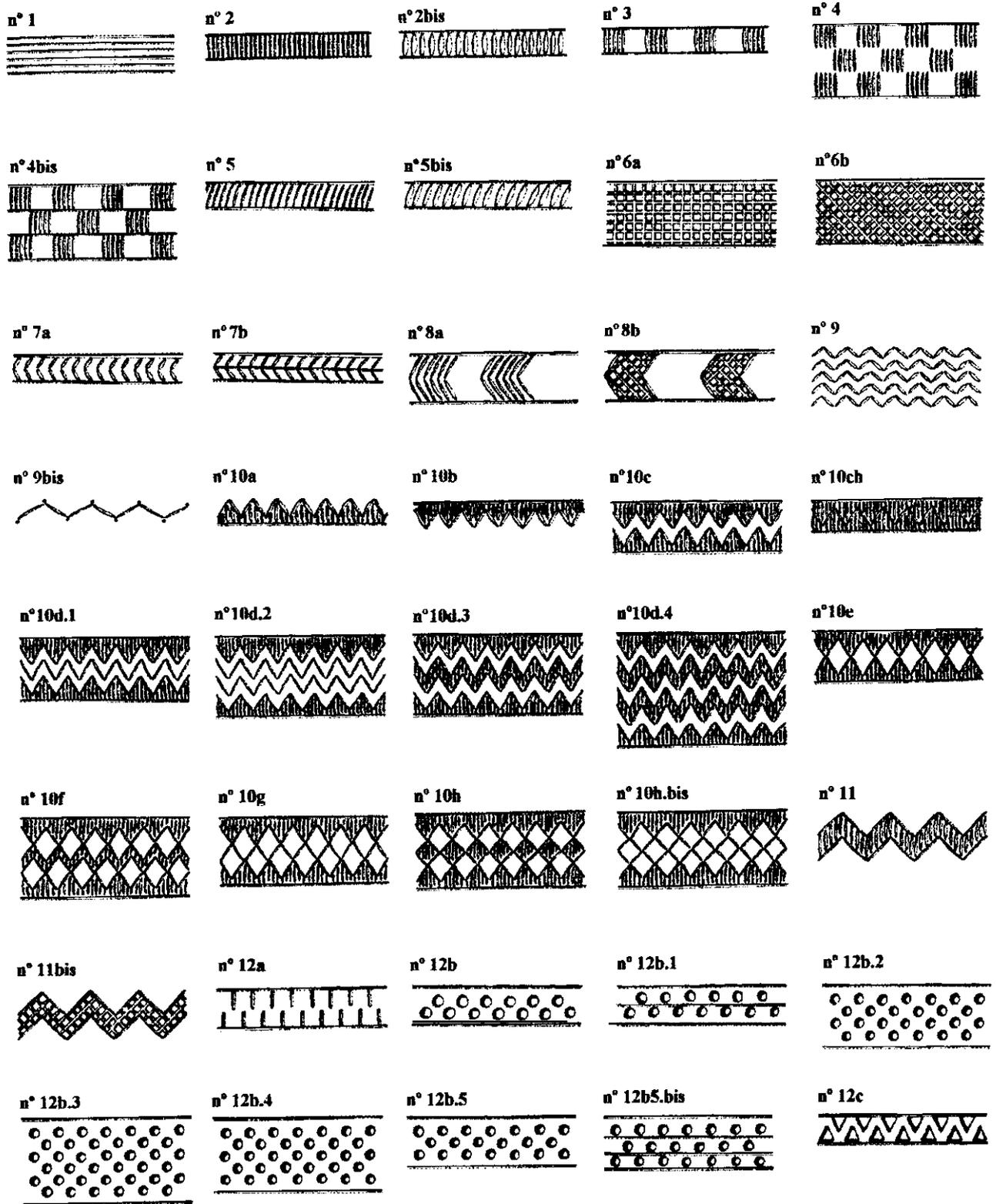
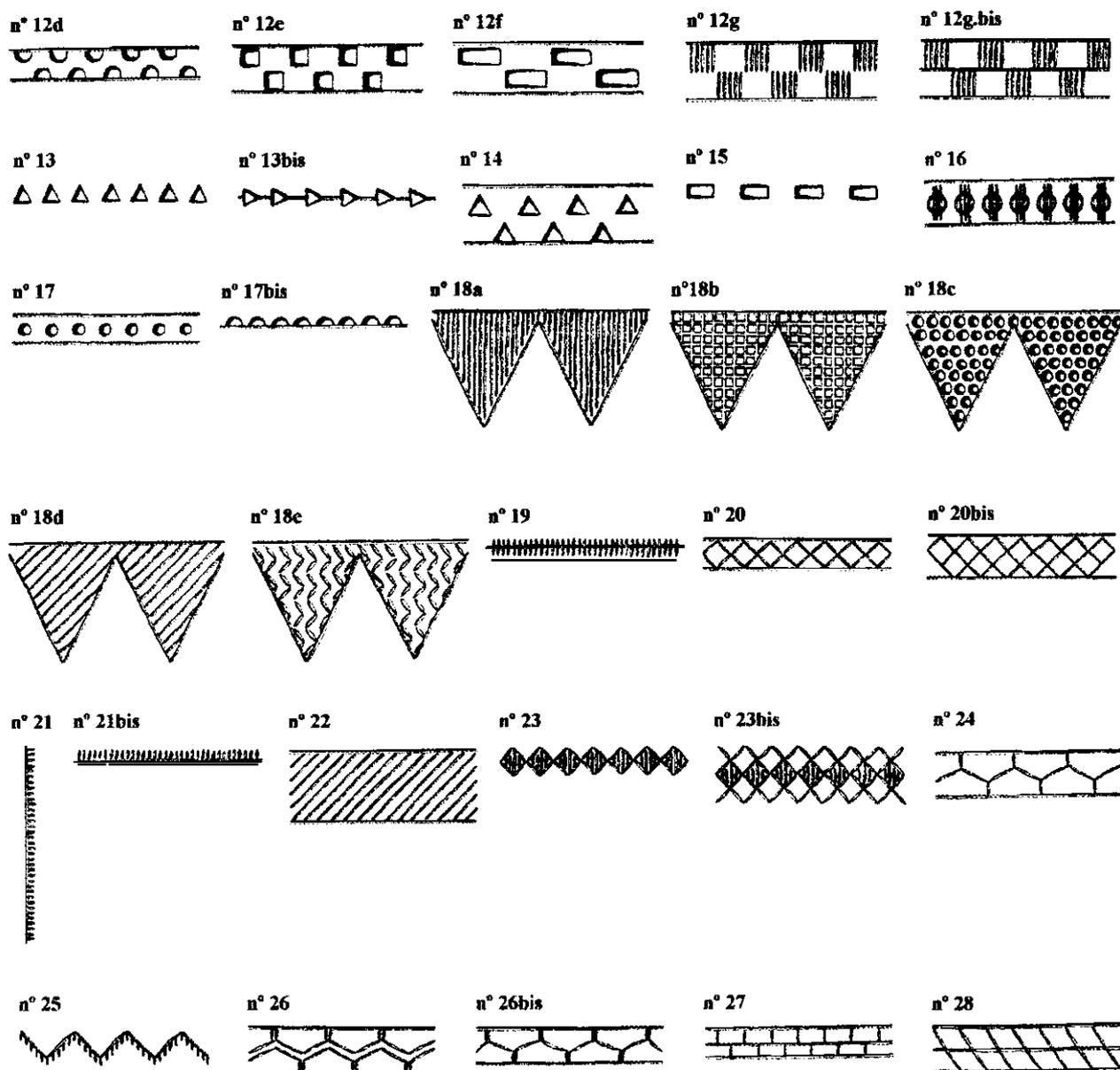


Figura 46. Tabla tipológica de motivos decorativos del Estilo Ciempozuelos en La Meseta.



**Figura 47.** *Tabla tipológica de motivos decorativos del Estilo Ciempozuelos en La Meseta (Continuación).*

En lo que se refiere al tamaño de estas franjas se observa una cierta homogeneidad, lo que nos indica que también existía un control sobre este aspecto, y que se trata, por tanto, de una convención decorativa más. Además cuando la muestra lo ha permitido (por ejemplo en las pertenecientes a los bordes de vasos y cuencos) se ha constatado que los valores medios ofrecidos por ambas submesetas son prácticamente idénticos, con diferencias que nunca superan los 5 mm., lo que teniendo en cuenta la magnitud geográfica de estas regiones no deja de sorprender.

En los cuencos las franjas tienen una media de 27 mm. de tamaño, y aunque los valores totales oscilan entre 8 y 50 mm. la mayoría (63'8 % del total) se comprende entre 20 y 35 mm. En lo que respecta a los vasos, la franja que ocupa el borde presenta una media de 35 m.m , con una muestra comprendida entre 8

y 60 mm., pero con un 53'66% de los casos entre 30 y 50 mm. En la panza, cuando se dispone una sola franja ésta ofrece un valor medio de 41 mm., siendo 25 y 72 mm. los valores extremos, pero con un 76% de casos entre 30 y 50 mm. Cuando la panza se decora con dos franjas separadas, sus dimensiones se reducen proporcionalmente, y así la que ocupa la parte superior presenta un valor medio de 27 mm. y la inferior de 20 mm.

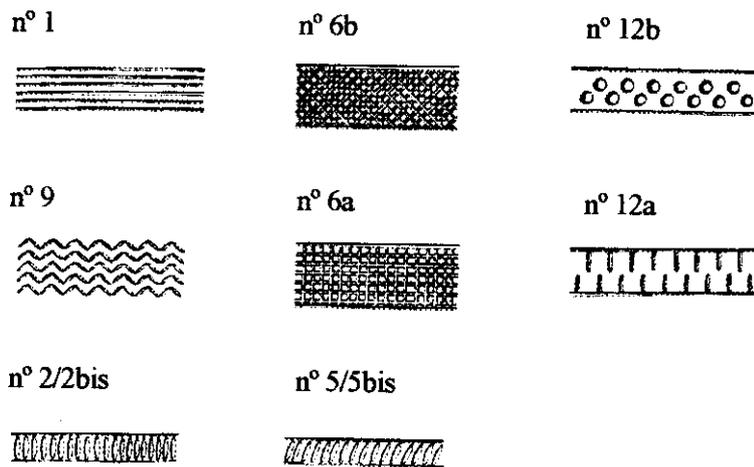
Las cazuelas cuentan, por condicionamientos propios de su perfil, con franjas muy pequeñas en el borde, que van desde los 10 a 40 mm., con una media de 23 mm., y una mayor concentración de casos entre 20 y 35 mm. (60'5%). La panza de las cazuelas presenta franjas que van desde los 6 a los 66 mm., con un valor medio de 34 mm., y un intervalo preferente entre 25 y 40 mm. (54'5%). Cuando son dos franjas las que decoran la panza, suelen presentar valores medios de 19 y 21 mm. para la parte superior e inferior respectivamente. Sobre las cazuelillas contamos con escasa información (apenas 12 casos), por lo que los resultados han de considerarse aproximativos. La franja del borde presenta una media de 14 mm. y la de la panza unos 32 mm. Finalmente en los vasos de almacenaje, asimismo con una muestra pobre, se constata una mayor heterogeneidad. Los bordes presentan franjas que miden desde 21 a 112 mm., con una media de 55 mm., y las panzas franjas que van desde los 49 mm. de la menor a los 135 de la más grande, con una media de 93 mm.

Al igual que en el estilo Puntillado geométrico, es evidente que no todos los motivos que componen la Tabla general de la Meseta se utilizan con igual frecuencia. Existen ocho diseños principales, que representan el 83'72% del total de 10.303 casos documentados en este trabajo. Son por este orden los números: 1, 9, 2/2bis, 6b, 6a, 5/5bis, 12b y 12a (Figura 48). Sólo 20 motivos aparecen en más de 100 ocasiones (los anteriormente citados más los números 3, 13/13bis, 12g/12gbis, 18a/b/c/d y 11), y podemos considerar como muy minoritarios 28 motivos que aparecen en menos de diez ocasiones (nº 8a, 8b, 9bis, 10ch, 10d.2/3/4, 10f, 10g, 10h, 10hbis, 12b1/2/3/4/5/5bis, 12e, 12f, 15, 16, 18e, 23, 23bis, 24, 26, 26bis, y 27).

Si desglosamos la información entre ambas mesetas obtenemos los siguientes resultados: En la cuenca del Duero contamos con 4774 casos registrados que pueden ser clasificados en una tabla particular compuesta por 64 motivos, y en la del Tajo 5529 casos y una tabla de 63 diseños. Ambas son muy semejantes, lo cual viene a resaltar nuevamente la sorprendente regularidad de estas decoraciones en un ámbito geográfico tan grande.

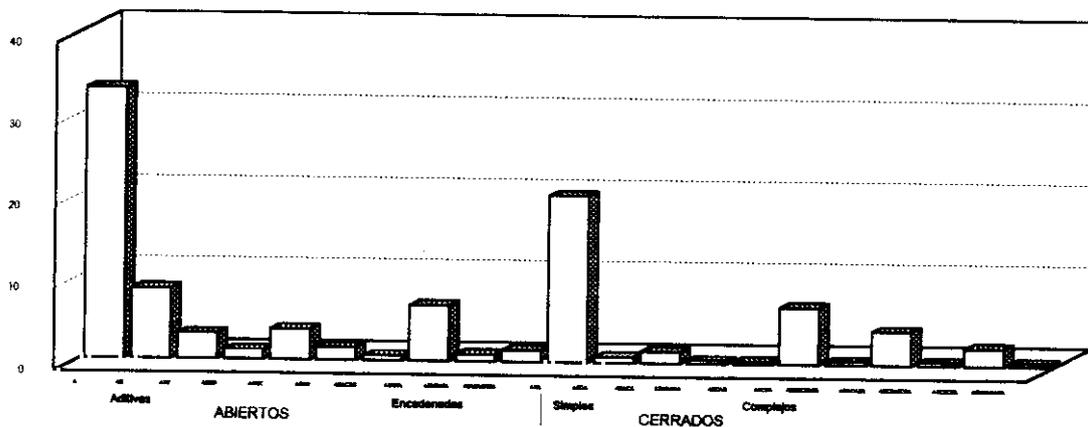
Los diseños más frecuentes son prácticamente los mismos en ambas regiones, en la meseta norte los motivos más utilizados son por este orden los números 1, 9, 2/2bis, 6b, 6a, 5/5bis, 12b y 12a, y en la sur los números 1, 9, 2/2bis, 5/5bis, 6a, 6b, 12a y 3. Por ello hay que acudir al detalle para encontrar diferencias,

como la presencia más acentuada de unos motivos sobre otros, hecho que será analizado con detalle en un apartado posterior.



**Figura 48.** Tabla tipológica de los motivos más utilizados en el Estilo Ciempozuelos de La Meseta.

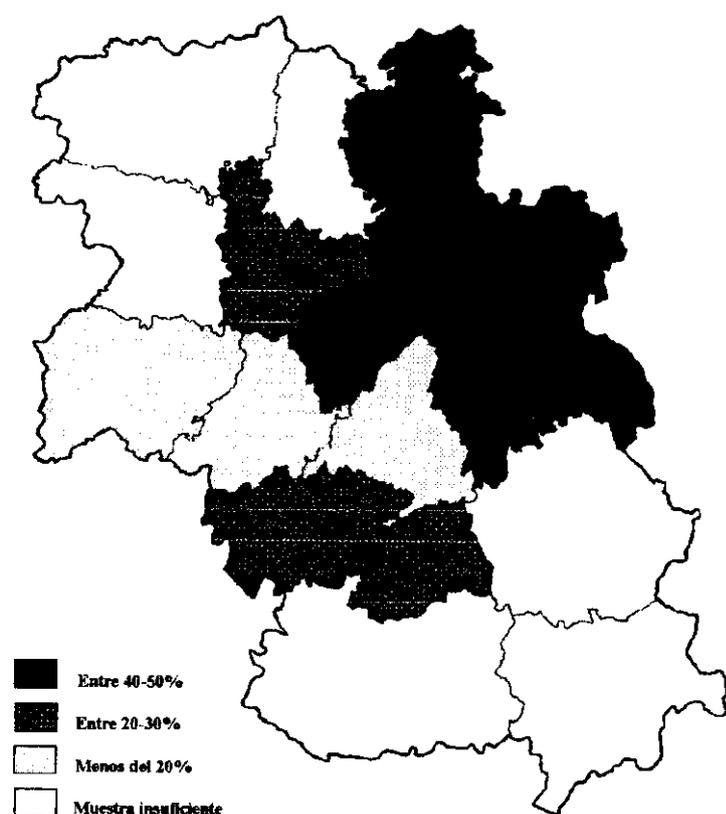
En lo que se refiere al número de motivos empleados en las franjas y recipientes de este estilo, la información con que contamos es abundante, por lo que podremos entrar con cierto detalle en su análisis por formas y contextos. La media aritmética global es de 3'64 motivos por vaso, y 2'17 por franja. Si consideramos las distintas formas los valores totales por recipiente no varían grandemente (3'83 los vasos, 3'36 los cuencos, 4'66 las cazuelas, 4 las cazuelillas y 4'11 los vasos de almacenaje), y si hacemos lo propio con los contextos se constata una ligera diferencia a favor de las tumbas (3'86) frente a los poblados (3'40). En cuanto a las franjas el número de motivos no ofrece cifras muy diferentes, con 2'68 los bordes, y 2'59 las panzas. Si distinguimos por formas, los vasos campaniformes presentan en los bordes una media de 3'02 motivos, y en la panza 2'55, las cazuelas 2'58 en el borde y 2'55 en la panza, los cuencos 2'68 en el borde, las cazuelillas 2'66 en el borde y 3 en la panza, y finalmente los vasos de almacenaje, con 2'54 en el borde y 3 en la panza.



**Figura 49.** Histograma de los patrones decorativos que organizan los motivos en el Estilo Ciempozuelos.

Este reducido elenco de diseños decorativos empleados en cada vaso han de combinarse de forma organizada hasta completar la ornamentación de los recipientes de este estilo, pero lo hacen no de forma

azarosa sino de acuerdo con una serie limitada de 21 esquemas que los estructuran (Figura 49), tal y como señalamos anteriormente a propósito del estilo Puntillado geométrico. Obviamente no todos ellos tienen la misma importancia porcentual, y así partiendo de una muestra total de 705 casos (es decir franjas completas), sólo cinco de ellos (A, ABA, ABCBA, AB y ABABA) representan el 75'6% del total, lo cual implica sin duda un grado alto de estandarización si tenemos en cuenta el tamaño de la muestra y la magnitud del área geográfica estudiada. En cuanto al tipo de esquemas empleados en este estilo, el panorama es muy semejante al general, pues aporta la inmensa mayoría de casos que forman la muestra global, descrita con detalle en un apartado posterior. Predominan los patrones abiertos (60%) frente a los cerrados (37'58%), con una especial incidencia de las secuencias aditivas (51%). En los cerrados son algo más abundantes los simples (22%) que los complejos (14%).



**Figura 50.** Mapa que representa el porcentaje de bordes de estilo Ciempozuelos que tienen decoración en la cara interna en las distintas provincias que componen La Meseta.

La decoración se desarrolla en ambas superficies, la externa con la alternancia de franjas y espacios lisos ya descrita, y la interna con unos pocos motivos agrupados en una franja, generalmente estrecha, que discurre paralela al borde y partiendo de él, recorre todo el perímetro del mismo<sup>23</sup>. Disponemos de una amplia muestra de 164 casos, lo que supone un 26'40 % del total de fragmentos de bordes con decoración "incisa" catalogados en el área de estudio. Sin embargo no es un rasgo que se

<sup>23</sup> Contamos, de momento, con una única excepción a esta norma decorativa, en el vaso campaniforme del Barranco del Conejero (Valdilecha, Madrid) (nº 231 y Lámina 54: 17), en el que la franja interna inmediata al borde, se fragmenta en varios tramos horizontales que alternan con espacios lisos, a modo de triglifos y metopas.

muestre uniformemente en toda la Meseta, pues existen claras diferencias cuantitativas entre ambas submesetas.

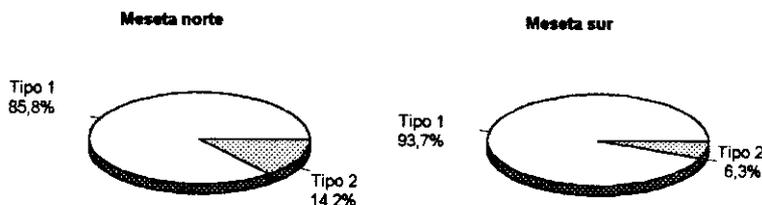
Así en la cuenca del Duero, con 115 casos representa el 34'95 % de los bordes de este estilo, mientras en la cuenca del Tajo, con 49 piezas sólo supone un 16'78 % de los mismos. Un examen más detallado nos permite apreciar que esta mayor importancia de la decoración interna en los bordes campaniformes incisos es una característica especialmente marcada en las provincias del reborde montañoso oriental de la meseta norte (provincias de Soria, Segovia y Burgos), que se prolonga en la limítrofe provincia de Guadalajara, ya en la meseta sur, todas ellas con porcentajes altísimos, entre el 40-50 %. Mas escasa es su presencia en las provincias de Valladolid o Toledo, con cifras entre el 20-30 %, y prácticamente excepcional en las restantes (menor del 20 %), lo que llama la atención especialmente en zonas como la madrileña donde la información disponible es muy abundante (Figura 50). Particularmente ilustrativa de este hecho resulta la comparación entre dos de los yacimientos con mejor muestra en el área de estudio, El Ventorro en Madrid y la Cueva de La Mora en Somaén, Soria. Mientras en el poblado madrileño sólo 3 de los 65 bordes incisos presentan ornamento en su cara interna (4'61 %), en la cueva soriana 38 de los 82 bordes (46'34 %) presentan esta característica.

En lo que se refiere a su importancia relativa según las formas también se observan diferencias. Es en las cazuelas donde la decoración interna es más frecuente, con 27 de 43 casos (62'79%), seguidas por los vasos con 18 de 68 (26'47%), los cuencos con 47 de 262 (17'93%), y finalmente los vasos de almacenaje con 4 de 52 (7'69%). Aunque el desigual tamaño de la muestra en cada forma influye sin duda en estos resultados, las diferencias son tan claras que resulta muy probable que respondan a la realidad. El caso de las cazuelas es muy significativo a este respecto, pues por ejemplo en Madrid, región donde antes veíamos que la decoración interna es un rasgo casi excepcional, 7 de las 16 cazuelas conocidas (43'75%) presentan esta característica. En Soria, todas las cazuelas documentadas tienen ornato interno en el borde. La apertura de esta forma hace sin duda de su ella el soporte idóneo para la mejor apreciación visual de esta característica. El análisis separado de ambas submesetas ofrece diferencias interesantes, pues si en las dos regiones coinciden las cazuelas y los vasos de almacenaje como primera y última formas respectivamente, aunque con distintos porcentajes por supuesto (79'16% y 5'88% en la norte, y 42'10% y 11'11% en la sur), en la cuenca del Duero los porcentajes de las dos restantes, vasos y cuencos, son muy semejantes, e incluso estos superan ligeramente a aquéllos (33'03% y 30'76% respectivamente), por el contrario en la meseta sur los cuencos con este rasgo apenas representan el 6'66 %, mientras los vasos alcanzan el 20'68 %. Respecto a los contextos de aparición, son los poblados quienes más ejemplares han proporcionado (107 piezas), por sólo 26 las tumbas.

Los motivos que se emplean en la decoración interna, parecen disponerse según dos procedimientos distintos, bien se utilizan unos diseños standard o bien los mismos con los que se ha ornamentado el resto del vaso, que hemos denominado tipo 1 y 2 respectivamente. El primero (tipo 1) supone quizás un testimonio de

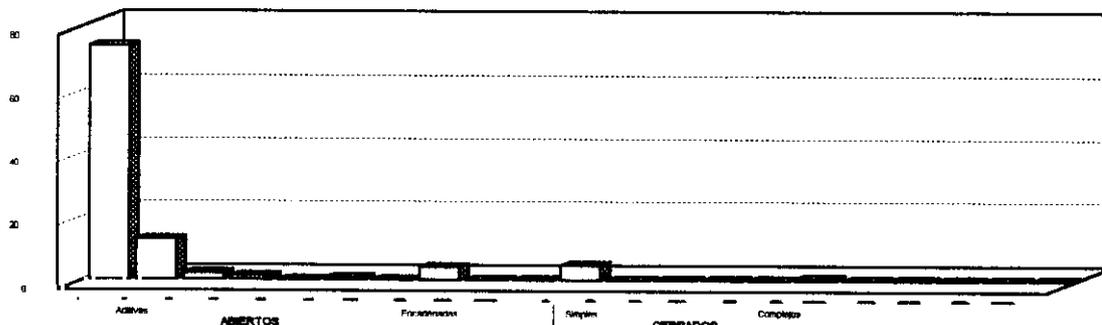
apertura a las convenciones decorativas generales pues se trata de la aplicación de una reducida serie de diseños. En concreto los cinco más empleados son, por este orden, los números 9, 11, 2, 17 y 6 de las figuras 46-47, que representan más de un 90% del total, especialmente el primero de ellos que aparece en más del 50% de los casos.

En general, el tipo 1 es claramente mayoritario, pues se ha documentado en 140 fragmentos meseteños, 97 de ellos en la meseta norte y 43 en la sur, mientras el tipo 2 aparece en sólo 19, 16 de ellos en la cuenca del Duero. Así pues, parece que aunque el tipo 1 estaba extendida por todo el área de estudio, su presencia es porcentualmente algo mayor en la meseta sur (un 93'47% del total) que en la norte (un 85'84%). Sin embargo, donde la diferencia entre ambas regiones resulta más evidente es en la importancia relativa del tipo 2, que en la meseta norte supone un 14'15% de los casos mientras en la sur únicamente un 6'52% (Figura 51). Sin duda este desigual reparto está muy influido por la presencia de yacimientos como la soriana cueva de Somaén (nº 377), que junto a la tumba de Samboal (nº 289) son los dos únicos sitios en toda la Meseta en los que se ha podido constatar la aparición conjunta de ornamentación del tipo 2 tanto en los fondos como en la decoración interna.



**Figura 51.** Gráficos que representan el reparto porcentual de los tipos 1 y 2 de ornamentación en la cara interna de los bordes de Estilo Ciempozuelos en La Meseta.

Por último describiremos los patrones según los que se ordenan los motivos en la decoración interna, que obviamente suelen ser muy sencillos dado el exiguo tamaño que ocupa en los recipientes. Así, sólo ocho de los 21 esquemas han podido ser identificados, y entre ellos uno sólo, el más simple de todos (A) representa cerca del 80% de los casos.

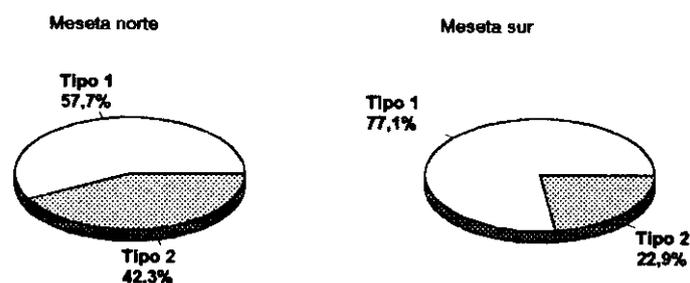


**Figura 52.** Histograma de los patrones decorativos que organizan la ordenación de los diseños en las caras internas de los bordes de estilo Ciempozuelos en la Meseta.

Por ello son los esquemas abiertos los que dominan absolutamente (94%), sobre todo las secuencias aditivas (90%), como AB, ABC, ABCD, ABAB, y la presencia anecdótica de algunos esquemas cerrados, siempre simples (ABA, ABCBA) (Figura 52).

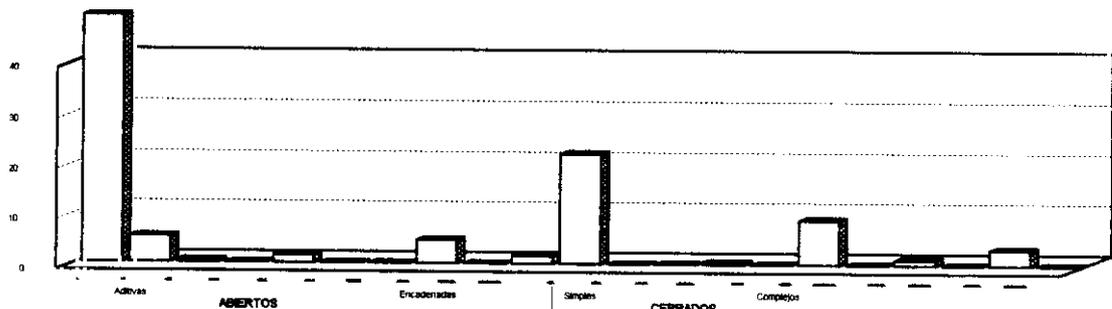
Muy excepcionalmente, algunos recipientes presentan diseños campaniformes en el labio, en concreto nueve piezas de ocho yacimientos meseteños, la gran mayoría en la meseta sur: Sendos cuencos de El Castellón (nº 86) en Ciudad Real, con un reticulado oblicuo inciso (motivo nº 6b de nuestra tabla), según señalan Poyato y Espadas (1988: 208), y del Arenero del Tejar de Pedro Ugarte, en Madrid (nº 189 y Lámina 40: 7), esta vez con el motivo nº 7a; un vaso de almacenaje del Abrigo de Rillo de Gallo en Guadalajara (nº 107 y Lámina 18: 1), con el motivo nº 12g; un fragmento indeterminado de Fuente Amarga en Pantoja (nº 421 y Lámina 93: 1), con el motivo nº 6b, el borde de un cuenco de El Guijo, Mazarambroz (nº 405, Lámina 85: 5), con el motivo nº 3, y finalmente La Escarapela, Borox (nº 393 y Lámina 84: 2), con el nº 12b, estos tres últimos en Toledo. En la cuenca del Duero los hallazgos se reducen a un fragmento burgalés en Amaya (nº 29 y Lámina 8: 1), con el motivo nº 6b, y la cazuela de la tumba de Villabuena del Puente, Zamora (nº 510 y Lámina 102: 11), con el nº 12b.

En este estilo los fondos reciben un tratamiento especial y se exornan con gran frecuencia y esmero. Teniendo en cuenta los 117 recipientes completos de este estilo documentados en la Meseta (sin contar los vasos de almacenaje ni las cazuelillas, que carecen de este rasgo en nuestra región, por lo que hasta hoy conocemos), 74 presentan ornato en el fondo, lo que equivale a un 63'24 % del total. Por formas el reparto es significativamente desigual: 26 de los 32 vasos campaniformes (81'25%), 30 de los 59 cuencos (50'84%) y 18 de las 26 cazuelas (69'23%). De igual forma a lo que vimos ocurría con el ornato interno, la decoración se ejecuta conforme a dos grandes principios distintos, bien se emplean unos motivos standard, el tipo 1 (como los nº 1, 9, 10b, 9,18, 21, especialmente el primero de ellos) o bien los mismos motivos que en el resto del recipiente, el tipo 2. Lo más interesante de esta distinción es su hipotético significado, que ya apuntamos anteriormente, quizás relacionada con la mayor o menor "apertura" a las generales convenciones decorativas. Curiosamente la distribución geográfica de esta práctica es coincidente con la que presentaban los respectivos tipos en la decoración interna, hecho que confirma la realidad de esta diferenciación.



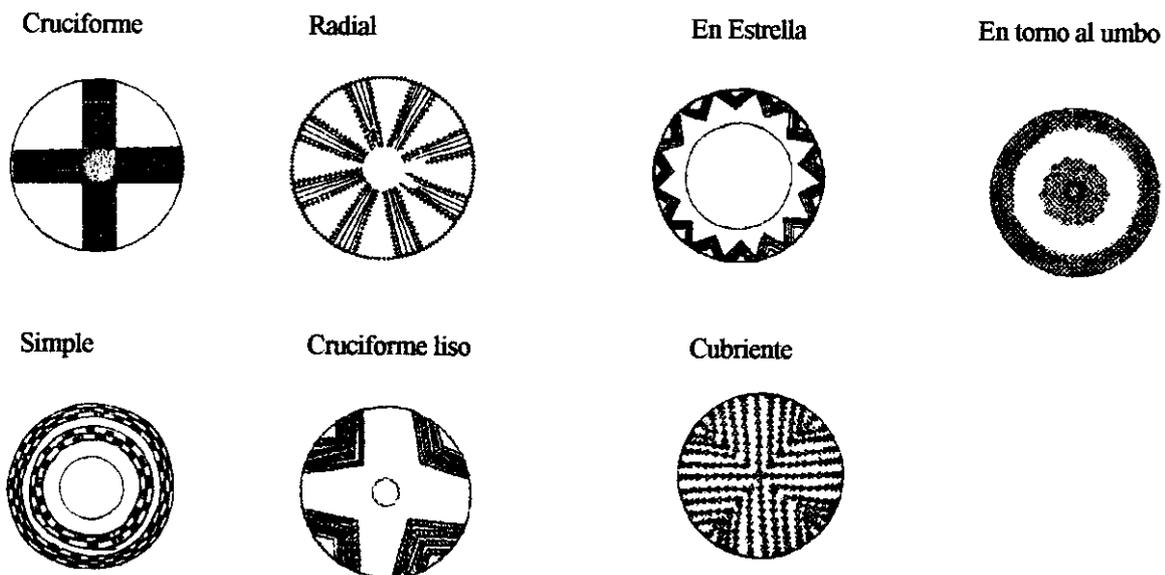
**Figura 53.** Gráficos que representan el reparto porcentual de los tipos 1 y 2 de ornamentación en los fondos de los recipientes de Estilo Ciempozuelos en La Meseta.

Así, de los 148 fondos (entre recipientes y fragmentos) en los que ha podido ser identificada la clase de ornamentación practicada, 99 pertenecen al tipo 1 (66'9%) y 49 al tipo 2 (33'1%). Si desglosamos la información entre ambas submesetas, vemos que pese al predominio del tipo 1 en ambas regiones, la importancia relativa del tipo 2 es absolutamente distinta en ellas, con un 42'30% de los casos en la cuenca del Duero por sólo un 22'85% en la meseta sur (Figura 53). Un examen más detallado nos indica, que al igual que ocurría con la decoración interna, es el reborde oriental de la meseta norte, y en especial la cueva soriana de Somaén, los que más influyen en este desigual reparto. Por otra parte, los patrones que organizan la disposición ordenada de los motivos en el fondo de los recipientes de este estilo son variados, en concreto 11 de los 21 generales, con un reparto de tipos muy semejante al general (Figura 54).



**Figura 54.** Histograma de los patrones decorativos que organizan los diseños en los fondos de Estilo Ciempozuelos de la Meseta.

El predominio de los abiertos (62'5%) frente a los cerrados (35'4%), y en especial de las secuencias aditivas (56'25%), como la A, AB, ABC y ABAC, pues las encadenadas alcanzan sólo el 6% (ABABA y ABABABABA). En los esquemas cerrados el reparto entre simples (22'39%) y complejos (13%) es muy similar al general. En lo que se refiere a los esquemas generales que se emplean para ornamentar el fondo en toda la Meseta, con una muestra que asciende ya a 203 casos (incluidos fragmentos), pueden ser clasificados en orden de importancia cuantitativa como sigue (Figura 55):



**Figura 55.** Tipología de los esquemas que se emplean para decorar los fondos en el Estilo Ciempozuelos de la Meseta.

a) **Cruciforme:** Es el más frecuente, con 62 ejemplos, y se compone de una cruz griega con cuatro brazos, que convergen en el umbo, normalmente dejándolo libre (sólo excepcionalmente los brazos se cruzan, como en el vaso campaniforme de Santibáñez de Ayllón, yacimiento nº 290). Cada brazo se rellena con los mismos motivos, dispuestos en frisos paralelos, y en ocasiones el esquema se complica con otros aditamentos, en patrones más complejos. Así pueden adornarse también los sectores libres, situados entre los brazos, bien en el lado curvo (el más cercano y unido a la última franja de la panza), con motivos lineales que recorren ese perímetro del recipiente, como en una cazuela de Ciempozuelos (Lámina 25), sendos vasos de Galisancho (Lámina 59: 2), y otro de Santibáñez (Lámina 64: 8), o con motivos triangulares cuyo vértice mira hacia el umbo (un cuenco de Somaén, Lámina 76: 8, y un fragmento de Mazarambroz, Lámina 85: 25). O bien, en ambos lados, el curvo y el recto (en paralelo a los límites de los brazos, como los citados ejemplares de Ciempozuelos (Lámina 25) y Galisancho (Lámina 59: 2).

En ocasiones se decora asimismo el espacio inmediatamente en torno al umbo, como en tres recipientes madrileños, un cuenco y una cazuela de Ciempozuelos, y una cazuela de Valdilecha. Finalmente, y como patrón absolutamente singular y propio de un único yacimiento, Somaén, tenemos varios cuencos en los que se aprovechan los espacios entre brazos para situar un estrecho motivo lineal que los divide en dos partes aproximadamente iguales, uniendo el ángulo que forma cada par de brazos con el final de la última franja decorativa. Se crea así otra cruz griega, más fina, y en orientación distinta a la anterior (Ver Láminas 76: 7; 79: 12, 13 y 16). Los fondos cruciformes son especialmente característicos de los cuencos (30'64%), aunque su presencia es muy importante también en los vasos (14'51%), y algo menor en las cazuelas (7'69%). No obstante, no podemos obviar que la importancia de los cuencos en este esquema está claramente condicionada por la colección de Somaén, donde esta combinación es muy característica, ya que no en vano 16 de los 19 cuencos con fondo cruciforme proceden de este yacimiento. Los patrones de ordenación de los motivos más utilizados en este esquema son, con diferencia el A y ABA, con la presencia ocasional de otros como el ABCBA, ABABA o ABABABABA.

b) **Simple:** Cuenta con 45 casos, y se trata sólo de disponer una franja decorativa más, paralela al resto de las que adornan la panza, pero en torno al fondo del recipiente. Sólo en tres casos, todos ellos vasos campaniformes curiosamente, ha sido posible identificar la combinación de este esquema con la decoración en torno al umbo (Pajares de Adaja, San Isidro y Villabuena del Puente). (Láminas 6: 1; 39: 7; 102: 10). Ausente en los cuencos, por las propias características de esta forma, son los vasos los que más aplican este esquema (35'55%), y en menor medida las cazuelas (17'77%). Los patrones de ordenación de los motivos más utilizados en este esquema son nuevamente el A y ABA, seguidos a mucha distancia por otros como ABACABA, AB, ABAC, ABAC o ABCBA.

c) **Radial:** Se conocen 33 ejemplos de este esquema que presenta unas características muy similares al Cruciforme, pero en este caso se trata no ya de una cruz sino de una disposición semejante a los radios de

una rueda, generalmente en número mayor de cuatro, y que suelen mostrar una forma triangular alargada, en disminución hacia el umbo. Al igual que en el esquema cruciforme es posible encontrar algunas combinaciones más complejas, en las que se decoran también los sectores entre radios, con motivos triangulares o franjas angulares, que arrancan del lado curvo y cuyo vértice apunta hacia el umbo, que también se decora (como en una cazuela de Galisacho, nº 266 y Lámina 59: 3; y un cuenco de Consuegra, nº 397 y Lámina 84: 12). La ornamentación del umbo en esquemas radiales es un hecho ciertamente más frecuente, pues además de los dos casos mencionados en los que forma parte de esquemas complejos, aparece en otros recipientes, ésta vez sólo combinado con el patrón radial (un cuenco de Oretum, nº 78 y Lámina 13: 5; un fragmento de Cervera, nº 196 y Lámina 52: 4; y un cuenco de Somaén, nº 377 y Láminas 76: 8).

Finalmente existe un ejemplar singular en Ciempozuelos, que parece corresponder al fondo de una cazuela, en el que junto al esquema radial, se colocan en torno al umbo unos motivos triangulares cuyo vértice apunta esta vez hacia arriba, creando así una estrella de cuatro puntas que aprovecha los espacios dejados entre los extremos finales de los radios. Son la cazuela y el cuenco las formas que más emplean este esquema en la Meseta (24'24% del total cada una). Nuevamente los patrones que ordenan los diseños de forma mayoritaria vuelven a ser el A y ABA, y ocasionalmente otros como el ABCBA y ABCBCBA.

d) **Cruciforme en negativo:** Se han podido documentar 24 piezas con este patrón, que se logra mediante franjas rellenas de frisos paralelos, pero que tienen una forma angular, cuyo extremo apunta hacia el fondo, y dispuestas de tal forma que dejan un espacio liso en forma de cruz griega, más o menos regular según los casos. Sólo en un fragmento de Somaén se ha podido atestiguar la presencia suplementaria de ornamento en torno al umbo, dentro de este esquema (Lámina 77: 1). No obstante no se trata de la única elaboración constatada en él, pues contamos con un cuenco de Galisancho, en el que los brazos lisos de la cruz en negativo son recorridos cada uno por un estrecho friso acabado en punta, que remarca así el carácter cruciforme del patrón general (nº 266 y Lámina 59: 1). Finalmente podemos señalar que se trata de un diseño especialmente característico de los cuencos, aunque no exclusivo de ellos por supuesto (Ver Láminas 31: 6; 44: 6). Por las propias características del esquema el único patrón empleado para ordenar los diseños es el A.

e) **En Estrella:** Se conocen 21 casos de este esquema que, mediante la disposición de motivos triangulares de tamaño variable, que rematan la última franja de la panza (o incluso múltiples franjas angulares), crea un espacio liso en forma de estrella. Sólo en un caso se ha podido documentar la ornamentación suplementaria del umbo, concretamente en un cuenco de Somaén, y de acuerdo con un sistema peculiar, de compleja geometría, pues se trata de cinco grupos de líneas rectas en disposición radial en torno al umbo, cada una de las cuales enlaza con el vértice de una de las cinco franjas angulares que configuran el patrón (Ver Lámina 77: 1). En este esquema son los vasos y cuencos las formas utilizadas (con un 28'57% del total cada uno). Al igual que en el caso anterior el único patrón empleado para ordenar los diseños es el A.

d) **Cubriente:** Sólo dos casos meseteños se ajustan a este tipo, que se caracteriza por la presencia de composiciones abigarradas, siempre complejas, donde a veces se combinan varios de los esquemas anteriores, con la única finalidad de cubrir la totalidad del espacio del fondo de la pieza. Se trata de dos cuencos, ambos de la meseta sur, procedentes de Las Carolinas, Madrid y Majazala, Toledo. En el primero de ellos a un esquema cruciforme se añaden impresiones triangulares dispuestas desordenadamente en los espacios entre brazos con el propósito de cubrir todo el espacio (Lámina 39: 2).

En el caso toledano se emplea un único motivo, primero creando una cruz griega central que divide el espacio del fondo en cuatro sectores, y en segundo lugar cada uno de los sectores se decora con el mismo motivo, pero esta vez dispuesto en forma de sucesivos ángulos paralelos (Lámina 94: 11). De nuevo y por la misma razón que en los dos anteriores, el único patrón empleado para ordenar los diseños es el A.

e) **En torno al umbo:** Finalmente hay algunos fondos que reciben el ornamento únicamente en la zona inmediata que circunda al umbo. En la mayoría de casos se desconoce la forma empleada, pues se trata de fragmentos, por lo que no se puede descartar que pudieran formar parte de esquemas mayores, por ejemplo de tipo simple (no así cruciformes o radiales, pues se apreciaría). De los 15 casos conocidos, sólo cuatro tienen forma conocida, y curiosamente se trata de cuencos (Pajares de Adaja, nº 26 y Lámina 7: 2; Ciempozuelos, nº 145 y Lámina 21: 1; Pico Muedra II, nº 491; y Villabuena del Puente, nº 510 y Lámina 102: 9). En este esquema los patrones que organizan los diseños son nuevamente el A y ABA, principalmente, con la presencia casi testimonial de otros como el ABCBA, AB, ABACABA, o ABCBCBA.

La gran abundancia de materiales de este estilo en la Meseta, fruto de su larga cronología y amplia extensión geográfica, ha permitido definir, de forma más o menos discutible según los casos, algunas variantes:

- Variedad "simbólica":

Se trata de un tipo poco frecuente de cerámicas campaniformes, bien incisas o puntilladas, exclusivo de la Península Ibérica, que junto a los característicos diseños geométricos presentan motivos icónicos tomados del repertorio iconográfico del "arte" esquemático y manifestaciones con él relacionadas ("arte" megalítico, cerámica simbólica, etc.), que son adecuadamente insertados en la composición, tanto en la cara externa, aprovechando los espacios lisos entre franjas, como en la interna. La nómina de hallazgos es muy reducida, con un total de 22 fragmentos procedentes de catorce yacimientos (Garrido y Muñoz, e.p.3), de los que sólo cuatro fragmentos correspondientes a otros tantos yacimientos proceden de La Meseta (Idem, e.p.2).

El primer hallazgo en nuestra área de estudio se remonta a 1911, en el yacimiento madrileño de Las Carolinas (nº 179 y Lámina 39: 2), donde se descubrió el ejemplar más célebre, que ha sido desde entonces ampliamente reproducido y mencionado. Se trata de un cuenco hemiesférico con decoración campaniforme externa de estilo Ciempozuelos, que presenta en el interior una hilera horizontal de cérvidos esquemáticos, algunos de los cuales (dos de los cinco conservados) portan encima un motivo soliforme, que sigue también los cánones representativos del “arte esquemático”. Posteriormente Pérez de Barradas (1929: 36-7 y fig. 45d) presentó otro hallazgo, en concreto del yacimiento madrileño de Conde de Vallellano. En este hábitat recogió cerámicas de estilo Ciempozuelos, entre las que figura, al menos, un fragmento que tiene un motivo “soliforme”. Sin embargo, este fragmento carece de ornamentación campaniforme por lo que se aprecia de él en el dibujo, y ante la falta de otra prueba de la existencia de esta clase de decoraciones en el yacimiento (sus materiales están en paradero desconocido), hay que poner en reserva este caso.

En los años sesenta Vera Leisner (1961: fig. nº 11: 2) dentro de una recopilación de cerámicas calcolíticas peninsulares con decoración interna, presentó por primera vez el dibujo completo de la pieza de Las Carolinas - Obermaier sólo había dibujado la cara interna con los motivos esquemáticos -, y además otra interesante pieza muy parecida que se conserva en el Museo de Córdoba. En los años ochenta un nuevo hallazgo se une al catálogo, aunque por desgracia permanece inédito, pues procede de una excavación de urgencia. En este caso se trata del fragmento de un cuenco campaniforme de estilo Ciempozuelos, que presenta un motivo “soliforme” en el interior, y que forma parte de los materiales campaniformes recogidos en la excavación de una gran cabaña en Quintanilla de Arriba, Valladolid (nº 478 y Lámina 101: 15).

Ya en la década de los noventa debemos añadir dos nuevos casos, que cierran hasta el momento la nómina del interior peninsular: El poblado madrileño de El Ventorro, ha proporcionado un fragmento de vaso campaniforme, recogido entre los materiales de la cabaña nº 013 y que pasó desapercibido para sus excavadores (nº 193 y Lámina 44: 16). Presenta parte de un cérvido esquemático muy similar a los que ostenta el ejemplar de Las Carolinas, esta vez en la cara externa y bajo dos líneas horizontales incisas. Finalmente, se ha podido documentar un nuevo hallazgo meseteño, esta vez en prospección y procedente del sitio toledano de La Escarapela en Borox (nº 393 y Lámina 84: 4).

Desde el punto de vista analítico, y teniendo en cuenta no sólo los hallazgos meseteños, podemos señalar que este tipo de cerámicas presenta una buena manufactura, tanto en lo relativo a la ejecución de la decoración como en la calidad del acabado, que emplea siempre vasos campaniformes o cuencos, sobre todo estos últimos. En lo que se refiere a la posición que ocupan los motivos “simbólicos”, siempre parecen buscar zonas visibles, como el exterior de los vasos (en el espacio liso entre franjas), o el interior de los cuencos, si bien no faltan ejemplos que salvan esta norma general. Emplean un reducido repertorio de motivos

esquemáticos como los cérvidos, ramiformes, soliformes, dispuestos en alineaciones que recorren todo el perímetro externo o interno del recipiente según los casos, ya sea en solitario o combinados formando “escenas” como en Las Carolinas, donde se replica de forma sorprendentemente fiel una representación pictórica “esquemática” de La Virgen del Castillo de Almadén en Ciudad Real (Caballero, 1983: Pl. 32).

En dos recientes trabajos, aún en prensa, hemos intentado ofrecer una interpretación del contexto social y ritual de esta interesante variedad cerámica (Garrido y Muñoz, e.p. 2 y 3), en el marco general de nuestras propuestas para el Campaniforme meseteño y peninsular, de las que se tratará en otros apartados de este trabajo.

- Variedad “Silos - Vaquera” y “Molino”:

La primera de ellas fue definida en la meseta norte, al principio únicamente a partir de unos fragmentos decorados de la zona de Santo Domingo de Silos, cuya adscripción al estilo Ciempozuelos no ha sido aceptada hasta que Delibes (1988a) así lo estableció, a partir de un estudio y dibujo más detallado y completo de esos materiales. La deficiente documentación disponible hasta entonces había permitido definir con ellos un estilo “Silos” epicampaniforme, supuestamente más tardío y diferente del Ciempozuelos, que ayudaba a llenar el molesto vacío de información que por aquel entonces se tenía respecto al momento de transición situado entre el final del mundo campaniforme y Cogotas I en la Meseta (Molina y Arteaga, 1976).

Según estos autores la decoración excisa constituía un vínculo tipológico válido para enlazar la secuencia Campaniforme – Cogotas I – E. Hierro. La excisión o pseudoexcisión campaniforme ofrecía esquemas muy semejantes (zig - zags por triángulos opuestos) en combinaciones con otros motivos que daban lugar a patrones similares, constituyendo así un estilo peculiar, el llamado por ellos “Horizonte Silos”, propio además de las estribaciones del Sistema Ibérico. Estilo, que compartiría estos rasgos con otras poblaciones del Campaniforme Tardío del valle del Ebro y Cataluña.

Según estos autores (Ibidem: 177-178) no se trataría de una auténtica decoración campaniforme, aunque mantendría en cambio gran parte de sus motivos incisos y pseudoexcisos, utilizando con profusión las alineaciones sencillas de impresiones triangulares (nº 13 de mi Tabla), asociados ahora a enrejados incisos (nº 6a y 6b) y grandes triángulos incisos rellenos de trazos (nº 18), a menudo combinadas con frisos de dientes de lobo confrontados (nº 10c), en sitios como Molino de Garrejo, Cueva del Peñal, Mina del Moro, Las Pinzas, etc.

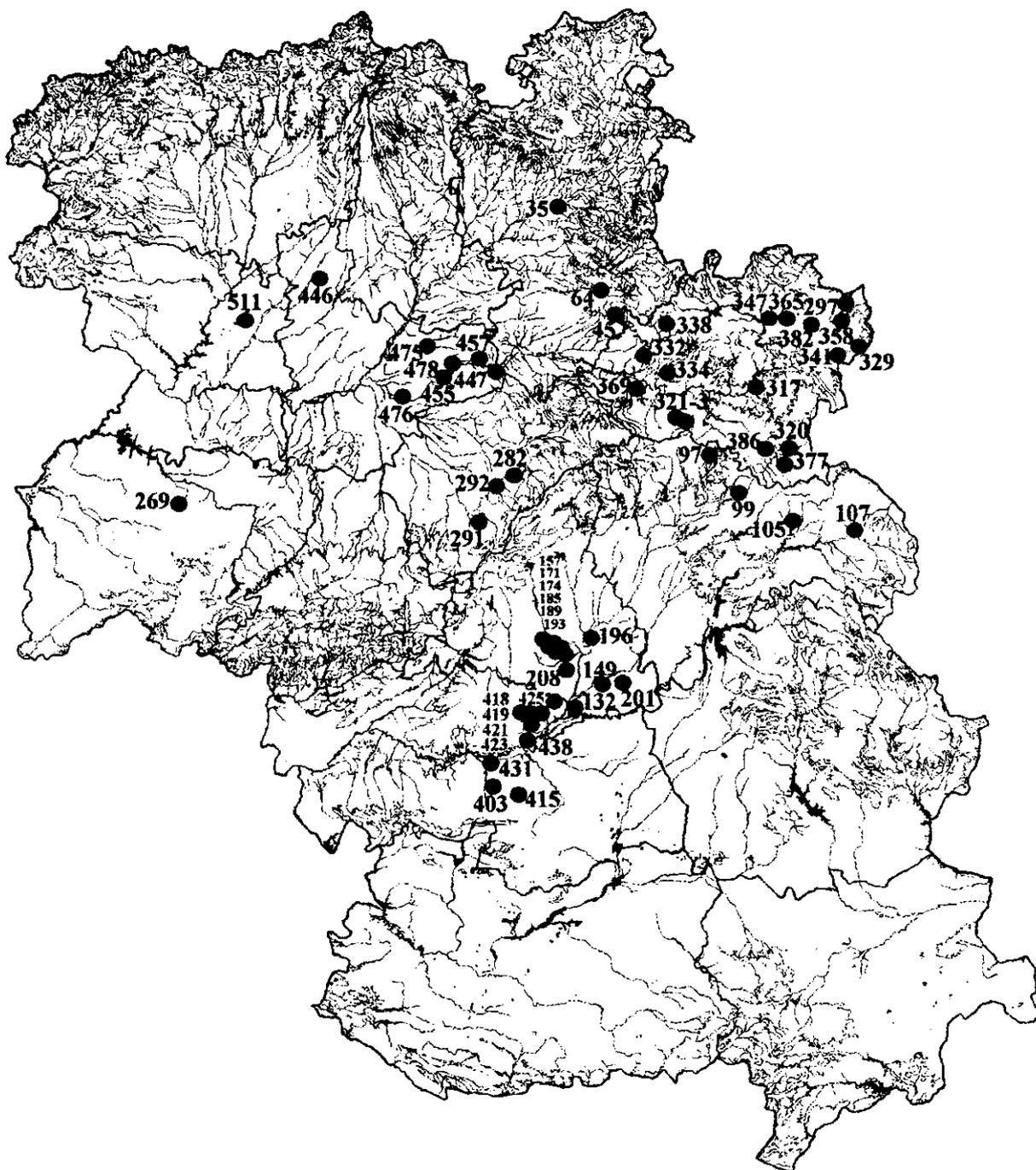
La reciente definición, cada vez más clara, de un plural “Bronce medio” meseteño (el mundo Protocogotas, el llamado Bronce del alto Tajo, el Bronce manchego, etc..) que llenaría esa etapa polémica, pero sobre todo el mencionado trabajo de Delibes (1988a), han situado estas cerámicas dentro del mundo

campaniforme Ciempozuelos, como una variante regional en todo caso, documentada fundamentalmente en el oriente de la meseta norte (Delibes y Municio, 1981; Fernández-Posse, 1981: 65-69). Según esta última investigadora es posible subdividir lo que Molina y Arteaga denominaban “tipo Silos” en dos subtipos diferenciados, el “Silos – Vaquera” o de reticulados y el “Molino” respectivamente, ambos característicos del sector oriental de la cuenca del Duero (Ibidem). La singularidad decorativa de los campaniformes de esta región ha sido subrayada desde los comienzos de la investigación (Castillo, 1928: 57-59) hasta fechas recientes (Delibes, 1988a: 45), pero únicamente a partir de impresiones subjetivas y superficiales (p.e. aspecto más descuidado, dominio de los reticulados y las impresiones triangulares, escasez de zig-zags, etc.), sin estudios exhaustivos, de base estadística, con los que poder caracterizarlo con mayor rigor.

Esto es algo que he tratado de aportar en este trabajo, partiendo de una muestra de información más completa, y lo que es más importante de la perspectiva general que el corpus de datos de toda la Meseta ofrece (véase apartado correspondiente, 3.II.B). Efectivamente, se han podido constatar ciertas peculiaridades decorativas en esta amplia región, y no sólo referidas al empleo de motivos y el aspecto general de su ejecución, sino también a las estructuras profundas que organizan su disposición y a otros elementos como la decoración interna. Existen pues peculiaridades que permiten caracterizar mejor el Campaniforme Ciempozuelos de esta zona, de igual forma a lo constatado en la cuenca media del Tajo por ejemplo, pero no soy partidario de otorgar un nombre concreto a las mismas porque no es el objetivo de este trabajo parcelar la Meseta en “áreas culturales”, en la línea teórica de los más tradicionales enfoques.

Por otro lado, sólo teniendo en cuenta de forma conjunta los materiales que Fernández-Posse (1981: 65) parcela entre los tipos Ciempozuelos, “Silos – Vaquera” y “Molino”, es posible caracterizar adecuadamente la singularidad decorativa del reborde oriental de la meseta norte. Desde mi punto de vista, no hay base suficiente para distinguir los dos primeros entre sí, y en cuanto al tercero, no se trataría de una variante regional sino funcional. Aunque esta calificación del “tipo Molino” como campaniforme doméstico aparece también en el trabajo de esta autora, sin embargo no se abandona la idea de su carácter regional, pues indudablemente el registro empírico entonces disponible así parecía sugerirlo (Ibidem: 69).

El corpus de información hoy conocido y sistematizado en este trabajo demuestra que el “tipo Molino” tiene una distribución geográfica mucho más amplia, que no sólo alcanza las regiones limítrofes sino que llega a parajes tan remotos como la cuenca media del Tajo (en Madrid, con la excelente colección de El Ventorro, nº 193 y Láminas 45: 24-29; 46: 1-10, y otros hallazgos tan destacados como el Arenero de Soto III, nº 174 y Lámina 37: 8; o en Toledo, con Los Molodros, nº 415 y Láminas 87: 12-19; 88; 89: 1-7; o La Bóveda, en Villaseca de la Sagra, nº 438, Lámina 95: 15, por ejemplo), con un total de 58 yacimientos en todo el ámbito meseteño (Figura 56).

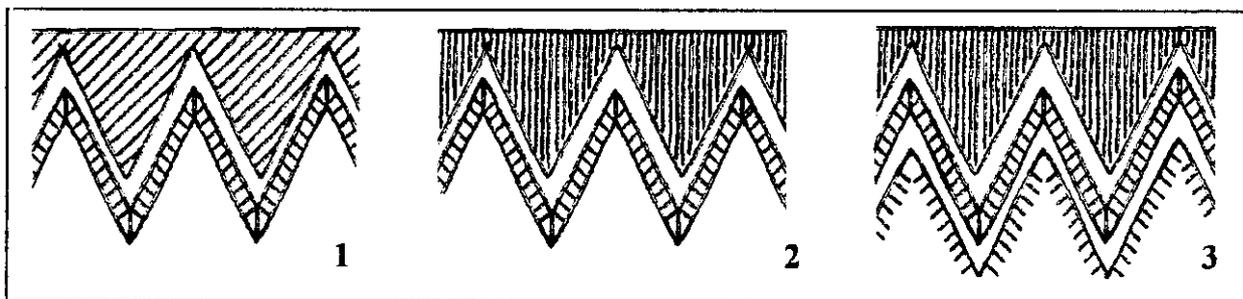


**Figura 56.** Mapa que representa la dispersión geográfica de los hallazgos de cerámicas campaniformes domésticas de estilo Ciempozuelos ( "tipo Molino" ) en La Meseta.

Por todo lo dicho parece claro que, más que una variedad regional sería la versión doméstica del estilo Ciempozuelos, aplicada a grandes vasos de almacenaje. Pero, es indudable que al mismo tiempo se trata de un tipo cerámico característico y peculiar, no sólo por sus formas, sino lo que es más interesante por la decoración. El repertorio de motivos empleados es ciertamente singular, pues aunque se ha podido constatar la presencia de 37 de los 71 diseños de la tabla general del estilo (52'11%) en los 554 casos documentados, los más utilizados aquí no son exactamente los mismos que en la muestra total de este estilo.

Así, pese a que motivos como el nº 1 o el 9 ocupan en este caso también los primeros puestos, otros peor representados en la tabla general como el 11 o el 18 se incluyen aquí entre los cinco más frecuentes.

En general la gama de diseños que aparecen en los vasos de almacenaje de este estilo es relativamente reducida, pues sólo 12 motivos representan el 83 % de los casos (por este orden los nº 1, 11, 9, 18d, 6a/6b, 2/2bis, 18a, 5/5bis y 12a). Por otra parte, se pueden constatar asimismo recurrentes combinaciones o secuencias concretas de motivos, especialmente las siguientes, que suelen disponerse al final de la composición, en la parte central y más visible de la panza globular de estos vasos:



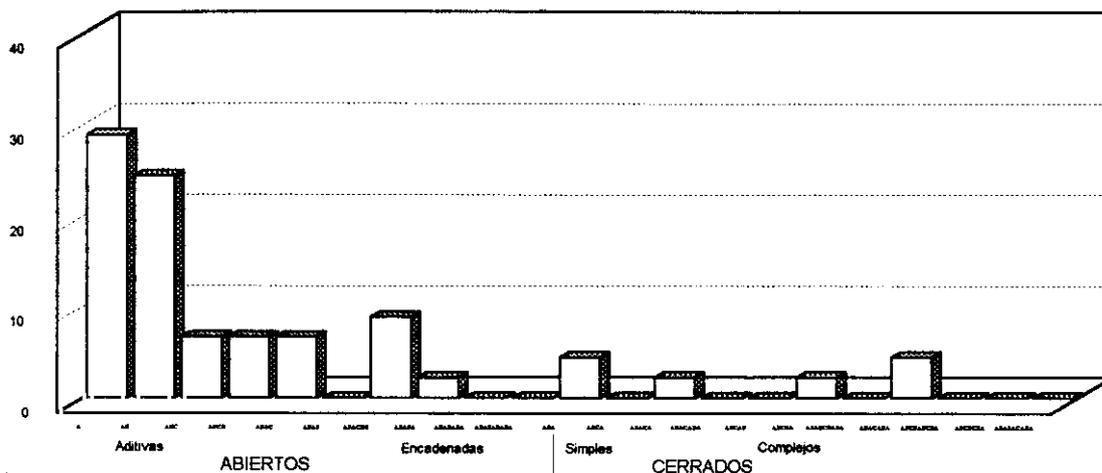
**Figura 57.** Combinaciones de diseños características de las decoraciones de los vasos de almacenaje de Estilo Ciempozuelos en La Meseta.

- (18d + 11): Documentada en cinco yacimientos meseteños, dos en Madrid, El Ventorro con siete fragmentos (nº 193 y Láminas 45: 24, 26, 27 y 29; 46: 6) y el Arenero de Pedro Jaro II (nº 171 y Lámina 37: 3), y dos sorianos, Somaén (nº 377 y Lámina 78: 17), y La Mesta en Renieblas (nº 365 y Lámina 74: 22), con un fragmento cada uno de ellos (Figura 57: 1).

- (18a + 11): Aparece en seis yacimientos, los sorianos de Somaén (nº 377 y Lámina 78: 9), y El Molino de Garray (nº 347 y Láminas 73: 7-8), con dos piezas cada uno, y en Los Cañuelos II, Ólvega (nº 358 y Lámina 74: 14), con una; el segoviano de Arevalillo (nº 282 y Lámina 63: 2), con dos fragmentos, el arenero madrileño de Soto III (nº 174 y Lámina 37: 8), y el poblado toledano de Los Molodros (nº 415 y Láminas 88: 8; 89: 6) (Figura 57: 2).

- (18a/d + 11 + 25): Esta secuencia sí podría considerarse hasta cierto punto regional, pues por ahora sólo se conoce en yacimientos del oriente de la cuenca del Duero, y en concreto en dos de los más célebres, las cuevas de Arevalillo (nº 282 y Lámina 63: 3) y Somaén (nº 377 y Lámina 78: 14) (Figura 57: 3).

Finalmente también son singulares los patrones que ordenan los motivos en estos recipientes (Figura 29). Once de los 21 aparecen en esta clase de recipientes, con un dominio casi completo de los esquemas abiertos y especialmente de las secuencias aditivas (82%), quedando los demás tipos reducidos a una presencia casi anecdótica. Llama la atención que escaseen dos de los esquemas más frecuentes en la muestra general como el ABA y ABABA, y sin embargo abunden otros como el ABCD o sobre todo el ABACDE (exclusivo de esta forma). (Figura 58)



**Figura 58.** Histograma de los patrones decorativos que organizan los motivos en los vasos de almacenaje de estilo Ciempozuelos en la Meseta.

Todo ello no resultaría sorprendente si se tratase de una variante o subestilo regional, pero lo cierto es que, como hemos visto, su presencia se atestigua en muy distintos ámbitos de la Meseta, y al mismo tiempo sus grandes dimensiones no debieron facilitar en modo alguno su circulación a gran escala a través de las redes de intercambios. Esta paradoja supone pues un reto interpretativo, que hoy sólo podemos abordar mediante hipótesis no exentas de riesgo.

En algún trabajo anterior ya sugerí la posibilidad de explicarlas en el contexto de las redes sociales establecidas entonces entre los distintos grupos, y en concreto en los intercambios matrimoniales (para sostener quizás pactos políticos o alianzas) por medio de los cuales se producirá un flujo más o menos regular de mujeres (presumiblemente las autoras de las cerámicas), hecho que parece haberse documentado en algunas necrópolis campaniformes germanas (Price y otros, 1998).

Sea o no válida esta explicación y sean cuales sean los mecanismos que lo originaron, lo cierto es que las evidencias son incontestables, y una vez más inciden en la intensa y constante interacción que debió existir entre los distintos grupos que habitaron la Meseta en el tercer milenio A.C.

Otro de los retos interpretativos que plantea esta clase de cerámicas es su función. Parece evidente que no se trata de elementos de lujo, ni vasos de bebida individuales. Como hipótesis de trabajo podría recoger aquí la idea que sugerí hace algún tiempo respecto a su posible papel como recipientes de almacenaje de ciertas materias primas especialmente valoradas por estos grupos, dado su carácter también especial (no en vano muy pocos vasos de almacenaje se decoran con tanto esmero), quizás las mismas que luego circularan dentro de los recipientes campaniformes de lujo (bebidas alcohólicas, por ejemplo) (Garrido, 1994a: 57).

**ABRIR VOLUMEN I. III. LOS CONTEXTOS...**



**CONTINUACIÓN**